
LA
COMPAÑERA
PROTECTORA
DEL ALFA
JAYMIN SNOW

La compañera protectora del alfa

Amor prohibido Pareja predestinada Romance paranormal entre hombre lobo y cambiaformas

(Serie Vínculo Eterno)

Jaymin Snow

Copyright © 2024 by Jaymin Snow

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Prólogo

Lucian

La chimenea proporciona luz suficiente en las habitaciones; las sombras proyectadas por las llamas bailan por las paredes como una burla sangrienta de la pena que se respira en el aire. No me fijo en nada de eso, con las manos aprieto los dedos marchitos de la mujer que yace en la cama ante mí.

Oigo el traqueteo de su pecho con cada respiración y es como un cuchillo que me atraviesa el corazón. Está viviendo un tiempo prestado y, cuando su voz, débil y frágil, llega a mis oídos, quiero derrumbarme en sus brazos y llorar.

—¿Ha llegado Lillith?

— Todavía no, corazón mío —Me llevo su mano a los labios y la beso con fervor.

Llevamos toda una vida juntos, un siglo entero, y nuestro amor nunca ha flaqueado ni se ha debilitado. Esta noche, ella me dejará atrás.

Suspira. —Me preocupo por ti. Lillith,Lillith cuidará de ti.

Las lágrimas queman mis ojos mientras mi estómago se aprieta con una emoción cruda y agonizante. —No te preocupes por mí, corazón.

Veo la sonrisa bajo las arrugas, la familiar mirada verde que una vez estuvo llena de fuego y pasión, ahora amable, llena de sabiduría y de su propio dolor por haberme abandonado.

—Hemos vivido una buena vida, una vida significativa, ¿no es así, Lucian?

—Mi vida empezó en el momento en que entraste en ella. —No puedo evitar que se me quiebre la voz—. Y terminará con la tuya.

—No digas eso. —Su voz es afligida, y sé que puede entender mi dolor.

Me cuesta controlarme, la desdichada soledad se ha ido acumulando en mi interior desde el momento en que me di cuenta de que se acercaba la hora de separarnos. Bajo la cabeza junto a su cama; mis hombros, antes firmes y anchos, ahora débiles y cansados, tiemblan mientras un sollozo sale de mis labios.

—Lucian. —Sus uñas se clavan en mi palma, su respiración agitada—. Mi amor, mi corazón.

Suenan pasos en el pasillo exterior y entonces las puertas de la alcoba se abren de par en par mientras una mujer irrumpe a través de ellas sin aliento. —¡Madre!

— L-Lillith —dice en voz baja la mujer de la cama y puedo oír cómo empeora el traqueteo—. Mi amor, mi primogénita.

Nuestra hija se arroja junto a la cama, con lágrimas derramándose por sus ojos.

—Madre, estoy aquí. Estoy aquí.

Mis ojos se cierran cuando oigo el último suspiro. La muerte llega, llevándose a la mujer que ha estado en cada uno de mis alientos desde que tengo memoria. Oigo los sollozos de mi hija, pero ya no me salen lágrimas. La mano que aún sostengo se enfría y se vuelve flácida. Aparto la mirada de la figura inmóvil en la cama y miro el retrato que cuelga de la pared, justo detrás de la cama.

Es de una mujer de pelo rojo brillante y ojos verdes fieros e hipnotizantes.

—Hemos vivido una vida llena de aventuras, mi amor —susurro, curvando los labios.

Puedo sentir cómo mi lobo muere dentro de mí a medida que mi cuerpo cede. No siento ningún remordimiento, mis ojos se beben la visión de la belleza pelirroja del retrato.

Siento que los latidos de mi corazón se ralentizan. Mi lobo no se lamenta, simplemente cierra los ojos, abrazando la oscuridad de la muerte.

Mi visión se nubla y suspiro, ahora feliz.

De hecho, toda una aventura.

Capítulo 1

Charlotte Sanguinite

—¡Lo siento, lo siento! —Me abro paso a empujones entre los clientes que ya hacen cola frente al mostrador para tomar su café—. He perdido el autobús. Enseguida estoy contigo, Jazz.

No espero la respuesta de mi colega, entro corriendo en la trastienda y abro mi taquilla. Lo meto todo dentro y me paso los dedos por los largos rizos rojos antes de atármelos en un moño apretado. Me doy cuenta de las prominentes bolsas bajo mis ojos verde bosque. Ni el hielo ni las cucharas frías han conseguido que me deshaga de ellas.

Por suerte, había sido lo bastante lista como para ponerme el uniforme antes de salir de casa. Los vampiros pueden moverse rápido pero, aunque pertenezco a esa especie, aparte de la sangre que tengo que beber regularmente para sobrevivir, no tengo ninguno de sus atributos especiales. Por eso, correr desde mi apartamento hasta la pequeña cafetería de la 4ª Avenida del Noreste me había dejado sin aliento. Resoplo un poco antes de apresurarme a salir a la calle.

Jazz, con su pelo rosa y su atrevida sombra de ojos plateada, provoca que los clientes la miren con evidente interés.

—Tres cafés con leche y dos expresos, Charlotte —dice Jazz con voz gutural. Me fijo en las marcas rojas de su cuello y aprieto los labios, intentando contener mi curiosidad sobre lo que ella y su novio, Marcus, hicieron anoche. Jazz y Marcus tienen un estilo de vestir similar: peinados escandalosamente atrevidos, ropa de cuero oscuro y, la mayoría de las veces, gargantillas de pinchos alrededor del cuello.

La única razón por la que Jazz trabaja aquí es porque su padre compró recientemente esta cafetería. Eso no quiere decir que Jazz no sea una gran trabajadora o una buena persona. Parece intimidante, pero es un encanto.

—Entendido. —Me ato el delantal a la cintura antes de gritar—: Lo siento, amigos. Culpa mía. Les traeré sus cafés en un santiamén.

—¿Trabajaste hasta tarde anoche? —me pregunta Jazz, dándome otro papelito y embolsándose una magdalena.

Bostezo mientras espumo un poco de leche en una jarra. —Sí. Estuve haciendo la masa para que Gina se adelantara con los croissants. Llegué a casa alrededor de las dos.

—¿Has registrado tus horas?

—Sí —sonrío—. Necesito las horas extras.

—Tú también necesitas dormir. —Jazz me lanza una mirada penetrante mientras le paso dos de los cafés con leche—. Pareces muerta en vida.

—Qué facilidad de palabra tienes, Jazz. —Pongo los ojos en blanco—. Nuevo cliente. Cuidado.

Ella vuelve a tomar pedidos y a rellenar la caja registradora mientras yo sigo preparando las bebidas con cafeína de primera hora de la mañana que casi toda la calle pasa a comprar. Tener una cafetería situada en un distrito comercial tan concurrido de Portland tiene sus ventajas. Siempre me he preguntado por qué el anterior propietario vendió este local. Pero el padre de Jazz, con su mágico toque empresarial, le ha dado una nueva vida. Ambientado con madera, proporciona un entorno romántico por las noches y un lugar de trabajo cómodo para los autónomos por las mañanas, lo que ha traído aquí a muchos clientes. Gracias a ello las propinas son abundantes.

Tardamos más de una hora en pasar la mayor parte del ajetreo matutino. Al final, Jazz estira los brazos por encima de la cabeza. —Tía, odio el turno de mañana.

—¿Por qué te han vuelto a asignar a la mañana? —le pregunto mientras le preparo un frappé de vainilla. Yo estoy comiendo una magdalena.

Jazz rodea el mostrador y se sienta en una de las cabinas, estirando las piernas sobre el asiento. —Papá me pilló escapándome con Marcus para ir a un concierto. Su plan es matarme trabajando, supongo.

Le miro la muñeca. —Por lo que parece, anoche te las arreglaste para escabullirte otra vez.

Sonríe e intenta borrar la marca del sello del club que debió visitar. —Marcus tenía a su banda tocando allí. Lo juro, si no fuera por el fondo fiduciario, me habría mudado en cuanto cumplí los dieciocho, hace dos meses.

—Claro —me burlo—. ¿Y dejar a tu viejo padre solo en esa mansión suya? ¿Sin nadie que lo cuide? Lo dudo.

—¡Podría hacerlo! —Jazz intenta sonar convincente, y yo me río, entregándole la bebida.

—Jazz, quieres a tu padre. No vas a ir a ninguna parte. Sólo está preocupado por ti. Tú lo sabes.

La adolescente da un sorbo a su bebida. —Marcus me entiende. No sé por qué es tan difícil de entender para papá.

—Ojalá pudiera ayudarte en eso —murmuro mientras miro por el escaparate—, pero a mi padre le daba igual lo que hiciera.

—Te echó, ¿verdad? —Jazz me lanza una mirada curiosa—. Lo siento, oí a Grace hablar de ello.

Me encojo de hombros, calentándome las manos envolviéndolas alrededor de la taza de café caliente que me he preparado. —Sí. Cuando tenía catorce años. Hace ocho años, supongo. Tienes suerte de tener un padre que se preocupa por ti, Jazz. Siempre digo que la gente debería agradecer sus bendiciones.

Jazz está callada, con expresión pensativa.

Rara vez hablo de mi pasado. Intento no pensar en mi familia ni en mi clan. No me ayuda que el complejo donde vive mi clan esté en las afueras de Portland. A veces he pensado en marcharme, pero supongo que no tengo esas agallas.

Veo a un hombre cruzando la carretera y mis ojos se abren un poco.— Uh, oh, es ese tipo. Voy a la parte de atrás.

—¿Qué tipo? —Jazz se endereza y mira alrededor de la cabina. Cuando lo ve, se le tensa la comisura de los labios—. De verdad, Charlotte. ¿Qué tienes contra él? No es culpa suya que tenga la cara llena de cicatrices.

—No es la cicatriz —digo, empezando a levantarme—. Es sólo que no quiero hablar con él.

En ese momento, suena un tono de llamada en la cafetería y Jazz se lleva la mano al bolsillo. Parpadea al ver el nombre en la pantalla y me lanza una mirada de disculpa. —Lo siento, es mi director de tesis. Tengo que contestar. —La veo buscar su mochila y sacar el portátil—. Voy a necesitar la trastienda.

Estupendo.

Realmente no quería tener que enfrentarme a este cliente en particular. Con el cuerpo tenso, me deslizo por el hueco para ponerme detrás del mostrador. La puerta se abre y entra un hombre mayor. Si no fuera por las terribles cicatrices que tiene en el lado izquierdo de la cara, casi podría decirse que es guapo. Tiene la nariz un poco torcida y los ojos de un azul cerúleo intenso. Lleva el pelo castaño oscuro cuidadosamente peinado y viste un traje gris cubierto por un abrigo largo, un básico para el frío otoñal que estamos viviendo. Yo lo situaría en torno a la treintena.

Pero no es su cicatriz ni su edad lo que me molesta. Tampoco es una persona grosera. Lo que me molesta es lo que es.

Un lobo cambiaformas.

Los lobos cambiaformas siempre han tenido una relación apenas cordial con los vampiros. Pero, hace un par de años, pillaron a mi padre y a mi hermano mayor, Clyde, vendiendo una droga a los cambiaformas que tuvo repercusiones negativas para estos últimos. Los cambiaformas estaban confabulados con dos alfas, y, al final de todo, Clyde pagó con su vida. Desde entonces, Beruth Sanguinite, mi padre y líder del Clan Nelo, no ha renunciado a su propósito: expulsar por completo a los lobos cambiaformas. Los enfrentamientos entre cambiaformas y vampiros son cada vez más frecuentes e intento mantenerme alejada de todos ellos.

El hombre con cicatrices que se me acerca es un alfa, uno prominente. Los alfas tienen una energía más dura. Los vampiros no tenemos un sentido del olfato muy agudo, pero podemos leer las energías. Este hombre tiene una forma ardiente, y es intimidante. Desde que me uní a esta cafetería ha estado viniendo todos los días y yo lo he estado evitando. Debe saber de mi existencia, obviamente, ya que los lobos cambiaformas pueden captar hasta el más leve de los olores, pero nunca ha dicho nada, y no ha dejado de venir aquí.

Nerviosa, espero a que se acerque, con un pequeño cuchillo en la mano bajo el mostrador. Sé que un cuchillo no es un arma suficiente si decide acercarse y arrancarme la garganta. Ni siquiera tengo los reflejos rápidos que suelen tener los de mi especie; soy una vampira defectuosa que se enfrenta a un alfa.

La ansiedad me invade a medida que se acerca.

—¿Qué le sirvo, señor? —Las palabras me salen tan rápido que son casi ininteligibles.

Parpadea y le veo aspirar discretamente el aire.

El corazón casi se me sale de la boca al verlo.

—Tenemos un especial del día, el helado de calabaza de Halloween.

Mi mano agarra el cuchillo con tanta fuerza que la hoja me raja la piel.

El aroma de mi sangre es denso en el aire ahora, y el alfa me estudia, frunciendo el ceño. Voy a hiperventilar. Lo sé.

Así no es como planeaba morir. Todavía tengo mi ropa colgada fuera en el balcón. ¿Quién va a traerla si estoy muerta?

La idea es tan ridícula que parpadeo, buscando algo de cordura en el caos que se forma en mi mente.

—Quizás deberías atender primero a tu mano —dice el alfa lentamente.

El cuchillo cae al suelo y miro fijamente al hombre.

Su voz es ronca y me roza la piel de un modo que me hace reprimir un escalofrío.

—Yo —Me miro la mano. La sangre gotea al suelo desde el profundo corte en mi palma. No tengo la capacidad curativa normal de los vampiros y empiezo a sentirme un poco preocupada.

—Puedo esperar —dice el alfa con calma—. Puedes atender tu herida primero.

Preferiría servirle y que se fuera, pero tengo que priorizar.

—Dame un momento —me apresuro a decir, agachándome en el suelo y cogiendo el pequeño botiquín que solemos guardar bajo la encimera en caso de emergencia. Tengo que dejar la caja sobre la encimera y busco a tientas la venda. El alfa me mira con extrañeza. Me pongo la venda en la palma de la mano y cierro la caja antes de volverme hacia él.

—Lo siento. ¿Qué le sirvo?

Veo que sus ojos se detienen en mi mano, donde la sangre se extiende a través del vendaje. Cierro el puño, ignorando el escozor. No puedo evitarlo, siempre he sangrado mucho.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien. ¿Qué quiere pedir?

Es difícil mantener una voz profesional. Tras unos segundos de tenso silencio, el alfa mira el menú. —Un café solo, dos magdalenas de chocolate, tres sándwiches de pollo...

Sigue y sigue, y yo intento frenéticamente seguirle el ritmo. Todo lo que hay en la panadería acaba de ser preparado hace unas horas y el hombre vacía más de la mitad. A pesar de mi ansiedad, me pica la curiosidad. —¿Todo esto es para usted?

El alfa parpadea y entonces sus labios se curvan en una sonrisa tan encantadora que siento un ligero aleteo en el vientre y se me encogen los dedos de los pies. Su sonrisa ilumina sus ojos y se le forma un hoyuelo en la mejilla derecha. No es ridículamente guapo, pero tiene un encanto juvenil que hace palpitar mi corazón.

—Este sería mi desayuno, si fuera yo un niño en crecimiento y todo eso.

Es gracioso.

Dios, también es gracioso.

Agacho la cabeza, deseando no haber preguntado.

—Por supuesto. —Me siento tan nerviosa que casi se me cae una de las bolsas que estoy doblando.

La mayoría de los hombres con los que he salido han sido humanos. Los vampiros no me quieren, así que los hombres humanos han sido mi única opción. Nunca he mirado a un cambiaformas con ninguna intención, aparte de mantener una distancia de tres metros entre nosotros. Esta es la primera vez que interactúo con uno.

Y, en cuanto lo hago, acabo pensando que es atractivo.

Otra razón por la que debería evitar a este tipo.

—Aquí tiene. —Le entrego las tres bolsas de papel y su café—. Serán treinta y cinco dólares.

Me da su tarjeta y miro su nombre.

Robert Montgomery.

¿Por qué me suena tanto ese nombre? Seguro que lo he oído antes en alguna parte.

Paso su tarjeta y se va. Pero, cuando sale por la puerta, le veo mirarme por encima del hombro.

Desvío rápidamente la mirada.

Aunque sea encantador y divertido, es un alfa. Necesito alejarme de ese hombre.

******

Cuando me echaron de casa a los catorce años, el rechazo de mi clan y mi familia fue devastador. Sin embargo, sentí alivio. Se acabó el acoso. Se acabaron las noches tortuosas en las que tenía que dormir con un ojo abierto, intentando anticiparme a que mi hermana pequeña Arabella y sus amigas, entraran en mi habitación y me hicieran algo.

Tuve que vivir en un albergue para mujeres durante unos meses hasta que encontré trabajo de camarera, mintiendo sobre mi edad. Conseguí matricularme en un instituto local y terminé mi educación básica. Conseguí mudarme a un apartamento propiedad de un anciano que sólo quería compañía y estaba dispuesto a dejar que me quedara allí. Cuando falleció hace un par de años, me legó su apartamento. Es donde vivo ahora.

Y, estos días, me mantengo con un trabajo que paga bien y este puesto de voluntaria que me paga con comida gratis para mi gata atigrada tuerta que está en casa.

Atenúo las luces de la oficina principal del refugio de animales, sabiendo que a estas horas no entrará nadie. Empiezo a dar el biberón a uno de los gatitos rescatados que alguien ha traído. Hay que darles de comer cada tres horas, y después de alimentar a estos bebés, me voy. El resto de los animales ya han comido, a los gatos les han cambiado la arena y a los perros los han acariciado y mimado y ahora duermen plácidamente.

Siempre me han gustado los animales. Y siempre me he sentido atraída por ellos.

No me hacen daño y encuentro consuelo en su compañía.

Miro el reloj de pared mientras hago eructar al gatito. Se acerca la medianoche. Tengo que llegar a casa.

Se supone que Ricky, el veterinario que pasa la noche aquí, se hará cargo después de mí, pero aún no ha llegado.

Pongo a los gatitos en su pequeño recinto de atrás, antes de volver a la oficina principal. Bostezo y miro la calle oscura.

Esta última semana ha sido extraña.

Después de mi interacción con el lobo cambiaformas, me aseguré de que otra persona se ocupara de él cada vez que entraba en la cafetería. Le he pillado mirándome un par de veces, pero no me dice nada. Es muy educado y cae bien al resto del personal, incluida Jazz. Deja propina siempre y nos compra la bollería casi todas las mañanas.

Sus ojos, sin embargo... no puedo dejar de pensar en ellos. Son del azul más bonito que he visto nunca. Y la forma en que sus mejillas se arrugan, con la alegría bailando en su mirada... Cada vez que lo recuerdo, mi corazón late a un ritmo inestable. No se me escapa la estupidez de mi reacción. Él es un alfa y yo soy una vampira. No sólo eso, soy mucho más débil que un vampiro ordinario. La debilidad siempre se elimina. No sé sobre los lobos, pero con los vampiros, un clan es tan fuerte como su eslabón más débil. Por eso me sorprendió que mi padre me dejara quedarme tanto tiempo.

Un alfa como Robert Montgomery, con su sonrisa juguetona y sus ojos hipnotizadores, me miraría con desdén si se diera cuenta de que me siento incómodamente atraída por él. Incluso podría considerarlo como un insulto.

No es que piense en decirle nada, pero un flechazo es un flechazo, y ser consciente de que ni siquiera puedo compararme con él no es más que otro golpe en una serie de ellos.

Suspirando, me pongo en pie.

Sin nada más que hacer, salgo por la puerta principal para empezar a bajar parcialmente las persianas. Sin embargo, en cuanto salgo, siento un ligero olor a sangre. Me pongo rígida.

Miro arriba y abajo por la calle, no veo a nadie.

No se trata de sangre animal, ni de sangre humana.

Es de vampiro o lobo.

Dudo y me planteo volver a entrar. No quiero verme envuelta en ningún tipo de sangre. Cuando estoy a punto de girarme, veo una figura que avanza a trompicones por la carretera. Por su complexión, es un hombre. Se agarra a la pared para apoyarse, con una mano sujetándose el cuello. El olor a sangre agudiza mis instintos y mi estómago ruge. Sin embargo, llevo mucho tiempo controlando mi apetito, así que, aunque mis iris se están poniendo rojos, sigo controlándome por completo.

El hombre está sangrando mucho. Quienquiera que haya sido le ha hecho daño. Sigo de pie junto a la puerta, con una mano en el picaporte, diciéndome a mí misma que vuelva a entrar. Pero algo dentro de mí considera censurable la idea de dejar a un ser herido aquí solo, posiblemente al borde de la muerte. Pero si intervengo, habrá consecuencias.

He intentado permanecer invisible durante años.

Puede que me quite la capa.

Cuando el hombre pasa por debajo de una farola, mis ojos se abren de par en par, alarmados y conmocionados.

Sé quién es.

¡Robert Montgomery!

Capítulo 2

Charlotte Sanguinite

Tiene la cara ensangrentada. Se está agarrando un lado del cuello, la sangre prácticamente brota.

Va a morir.

Quienquiera que fuera a por él, fue a por su yugular. No sobrevivirá, no más de un par de minutos, no como se está desangrando.

Tomo la decisión en una fracción de segundo.

Me apresuro a acercarme a él y, cuando levanta la vista, tiene los ojos vidriosos. No parece reconocerme, porque enseguida enseña los dientes en señal de advertencia y emite un gruñido gutural.

—No intento atacarte —aseguro, tendiéndole las manos—. Tú...

El sonido de varios pasos me hace levantar la cabeza.

¡¿Le persiguen?!

—¡Tienes que venir conmigo! —Digo, con urgencia ahora, agarrando su mano y tirando de ella.

Vuelve a gruñir, con su mirada de lobo en los ojos, y, aunque a mí me aterra, las personas que lo han puesto en este estado son aún más aterradoras en este momento.

—¡Te matarán! —siseo—. ¡Ven! ¡Puedo esconderte!

Lo arrastro conmigo y, aunque sigue gruñendo, no intenta separarse de mí. Sin embargo, cuando lo llevo al refugio de animales, sé que sus perseguidores no son idiotas. Si no son humanos, sabrán exactamente adónde ha ido. Empujo al alfa detrás del mostrador, donde se desploma sobre el suelo de paneles con la respiración agitada. Luego cojo dos de los nuevos bisturís que acaban de llegar esta mañana. Ricky aún no ha podido guardarlos.

Al salir, bajo la persiana hasta la mitad y mientras lo hago, oigo los pasos que se acercan.

—¡Tú! ¡Chica!

Miro despreocupadamente por encima del hombro y veo a dos vampiros de aspecto fornido que se dirigen hacia mí. Se me encoge el corazón.

No podré con los dos.

Al acercarse, uno de ellos olfatea el aire y sus labios se curvan. —Eres una de los nuestros. ¿Dónde está el lobo?

—¿Quién? —pregunto inocentemente.

—No juegues con nosotros, chica. —El más corpulento da un paso amenazador hacia mí—. Sabemos que es... —Se interrumpe bruscamente—. Yo te conozco. Eres de nuestro clan. Mack, ¿no es la hija de Beruth? ¿No me recuerdas? ¡Droga!

Una fría bola de miedo se forma en mi pecho.

Le conozco. Creció conmigo.

Ahora que lo pienso, la pequeña cicatriz de su mejilla derecha me resulta familiar.

Droga se ríe. —Vaya, vaya. Y yo que pensaba que habías muerto en todo este tiempo y que los gusanos se habían dado un festín con tu inútil carne.

Mi mano se tensa alrededor de los bisturís que tengo en la mano, mi cuerpo también se tensa. Droga fue uno de mis peores matones. Era uno de los seguidores de Clyde y seguía el ejemplo de mi hermano mayor, atormentándome todo lo que podía. Una vez, él y Clyde me rompieron una pierna y me arrojaron a un viejo pozo en el bosque que rodeaba nuestro recinto. Llevaba días allí, muerta de hambre y a punto de morir cuando me rescataron. Pero mi padre se limitó a encogerse de hombros y me dijo que si no hubiera sido una criatura defectuosa, me las habría arreglado para salir de allí por mí misma.

Por eso nunca me han gustado los espacios cerrados.

Aquel incidente fue sólo uno de tantos. Cuando crecimos y mi figura se desarrolló, mi hermano y Droga me hicieron cosas mucho peores.

—¿Qué quieres? —Mi nariz se arruga de asco mientras oculto mi miedo.

Sus ojos recorren mi cuerpo, la lujuria en ellos es obvia. —El alfa que escondes, para empezar. Y luego tú y yo vamos a divertirnos, como en los viejos tiempos.

No lo dudo y le doy un tajo con el bisturí. No se lo esperaba y le doy en la garganta. Se agarra el cuello y se tambalea, sorprendido. Su compañero, Mack, salta hacia mí, pero me agacho y esquivo su golpe.

Puede que no sea tan fuerte como un vampiro, pero he dado muchas clases de defensa personal y de otro tipo para asegurarme de no volver a estar indefensa. Por supuesto, ninguno de los instructores tuvo en cuenta que podría enfrentarme a seres sobrenaturales.

Golpeo con el bisturí a Mack en el brazo. Mi mirada se dirige a Droga y sé que tengo que terminar el trabajo antes de que se le cure el cuello. Me dirijo hacia él, pero Mack me bloquea el paso. Me da un puñetazo en la cara y salgo volando hacia atrás, cayendo contra la puerta y gritando de dolor.

Mi ojo izquierdo está hinchado y no veo bien por él.

Mientras se eleva sobre mí, oigo un gruñido y un enorme lobo atraviesa la puerta de cristal que hay sobre mi cabeza. Oigo gritar a Mack mientras Robert le arranca el estómago. No tengo tiempo de vomitar porque mientras lucho por ponerme en pie, veo a Droga corriendo hacia mí. Me muevo a un lado, evitando su ataque, y sin pensarlo, le clavo los dos bisturís en la nuca y tiro de ellos en direcciones opuestas.

Se atraganta y cae de bruces.

El lobo salta sobre él, le muerde lo que queda de la garganta y le arranca la cabeza por completo.

Al ver la cabeza de Droga rodando lejos de mí, siento náuseas. Al mismo tiempo, también hay una oscura satisfacción dentro de mí.

Está muerto.

Después de tantos años de indecible tormento, por fin ha muerto.

Una pequeña parte viciosa de mí desearía que hubiera sufrido más.

Pero al menos murió sabiendo que yo tuve algo que ver.

El lobo se mueve hacia mí y me pongo rígida. Pero no me ataca, simplemente me olfatea. Como no me considera una amenaza, me da un pequeño lametón en la cara y se echa en mis brazos.

Por un momento, me quedo sentada, atónita, con el corazón acelerado.

No tengo ni idea de qué hacer con el baño de sangre que hay en la calle y con los cadáveres en el suelo justo delante del refugio. ¿Qué se supone que debo hacer con el lobo inconsciente en mis brazos?

Respirando hondo, miro al lobo y murmuro—: Lo primero es lo primero. Esconde al lobo. Luego esconder los cuerpos. Y luego...

Mi mente se queda en blanco después de eso.

¿Necesito una pala? ¿Debo llevar los cuerpos al bosque y enterrarlos? ¿Cómo voy a llevarlos hasta allí? No puedo llevarlos en el autobús, ¿verdad?

¡Dios, espero que Ricky no aparezca antes de que me haya ocupado de todo esto!

Si pensaba que Robert en su forma humana era pesado, el lobo pesa diez veces más.

—¿Cómo es posible? —Gruño, tirando de él más allá de la puerta destrozada. No he tenido tiempo de barrer los cristales rotos y lo arrastro por encima—. Lo siento. Lo siento mucho —sigo murmurando—. Esto no es algo cotidiano para mí. Por favor, no te enfades.

Mi espalda está gritando para cuando está completamente dentro de la oficina.

La siguiente tarea es más difícil. Cojo una bolsa de plástico y meto en ella la cabeza de Droga. A continuación, arrastro ambos cuerpos hasta la parte trasera del refugio. Allí hay un pequeño patio donde dejamos salir a los perros para que jueguen y hagan sus necesidades. En una esquina hay un cobertizo. Empujo los dos cuerpos dentro y cierro la puerta de golpe. Me apoyo en ella e intento recuperar el aliento.

¿Por qué pesan tanto?

No tengo tiempo que perder pensando en ello. Vuelvo al edificio principal y cierro la puerta trasera. No hay forma de cerrar la puerta delantera, ya que los cristales están hechos añicos, así

que me limito a barrer los fragmentos hacia el interior del refugio y cierro las contraventanas desde dentro. Los animales se alborotan al oler la sangre y oír el caos.

Finalmente, dirijo mi atención al gran lobo que se desangra en la zona de recepción.

No soy veterinaria ni mucho menos, pero he estado ahorrando para estudiar veterinaria y he ayudado a Ricky en cirugías. También puedo limpiar y remendar heridas. Para ayudar a Robert, lo mejor sería arrastrarlo a la oficina de atrás, lo que no es posible si tengo en cuenta lo pequeño que es nuestro pasillo. Acabará dañando la pared o a sí mismo.

No hay más remedio.

Vuelvo allí sola, cojo algunos hisopos con alcohol, suero salino, apósitos, junto con otros artículos que necesito para limpiar y desinfectar heridas y suturar el desgarro en su garganta. No se mueve mientras estoy fuera. Aprieto los labios, rezando a todas las deidades bajo el sol para que no se despierte mientras estoy trabajando en su cuello. Por suerte, hay alguien que escucha mis plegarias y Robert no se mueve mientras le desinfecto el corte y se lo coso. Ya se está curando, pero va a estar muy anémico durante un tiempo, hasta que coma algo de carne para compensar la pérdida de sangre.

Es mientras le coso cuando me llega un extraño olor.

Es enfermizamente dulce, y mi mano se queda inmóvil.

No puede ser.

Me acerco y vuelvo a oler. Aunque no tengo las mismas habilidades que un cambiaformas para distinguir los olores, aparte de la sangre, este es un aroma que reconozco.

Acónito.

Mi padre tenía un invernadero donde lo cultivaba. El acónito está prohibido sobre todo en las zonas dominadas por lobos y cambiaformas; ni siquiera a los vampiros se les permite cultivarlo en virtud de los tratados de paz y los tratos comerciales que tienen con los lobos. Pero los lobos no entran en el territorio de los vampiros, así que mi clan nunca ha tenido problemas para ocultar el hecho de que la cultivan en grandes cantidades. A menudo, solía esconderme en el invernadero porque estaba en el otro extremo del complejo. Los jardineros me dejaban en paz, conscientes de mi situación.

Yo no era idiota. Sabía por qué mi padre lo cultivaba. Pero yo tenía mis propios problemas como niña que carecía de cualquier tipo de protección, así que no me importaba el acónito. Pero ahora sí. Esto es un problema.

El acónito ha llegado al torrente sanguíneo del alfa. No es difícil averiguar cómo; últimamente he estado escuchando cosas sobre acónito líquido, que es más potente que cualquier otra cosa.

Sólo hay dos maneras de sacar el acónito del organismo de Robert. La primera es imposible en esta situación actual porque no hay ningún curandero de lobos presente en el refugio de animales. La otra forma es más íntima y realmente no quiero hacerlo.

Miro al lobo inconsciente. No me extraña que no despierte; el acónito ya debe de estar destrozándole los órganos. Tengo que hacer algo.

Dos vampiros muertos son una cosa. Un alfa muerto es una sentencia de muerte. Una dolorosa, por cierto.

—Hoy no es un buen día para mí —murmuro antes de agarrar el lateral del cuello del lobo y bajar la boca.

Mis colmillos se clavan en su cuello y tengo que tener cuidado de no tragarme la sangre. Se dice que la sangre de cambiaformas es increíblemente adictiva, y yo estoy intentando reducir mis problemas en la vida, no aumentarlos. Su sangre es dulce, probablemente debido al acónito. La escupo y luego chupo un poco más, escupiéndola también. El proceso continúa hasta que esa dulzura antinatural se desvanece.

Efectivamente, minutos después, su cuerpo empieza a cambiar.

Nunca había visto a un lobo transformarse. Me quedo sin aliento cuando el lobo tarda menos de un segundo en convertirse en hombre. Un hombre desnudo y muy bien hecho.

No puedo evitar que mis ojos se desvíen y cuando se fijan en la parte inferior de su cuerpo, aprieto los labios y miro hacia otro lado, sintiéndome turbada.

Me obligo a no quedarme mirándolo, me quito el jersey claro y cubro con él sus partes íntimas antes de estudiar sus heridas. Tiene muchas, pero todas cicatrizarán. Una o dos son especialmente graves, las limpio y las cubro con una gasa. Mientras le envuelvo el pecho con otra gasa, donde tiene una herida especialmente fea, se revuelve.

—¿Sr. Montgomery? —Pregunto lentamente.

—¿Hmm? —Suena grogui, y sus movimientos son un poco lentos. Todavía no sé cómo se las arregló para despertar el tiempo suficiente para atacar a Mack y Droga.

—Sr. Montgomery, ¿cómo se siente? ¿Puedo llamar a alguien por usted? —Ato los extremos de la gasa en un nudo limpio antes de ayudarle a apoyarse en el respaldo del escritorio.

Ahora tiene los ojos entreabiertos. —¿Me salvaste?

Abro la boca y por un segundo olvido cómo hablar.

—No, no. ¿Puedo llamar a alguien por ti?

—H-Harry.

—Vale, de acuerdo. ¿Sabes su número?

Parece un poco ido, pero se sabe de memoria el número. Lentamente, me da un dígito tras otro, con voz áspera y ronca.

Marco el número, pero no contesta nadie. Sigo llamando y por fin contesta una voz somnolienta. —¿Qué?

—¿Eres Harry?

—¡Claro que sí! —refunfuña la persona al otro lado.

—Tengo a Robert Montgomery aquí conmigo. Ha sido gravemente herido.

A la alerta de su voz le sigue un crujido, como si se sentara en la cama.

—¿Dirección?

Le doy la dirección y él la verifica una vez antes de cortar bruscamente la llamada. Me hundo en el frío suelo junto al alfa.

—Va a ser una noche muy larga —suspiro cansada. Todavía tengo que pensar qué hacer con la sangre que hay en la calle y dentro del refugio. Luego están los cadáveres. ¿Dónde los entierro? ¿Y cómo explico todos estos daños?

—Tienes un pelo precioso —murmura de repente el alfa. Noto un parpadeo de consciencia en su mirada cuando me giro para mirarlo, pero no está completamente alerta.

—Gracias —balbuceo—. Es mío.

Cierro los ojos mortificada en cuanto las palabras salen de mi boca. ¿Qué ha sido eso? ¿Por qué no me he limitado a un breve “gracias”?

Sacudo la cabeza, avergonzada.

De todas las cosas que podía decir.

Es mío.

A veces me pregunto si a mis neuronas les gusta abandonarme momentáneamente, sólo para ver qué tipo de tontería sale cuando lo hacen.

—Sé que es tuyo —se ríe el alfa—. Un pelo bonito siempre pertenece a una mujer bonita.

—Eso no tiene sentido. —Le doy una palmadita en la mano, segura de que mañana no recordará nada de esto—. Pero gracias.

Una vez que le atienda un sanador, el acónito restante se eliminará de su sistema, y él va a estar bien. Pero, ahora mismo, está actuando un poco borracho.

—¿Crees que soy guapo?

Su pregunta, junto con toda esta situación, es tan ridícula que puedo reír o llorar. Elijo lo primero.

Apoyo la cabeza en el escritorio y suelto una risita. —Muy guapo. De hecho, eres más guapo que yo.

—Oh, no lo creo —Apoya la cabeza en mi hombro y, por la flacidez de su mano, sé que está a punto de desmayarse otra vez. Su voz se vuelve cada vez más confusa—. Pareces... pareces una reina medieval con ese pelo tan bonito y esos ojos. Podría perderme en ellos...

Se desploma sobre mi regazo y me quedo paralizada.

—¿Estás bien? —Le empujo un poco pero no se mueve—. Oye —le digo, tocándole la mejilla.

Está tan quieto como puede estarlo. Suspirando, paso los dedos por sus mechones cortos y sedosos. —Puede que sí.

Me quedo así durante lo que parece una eternidad antes de que alguien empiece a golpear la persiana.

—Oh, mierda. —Suelto—. Oh, Dios, Ricky está aquí.

—¡Robert! ¡¿Robert, estás ahí?!

El alivio me invade y prácticamente empujo al alfa de mi regazo antes de correr hacia la puerta. Me cuesta ver por el ojo izquierdo hinchado; me duele mucho. Abro la persiana y fulmino con la mirada al hombre de mi edad que está fuera.

—¡Baja la voz! Tengo a dos vampiros muertos aquí.

Me mira fijamente y gruñe. Antes de que pueda parpadear, me agarra por el cuello y me enseña los dientes con un gruñido feroz.

—¡Basta! —Me esfuerzo por hablar—. ¡Yo fui quien te llamó!

—¡Mentirosa! —ruge el chico—. ¿Es esto una trampa? Me has atraído hasta aquí para...

—¡¿Estás ciego, idiota?! —Le respondo bruscamente—. ¡Mira detrás de mí!

Mueve la cabeza hacia un lado y sus ojos se abren de par en par. —¡Robert!

Me empuja al suelo y corre hacia el alfa inconsciente. —Robert, ¿estás bien?

Tosiendo por su intento de estrangularme, me incorporo. —Tiene acónito en su sistema.

—Tú...

—¡Yo no le hice nada! —Frunzo el ceño, enfadada ahora—. Le salvé la vida. Y si no me crees, puedes comprobar la grabación de la cámara de seguridad.

—Lo haré —declara furioso—. Vamos, Robert.

Me pongo en pie. —Necesitarás un vehículo. No puedes llevarlo. Tiene puntos.

—Mi coche está fuera.

—Te ayudaré. —En este momento, realmente sólo quiero a ambos fuera de aquí.

—¿Me ayudarás? —Harry parece desconfiado.

—Ayúdame a llevarlo al coche —digo, molesta—. Mira, ya tengo bastante con lo que lidiar aquí. Hay dos vampiros muertos en el cobertizo trasero, una puerta de cristal rota, sangre por todas partes y el veterinario humano está a punto de llegar. No tengo tiempo para lidiar contigo. Te ayudaré a cargarlo, y luego por favor, nunca vuelvas aquí.

Harry se estremece. — De acuerdo.

Me agarro a las piernas de Robert, pero al hacerlo se me cae el jersey.

Lo dejo caer inmediatamente.

—¡Eh! —grita Harry indignado—. ¡Es un alfa! ¡Ten un poco de respeto!

—¡Coge sus piernas entonces! —Siento que me arden las orejas. Robert Montgomery es perversamente atractivo, incluso con las cicatrices en la cara, y preferiría no mirarlo más de lo necesario. Ya es bastante malo que esté enamorada de este hombre; ¿tengo que verle desnudo también? Mi corazón no puede más.

—Estás loca —sisea Harry entre dientes—. Espera a que Robert se despierte. Va a tener unas cuantas cosas que decirte...

—¡Más vale que esas palabras sean “gracias” y “no volveré a molestarte!”

— jadeo mientras ayudo a mover al hombre inconsciente, que realmente pesa más de lo que parece, hasta el coche.

Una vez que Robert está asegurado en el asiento trasero, Harry se vuelve para mirarme a mí y luego a los daños. No debe de haberse dado cuenta de su magnitud al llegar. Su expresión se distorsiona. —Puedo traer un equipo aquí en diez minutos para limpiar todo y ocuparse de los cuerpos.

—¿En serio? —Mi irritación se desvanece.

Asiente con la cabeza. —Espera aquí.

Arranca el motor y le veo alejarse.

A medida que su coche se hace más y más pequeño en la distancia, mi corazón se aprieta en mi pecho.

Dos vampiros muertos.

Mi padre no va a dejar pasar eso.

Capítulo 3

Charlotte Sanguinite

Llegan dos furgonetas negras de las que descienden hombres de aspecto serio.

Me ignoran por completo mientras se mueven de un lado a otro, limpiando todo el refugio de animales y la calle exterior. Un par de ellos se dirigen al patio trasero, donde desaparecen con los cadáveres. Dos de ellos miden la puerta y, menos de treinta minutos después, traen y colocan una puerta de cristal similar. Incluso a los perros de los cuartos traseros, que causan alboroto, les dan golosinas para calmarlos.

Uno de los hombres incluso borra la grabación de la cámara de seguridad.

Todo termina en menos de una hora, y se van tan tranquilos como han llegado.

Cuando miro alrededor del refugio es como si nadie hubiera estado aquí.

Me siento pesadamente con un suspiro. Miro el reloj y me doy cuenta de que es hora de volver a dar de comer a los gatitos. Empiezo a preocuparme por Ricky.

Cuando estoy a punto de verter la leche en la olla, oigo abrirse la puerta trasera.

Mi primer instinto es el miedo, e inmediatamente levanto la sartén, dispuesta a estamparla contra la cara del intruso. Los pasos son lentos y cuidadosos. Me pongo en una posición ideal. La cara primero y luego golpearles en las partes nobles. Doble golpe.

Ya estoy agitando la sartén cuando veo a la persona salir por la puerta.

Por desgracia, no soy capaz de detener el impulso y Ricky cae de un golpe.

—¡Oh, Dios mío! Ricky! —Tiro la sartén a un lado, agachándome al lado del aturdido hombre —. ¡Lo siento mucho! ¡Pensé que eras un intruso!

—Mi cabeza —gime el joven veterinario, agarrándose el cráneo.

Le ayudo a levantarse, la culpa me corroe. —Realmente pensé que eras un ladrón o algo así. Te traeré hielo.

Sentado en el taburete de la cocina, se frota la frente mientras yo le saco una compresa fría del congelador. Se la aplico en el chichón que se está formando.

—¿Te he dado fuerte?—No, Charlotte. Apenas me rozaste. —Ricky me arrebata la compresa—. Sólo decidí caer al suelo por diversión.

Parece que estos días no paro de pedir perdón. —Lo siento.

—¿Quién querría entrar en nuestro refugio? —Me fulmina con la mirada—. Explícame la lógica. Aquí no tenemos nada que merezca la pena robar.

No puedo explicarle mi paranoia, así que murmuro—: Tenemos drogas.

De repente, parpadea y me mira fijamente. —¿Qué te ha pasado en el ojo?

—Yo —Me esfuerzo por pensar en una explicación que no implique vampiros y decapitaciones —. Me topé con la puerta.

—¿Con el ojo izquierdo? —La mirada de Ricky se estrecha—. ¿Te parece que tengo cinco años? ¿Qué ha pasado, Charlotte?

—No quiero hablar de ello.

—¿Te ha pegado alguien? —pregunta bruscamente—. ¿Estás saliendo con alguien? ¿Es un abusador...?

—¡Ricky! —Grito, horrorizada—. ¡Claro que no! Es una estupidez, ¿vale?

—Alguien te dio un puñetazo en el ojo, Charlotte —dice el veterinario sombríamente—, y te estás inventando historias sobre ello, lo que significa que o conoces a la persona...

Le corto. —Me asaltaron. Por eso estaba siendo tan cautelosa cuando entraste. Todas esas clases de defensa personal, y no pude evitar que alguien me diera un puñetazo en la cara. Ha sido vergonzoso, así que no quería hablar de ello.

—Bueno, se está hinchando bastante. —Ricky se inclina hacia delante para tocarlo—. Ponte

hielo y te recetaré analgésicos.

—¿Puedes hacer eso como veterinario? —pregunto asombrada.

Ricky me mira. —Claro que puedo. Yo también soy médico. ¿Denunciaste el atraco?

—No me quitaron nada. Me escapé —respondo, odiando el hecho de tener que mentir tan descaradamente—. De todos modos, no quiero hablar de ello. Estoy bien. ¿Qué pasó contigo?

Se aclara la garganta. —Mi hermana se puso de parto y tuve que llevarla al hospital. Intenté llamarte, pero me quedé sin batería en el móvil y sin cargador, y fue todo un lío. Sé que debería haberme puesto en contacto contigo.

—No pasa nada. —Me siento frente a él—. ¿Cómo está?

—Sana —dice Ricky, sonriéndome—. Dio a luz a mi sobrino. Al final llegó su marido, así que me fui. Vamos, te dejo en casa. Es muy tarde; dudo que haya autobuses.

—¿Por qué no alimentas primero a los gatitos? —Sugiero—. Iré a por mis cosas.

Ricky asiente, me dirijo al despacho de atrás y cierro la puerta tras de mí. Mi expresión es ahora seria mientras saco mi portátil y conecto un pequeño dispositivo que puede captar diferentes rangos de frecuencia. La gente de Robert ha conseguido borrar las grabaciones de seguridad de nuestras cámaras, pero, cuando mi padre empiece a buscar a los dos vampiros desaparecidos, va a ser minucioso. La frecuencia del dispositivo que ahora sobresale de mi portátil capta las grabaciones de las cámaras de seguridad de los edificios cercanos. Una a una, las reviso todas.

En la carretera principal, veo a Robert detenerse en su coche. Se baja, parece que busca a alguien.

Es Droga quien le tiende una emboscada. Tiene algo en la mano que empuja contra el cuello de Robert. Se produce una pelea, y, mientras la veo desarrollarse, una sensación de terror se instala en mi interior. No tengo forma de descargar esta grabación. Sería más prudente borrarla, pero algo me impulsa a sacar el teléfono y grabarloa. Después, borro todas las imágenes, cámara por cámara. Aparte de una de ellas, todas funcionan en un servicio de nube público y abierto, lo que facilita su pirateo.

Una vez que he terminado, saco el lápiz del portátil y lo cierro.

No soy hacker ni mucho menos, pero el viejo que me dejó quedarme con él era ingeniero de software y me enseñó muchas cosas. La mayoría de esas habilidades me han resultado útiles cuando quiero evitar que me rastreen.

Ricky me está esperando y mientras me lleva (primero a una farmacia a recoger los analgésicos y luego a mi apartamento) parece tan cansado como yo.

—Tómate un café a la vuelta —le aconsejo—. Tú tampoco tienes muy buen aspecto.

Me dedica una débil sonrisa. —Probablemente me echaré una siesta cuando llegue. Nos vemos la semana que viene.

Le saludo con la mano y veo cómo se marcha. Espero que no se dé cuenta de que he cambiado su llave de la puerta principal del refugio de animales por la nueva. Tiene el mismo aspecto, así que no debería ser un problema. Y como Ricky es el único que lleva llave del refugio, seguro que nadie más nota nada diferente. Me pregunto qué excusa se me ocurrirá en caso de que el veterinario, normalmente despistado, se dé cuenta del cambio.

Bueno, eso es un problema para otro día.

Me dirijo a mi edificio. Una vez dentro, me derrumbo en la cama, agotada. Miro fijamente al techo.

—¿Qué he hecho?

Es imposible que no haya repercusiones derivadas de mis acciones.

Dos vampiros han muerto. Un alfa ha sido atacado y está en estado crítico.

Sin duda, Portland se convertirá pronto en un centro de actividad.

Me pongo de lado y se me forma una bola de tensión en el estómago.

Espero de verdad que no me metan en este lío más de lo que ya me han metido.

******

Esta noche consigo dormir unas horas, pero los sueños me despiertan.

Son las cuatro de la mañana cuando me doy cuenta de que estoy empapada en sudor.

Temblorosa, me levanto a beber agua. Tengo el ojo izquierdo del tamaño de una pelota de béisbol, así que doy parte de que estoy enferma y me tomo el día libre en la cafetería.

Hace tanto tiempo que tengo estos sueños que he perdido la cuenta. El agua fría no me tranquiliza.

Siempre es el mismo tipo de sueño: un hombre con un rostro que no puedo ver con claridad, cogiéndome de la mano, caminando por un bosque, con el corazón rebosante de amor y confianza. No puedo decir que sean pesadillas. Más bien me muestran un tipo de amor que nunca tendré en esta vida.

Y me rompen el corazón.

A menudo, me despierto con los ojos húmedos y el corazón desesperado por algo que anhelo con todo mi ser, pero que no puedo tener.

Llevo mi vaso al salón y me siento pesadamente en el sofá. Aún está oscuro y, aunque estoy cansada, no quiero dormir. Sé que tendré el mismo sueño.

Lo odio.

Me recuesto en los cojines, apoyo los pies en la mesita y miro al techo. La habitación está a oscuras, pero no me molesta. La oscuridad me tranquiliza.

Siempre supe que el amor nunca estaría entre mis cartas.

No puedo estar con un vampiro porque soy demasiado débil. Los vampiros son ambiciosos. Les gusta el poder y la fuerza.

Los lobos ni siquiera son una opción. Eso no es algo que pueda suceder. Los lobos tienen sus compañeras y desprecian a las vampiras. Los eventos de anoche son un buen ejemplo. Harry, el amigo de Robert, fue tras de mí simplemente porque yo era una vampira. Y además, los lobos y los vampiros no se mezclan. Nunca lo han hecho. Supongo que es tabú.

Suspiro cansada.

He intentado salir con humanos, pero nunca he conseguido mantener ninguna relación, a largo plazo, debido al miedo a revelar lo que soy. Las reglas para revelar el mundo de los Otros a los humanos son muy estrictas. Infringirlas puede acarrear la ejecución inmediata. Sé que debe haber

muchos humanos conscientes de nuestra existencia, pero nunca he conocido a ninguno. Y no puedo arriesgarme a que me descubran.

Por eso, me atormentan estos sueños. Es como si me estuvieran provocando constantemente con lo que nunca podré tener, mostrándome constantemente lo que se siente al ser apreciada, sólo para despertar y darme cuenta de que nada de eso es verdad.

En el silencio de mi hogar, dejo caer mis lágrimas.

La soledad es una existencia dura y amarga.

Intento que mis días estén llenos. He fijado objetivos en mi vida. Tengo ahorros. Tengo a Mano, mi gata tuerta. Pero nada de eso llena el enorme agujero que hay dentro de mí.

Sólo quiero que me amen. Sólo quiero que me quieran.

Hay veces que me pregunto si me habría sentido de otra manera si mi propia familia no me hubiera rechazado tan duramente. Pero el juego del "y si...” es peligroso, e intento no centrarme en él.

Un maullido malhumorado llega a mis oídos justo cuando un cuerpo blando salta sobre mi hombro antes de dejarse caer en mi regazo.

Mano es una atigrada de seis años que rescaté cuando era gatita. Se estira sobre mis muslos antes de desplomarse y ronronear pesadamente.

Paso los dedos por su pelaje y sonrío ligeramente. —No te voy a dar de comer otra vez. Te estás poniendo gordita.

Me lanza una mirada lastimera antes de ronronear aún más fuerte.

Siento que me pican los dedos por darle comida húmeda, pero Ricky me dio instrucciones estrictas en su última revisión.

—Lo siento, cariño —le digo, acariciándola—. Necesitas perder unos kilos.

Su ronroneo se detiene y me lanza una mirada traicionera.

—Vamos, ahora. —Le beso la parte superior de la cabeza—. Empezaremos a pasear. Incluso te

cocinaré algo bajo en grasas. ¿Qué tal carne picada?

Mano aparta la cabeza de mí, claramente enfurruñada.

—No seas cría —me río entre dientes—. Vamos a intentar dormir.

Me acurruco en el sofá, con Mano bajo el brazo, y cierro los ojos. El sueño llega, pero mi cerebro es un torbellino de actividad y, cuando me despierto al cabo de un par de horas, estoy más cansada que antes.

Mano está tumbada sobre mi estómago, roncando, mientras yo me estiro.

—Vamos, gatita. —Le doy un codazo para que se despierte—. Voy a ducharme y hoy saldremos a desayunar.

Tras una ducha rápida, meto a Mano en la cesta de la bici y me dirijo a una cafetería local que admite mascotas. Pero, si pensé que una salida me relajaría, me equivoqué. Hay una tensión incipiente dentro de mí.

Durante años, he intentado dejar mi pasado en el pasado. Sin embargo, ver a Droga de nuevo me ha traído todo de vuelta. Me ha recordado lo débil que era y sigo siendo. He intentado construir una vida fuera de mi especie, y hasta cierto punto lo he conseguido, pero ahora me siento como la misma niña asustada a la que echaron de casa en mitad de la noche. Porque al final del día, si mi padre se entera de que tuve algo que ver con esos dos vampiros muertos, no se detendrá sólo en matarme. Primero, lastimará a todos mis seres queridos.

Le conozco.

Beruth Sanguinite es un sádico. Mis dos hermanos heredaron su vena cruel. Nunca lloré la muerte de mi hermano; me sentí aliviada. Un monstruo menos en este mundo.

Clyde solía disfrutar atrayendo a chicas humanas a los bosques de los alrededores de nuestro complejo, donde él y sus amigos se ensañaban con ellas, bebiendo su sangre hasta que ya no había éxtasis para ellas, sólo dolor. La mordedura de un vampiro es como una potente droga. En algunas partes de Europa hay granjas humanas donde los humanos viven voluntariamente con vampiros.

Aquí, las granjas humanas no existen. No se nos permite beber de los humanos. Pero no es una regla rígida; sólo se convierte en un problema si el humano se da cuenta de lo que está pasando.

La mayoría de las veces, los vampiros beben durante el sexo, cuando el humano alcanza el clímax. En Europa, los humanos reciben mejor trato que aquí. Clyde y sus amigos no dejaban que sus víctimas disfrutaran de la experiencia, ni siquiera les ocultaban lo que eran.

Atormentaban a las chicas y bebían desgarrando su carne, sin dejarles experimentar la euforia que podría haber adormecido algunos de sus sentidos. Nunca supe qué pasó con las víctimas de Clyde, aparte de que las dejaron allí, en el bosque, para los carroñeros.

Cuando mi padre descubrió lo que estaba pasando, no le dijo ni una palabra a Clyde. Todo lo que hizo fue decirle a su hombre de mayor confianza, el segundo al mando de nuestro clan, Seth Morgan, que se asegurara de que los chicos cubrieran sus huellas.

Mis pensamientos son oscuros mientras muerdo mi rosquilla, las gafas de sol ocultan el moratón de mi ojo. El camarero me sigue mirando raro. Mano ha enredado su correa alrededor de mis piernas y ahora está tumbada en la mesa, tomando el sol. Tiene una sonrisa de satisfacción en la cara, probablemente porque he cedido y le he dado de comer el salmón de mi rosquilla.

Miro el reloj antes de terminar de desayunar. —Muy bien. Despierta, Mano. Vámonos.

Mi gata se estira y se pone boca arriba, mirándome con su único ojo bueno.

La empujo de la mesa y cae de pie. Con la cola en alto, me mira con arrogancia mientras cojo la bolsa con las cosas que he pedido para llevar.

Salimos en dirección al parque.

Hace un día precioso, así que hay muchos niños. Veo a una mujer solitaria sentada en un banco frente a los árboles que se adentran en el bosque, con el pelo negro como el de un cuervo recogido en una larga trenza y los ojos de un sorprendente tono leonado. Me mira desde el otro lado del parque y su sonrisa es lenta y misteriosa. Me acerco a ella.

—Angie, pensé que podría encontrarte aquí.

—Tienes las manos manchadas de sangre —dice con calma, y mi corazón tartamudea antes de que respire hondo y le entregue la bolsa de papel.

—Toma. Para ti.

Echa un vistazo a la bolsa y la deja a un lado. Sé que comerá un poco; el resto se lo dará a sus

fieles cuervos.

Mano se sube al regazo de Angie y se acomoda.

—Tu destino ha cambiado.

Parpadeo lentamente. —¿En serio?

—Tomaste una decisión y eso ha afectado a tu futuro.

Trago saliva, con la boca seca.

Angie es una de las pocas videntes gitanas que quedan. La conocí cuando tenía catorce años y estaba sola; ella me llevó al centro de acogida de mujeres en el que acabé viviendo. Nunca había oído hablar de una vidente hasta que la conocí. Se alegró de encontrarme, por alguna razón, y fue increíblemente amable conmigo. Fue una amabilidad que nunca olvidé.

—¿Otra vez espiando el futuro, Angie? —comento con voz ligera—. Ya sabes lo que pasará si lo haces.

Los videntes tienen la capacidad de ver el futuro. Al menos, eso es lo que Angie me ha dicho. Pero hacerlo agota su esperanza de vida.

Angie suele echar las cartas del tarot. Le resulta más fácil interpretar el futuro.

—No me asomé —dice Angie mientras acaricia a Mano—. Anoche no dejaba de pensar en ti, así que abrí mis cartas e hice una lectura. Tu futuro no está claro ahora. Tomaste una decisión.

—Salvé a un lobo alfa. —La miro—. Consideré ocuparme de mis asuntos, pero no me pareció bien dejarlo morir.

—Ya veo. —Angie juega con la cola de mi gata—. Cambió todo.

—¿Qué significa eso?

Ahora me mira con seriedad. —Las cartas no tienen sentido para mí.

Rebusca en su bolsillo, saca tres cartas y me las enseña.

Las miro fijamente antes de mirarla a ella. —Estas no son tus cartas habituales.

—No lo son —asiente Angie—. Son especiales. Han pasado de madre a hija en mi familia. Tuve la necesidad de usarlas anoche.

Cuando vuelvo a prestar atención a las cartas, se me revuelve el estómago.

—Una guadaña, una tumba y lo desconocido —murmura Angie.

Me tiembla la voz al preguntar—: ¿Voy a morir?

Una pequeña risa de sorpresa se escapa de sus labios. —No. Cuando saqué estas cartas, vi a una mujer con tu cara vistiendo un vaporoso vestido esmeralda.

Toca la tarjeta con la tumba. —Esto es lo que dibujé cuando vi aquello. Luego vi un río de sangre fluyendo por las calles de Portland. La carta de la muerte. Por último, te vi de pie en medio del mar y dibujé la carta del signo de interrogación. Indica lo desconocido, que tu futuro es incierto.

Es difícil no entrar en pánico en este momento. —Nada de esto suena bien, Angie.

—Tal vez. —Vuelve a estudiar las cartas antes de guardarlas, con voz dura—. Pero hay algo que sé con certeza.

—¿Qué? —pregunto con recelo.

Cuando me mira, sus ojos están preocupados. —Algo se está gestando en Portland, Charlotte, y pronto vas a estar en el centro de la tormenta.

Capítulo 4

Robert Montgomery

—¡Todavía no entiendo cómo te emboscaron tan fácilmente!

Miro a Morris, que se pasea ante mí, y enarco las cejas. —Ya te lo he dicho. Tenía una cita con un informador. Fui a nuestro punto de encuentro, a la hora acordada y zas, ahí estaban. ¿Quieres que te lo repita? ¿Te lo escribo?

Morris Wolfguard me lanza una mirada mordaz. —No. No te molestes.

Ver a mi amigo de la universidad y alfa de la manada Wolfguard tan frustrado sería divertido si no fuera por la gravedad de la situación.

—Harry dijo que fue una vampira quien te salvó la vida —dispara Morris—. Sin embargo, caminamos por la calle, y él no recordaba el lugar. Ninguno del equipo de limpieza lo recuerda. Es muy extraño. Es casi como si alguien se hubiera metido con sus recuerdos. Y tú tampoco recuerdas gran cosa.

Miro hacia el patio. El sol se está poniendo.

No es que no recuerde nada.

Recuerdo un par de ojos verdes llenos de frustración. Recuerdo un tacto suave que hizo arder mi piel, y el frío aroma helado que sólo podía pertenecer a una vampira. Recuerdo a mi lobo aullando dentro de mí, irrumpiendo a través de mi piel, y el deseo de proteger una necesidad abrumadora.

Y luego estaba el placer, ese placer agudo y doloroso. La boca de alguien en mi cuello, unas manos suaves y un deseo voraz creciendo en mi interior.

No le encuentro sentido a nada de esto.

He considerado contarle todo esto a Morris, pero algo me detiene.

—Magia —murmuro al cabo de un rato—. La vampira debe tener algún tipo de hechizo de protección sobre ella. Por eso nadie la recuerda.

—¿Magia? —Morris me lanza una mirada incrédula—. Aquí no tenemos brujas ni hechiceros, ¿recuerdas? Residen sobre todo en Europa, donde las restricciones son menores.

—Eso no significa que uno o dos no estén instalados aquí —señalo—. Si tienes una idea mejor de por qué nadie parece recordar a la vampira o el lugar, ¿por qué no me informas?

—¿Por qué estás tan irritable? —Morris exige.

—Porque me emboscaron dos vampiros y casi muero, y mi informante o me delató o está muerto. —Le dedico a mi amigo una sonrisa tensa—. Creo que tengo derecho a estar nervioso.

Morris se hunde a mi lado. —Lo que quiero saber es ¿cómo se las arreglaron para atacarte tan mal?

La ira en su voz resuena en mi interior.

Intento recordar esa escena, dos noches atrás. —Había salido del coche. Recuerdo que alguien me agarró de los brazos por detrás. Antes de que pudiera reaccionar, sentí que me inyectaban algo en el cuello, y después de eso, todo fue borroso.

—María dijo que era acónito extremadamente potente murmura —Morris pensativo.

María es una curandera veterana en la manada de Morris. También es la futura pareja del cuñado de Morris, mi hermano adoptivo y ayudante, Harry Montgomery.

—Pero dijo que nunca había visto nada igual —respondo—. Aún me siento mareado, aunque me haya quitado todo rastro de acónito.

—Alguien te quitó la mayor parte antes de llegar a ti. —Morris no parece muy contento con eso —. Quiero saber quién fue. Y hasta qué punto estuvo involucrada esa vampira. —Da golpecitos con los dedos en el brazo del sofá y me mira—. ¿Qué dijo tu sanador?

—Dominic cree que había una droga en ese acónito, del mismo tipo que aún circula entre los de nuestra especie —revelo—. Pero como los rastros del acónito eran ya tan débiles, no pudo encontrar mucho con lo que trabajar. Ha estado hablando con María. Pero, al fin y al cabo, Morris, no debería haber sido tan fácil incapacitar a un alfa. Claramente, los vampiros están

mejorando su juego.

Morris guarda silencio, con expresión pesada.

—Nada de esto es bueno, Robert. Empiezo a pensar que la única forma de resolver toda esta situación es acabar con estos vampiros. Son como sanguijuelas, se niegan a ceder. El Clan Nelo es el primero de la lista.

Me sobresalto ante sus palabras. —Estás proponiendo una guerra, Morris. Sabes lo que ocurrirá si lo intentamos. Incluso los humanos se involucrarán.

—No si lo mantenemos todo en secreto —responde Morris bruscamente—. Si la manada Montgomery y la manada Moore se unen a mi manada para esto, podríamos ser capaces de controlar la reacción. Si hablas con Adam Moore, podríamos ser capaces de lidiar con este problema de una vez por todas.

Claramente ha pensado en esto, me doy cuenta. Pero los vampiros no son fáciles de someter. Si lo fueran, nuestros ancestros los habrían expulsado hace siglos. Hubo una vez una guerra entre vampiros y lobos cambiaformas, allá por el siglo XV. Los resultados de esa guerra nunca han salido a la luz. De hecho, una gran parte de nuestra historia ha sido borrada de nuestros archivos. Pero sabemos que los lobos cambiaformas y los vampiros siempre se han odiado.

—Lo consideraré —digo lentamente, justo cuando llaman a la puerta—. Adelante.

Harry Montgomery, antes conocido como Harry Hart, entra.

Cuando me convertí en alfa, adopté a Harry y a su hermana mayor, Aisha, en mi manada como mi unidad familiar. Ahora, Aisha es la hembra alfa de la manada Wolfguard, casada y emparejada con Morris y Harry es mi mano derecha de mayor confianza. Ahora tiene poco más de veinte años y lo envié a la mejor universidad de negocios que existe. Es inteligente y capaz, y como no tengo hijos propios, estoy considerando nombrarlo el próximo alfa de mi manada, cuando eso ocurra.

—¿Algo? —Le pregunto.

Sacude la cabeza. —Recorrí las tiendas. Todas tienen puertas de cristal y las mismas persianas. Intenté comprobar sus cámaras de seguridad, pero alguien las había borrado todas.

—¿Los chupasangres? —Los ojos de Morris se entrecierran, pero Harry se limita a encogerse de

hombros.

—Realmente no lo sé. Podría ser, ya que la cámara que cubría tu coche y el ataque también fue borrada durante todo ese día.

Harry parece tenso y sé que se siente culpable.

—Has hecho un buen trabajo, Harry —le aseguro—. Aquí hay fuerzas externas en juego. No te preocupes. Hiciste lo que pudiste.

—Había algo más —dice Harry de repente—. Tenía un enorme ojo morado. El ojo izquierdo. Lo recuerdo porque me preguntaba por qué no se curaba.

—Probablemente ya esté curada —dice Morris desdeñosamente.

Me quedo pensativo ante las palabras de Harry. Por lo que me dijo, tardó unos quince minutos en llegar al lugar. El ojo debería haberse curado bastante en ese tiempo.

Dejo que Harry y Morris empiecen a hablar de la próxima fiesta de cumpleaños de Toby, el hijo de diez años de Morris. Mi cerebro está ocupado en otras cosas.

Han pasado dos días y tengo un negocio que atender. Debería volver al trabajo y simplemente estar más alerta a partir de ahora. Si los vampiros han encontrado una manera de debilitar a un alfa, eso no es una buena noticia en lo más mínimo. Significa que estamos en más problemas de los que pensamos.

Sé por qué Morris ha cambiado de tema. Aunque Harry es ahora técnicamente un adulto, Morris es muy protector con él. No quiere que Harry se involucre demasiado en esta lucha con los vampiros.

—¿Estás bien, Robert? —Morris pregunta cuando por fin se va, con su cuñado a cuestas.

Asiento con la cabeza. —Sí. Probablemente comeré algo y luego me iré a la cama. Me siento bastante cansado.

—María dijo que eso pasaría —dice Harry—. Dijo que el acónito de tu sangre era muy potente, así que aún te sentirás un poco débil. Te pediré unas hamburguesas de bistec poco hechas.

—Gracias. —Oigo la puerta cerrarse tras ellos antes de volver a dejarme caer en los cojines del

sofá.

Hay algunas cosas que todavía me desconciertan.

La reacción de mi lobo.

Recuerdo sentirme débil, con el acónito silenciando a mi animal. Pero hubo una oleada de protección, un subidón de adrenalina que me hizo moverme y luchar contra el acónito que me estaba matando. Recuerdo sangre en mi boca y un aroma helado que también era innegablemente dulce. La respuesta de mi lobo a ese olor está grabada en mi memoria.

No recuerdo nada más que ese olor.

Era muy familiar, pero no puedo ubicarlo.

La reacción de mi lobo me molesta. No debería haber reaccionado así ante una vampira, especialmente cuando me habían envenenado mortalmente. Debería haberse concentrado más en ponernos a salvo.

Suelto un suspiro y me toco con las manos la parte cicatrizada de la cara. Puedo sentir las partes en las que se me levanta la piel, y no necesito mirarme en un espejo para saber lo horrible que soy. Han pasado años desde el incidente que condujo a esto; la mayoría de las personas implicadas están muertas o en el exilio, pero aún me atormenta ese recuerdo.

Aún así me convertí en el alfa, algo que mi padre pensó que podría evitar no dándome el tratamiento cuando mis hermanastros me sujetaron y me echaron acónito líquido por toda la cara. La cicatriz, sin embargo, es un recordatorio constante de lo que me falta. Me juré a mí mismo, cuando era joven y sufría, que nunca dejaría que esta desfiguración me frenara. Y no lo ha hecho.

He conseguido casi todo lo que quería. Mi manada funciona bien y está prosperando. Las políticas de mi codiciosa familia han sido sustituidas por otras que benefician a toda la manada, no sólo a los que están en el poder. Han sido un par de largos años, pero todo ha merecido la pena.

Me pongo en pie y miro hacia el patio, con los pensamientos hechos un lío.

Un golpe en la puerta me hace mirar a mi alrededor, sólo para ver al ama de llaves.

—Sra. Mallory —le digo, sonriéndole—. ¿Qué hace de vuelta tan pronto? Pensé que planeaba

pasar otras dos semanas con su hija.

—Así era. —La anciana me sonríe—. Sólo vine a dejar algo de comida y a recoger mi paga. Me mandaste un mensaje al respecto, ¿recuerdas?

La Sra. Mallory es viuda y prefiere la forma anticuada de pago de salarios, en la que le hago un cheque en lugar de ingresar el dinero en su cuenta.

—Por supuesto. —Busco mi cartera y saco un cheque doblado—. Aquí tiene.

—Entré por la puerta de la cocina —me dice—. La comida está en la nevera. No trabajes demasiado, ahora, mientras no estoy.

—Por supuesto que no, Sra. Mallory. —Le regalo otra cálida sonrisa—. ¿Quiere que la deje en la estación de autobuses?

—No, no —responde ella, haciéndome un gesto con la mano—. Nellie me lleva. Te veré en dos semanas.

La veo marcharse y, cuando oigo cerrarse la puerta, se me borra la sonrisa.

El marido de la señora Mallory trabajaba en mi oficina como guardia de seguridad antes de fallecer el año pasado. Quería seguir siendo independiente de sus hijos, así que le di a la anciana viuda un trabajo de administradora de mi casa. Ella lo disfruta, y yo obtengo comidas calientes y un hogar organizado. Es una anciana muy dulce, y su presencia en esta casa que construí para mí, me hace sentir un poco menos solo.

Suspirando, me dirijo a la cocina para ver qué me ha dejado la señora Mallory.

La verdad es que no tengo tiempo para estar en casa cuando tengo un negocio que atender y una manada que proteger. El hecho de que Harry no pudiera recordar la cara de la vampira que me ayudó me molesta más de lo que aparento. Si hay un brujo o una bruja entre nosotros, ¿de qué lado están?

Mi mandíbula se tensa.

Ya hemos empezado a unificar algunas de las manadas locales de la zona para boicotear todos los negocios propiedad de vampiros. Los chupasangres tienen un problema conmigo y con cada alfa involucrado en este boicot. Hasta ahora hemos dado algunos golpes financieros importantes,

pero los vampiros no retroceden fácilmente. Es un punto muerto, en el que estamos parados.

Sin embargo, si tienen un hechicero de su lado, eso va a suponer un problema para nosotros.

Mi mano se tensa en el pomo de la puerta de la nevera.

Tengo que llegar al fondo de esta situación.

Mientras podamos controlarla.

******

A la mañana siguiente me siento con más energía, ya que la mayor parte del acónito ha desaparecido de mi organismo. Como tengo mucho trabajo que hacer, voy temprano a la oficina. Son casi las seis de la mañana cuando entro con el coche en el aparcamiento vacío. Las calles aún están solitarias, así que, cuando oigo un suave gemido, miro por encima del hombro y veo a una mujer que me resulta familiar sacando un cubo de basura de la cafetería de enfrente.

Me quedo mirando sus rizos rojos y salvajes que enmarcan un rostro suave con unos ojos verdes que no se parecen a nada que haya visto antes. Sus labios son carnosos y distraen mi atención.

Recuerdo que me quedé mirándolos el otro día cuando me sirvió el café.

Mi mano sigue sobre el techo del coche.

Portland no es una ciudad pequeña ni mucho menos, así que no me habría sorprendido mucho percibir el olor de un vampiro en la cafetería la mayoría de los días. Sin embargo, nunca me había dado cuenta de que la razón de ese olor constante y particular era que uno de sus empleados era una vampira. No hasta que me encontré cara a cara con una nerviosa pelirroja de profundos ojos verdes, que brillaban con motas doradas cuando les daba la luz.

Cierro lentamente la puerta, recordando la forma en que se cortó la mano con el cuchillo que había intentado ocultarme.

Esa herida, ¿se curó?

Me dirijo hacia la cafetería antes de que pueda detenerme. La veo limpiando el mostrador, ya que ha vuelto a entrar mientras yo la miraba ensimismado. El timbre de la puerta de cristal tintinea cuando la abro y ella levanta la vista. Veo la alarma en sus ojos, seguida de un destello de lo que

sólo puede llamarse miedo.

—Yo —Sus ojos se dirigen hacia la habitación de atrás, y su voz es tensa—. ¿Puedo ayudarle?

El delicioso aroma del pan fresco inunda toda la tienda. Cuando me acerco al mostrador, la vampiresa retrocede inmediatamente, como si me tuviera miedo.

—¿Necesita algo?

Parpadeo lentamente. —Sí. Café, por favor.

El alivio se dibuja en su rostro. —Por supuesto, sí. Enseguida.

Le tiemblan las manos mientras coge un vaso para llevar, y mis ojos se posan en el vendaje que rodea su palma. —¿Todavía no se te ha curado el corte?

Parece un conejito, congelada en su sitio como si cualquier intento de moverse por su parte fuera a obligarla a responder a mi pregunta. Es divertida, en todo caso. Sin embargo, mi buen humor desaparece cuando me doy cuenta de que una vampira que debería tener increíbles poderes curativos no se ha recuperado de lo que debería haber sido un simple corte. Ya han pasado casi dos semanas. Incluso los humanos se curan más rápido que esto.

Mis ojos se dirigen automáticamente a su ojo izquierdo al recordar las palabras de Harry.

—Llevas maquillaje —murmuro. Y mucho.

Sin embargo, no oculta la ligera hinchazón alrededor de su ojo izquierdo.

Doy otro paso adelante, la huelo discretamente y mis ojos se agudizan.

Es el mismo olor, gélido, con algún toque dulce. Todos los vampiros tienen el mismo aroma gélido, por eso es tan difícil distinguirlos sólo por el olor. Pero ésta tiene un rastro de dulzura bajo su gélido aroma. Me doy cuenta casi al instante: ¡es la vampiresa que me salvó!

¿Es por eso que parece tan asustada de mí en este momento?

—Tú...

—Charlotte, ¿puedes echarme una mano?

Una mujer mayor y regordeta sale de la cocina, con la cabeza envuelta en una redecilla, y la cara sonrojada.

—¡Oh! —Se sorprende al verme. No se me escapa la forma en que sus ojos se detienen en mi cara llena de cicatrices. Estoy acostumbrado, así que no me molesta.

Charlotte.

Es un nombre anticuado, pero le va bien.

Pero, ¿por qué trabaja una vampira en una cafetería? Todos ellos trabajan en posiciones elevadas en negocios a los que pertenecen y son dirigidos por sus respectivos clanes. El estatus y el poder lo son todo para ellos. Nunca he conocido a uno que trabaje en lo que su especie consideraría un trabajo servil.

Cuando la vi el otro día, sentí curiosidad y recelo, y decidí vigilarla por si la habían enviado aquí como espía. Incluso llegué a investigar sus antecedentes. Su nombre es Charlotte Beaumont. No pude encontrar ninguna familia de vampiros con ese apellido en este lado del mundo. Es un enigma, pero, desde nuestro primer encuentro hace dos semanas, parece más asustada de mí que sospechosa. Si se hubiera plantado una espía al otro lado de la carretera de mi oficina, estaría usando algo parecido al brazalete que diseñé hace un par de años. Es un bloqueador de olores, y aunque es tremendamente caro, estoy seguro de que una espía lo estaría usando.

Charlotte aprovecha la oportunidad para escapar y deja rápidamente la taza.

—¿Por qué no ayudas a este cliente? Yo iré y...

—No, no —interrumpe la mujer, sacudiendo la cabeza—. Termina aquí. Yo pondré la siguiente tanda de bollos.

Se da la vuelta y vuelve a la cocina. A pesar de la situación, mis labios se crispan al ver la consternación en la cara de Charlotte. Realmente no quiere tratar conmigo.

—¿Qué tipo de café quieres? —se vuelve finalmente hacia mí y me pregunta, débilmente.

—Capuchino. —Me meto las manos en los bolsillos—. ¿Qué le pasó a tu ojo?

Su cuerpo se tensa y su voz es intranquila. —Me di contra una puerta.

—Pareces muy propensa a los accidentes.

Para mi sorpresa y diversión, me lanza una mirada sombría antes de darse la vuelta y prepararme la bebida.

Mientras pone los posos del café, le pregunto con ligereza—: Nos conocimos hace unos días, ¿no?

Se queda callada y luego responde—: Has venido por café.

—Quiero decir por la noche.

—No, no lo hicimos. —Su voz es un poco más tranquila que antes. Es como si estar de espaldas a mí le diera tiempo para serenarse—. ¿Quieres un espresso o dos?

—Uno —murmuro, con los ojos fijos en su esbelta espalda. Tiene una figura completa, delgada, pero con curvas, un pecho generoso y un trasero perfectamente formado. Tengo la sensación de estar mirándola lascivamente; avergonzado, centro la mirada en su nuca. Normalmente, si estoy cerca de una vampira, mi lobo se inquieta, percibe la amenaza, pero Charlotte no provoca la misma reacción.

Mi lobo está vigilante y curioso, y un poco juguetón, por alguna razón.

No se siente como una amenaza para ella.

Sin embargo, si dejo que mi lobo decida todo por mí, ¿qué clase de alfa sería? Tendré que vigilarla. Incluso si el olor me es familiar, y ella parece tener un moretón en el ojo, todavía necesito estar seguro de que ella es la que me rescató. Pero ¿qué significa si fue ella? ¿Por qué me salvaría la vida? ¿Fue para ganarse mi confianza?

Si ese fuera el caso, no estaría fingiendo no conocerme ahora mismo.

—¿De qué clan eres? — Pregunto bruscamente.

Esta vez veo una respuesta en la rigidez de sus hombros. Tarda un buen minuto en responder y cuando lo hace su voz desprende una gran hostilidad.

—¿Cómo es eso asunto tuyo?

—Estás en mi territorio, pequeña vampiresa —le digo, estudiándola—. Eso hace que sea asunto mío.

La mirada de fastidio que me lanza me hace preguntarme si realmente me tiene tanto miedo. Pero no me equivoco. Portland, como cualquier otra ciudad, está dividida en territorios gobernados por diferentes manadas de lobos y clanes de vampiros. Las restricciones se limitan al alojamiento y al trabajo. Los que quieren trabajar en otros territorios tienen que pedir permiso. Dado que la mayoría de las manadas de lobos de Portland son aliadas, no causa un gran problema con que lobos de otros territorios trabajen en el suyo. Pero los vampiros son diferentes. Al principio se les concedían permisos especiales para trabajar en nuestros territorios, pero ahora, poco a poco, los estamos expulsando.

Su propio territorio es pequeño y aunque son capaces de llevar a cabo empresas rentables, perder las ganancias de los otros territorios es un golpe demasiado duro.

Fue fácil eliminar a los vampiros de mi territorio, porque lo único que había que hacer era cerrar sus negocios y cancelar los contratos de arrendamiento de los edificios en los que funcionaban. Sin embargo, nunca esperé que trabajaran en lugares como cafeterías, por eso sospecho de las intenciones de Charlotte.

—No puede impedir que trabaje aquí. —Se vuelve para mirarme y deja el café en la encimera delante de mí—. Yo no trabajo para usted. Este es un establecimiento de propiedad humana.

—Claro. —Le dedico una pequeña sonrisa—. Pero las reglas son claras. Los vampiros no pueden hacer negocios en mi territorio.

Su mirada se agudiza. —Pero no estoy haciendo negocios en tu territorio, ¿verdad? Tengo un trabajo de salario mínimo para mantenerme. ¿Es eso un delito? ¿Has venido aquí sólo para acosarme?

Levanto una ceja sorprendido. Resulta que la mansa niña tiene unas garras que estaba escondiendo.

—¿No te informó tu clan de que los vampiros ya no pueden hacer negocios en mi territorio? —Pregunto fríamente.

—No, no lo hicieron —responde Charlotte, con la voz tensa—. Porque no tengo clan. Y sólo trabajo en una cafetería. No dirijo un negocio. No obtengo beneficios. Entonces, ¿por qué me

molestas otra vez?

Sus palabras me cogen por sorpresa. —¿Qué quieres decir con que no tienes un clan?

—Me exiliaron —me dice—. No es que sea asunto suyo.

—¿De qué clan?

—Tampoco es asunto suyo. Ahora, ¿quiere su café o no? Son siete con noventa y cinco.

Extiende la mano expectante y yo entrecierro los ojos. —La pizarra detrás de ti dice tres veinte.

—El resto es por arruinarme la mañana —dice sin rodeos.

Me encuentro soltando el dinero, incapaz de negárselo. —Esto es extorsión.

Se encoge de hombros.

Mientras salgo con mi café, sabiendo que no va a responder a ninguna de mis preguntas tan fácilmente, mis labios vuelven a crisparse.

Ella es linda.

Y posiblemente peligrosa.

Tendré que profundizar en Charlotte.

Si tiene algún secreto, lo encontraré.

Capítulo 5

Charlotte Sanguinite

Sé que no debo hablarle así a un alfa de una importante manada de cambiaformas, pero la forma en que me miró, como si no fuera más que un insecto molesto, me cabreó.

No sabía que a los vampiros ya no se les permitía hacer negocios en los territorios de los cambiaformas. Siempre he procurado mantenerme alejada de cualquier establecimiento propiedad de mi antiguo clan, y ellos no tenían por qué informarme de tal decisión.

Me aprieto el puño contra la boca mientras miro las ofertas de empleo de la ciudad. El problema es que, incluso con el mapa delante de mí, las líneas entre cada territorio no están claramente marcadas. Como vampira exiliada, no seré bienvenida en ningún territorio del clan vampírico. Y los lobos no me dejarán trabajar en el suyo.

¿Qué debo hacer? ¿Adónde debo ir?

¿Y si Robert decide volver esta noche y ocuparse de mí de una vez por todas? Probablemente no lo haga, pero ahora mismo no puedo evitar imaginarme los peores escenarios.

Siempre podría hacer lo único que nunca he podido hacer antes: vender el apartamento e irme. Mudarme a otro lugar. Pero, vaya donde vaya, será territorio de cambiaformas o de vampiros. Y si Robert tiene tantos problemas con que yo trabaje en su territorio, ¿qué me dice que otros cambiaformas no compartan sus sentimientos?

Entierro la cabeza entre las manos, sintiéndome perdida y abrumada. Debería haber controlado mi temperamento. No debería haberle gritado. Ahora va a encontrar la forma de echarme. ¿Y quién sabe si me dejará viva y de una pieza? Es la idea de haber encontrado por fin un lugar donde soy feliz y tengo amigos y que luego me digan que no pertenezco aquí lo que me hace hervir la sangre.

—¿Todo va bien contigo, Charlotte? —pregunta Shelby Brown, la mujer que trabaja aquí a tiempo parcial, mientras friega el suelo. Shelby es una mujer corpulenta de unos cincuenta años.

Tiene un corazón suave y una personalidad jovial.

—Sí. —Miro el portátil con ansiedad.

—No lo parece. —Se acerca a mí—. ¿Qué estás mirando?

Cuando ve la página web de búsqueda de empleo, me mira confusa. —¿Qué haces buscando trabajo? Ya tienes uno.

Ojalá pudiera abrir la boca y desnudar mi corazón, pero Shelby es humana y compartir cualquier cosa con ella también pondría en peligro su vida.

—Es complicado —suspiro finalmente, apoyando la mejilla en la palma de la mano—. Creo que debería buscar trabajo en alguna granja en medio de ninguna parte.

Shelby me da unas palmaditas en la mejilla. —Cariño, eres demasiado joven para tener una crisis existencial. Ve a comer pastel. Hay unos trozos sobrantes en la nevera.

—Prefiero tener mi crisis existencial, gracias. —Vuelvo a centrar mi atención en la pantalla.

Se apoya en el mango de la fregona. —¿De verdad tienes tantas ganas de irte? ¿Alguien te ha dicho algo?

—No me siento muy segura...

Como siempre, Shelby llega a la peor conclusión posible. —Oh, Dios. ¿No me digas que tienes usureros persiguiéndote?

Segura no es la palabra adecuada.

—Por supuesto que n...

Antes de que pueda negar nada, se abre la puerta. Son casi las nueve de la noche. Estamos a punto de cerrar en media hora, y es muy raro tener un cliente a estas horas. En cuanto levanto la vista, se me tuerce la cara en una mueca.

Robert Montgomery.

¿No había sido suficiente que arruinara mis últimos dos días? ¿Por qué seguía apareciendo todo el tiempo?

—Estamos cerrados —digo con firmeza.

Mira por encima del hombro la inscripción de nuestra puerta, parece divertido.

—Eso dice que está abierto.

—Bueno, nuestra cocina está cerrada.

—Charlo... —Shelby empieza, sabiendo que estoy mintiendo, pero la corto bruscamente.

—De hecho, también acaban de desenchufar las máquinas de café, así que sería mejor que te fueras.

En lugar de ofenderse y marcharse, el alfa se desliza hasta el asiento de enfrente.

—Entonces te llevaré a comer algo. Nos dará tiempo para hablar.

Aprieto los labios formando una línea fina y dura. —No tengo nada que decirte.

Shelby se acerca lentamente hacia nosotros, queriendo escuchar. La miro.

—¿Podemos tener un momento, Shelby?

Suspirando decepcionada, la mujer dice—: Estaré en la cocina si me necesitas.

En cuanto sale de mi alcance, frunzo el ceño. —Mira, ya estoy buscando trabajo, ¿vale? En cuanto encuentre uno, estaré fuera de tu territorio.

—No he venido aquí por eso. —Robert Montgomery me estudia, con expresión tranquila. Sin embargo, hay algo detrás de sus ojos que me tiene en vilo.

—¿Qué quieres, entonces?

—Tu apellido, ¿cuál es?

Mis dedos se clavan en la palma de mi mano. Todo el mundo sabe de la mala sangre entre mi familia y las manadas Montgomery y Wolfguard. Aunque ya no forme parte de mi clan, no puedo escapar de los susurros y los rumores.

Revelar quién soy va a ser nada menos que una sentencia de muerte.

—Beaumont —miento. Aunque, para ser justos, es mi nombre legal.

—Ese es tu nombre falso.

—¿Perdona? —Le miro fijamente—. Está en mi partida de nacimiento.

—Sí. —Robert no parece muy impresionado mientras se cruza de brazos—. Qué extraño que tus padres no existan entonces. He investigado a fondo tus antecedentes, Charlotte. Tus padres no existen. De hecho, no hay ningún registro tuyo, aparte de ese único certificado de nacimiento, anterior a los catorce años. Lo que también me intriga es que ninguno de los dos clanes de vampiros de Portland tiene ningún niño registrado a tu nombre. No hay ninguna niña o mujer con el nombre Charlotte dentro de tu rango de edad en ninguno de esos clanes. Así que, ¿por qué no vuelves a pensar en mi pregunta?

Sus palabras me cogen por sorpresa.

Si hubiera mirado en el registro de mi clan, habría encontrado mi nombre de pila, junto con mi fecha de nacimiento.

Todos los seres sobrenaturales tienen que registrar a sus familias. Es una forma de llevar un registro de todos. La información es fácilmente accesible. Eliminar a alguien del registro es una larga molestia y muy rara vez se hace. Han pasado ocho años, pero el shock de su revelación me deja tambaleándome.

Me expulsaron desde el registro.

La idea me aturde y se me aprieta el pecho de la emoción.

Nunca pensé que mi padre fuera a dar un paso más y me eliminara del registro familiar. Para el clan Nelo, básicamente ya no existo, ni he existido nunca.

Siento que los ojos me arden de lágrimas y bajo la mirada.

Inútil.

Así me llamaba mi padre cuando me arrastraba del brazo, con mis hermanos mirando y sonriendo.

“¡Eres una desgracia para esta familia!”

Me arrojó fuera del territorio del clan como si no fuera más que basura.

Debe haberme despreciado mucho para haber borrado toda mi existencia del clan.

—¿Charlotte?

La voz de Robert suena preocupada y levanto la vista.

—¿Qué? —Me limpio los ojos furiosamente—. No te rindes, ¿verdad? ¿Quieres saber la verdad? Mi familia no me quería, ¿vale? Soy un defecto. ¡Soy una vampira defectuosa! Si fueron y me borraron del registro familiar, está claro que ya no tienen nada que ver conmigo. No tengo un clan. No tengo familia. No tengo a nadie. Así que... —se me quiebra la voz—, ¡déjame en paz! Sólo quiero que me dejen en paz. —Me pongo en pie, con el corazón palpitante por un dolor que nunca ha muerto del todo—. Si quieres librarte de mí, mátame. Deja de destrozar la vida que intento construirme.

Giro sobre mis talones y corro hacia la trastienda.

Puede atraparme fácilmente si lo desea, pero no lo hace.

Paso corriendo junto a una sorprendida Shelby, entro en el almacén y, cerrando la puerta tras de mí, me hundo en el suelo, tratando de regular la respiración. Siento cómo se acerca el ataque de pánico; me cuesta pensar, me cuesta respirar más allá de la asfixia que me está estrangulando.

Nunca fui suficiente.

Para mi padre, para mis hermanos, para mi clan, nunca fui suficiente. Y, por mucho que trabaje, por muchos planes que haga para el futuro, el recuerdo constante de lo poco deseada que soy nunca deja de cernirse sobre mi cabeza. Siento que el corazón se me va a salir del pecho, me late tan dolorosamente fuerte.

Al igual que las manadas son importantes para los lobos cambiaformas, los vampiros prosperan en sus clanes. Sin un clan, no somos nada. Me siento como nada la mayor parte del tiempo. A veces, cuando me miro en el espejo, quiero romper el reflejo. Quiero odiar a la mujer de aspecto cansado que me devuelve la mirada.

¿Por qué nadie me quiere?

La niña de catorce años se hacía esa pregunta una y otra vez mientras vagaba por la ciudad,

temblando, con el corazón roto. La mujer de veintidós años en la que me he convertido sigue haciéndose esta pregunta.

He trabajado en varios sitios, pero este, este café, y el refugio en el que soy voluntaria, me ayudaron a encontrar mi sitio. Esta pequeña cafetería, la gente que trabaja aquí, me han dado un lugar al que pertenecer. Puede que, para Shelby y Jazz, e incluso para Gina, este lugar no sea más que otro trabajo, pero para mí es estabilidad. Nunca había tenido eso antes. He encontrado gente que considero amigos, algo que siempre he querido. No es mucho, pero me da algo de paz. Y ahora... ahora, me veo obligada a dejarlo todo otra vez.

Me limpio los ojos y llaman a la puerta.

—Charlotte, cariño, ¿estás bien? —Shelby suena molesta—. Por favor, abre la puerta.

—Estoy bien —digo, tratando de respirar a través del pánico—. Dame un minuto.

Silencio desde el otro lado, y entonces Shelby dice—: Tu novio se ha ido.

Una carcajada ahogada sale de mi boca. Lo absurdo de sus palabras me hace reír y llorar al mismo tiempo.

Ayuda.

Me aprieto la frente con el borde de la palma de la mano y en mis labios se dibuja ahora una pequeña sonrisa sin gracia. A veces me siento como un barco roto a la deriva en un vasto océano, sin ancla. Sólo floto, tratando de encontrar un lugar donde aterrizar.

Me pongo en pie y abro la puerta.

La cara de preocupación de Shelby es lo primero que veo.

—¡Le eché! —dice ferozmente—. Le dije que se llevara su actitud con él. Si te vuelve a molestar, te daré spray de pimienta para que lo uses.

—Gracias, Shelby, pero no es mi novio.

—¿No lo es? —No parece muy convencida—. ¿Estás segura? Porque vi la forma en que te miraba...

Le sacudo la cabeza. —Créeme. No soy más que un inconveniente para él.

La mujer mayor me lanza una mirada preocupada y luego dice, despacio—: Pero te sigue molestando, ¿no? —No espera respuesta y añade—: Mi hermana y mi sobrino tienen una granja en Washington. Si quieres, puedo hablar con ellos sobre un trabajo. El problema es que está un poco aislado. El pueblo más cercano está a media hora en coche.

Levanto la cabeza—: ¿En serio?

Eso podría funcionar.

Shelby parece un poco sorprendida por mi aparente entusiasmo. —¿Quieres que hable con ella?

—¿Lo harás?

Suspira y me pone una mano en el hombro. —Eres una buena chica, Charlotte. Ojalá no te hubieras dejado atrapar por esos usureros. Siempre les digo a mis hijos: nunca pidan prestado dinero que no sea de un banco. Pero ustedes son jóvenes y testarudos.

A estas alturas, ni siquiera quiero corregirla.

Robert se ha ido de verdad cuando me dirijo a la entrada de la cafetería. Pero debajo de mi portátil ha dejado su tarjeta. La miro fijamente.

¿Cree que voy a llamarle?

¿Qué es esto, una entrevista?

Arrugo la tarjeta, pero antes de tirarla a la basura, oigo sonar mi teléfono.

Es Ricky.

Hoy no tengo que ir al refugio, así que me pregunto qué querrá.

Me acerco el teléfono a la oreja, con la voz un poco rasposa. —Hola, Ricky. ¿Va todo bien?

—Charlotte, ¿puedes venir a cubrirme un par de horas hoy? Tengo que ocuparme de unos asuntos familiares. Es urgente. Lo intenté con Estelle, pero no contesta.

Estelle es la veterinaria que trabaja por las mañanas y por las tardes.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto inquieta.

—No lo sé —admite, sonando tenso—. Puede que sea por la mañana antes de que vuelva.

Gimo para mis adentros. —Vale, pero Ricky, Mano está sola en casa. Y yo estaba a punto de ir a casa con ella...

—Tráela contigo. Te pagaré. No puedo dejar el refugio desatendido.

Suspiro. —Vale, de acuerdo.

—Mira, te reservaré un taxi. Te recogerá en tu lugar de trabajo, puedes ir a buscar a tu gata y luego te dejará aquí.

Arrugo la frente. La situación debe de ser muy mala para que pida un taxi.

—Vale, no te preocupes.

En cuanto termino la llamada, me meto distraídamente la tarjeta arrugada en el bolsillo y miro a Shelby. —Voy a terminar de limpiar las mesas. ¿Te importa cerrar esta noche? Me necesitan en el refugio de animales.

—¡Por supuesto! —Shelby parece demasiado aliviada, por alguna razón.

Ricky sabe dónde trabajo porque a veces le llevo café gratis y sobras de nuestra sección de panadería. Estoy secando las cafeteras cuando llega el taxi.

—¡Me voy, Shelby! —Grito.

En respuesta, la mujer mayor sale corriendo de la cocina con una bolsa en la mano. —Toma. Nos ha sobrado mucho.

El olor de los bollos de ternera me hace la boca agua. Shelby ha hecho un esfuerzo extra y me los ha calentado.

—Eres la mejor, Shelby. —Le sonrío, sintiéndome mucho mejor.

Cojo mis cosas y me dirijo al taxi que me espera fuera. Afortunadamente, no hay mucho que empaquetar para cuando llegue a mi apartamento. Meto el pijama y una camisa en la bolsa. Ricky me espera fuera del refugio cuando por fin llega el taxi, con los brazos cruzados y la

ansiedad irradiando por todos sus poros.

—Estás aquí —Parece aliviado—. Lo siento, el bebé de mi hermana. No está bien. Ambos están hospitalizados, así que tengo que irme.

Mis ojos se abren de golpe. —Espera, ¿qué?

—¡Tengo que irme! —Se sube al taxi—. ¡Gracias por esto!

Veo alejarse el coche, desconcertada y preocupada al mismo tiempo.

No sé mucho sobre Ricky, excepto que es el dueño de este refugio. Ha mencionado a su hermana un par de veces, pero nunca la he conocido.

Espero que todo salga bien.

Llevo la jaula de Mano, entro y cierro la puerta. Ricky ha dejado una nota para mí en la recepción.

Charlotte,

Todo está hecho. Los animales están descansando. Sólo tienes que alimentar a los gatitos de acuerdo a su horario. Acabo de darles de comer. Te he dejado un colchón plegable en el despacho de atrás por si quieres dormir.

Lo siento, y gracias,

Ricky

Con una pequeña sonrisa en los labios, dejo la nota y me dirijo al baño para ponerme el pijama, no sin antes abrir la jaula de Mano. Ha estado aquí muchas veces; salta y explora la oficina, olfateando. Me recojo el pelo en un moño desordenado y, más relajada con el pijama suelto, compruebo la nevera de la cocina. Siempre está llena porque a Ricky le gusta comer por la noche. Me sirvo un vaso de leche y lo caliento antes de echar un vistazo a todos los bollos que me ha traído Shelby.

Elijo un bollo de carne y un bocadillo de pizza. Sentada en el despacho de atrás, ceno, intentando no pensar en los acontecimientos de hoy. Ahora que me he distraído lo suficiente, mi pesimismo empieza a desvanecerse. Lo superaré. Siempre lo hago. No dejaré que un arrogante alfa me

arruine el humor o la vida. Además, no será lo peor abandonar realmente esta ciudad. Y ni siquiera tengo que vender el apartamento. Puedo simplemente alquilarlo. Además, si puedo conseguir un trabajo en algún rancho o granja, a Mano le encantaría la libertad.

Sintiéndome un poco más animada, resoplo. Robert Montgomery se puede ir a la mierda. Que me guste cómo sonríe no significa que sea menos imbécil. Le salvé la vida y me lo paga intentando echarme de Portland. Si supiera que fui yo quien le salvó la vida, me pregunto si cantaría la misma canción.

Mi expresión se ensombrece.

No es que pueda decírselo. No quiero ser arrastrada a esta guerra entre las dos especies.

Recojo el plato y el vaso sucios y los lavo en el fregadero, con la mente en blanco. Angie me advirtió de que mi futuro era incierto. Parecía estar segura de que algo malo iba a ocurrir pronto en Portland y que yo me vería envuelta en ello de alguna manera.

Quizá sea mejor que me vaya ahora. Ahora es tan buen momento como cualquier otro. No tengo mucha experiencia, aparte de ser camarera y trabajar en cafeterías como barista. Tal vez debería intentar trabajar en una granja. Puede que incluso se me dé bien.

Mis labios se curvan mientras me río de mí misma. La imagen de mí misma en mono de trabajo, transportando una paca de heno, es ridícula incluso en mi propia imaginación y muy probablemente exagerada. Aunque probablemente debería investigar qué tipo de trabajos hay disponibles en una granja.

Mientras dejo los platos a un lado para que se sequen, siento que mi corazón se aligera.

Siempre he sido adaptable. Era la única forma de sobrevivir después de que me echaran de casa a una edad tan vulnerable. Tuve que protegerme contra todo tipo de depredadores con rostro humano. Pero, bajo el dolor y el miedo, había un deseo desesperado de vivir, de sobrevivir.

Enrosco las manos en el borde del lavabo de mármol y aprieto los labios con determinación.

Voy a estar bien.

Capearé esta tormenta como he hecho con las anteriores.

Al oír ladrar a uno de los perros desde la otra habitación, me limpio las manos en una toalla y me

dirijo a la fuente del sonido. Uno de los perros más jóvenes, un labrador de seis meses, escarba frenéticamente en su jaula y ladra. Me doy cuenta de que necesita salir, cojo la correa y abro la jaula. Se abalanza hacia la puerta que da al patio, pero le agarro y le sujeto la correa al collar.

Una vez fuera, le acerco a uno de los árboles y le dejo hacer sus necesidades.

Cuando termina, gira la cabeza hacia un lado y veo pasar una raya. Tardo menos de un segundo en darme cuenta de lo que es y se me sube el corazón a la garganta de puro pánico.

—¡Mano!

¡Maldita sea! ¡Debo haber dejado la puerta abierta!

No me escucha, ya está trepando por el árbol, ansiosa por explorar.

—¡Mano, no! —Tengo una mano en la correa, el cachorro ladra como un loco, mientras mi aventurera tuerta contempla lo alto de la valla.

Empiezo rápidamente a atar la correa del perro al tronco del árbol cuando veo saltar a Mano. Un sonido estrangulado sale de mi garganta mientras vuela justo por encima de la valla de madera.

No tengo tiempo que perder.

Aunque Mano es principalmente una gata de interior, la saco a paseartanto que no le asusta estar fuera. Nunca la he dejado salir sola. Pero como no es la primera vez que sale, no tendrá miedo. Su instinto no será esconderse debajo de un coche. Irá a explorar.

Sujeto al perro, me subo al árbol y salto. Mis reflejos son ágiles y aterrizo en el borde de la valla. Deslizándome hasta el suelo de cemento del otro lado, empiezo a gritar—: ¡Mano! Mano, ven aquí.

Sin embargo, Mano no responde.

He trabajado en este refugio el tiempo suficiente para saber lo que les pasa a los gatos de interior que se escapan.

—¡Mano! —Se me quiebra la voz mientras corro calle abajo, con las lágrimas quemándome los ojos, el corazón latiéndome tan fuerte contra la caja torácica que parece que se me va a salir.

—Mano, ¡vuelve! —Tengo la cara mojada mientras me detengo tambaleándome, mirando arriba y abajo por la calle. No la veo por ninguna parte. Me pesan el miedo y la pena.

—¿Qué hago? —Las palabras se me atascan en un sollozo entrecortado—. ¡Mano!

Pero no hay rastro de ella por ninguna parte.

No soy una llorona, pero me quedo allí, en medio de la calle vacía, con lágrimas corriéndome por la cara. Siento como si todo mi mundo se hubiera oscurecido de repente.

No puedo perder a Mano. Ella es mi única familia.

—¡Mano! —El sonido es un gemido miserable. No sé hacia dónde dirigirme. ¿Por dónde empiezo a buscar?

—Charlotte. —Una voz tranquila procedente de detrás de mí me hace girarme y veo a Robert Montgomery de pie, con expresión extraña.

En sus brazos, sostiene a Mano.

Capítulo 6

Robert Montgomery

Lo poco que conseguí averiguar sobre Charlotte Beaumont, pude verificarlo. Fue a un instituto local de Portland, pero se matriculó a los quince años. Nunca se matriculó en la universidad, a pesar de sus notables calificaciones. En lugar de eso, hizo trabajos esporádicos. Parecía como si no tuviera dinero e intentara ganarse la vida.

Muy extraño para una vampira. Más aún para una de quince años.

Los clanes de vampiros se enorgullecen de sus hijos. Me pareció desconcertante que una de ellos hubiera tenido problemas a una edad tan temprana y nadie pareciera haber intervenido. Seguí su rastro hasta un refugio para mujeres. No pude ponerme en contacto con la persona que lo dirigía en aquella época, pero sus registros me confirmaron que una tal Charlotte vivió con ellos durante un tiempo. La persona no pudo encontrar mucha información sobre ella, pero recordaba el pelo rojo y los ojos verdes de Charlotte.

Ha trabajado en establecimientos de propiedad humana desde que puedo rastrearla. Incluso tengo sus finanzas. Tiene algunos ahorros decentes, pero nada que indique que es una espía de algún tipo. Todo lo que he descubierto sobre ella muestra que ha estado viviendo como una humana, entre humanos.

Pero ¿por qué?

¿Por qué una vampira vive así?

Mi familia no me quería, ¿vale? ¡Soy una vampira defectuosa!

Me siento tonto por no haber sido capaz de sumar dos más dos. Sabía que los vampiros se enorgullecen de su fuerza. No toleran a los débiles, ni siquiera en sus propias filas. Pero nunca había oído hablar de un clan que exiliara a una niña, porque eso es lo que era Charlotte cuando llegó al refugio.

No me di cuenta de muchas cosas.

El hecho de que no la encontrara en ninguno de los registros significaba que su nombre había sido eliminado. Sólo un tutor legal puede hacerlo.

Ella no lo sabía.

La expresión de asombro en sus ojos cuando llegó a esa conclusión, me hizo sentir como un monstruo. Tenía lágrimas en esos bonitos ojos, una devastación que yo le provoqué. Hizo que mi lobo se sintiera miserable.

Me hizo sentir arrepentido por no haber mostrado tacto.

Sabía que no era una amenaza cuando entré en la cafetería esta noche. Conocía hasta cierto punto su pasado; simplemente quería saber el nombre de su clan. No se me había ocurrido que la hubieran echado, que no perteneciera a ningún sitio.

Aparco el coche a un lado de la carretera y salgo.

Es tarde, pero aún no estoy listo para dormir. Aparte de la guapa vampiresa a la que le he roto el corazón hoy, tengo otras cosas que me preocupan. Para ser más preciso, el hecho de que nadie parezca recordar dónde vino Harry a recogerme y dónde vino el equipo de limpieza a instalar la nueva puerta me está poniendo nervioso. Empiezo a inclinarme cada vez más por la idea de una bruja o brujo en Portland.

Tanto las brujas como los brujos practican la magia, pero las brujas lo hacen utilizando la naturaleza, mientras que los brujos supuestamente obtienen el poder de algo mucho más siniestro. Ambos fueron expulsados hace siglos, mucho antes de mi época, y desde que se instauró el registro de todos los seres sobrenaturales, los que se habían quedado o habían regresado en algún momento se encontraron en el punto de mira de vampiros o cambiaformas demasiado ambiciosos. Son una minoría incluso en otras partes del mundo.

Cierro la puerta del coche y miro a mi alrededor. He aparcado a la vuelta de la esquina de donde me atacaron. Sigo sin recordar casi nada de aquella noche, pero tendría sentido que me dirigiera a la calle más cercana. La única forma de averiguarlo es echar un vistazo a la zona, que es una mezcla de casas y tiendas.

Mientras me dirijo hacia esa calle, veo una gata atigrada que se pasea hacia mí. Tiene un collar alrededor del cuello y solo le funciona un ojo.

Cuando se acerca a mí, me detengo. —Bueno, hola.

Ronronea entre mis piernas.

—¿No eres simpática? —La cojo y se acomoda en mis brazos sin protestar—. ¿Dónde está tu dueño?

La gata suelta un maullido y se frota alegremente contra mi cuello.

Miro en dirección a la calle hacia la que me dirigía y decido llevarme a mi pequeña compañera. Lo más probable es que se haya escapado de algún lugar de por allí. Cuando empiezo a andar, oigo a alguien gritar.

—¡Mano!

La voz me resulta muy familiar. Estamos en una calle larga y sinuosa, con bosques a un lado y tiendas y casas al otro.

—Mano, ¡vuelve!

Siento que la gata se inquieta en mis brazos a medida que nos acercamos a la voz.

—Tú debes de ser Mano, entonces —murmuro, mirándola—. Gatita mala. Has disgustado a tu dueña.

—¡Mano!

El desgarro de ese grito hace aullar a mi lobo. Sin darme cuenta, acelero, la desesperación de la llamada me aprieta el corazón. En las curvas de la carretera, veo a una mujer de pie en medio de la calle, con un pijama que solo un niño llevaría de buena gana, el pelo rojo recogido en un moño que no tiene nada que hacer contra esos rizos salvajes y sueltos suyos.

Charlotte.

No me extraña que esa voz me resultara familiar.

No me sorprende que mi lobo reaccionara. Siempre lo hace con ella.

Está llorando. Puedo oler la sal de sus lágrimas desde aquí.

Por un momento, me quedo mirándola, mientras la gata se retuerce en mis brazos.

Todo su cuerpo tiembla mientras solloza el nombre de la gata una y otra vez.

No me gusta.

No me gusta el sonido de esos sollozos entrecortados.

—Charlotte.

Se da la vuelta y sus bonitos ojos verdes están enrojecidos, con una devastación evidente. Tiene la cara bañada en lágrimas y le tiendo ala gata, que maúlla desesperada. He encontrado a tu gata en la calle principal.

—Mano —murmura antes de lanzarse hacia mí y arrebatarme de las manos a la felina atigrada —. ¡Pensé que te había perdido!

La gata no rehúye su abrazo y veo cómo los dedos de Charlotte se clavan en su pelaje. Intenta controlar las lágrimas y me cuesta resistir las ganas de consolarla.

Le doy un par de minutos y la estudio mientras tanto. No hay nada frío ni manipulador en esta mujer. Lleva el corazón al descubierto. La forma en que llora por su gata desaparecida me afecta. Sé que son lágrimas de alivio, pero hay algo increíblemente inocente en Charlotte que me toca la fibra sensible.

Cuando levanta la vista, se limpia los ojos con una mano. —Gracias por encontrarla y traerla de vuelta.

—Por supuesto. —Le sonrío cálidamente. Mis ojos vuelven a fijarse en su ropa. Es infantilmente entrañable, y sonrío—. Me gusta el pijama.

Baja la mirada y sus mejillas se sonrojan al instante. Al ver cómo el color se extiende por su pálida piel, me dan más ganas de provocarla. Desde nuestro primer encuentro, me pareció hermosa. El hecho de que sea una de esas chupasangres no ha hecho nada para disminuir esa atracción. Incluso cuando empecé a desconfiar de ella, no podía negar cómo su presencia me hacía querer admirar su belleza. Y ahora, mientras me mira, moqueando, con las mejillas enrojecidas por la vergüenza y la mortificación, encuentro que mi mirada se dirige a esos labios carnosos. No hay nada elegante ni sofisticado en ella en este momento y, sin embargo, sólo puedo pensar en lo guapa que está.

—No pensé que me encontraría con nadie. —Sostiene a la gata más cerca de su pecho—. Especialmente no a ti.

—Tú no vives aquí. —Miro a mi alrededor, confirmando mi corazonada.

Me mira con cautela. —Podría.

—Ya sé tu dirección, pequeña vampira.

Cuando se pone rígida, enarco una ceja. —¿No recuerdas que hice una búsqueda de tus antecedentes?

Sus hombros caen derrotados. —Mira, voy a encontrar otro trabajo, ¿de acuerdo? Pronto dejaré de molestarte.

Sería ideal que lo hiciera. Sólo porque parezca un pato y grazne como un pato, no siempre significa que sea un pato. Puede que Charlotte no parezca una amenaza, pero, si se fuera, la más mínima posibilidad de que lo fuera desaparecería.

—No tienes que dejar tu trabajo. —Me meto las manos en los bolsillos, sabiendo que no debería decir esto—. Puedes trabajar en mi territorio y vivir aquí. No pasa nada.

Me mira. —¿Puedes darme eso por escrito?

Una carcajada sale de mi boca. —Claro.

Asiente bruscamente, pero veo alivio en sus ojos. —Gracias. Por encontrar a Mano. No sé cómo pagarte.

—¿Qué tal si me invitas a cenar?

Sus labios se entreabren y se esfuerza por decir algo antes de mirar a un lado, hacia el refugio de animales. —Estoy de servicio esta noche. No puedo irme.

—Entonces podemos pedir algo.

Parece que no se le ocurre una excusa razonable para negarse y finalmente dice—: Supongo. Claro.

Realmente no me quiere cerca, y cuanto más se resiste, más deseo invadir su espacio. La sigo al

interior. En el pequeño vestíbulo me doy cuenta de que es un lugar caro. Extraño para un refugio.

—Tengo que traer al perro. Espera aquí. ¿Puedes sostener a Mano? Asegúrate de que no me siga.

Me deja a la gata en los brazos y se va corriendo a la parte trasera del edificio. Oigo abrirse una puerta y luego un quejido. Momentos después, la puerta se cierra y se oye el traqueteo de la puerta de una jaula. La dulce voz de Charlotte murmura disculpas al cachorro. Huelo el inconfundible aroma de lo que sólo pueden ser golosinas para perros.

Cuando vuelve, coge inmediatamente a Mano de mis brazos. —Ven aquí, cariño.

Su voz es un suave canturreo. Pestañeo, ese suave sonido hace que el corazón me dé un vuelco. —La quieres de verdad.

Por un momento, siento envidia de la gata, que recibe tan feroz adoración.

—Es todo mi mundo —admite Charlotte, sin mirarme siquiera. Está claro que la gata disfruta de la atención y ronronea ruidosamente.

Las estudio a los dos y pregunto—: ¿Por qué no me dijiste que eras tú quien me había salvado la otra noche?

Charlotte se queda paralizada un momento y luego abre la boca. —No sé qué...

—No te molestes en mentirme —la corto bruscamente—. Fuiste tú. ¿Por qué lo hiciste? Ya me conocías. Debías saber lo que era. ¿Por qué ayudarme?

Se encoge de hombros, parece incómoda, desvía la mirada de mí hacia el animal que tiene en brazos. —¿Por qué te importa? Ya ha pasado todo y no me gusta repetir las cosas.

—Compláceme —insisto, sonriéndole.

Tarda unos minutos en responder, moviendo los dedos por el pelaje de Mano. Interesante táctica.

Evitación.

—Charlotte.

—Ibas a morir si no intervenía —estalla, con expresión inquieta—. No creí que merecieras morir.

—¿Por qué?

—No lo sé. Podía ayudarte, así que lo hice.

Tiene un gran corazón. Esto no es más que una prueba más.

—¿Por qué no me lo dices?

Se encoge de hombros. —No quería que me arrastraran a nada. Además, no me hubieras creído. Una vampira salvando a un lobo cambiaformas. Hasta la idea suena ridícula.

Su razonamiento me sorprende y me mira con dureza. —Vivo entre humanos, como una humana, Sr. Montgomery...

—Robert, por favor —digo rápidamente—. Llámame Robert.

—Bien, pero el caso es que no pertenezco a ningún sitio. No tengo más remedio que vivir entre los humanos. No quiero que me arrastren a esta guerra entre vampiros y cambiaformas. No tengo ningún papel en nada. Sólo atiendo a la gente, les vendo café y luego vengo de voluntaria aquí. Algún día seré veterinaria. Verás, tengo aspiraciones muy humanas. No soy una amenaza para los lobos o los vampiros. Sólo quiero que me dejen en paz.

Su voz es sencilla, pero puedo entender el significado que subyace tras sus palabras.

No pertenezco a ningún sitio.

Ni siquiera entre los humanos, pienso.

Qué existencia tan solitaria.

Le sonrío cariñosamente. —Gracias. Por ayudarme aquella noche.

Se sonroja y vuelve a encogerse de hombros. —Claro, no fue para tanto.

La forma en que su ojo todavía está ligeramente magullado me indica que sufrió mucho para hacerlo. Especialmente cuando claramente no tiene la misma rapidez de curación de su especie.

Lo inteligente sería cerrar este capítulo aquí y marcharme.

Como ella no quiere involucrarse en el mundo sobrenatural, lo mejor para mí sería retirarme y

dejarla con la vida que se está construyendo. Pero mi lobo no quiere irse. Y yo tampoco.

Sigo queriendo preguntarle por su clan, pero ese tema parece ser delicado para ella.

—Entonces, ¿qué pasa con la cena?

Charlotte parece un poco indecisa. —Es fin de mes, así que ahora mismo no tengo mucho dinero. Lo mejor que puedo hacer es pedir comida china. Hay un pequeño sitio de comida para llevar no muy lejos de aquí. Tienen buenos rollitos de huevo.

—Claro. —Arranco a Mano de sus brazos—. Pide tú, entonces.

La gata me olisquea la cara antes de subirse a mi hombro y estirarse.

Veo a Charlotte hacer el pedido y mi mente se llena de cientos de preguntas, ninguna de las cuales puedo hacerle ahora mismo. Es tan joven, tiene poco más de veinte años. Seguro que un hombre de treinta y tantos es aburrido para ella, pero no puedo convencerme de que me vaya. Incluso con su tonto pijama, es adorable. Creo que nunca me cansaré de mirar a esta mujer.

Mientras miro fijamente a Charlotte mientras habla con el restaurante por teléfono, me doy cuenta de que nunca he deseado a nadie como deseo a esta mujer. Todo dentro de mí, incluido mi lobo, quiere poseer a esta hermosa criatura, y la fuerza de este deseo me asusta. Desde el momento en que puse mis ojos en ella, estoy fascinado. Sabía lo que era entonces, y sé lo que es ahora, pero no importa.

Debe ser una respuesta puramente física. ¿Por qué me sentiría atraído por una vampira? No tiene sentido. Mi especie puede dormir con los de fuera de nuestra especie, pero nuestros lobos se sienten atraídos por nuestras compañeras, ya sean predestinadas o elegidas por nuestros animales. No puedo entender el deseo de mi lobo de estar cerca de esta pequeña vampira.

He visto muchas mujeres hermosas en mi vida. Desde que soy el alfa, especialmente en estos días, no hay escasez de mujeres que se me tiren encima. Y, sin embargo, mis ojos siguen dirigiéndose a esta pequeña camarera con su gata tuerta, su pijama infantil y su pelo rebelde. Sigo observando su cara, cómo se mueven sus labios, cómo brillan sus ojos.

Me he sentido atraído por mujeres antes, pero nunca así.

Una vocecita en mi cabeza me dice que me vaya. Me advierte que no sea egoísta, que no sea tonto. Charlotte no quiere ser arrastrada al mundo de los Otros y las cicatrices de mi cara actúan

ya como repelente contra las mujeres.

Mis labios se curvan en una sonrisa de autodesprecio. Charlotte no me mira y ve a un hombre deseable. Debe ver a un alfa con una cara aterradora y fea.

Pero, el hecho de que esos ojos suyos no contengan el más mínimo desdén, me desconcierta e intriga a la vez. Me hace querer quedarme. El niño que llevo dentro y que ha sido rechazado durante tanto tiempo se pregunta cuándo verá ese asco.

—Entonces, ¿trabajas aquí?

—Me ofrezco voluntaria —responde ella, colgando el teléfono.

—¿No te pagan entonces? —La estudio, meditando algo—. ¿Por qué lo haces? Dudo que sea un trabajo fácil.

La cautela en sus ojos es inconfundible. —Me gustan los animales. Estoy ahorrando para ir a la facultad de veterinaria.

—Tú lo mencionaste. ¿Una veterinaria vampira? —Me río entre dientes.

Cuando sus ojos se entrecierran, cierro la boca al instante, arrepentido. —No quería...

—¿Qué tiene eso de raro? —Parece enfadada.

—Nada, es sólo que...

—Soy muy buena con los animales, ¡y he ayudado a Ricky con muchas de sus cirugías!

—¿Quién es Ricky?

—Dirige este refugio —me dispara Charlotte—, y es muy buen veterinario. Me ayudará con el examen de ingreso cuando acabe los cursos de prerrequisito.

—¿Tú también eres estudiante? —Parpadeo sorprendido.

—Voy a matricularme en la universidad comunitaria el próximo semestre — Charlotte me fulmina con la mirada.

Disfruto con la muestra de mal genio. —Bien por ti.

Parece un poco desconcertada por mis ánimos y la expresión de su cara me hace preguntarle—: ¿Qué?

—N-Nada. —Intenta mover los brazos encogiéndose de hombros—. No suelo recibir esa respuesta.

—¿Qué tipo de respuesta suele obtener?

Charlotte parece reacia a contestar, pero lo hace. —Que apunto demasiado alto. Una vez camarera, siempre camarera.

El enfado se agita en mi interior. —¿Qué tontería es esa? No me digas que te lo han dicho tus colegas de la cafetería. Parece que les caes bien.

Se ríe ligeramente, como si la sola idea fuera ridícula. —Ellos no. Nunca se los he dicho.

No ofrece más información y se sienta detrás del mostrador. —De todos modos, seré veterinaria. Tengo un plan. Soy muy buena planificando.

Su confianza es entrañable y sonrío. —Apuesto a que sí.

Levanta la cabeza. —No hay necesidad de que seas condescendiente.

—No lo soy —protesto con una risita, levantándome y acercándole la gata —. Creo de verdad que se te da bien planificar. Después de todo, has sobrevivido sin clan todos estos años. No puede haber sido una hazaña fácil.

Charlotte me quita a Mano, pero la gata no parece dispuesta a volver con su dueña. En lugar de eso, salta al suelo y, con la cola en alto, se aleja. Intento cogerla de nuevo, pero Charlotte niega con la cabeza. —No pasa nada. Todas las puertas están cerradas. Probablemente vaya a la oficina de atrás a echar una siesta.

Ahora estamos los dos solos y el silencio que se hace entre nosotros es incómodo.

—Entonces... —empiezo, pero Charlotte me interrumpe.

—¿De verdad vas a dejarme en paz ahora?

Parpadeo lentamente. —¿Es eso lo que quieres?

Sus dedos tiran de los hilos de su camisa. —Te lo dije, no quiero involucrarme.

Asiento con la cabeza. —Lo comprendo. Puedo garantizarte que ninguno de los míos te molestará. Me aseguraré de que sepan que tienes permiso para trabajar y vivir en mi territorio.

Charlotte parece aliviada y me dedica una leve sonrisa. —Gracias.

—Eso no significa que no vayas a verme de vez en cuando —digo sonriendo—. Es la cafetería más cercana a mi oficina. Y me gustan los pasteles y el café.

—Supongo que está bien. —Me dedica otra pequeña sonrisa.

Una repentina ráfaga de ladridos nos hace mirar hacia la parte trasera del refugio. Charlotte se levanta de un salto y corre hacia la fuente del sonido. La sigo. Enciende un par de luces tenues en el techo de la habitación más alejada de la parte trasera, dejando ver una hilera de jaulas. Los ladridos parecen proceder de una jaula situada en un rincón y, tras abrirla, Charlotte saca un cachorro pequeño.

—Ahí, ahí, Zeno. Buen chico.

El cachorro parece ser de raza mixta.

—¿Qué edad tiene? —pregunto con curiosidad, viéndola acariciar al perrito tembloroso.

—Un par de meses. Un adolescente lo encontró a un lado de la carretera y lo trajo la semana pasada. Estamos intentando encontrarle un hogar, pero tiene ansiedad. No sé si alguien lo adoptará. No ayuda que sea mestizo. La gente prefiere razas puras o prominentes. Estos pequeños se cuelan por las rendijas. —Su mano acaricia la cabeza del ansioso cachorro y su voz es triste, un poco melancólica—. Nadie te quiere, ¿verdad, Zeno?

Al verla apretar un beso en la parte superior de la cabeza del tembloroso cachorro, siento una extraña agitación dentro de mi corazón. —¿Qué le va a pasar?

Charlotte me mira, con una gran tristeza en sus ojos. —No lo sé. Gracias a Dios que no somos un refugio de animales. Hacemos todo lo posible para que lo adopten. No voy a pensar en lo que le pasará en el futuro. Sólo voy a hacer lo que pueda para asegurarme de que tenga un buen hogar para siempre.

Le tiendo el dedo al cachorro, que lo olisquea. De repente, su colita empieza a moverse.

—Él sabe que eres un alfa —Se da cuenta Charlotte—. Se siente seguro a tu lado.

Es bastante mono, pienso. Pregunto—: ¿Puedo?

Me deja cogerle en brazos. Zeno se muere de ganas de saltar a mis brazos y empezar a lamerme la cara, con su cola golpeando contra mi brazo.

Charlotte sonríe ampliamente cuando la miro; sus ojos están fijos en el cachorro.

—Es la primera vez que se comporta así. Normalmente es muy dócil. No puedo creer que le gustes.

Parece que no sólo el cachorro ha empezado a bajar la guardia conmigo.

Complacido, le acaricio la cabeza. —¿Cómo se cuida a uno de estos?

—No es tan difícil —me dice Charlotte—. Si tienes un patio trasero, estupendo. Si no, hay que sacarlo para que haga sus necesidades. Llévalo al veterinario cada dos meses, dale comida y agua y mucha atención.

Zenón gimotea y me lame la barbilla mientras le froto la cabeza. —¿Qué necesitaría? ¿Una cama o algo así para él?

—Sí, tendrías que conseguirle su propia cama, algunos juguetes para masticar, una correa... Espera. —Charlotte se detiene en seco y me mira perpleja—. ¿Planeas adoptar a Zeno?

Le rasco al cachorro bajo la barbilla. —Si nadie lo quiere, no me importa llevármelo. Pero, claro, como no tengo ni idea de cuidar a un cachorro, tendré que pedirte ayuda. Eso no será un problema, ¿verdad?

—No —responde al cabo de un momento—. Pero si quieres adoptarlo, tengo que rellenar el papeleo, y Ricky tiene que hacerle otro chequeo a Zeno antes de que podamos entregártelo.

Parece bastante feliz, y saber que lo más probable es que este cachorrito vaya a masticar la mayoría de mis muebles no parece tan malo ante esa brillante sonrisa en este momento.

Mientras Charlotte me quita a Zeno y lo devuelve a su jaula con unas golosinas, mis ojos se desvían hacia ella. Tiene un corazón blando, más blando de lo normal en su especie o incluso en los cambiaformas. También es innegablemente fuerte, dadas las circunstancias que claramente ha

superado. Debería seguir desconfiando de mí, pero parece haber perdonado mi intrusión en su vida con bastante facilidad.

Me preocupa.

¿Cómo va a sobrevivir así? A mis ojos, es poco más que una gatita indefensa, que sisea al mundo cuando éste la acorrala. Aunque dudo que le gustase esa descripción de ella. También tiene orgullo.

Oigo el débil sonido de pasos en el frente. —Creo que el repartidor está aquí.

Charlotte parece sorprendida. —¿Ya está aquí?

¿No puede oírle?

Ahora que lo pienso, no sé exactamente por qué su clan la consideraba defectuosa. Su curación es lenta, seguro. ¿Pero qué más?

—Le oí llamar —miento—. Tú termina aquí y yo iré a por la comida.

Ya estoy buscando mi cartera.

Cuando llego a la oficina, un adolescente está delante de la puerta de cristal con dos bolsas de plástico llenas de envases de comida. Desbloqueo la puerta y salgo, sin perderme la expresión de fastidio en sus ojos. —¿Cuánto es?

—Veinticuatro dólares, más diez de propina. —El chico deja las bolsas en la calle y extiende la mano expectante.

Levanto una ceja. —¿Por qué no llevas la comida dentro entonces, si quieres esa propina?

—No tengo que hacer una mierda. — Hace una mueca.

Sonrío agradablemente. —Entonces no tengo que pagar una mierda.

—¡Traigo mi cartera! —Charlotte grita mientras sale—. ¡Fred! ¿Cómo está tu brazo?

Fred se sonroja. — Hola, Charlotte. No pasa nada. Fui al médico. Dijo que sólo era un esguince leve. No tienes que preocuparte por mí.

Charlotte parece preocupada. —No deberías llevar nada. Dile a tu padre que no puedes hacer más repartos hasta que se cure el esguince.

Fred parece satisfecho, lanzándome una mirada de suficiencia. —Soy muy fuerte. Y me gusta traerte tus pedidos. Puse una orden extra de albóndigas para ti.

Le susurra la última parte, guiñándole un ojo.

Charlotte le sonríe. —Gracias. ¿Cuánto cuesta el tot...?

—Yo me encargo —la interrumpo, mirando los brazos del chico. No parece que tengan nada malo, nada hinchado en absoluto.

Entrecierro los ojos.

Este mocoso.

Antes de que pueda decir nada, un olor helado llega a mi nariz.

—Charlotte, ¿por qué no llevas esto dentro? —sugiero, manteniendo una voz agradable. Recojo las dos bolsas y se las entrego en la puerta antes de que pueda protestar.

Me mira, pero por suerte no dice nada. Mientras entra, le doy al chico el dinero, incluida la propina. —¿Dónde está exactamente este restaurante?

—Por el camino —mira detrás de mí, probablemente buscando a Charlotte—. Todavía estaba hablando con ella.

—Vete. —Le pongo las manos en los hombros y le hago girar—. Camina.

Resopla, y yo le aconsejo en voz baja—: Si yo fuera tú, echaría a correr, chico. Antes había un perro callejero por aquí. No parecía muy amistoso.

Fred mira a su alrededor con ansiedad. —¿No estarás de broma?

—¿Tengo pinta de bromear contigo? Ahora, vete.

Sale corriendo de allí y yo me paro en medio de la calle, con los ojos fijos en él. Le veo doblar la curva y, un minuto después, oigo el portazo de una puerta. No huelo sangre.

Mi mirada se desplaza.

Puedo sentir los ojos sobre mí.

Alguien está mirando.

Por el olor, es un vampiro.

Capítulo 7

Charlotte Sanguinite

Robert Montgomery es un hombre extraño, muy extraño.

Para ser un alfa, es un poco demasiado fácil de llevar. ¿O será una fachada?

No lo sé.

Sin embargo, es amable conmigo. Me cae bien porque adoptó a Zeno en el acto, simplemente porque quería darle un hogar al perro.

—¿Estás soñando despierta? —Jazz chasquea los dedos delante de mí, haciéndome parpadear.

—¿Qué? —La miro.

—Llevo dos minutos diciendo tu nombre. —Jazz me da un ticket—. Un frappe de chocolate y un cappuccino.

—Lo siento —hago una mueca.

Puedo sentir sus ojos sobre mí mientras me pongo a trabajar. —Estás de un humor extrañamente feliz estos días. ¿Has encontrado novio?

Me ruborizo. —¡No! Uno de los cachorros del refugio en el que soy voluntaria fue adoptado hace tres días.

Jazz parece poco convencida. —¿Estás tan aturdida por eso?

Es sobre todo por eso. Zeno ha encontrado un buen hogar. Los perros mestizos como él no suelen ser adoptados tan fácilmente. Por la forma en que Robert hacía tantas preguntas, sé que cuidará bien del cachorro. Y vi la alegría en los ojos de Zeno. Fue amor a primera vista.

—Déjala en paz —se ríe Gina—. Ya sabes cómo Charlotte ama a sus animales. Aunque, escuché algo interesante de Shelby...

Le paso las bebidas a Jazz. —Toma. Si se trata de usureros, Gina, no tengo a ninguno persiguiéndome. Ya sabes cómo es Shelby.

Jazz sonríe. —No creo que ese sea el chisme del que habla. El que tenemos en mente está a punto de entrar.

Levanto la mirada y noto cómo el calor se extiende por mi cara cuando Robert Montgomery abre la puerta con un cachorro pequeño y familiar bajo el brazo. Tiene los zapatos llenos de babas y parcialmente mordisqueados.

—Buenas tardes —dice Jazz alegremente—. Mi descanso acaba de empezar. Charlotte le tomará nota.

—¿Qué...? —Miro boquiabierta a Jazz, que me empuja (sin el menor remordimiento) delante de la caja registradora, justo enfrente de Robert.

—Hola. —M sonríe, el azul cerúleo de sus ojos se ilumina y me hace palpitar el corazón.

—Trajiste a Zeno — murmuro, maldiciéndome en silencio por el tartamudeo.

—Me lo llevé al trabajo. —Robert parece orgulloso, acariciando al feliz cachorrito en la cabeza —. Mi ama de llaves está de vacaciones ahora mismo, así que no puedo dejarlo solo. Se porta muy bien.

Mis ojos se fijan en sus zapatos mordisqueados. —Me doy cuenta.

Se ríe. —Se aburría.

El sonido me sorprende. Aparto rápidamente la mirada, intentando calmar mi corazón traidor. No es que no me haya enamorado antes. Sé que simplemente se desvanecen muy rápido. Pero con Robert es casi ridículo.

¿Por qué su presencia me hace sentir así?

Una risita me hace mirar hacia Jazz, que me sonríe. Me hace una mueca y yo desvío rápidamente la mirada.

—¿Qué le sirvo?

—Hace frío fuera, así que un chocolate caliente para mí y uno de esos bollos de carne para Zeno. —Robert mira en dirección a Jazz, lo que me hace desear que la Tierra me trague entera. Mis colegas se lo están pasando como nunca.

No es sólo un lobo cambiaformas, sino un alfa. Ni siquiera debería mirarlo y, sin embargo, aquí estoy, sintiéndome y comportándome como una tonta.

—Claro. —Recojo el bollo de carne y empiezo a preparar el chocolate caliente.

Cuando entra otro cliente, Jazz se levanta de un salto. —Voy a tomar nota de su orden.

La miro con los ojos entrecerrados. ¿Se le habrá olvidado que estaba en un descanso improvisado?

— ¿Qué haces hoy? —me pregunta Robert.

—Mi turno termina a las siete, y luego me voy a casa —le respondo, mirándole por encima del hombro—. ¿Por qué?

—Bueno... —Su sonrisa hace que las cicatrices del lado izquierdo de su cara se arruguen, pero no me molestan. Sus cicatrices nunca me han llamado la atención. Su sonrisa es perversamente encantadora incluso con ellas—. Estaba pensando que me debes una comida.

—¿Qué? Lo miro boquiabierta—. Pero si cenamos comida china...

—Sí —se encoge de hombros—, pero técnicamente yo invitaba. Todavía me lo debes. Estaba pensando que podríamos ir hoy.

Le miro fijamente. ¿Qué hace?

Recojo su taza y la tapo antes de ponérsela delante. Le pregunto en voz baja—: Recuerdas lo que soy, ¿verdad?

—Yo sí —dice simplemente, cogiendo una funda para su taza caliente.

—Esto es... lo que sea que estés tramando, no creo que sea una buena idea, Robert. No quiero que me arrastres a...

Sólo me sonríe. —Estarás bien.

—No, no lo estaré —insisto—. Yo no...

Es difícil pronunciar las palabras cuando las siento tan duras hacia mí misma. Sin embargo, tengo que decirlas.

—Realmente no creo que seas mala persona, pero jugar conmigo o pintarme una diana en la espalda es cruel, Robert —digo despacio—. Si tu gente me ataca o decide que estoy siendo una molestia para ti, no puedo defenderme. No tengo tanta fuerza.

—Nadie te molestará —dice, negándose a ceder—. Cena, esta noche. Lo prometiste, ¿verdad?

Trago saliva.

Parece que no le importan mis preocupaciones.

—¿Qué intentas hacer aquí? —pregunto débilmente.

—Sólo quiero cenar contigo. —Me da un ligero golpecito en el dorso de la mano—. ¿Te recojo a las siete?

—Robert...

Pero ya ha dejado el dinero para la compra y sale por la puerta.

Jazz y Gina están al instante a mi lado. —¿Vais a tener una cita?

Parecen demasiado satisfechas.

—No es una cita —murmuro.

—Seguro que lo parecía —se ríe Jazz.

—Sólo quiere... En realidad, no —insisto.

Su sonrisa se desvanece al cabo de un segundo. —Si te está presionando para ir a cenar...

—No. —Me froto las manos por la cara—. No es eso. Es que...

—¿Son las cicatrices? —Gina pregunta con simpatía—. Si es así, puedo entenderlo.

—No me importan sus cicatrices —suelto—. Es complicado.

Jazz sacude la cabeza. —Las cosas sólo son complicadas si les das demasiadas vueltas. Siempre estás tan seria. Tienes que relajarte un poco. Sólo tenemos una vida, ¿sabes? Diviértete, emborráchate, coquetea un poco. No tienes que acostarte con él. Sólo suéltate.

La idea suena un poco atractiva.

Quizá no debería intentar emborracharme, pero sí disfrutar de la cena. Hace tiempo que no salgo, especialmente con un hombre. Tal vez Robert sólo me está probando. Para qué, no lo sé, pero pronto descubrirá que no soy mucho más que una humana. Sólo tengo que demostrárselo.

Con esa idea en mente, me paso el descanso buscando restaurantes o sitios para comer informales y agradables. Cuando llega la hora de cerrar, ya tengo un sitio en mente. No es tan elegante como para decir "cita, pero tampoco tan informal como para sugerir que soy una tacaña. También me he calmado considerablemente. Realmente no sé qué trama Robert, pero no está románticamente interesado en mí. No puede estarlo. Soy una vampira. Ningún cambiaformas en su sano juicio miraría a una vampira de esa manera.

Así es.

Hay un gran abismo entre nosotros que ninguno de los dos puede cruzar, y eso me tranquiliza mucho.

Sin embargo, cuando el reloj da las siete, la puerta se abre y entra Robert. En lugar de un cachorrito que se retuerce, lleva en las manos lo que parece una pequeña cesta tejida a mano y llena de hermosas flores de colores.

—Toma. —Me sonríe y me entrega la cesta. Es lo bastante delicada como para colgármela del brazo si quiero, y absolutamente adorable—. Te he traído esto. Bonitas flores para una bonita dama.

Es algo cursi y, a pesar de la línea que sigo intentando trazar entre nosotros, no puedo evitar oler las flores. —¿Por qué me trajiste flores?

—Porque quería.

Jazz silba. —Son preciosas. Y no son baratas. A alguien le gustas.

La última parte me la susurra, pero ella no sabe que Robert puede oírla. Él se limita a sonreír.

Cierro los ojos, mortificada, y ella me da un codazo. —¡Dale las gracias!

—Gracias —digo lentamente, sintiéndome agitada.

¡No debería regalarme flores!

—¿Preparada para irnos? —me pregunta, con sus ojos riéndose de mí.

Sé muy bien que, si me entretengo un minuto más, Jazz y Gina dirán algo más que sólo servirá para avergonzarme.

—Sí. —Cojo mis cosas de una de las mesas y salimos.

Robert abre la puerta del coche, pero niego con la cabeza. —Prefiero caminar.

—Ve delante. —Hace un gesto con la mano, pero no me muevo.

—¿Charlotte? —pregunta al cabo de un minuto.

Le miro fijamente y me tomo mi tiempo para hablar. —¿Por qué me trajiste flores? Yo no te pedí flores.

—Te lo he dicho. Las vi, y...

—Eres unalfa, Robert, de una manada de lobos cambiaformas. ¿Qué haces regalándome flores e intentando ir a cenar conmigo? —Todo esto parece ridículo.

—¿Ahora regalar flores a alguien es un delito? —Me dedica una media sonrisa.

No le devuelvo la sonrisa. —Podría causarte un problema con mucha gente.

—Entonces ese sería mi problema, ¿no? —Me mira, serio—. Soy más que capaz de cuidar de mí mismo, Charlotte. Y no veo por qué no podemos ser amigos.

Hay algo en la forma en que dice la última parte que me hace escudriñarle. La falta de sinceridad en esas palabras me hace preguntarme si realmente las dice en serio.

—Una cena —digo con fuerza—. No puedo permitirme ser tu amiga, Robert. La idea es una

locura.

Suspira. —Lástima. No tengo muchos amigos. Estando en la posición que estoy, es difícil confiar en la gente.

—¿Y crees que una vampira es alguien en quien se puede confiar? —Empiezo a caminar calle abajo y él me sigue.

—Siento que puedo confiar en ti. —Se encoge de hombros—. Eres diferente a los demás.

—Esa sí que es una frase que no había oído antes —digo secamente antes de añadir, en tono burlón—: Tú no eres como las demás chicas, Charlotte. Eres diferente.

Robert estalla en carcajadas. —¿Quién ha sido? ¿Quién te ha dicho eso?

—Un humano que intentó ligar conmigo en un bar. —El recuerdo me estremece.

Sin embargo, la risa de Robert me hace mirarle.

Realmente es guapo. Sé que sus defectos deberían hacerlo poco atractivo. Ojalá fuera así. Sería más fácil despreciarle o temerle que sentir esta atracción ilícita que se niega a desaparecer.

—De cualquier manera... —Robert da un paso a mi lado, metiendo descaradamente mi brazo en el pliegue de su codo—. Necesito un amigo, y no veo por qué no puedes serlo tú.

—¿Te oyes a ti mismo? Nosotros...

—Si vuelves a señalar las diferencias entre nuestras especies, empezaré a aparecer con flores todos los días, en tu lugar de trabajo. —Me sonríe.

Cierro la boca de golpe. ¿Es una amenaza?

Parece que sí.

Incluso se siente como tal.

******

No elegí un restaurante en sí.

Es un restaurante de barbacoa al aire libre cerca de la linde del bosque. El local está engalanado con brillantes luces de hadas, sillas desparejadas pero cómodas y coloridas, y varios asadores alrededor de los cuales se reúnen las sillas.

—¿Qué es este lugar? —Robert parece encantado.

—Es una barbacoa —le digo, disfrutando de su cara de asombro—. Lo encontré en Internet. Compramos la carne adobada allí.

Señalo un largo puesto que tiene montones de neveras.

—Tienen todo tipo de carne y luego la asamos nosotros mismos. Todo es autoservicio, excepto las bebidas. Un par de universitarios empezaron esta aventura y poco a poco está despegando. Las críticas son muy buenas.

Me acerco al largo puesto que tiene las neveras. —No es un restaurante de tres estrellas, pero esto parecía más interesante.

Robert se mete las manos en los bolsillos y mira a su alrededor, intrigado. —Así es. Me encanta una buena barbacoa.

La zona de carnes marinadas tiene de todo, desde marisco hasta pollo, cordero y ternera. Robert y yo elegimos unos cuantos productos y, cuando veo que se lleva la mano a la cartera, se la aparto de un manotazo. Sus ojos se abren de par en par y le digo—: No tan rápido. Sé lo que estás haciendo. Yo pago.

Pone una expresión apenada. —No me parece bien que pague una dama.

—Oh, ¿y está bien timarme para quedar a cenar, entonces? —Levanto una ceja y no me trago su numerito.

—Bien. —El alfa levanta las manos, con las palmas hacia fuera, en señal de derrota—. Puedes pagar. Pero yo pago el alcohol. ¿Qué vas a tomar?

—No creo que debamos be...

El hombre que está detrás del mostrador ya le está entregando a Robert un menú plastificado. —Alguien le atenderá enseguida para poner en marcha su lugar y le traerá la comida.

—Realmente no creo que deba beber, Rob...

Sin embargo, Robert hace caso omiso de mis preocupaciones y me empuja hacia uno de los sitios. En realidad, no me escucha, ya que uno de los camareros empieza a señalar cosas en el menú. —Tenemos estas cervezas de barril y varios tipos de cócteles.

No suelo beber alcohol. Tiendo a emborracharme con facilidad. La última vez que bebí fue en un bar y me desmayé después de tres o cuatro cervezas.

—Tomaré un té helado Long Island —me apresuro a decir, echando un vistazo a la carta y sabiendo que, si no hablo, Robert me ofrecerá algo que me dejará boquiabierta.

Robert me mira con extrañeza. —¿Segura?

—Sí —asiento con firmeza—. No voy a tomar nada de alcohol. El té me va bien.

—Pero un Long Island es...

—Pide lo que quieras —le interrumpo—. Ya lo he decidido.

Aprieta los labios como para reprimir una sonrisa y señala algo en el menú.

—Tomaré una de estas cervezas.

—¿Les traigo ya las bebidas? —pregunta amablemente el camarero.

Robert me mira extrañado y yo asiento con la cabeza.

Cuando el camarero se va, Robert se echa hacia atrás en la silla y sonríe. —Así que, supongo que nunca has trabajado en un bar antes.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Se encoge de hombros, riéndose para sus adentros. —También apuesto a que no tienes la costumbre de salir a bares.

Le lanzo una mirada suspicaz. —¿Adónde quieres llegar?

—Absolutamente a nada —se ríe—. Pero tengo razón, ¿no?

—He estado demasiado ocupada trabajando. Además, emborracharse puede ser bastante peligroso. Y no me gusta el alcohol en general.

—Ya veo. Pero, ¿te gusta el té helado?

La forma en que parece contener la risa me hace querer golpearle en la cabeza con algo. —¡¿Qué es tan gracioso?!

—¡Nada! —insiste.

—Mentiroso.

—Vienen a montar nuestra barbacoa —señala, distrayéndome lo suficiente. Llegan dos jóvenes y encienden el carbón que ya está en su lugar. Nos enseñan a mantener el carbón encendido y luego uno de ellos nos trae la carne. Estoy entusiasmada con todo el proceso de la barbacoa.

—Nunca he estado en una barbacoa de verdad. —Sonrío ampliamente, incapaz de contenerme —. He visto muchos vídeos. Esto parece muy divertido. —Pillo a Robert mirándome y le pregunto—: ¿Qué?

Me parece que sonríe un poco suavemente. Me tiende las pinzas y me dice—:¿Quieres empezar?

Emocionada como un niño en Navidad, pongo las primeras salchichas y brochetas de carne en la parrilla. La superficie no es muy grande, así que sólo me caben dos brochetas y un par de salchichas. Mientras tanto, llegan las bebidas y, al dar el primer sorbo, se me encogen los dedos de los pies.

—¡Esto está bueno! —Miro el vaso alto. Es ácido y dulce a la vez y tiene un toque picante.

Tomo otro sorbo y Robert pone una mano de advertencia sobre la mía.

— Tranquila.

—¿Por qué? —Parpadeo—. Es sólo té helado.

Se esfuerza por decir algo y luego consigue soltar—: Sería mejor tomarlo con la comida, ¿no crees?

Le miro confusa. ¿Por qué se comporta así?

—Siempre puedo pedir otro —digo despacio—. Además, no he comido nada desde esta mañana, así que me muero de hambre.

Su cara se pone roja y murmura—: No digas que no te lo advertí.

—Puedes ser muy raro —refunfuño, dando un sorbo a mi té.

Doy la vuelta a las brochetas y Robert se ocupa de las salchichas. El olor es tentador, y cuando mordemos la carne, se me hace la boca agua.

Algunos de los trozos marinados son bastante picantes y ya voy por el tercer vaso de té. Me siento mareada y feliz.

—Me alegro mucho de que no me echaras de Portland —digo alegremente, mirando cómo chisporrotea un muslo de pollo en la parrilla—. ¿Me imaginas trabajando en una granja? —estallo en carcajadas—. ¡Con un mono de trabajo! Tendría que llevar mono y sombrero de paja.

Robert sonríe. —Quedaría una foto muy linda.

—¡Quedaría una foto ridícula! —Le golpeo el brazo con la mano, riéndome—. Los monos me hacen parecer gorda. Una vez me puse uno. De mi hermana. Tenía doce años, creo. Llegué pronto a la pubertad, ya sabes. Clyde me cortaba toda la ropa con tijeras. Y mi padre me abofeteaba cuando me quejaba.

El recuerdo ya no duele. Es casi como si le hubiera pasado a otra persona.

—Había un evento, una boda o algo así, supongo. No tenía nada que ponerme, así que le robé el mono a mi hermana. Ella era muy joven entonces, así que eran muy ajustados. Muy ajustado.

Mi sonrisa se desvanece al recordar la burla.

—Fueron crueles —susurro, mi risa desapareció hace tiempo—. Y... y Clyde y ese amigo suyo, Droga, me acorralaron y me cortaron las correas.

Bajo la cabeza, aturdida y molesta. Por qué creería que era un recuerdo digno de ser recordado?

Mi padre me había pegado por avergonzarle, después de que los chicos me dieran de puñetazos durante el acto.

—No importa —murmuro—. No quiero hablar de ello.

Robert me pone una brocheta en el plato, con voz cuidadosa. —Creo que estarías guapísima con un mono. Pero el sombrero de paja podría ser un acierto o un error. Envíame una foto cuando lo hagas. Tendremos que decidirlo en el acto.

Sus palabras hacen que mis labios se curven, algo de mi oscuridad disminuye.

—Podría llevar un sombrero de paja.

—Habría que verlo. — Me lanza una mirada dubitativa, pero veo la risa en sus ojos.

Está tratando de distraerme, y es dulce.

—Es una verdadera lástima que seas un lobo cambiaformas —suspiro, vaciando mi vaso.

El camarero, que pasa por allí, lo coge y pregunta con una sonrisa—: ¿Otro?

Robert y yo exclamamos "No" y "Sí"al mismo tiempo.

—No le hagas caso. —Miro al camarero, que sigue sonriendo—. Tomaré otro. Lo paga él. Tacaño.

—No deberías —empieza Robert, y yo le pongo los ojos en blanco, mareada y disfrutando.

—Jazz dijo... —Le señalo con el dedo—. Ella dijo que tengo que relajarme. ¿Ves? —Extiendo los brazos—. ¡Estoy suelta!

Robert extiende la mano y me baja las manos a los costados, con una expresión de impotencia en el rostro. —Esto es culpa mía. Realmente no pensé que pasarías de un trago.

—Es un té muy bueno. —Sonrío, inclinándome hacia él—. Deberías probarlo.

—No funcionará conmigo. —La cara de Robert está a centímetros de la mía, y hay una extraña emoción brillando en sus ojos mientras me mira—. El alcohol humano no altera mis sentidos. Y tampoco debería afectarte a ti.

—¿Alcohol? —Sonrío—. ¿Quién va a tomar alcohol? Estamos tomando té.

—Estás completamente borracha, pequeña vampira. —La voz de Robert es grave. La forma en

que me mira me revuelve el estómago.

—Tienes los ojos más bonitos —declaro de repente—. Y la sonrisa más bonita. Cuando sonríes —le hundo el dedo en el pecho—, quiero besarte.

Sus ojos se abren de par en par en respuesta. —¿Qué?

Su reacción me hace querer intentarlo. No hay ninguna voz dentro de mí que me advierta que pare, que piense en lo que estoy haciendo. Sólo quiero lo que quiero.

Y realmente quiero besar a este lobo alfa cuya sonrisa me devasta cada vez que la veo.

Poniendo las manos sobre sus muslos, me elevo hasta que mi cara queda un poco más alta que la suya.

—Charlotte.

El sonido ronco de mi nombre en la boca de Robert hace que mi abdomen se contraiga de necesidad. No me aparta, sus ojos se clavan en los míos. Sus manos se posan en mis brazos y, cuando sus dedos se clavan en mi piel, sonrío.

Sin dudarlo, aprieto mi boca contra la suya.

Capítulo 8

Robert Montgomery

Siempre me he arriesgado. Ya se tratara de montar un nuevo negocio o de ir tras los monstruos que me arrebataron a mi madre y habían planeado arrebatarme mi derecho de nacimiento. He tenido que luchar para conseguirlo todo en mi vida: este estatus de alfa, mi posición como director general de una de las empresas tecnológicamente más avanzadas del mundo y el respeto que ahora me infunden.

En cada paso, incluso al asumir un riesgo, siempre he sopesado los pros y los contras.

Pero, cuando se trata de Charlotte, siento que mi cerebro deja de funcionar.

Ese aroma suyo tan adictivo, esa dulzura bajo el hielo, me atrae y me hace tomar decisiones impulsivas.

No debería estar aquí sentado con ella, observando cómo apenas puede contener su emoción. No es inocencia, como pensé al principio, sino aprecio por las pequeñas cosas. Me hace ver el mundo a través de sus ojos, y me gusta lo que veo.

Pensé que se daría cuenta de que la bebida que había pedido tenía alcohol, y he tardado algún tiempo en darme cuenta de que Charlotte no sólo no reconocía el sabor del alcohol, sino que además se estaba emborrachando con él. Una vampira emborrachándose con alcohol humano es el espectáculo más extraño que he visto nunca.

Charlotte borracha sonríe más, se ríe más abiertamente y le gusta tocarme. También tiene un rastro de pesada tristeza en los ojos cuando habla del pasado, y no quiero que lo recuerde. Es evidente que la maltrataron en su clan. No debería sorprenderme, teniendo en cuenta que los vampiros apenas toleran faltas en sus congéneres, pero pensaba que su núcleo familiar la habría tratado mejor. Como si yo fuera alguien para hablar. Mi propio padre movió varios hilos para intentar que me mataran.

Cuando la boca de Charlotte se presiona contra la mía, me siento débil contra ella.

Podría haber sido más contundente cuando me di cuenta de que empezaba a estar achispada, pero la idea de negarle algo no me gustó. Y ahora, me besa tan dulcemente que mi piel arde mientras me acaricia el cuello.

Esta mujer es peligrosa, me doy cuenta tarde mientras mi boca se mueve contra la suya. Me hace desear algo que nunca debería desear. Debería haberme alejado de ella.

Mis dedos se clavan en sus brazos, queriendo más.

Charlotte se aparta, con una expresión de suficiencia en la cara. Parece extremadamente satisfecha. De todas las palabras que podría usar para describirla, la más prominente en mi mente es “adorable”. El corazón me late desbocado en el pecho y mi lobo me da un codazo de aprobación.

Mía.

El deseo se me arranca del alma mientras mi mano se extiende para agarrarla por la nuca y tirar de ella hacia mí. Debería emborracharla más a menudo. La mujer recelosa que me observa en secreto e intenta por todos los medios apartarme es sustituida por esta traviesa. Esta vez, cuando nuestros labios se encuentran, inclino su cabeza para acceder mejor a su boca. El calor entre nosotros es electrizante, su proximidad me quema la piel, el corazón. La necesito. Quiero poseerla.

Mientras le lamo la comisura de los labios, Charlotte suelta un gemido silencioso.

El sonido me despierta.

Este no es lugar para nada de esto.

Me echo hacia atrás y miro a mi alrededor. Nadie nos presta mucha atención, pero el camarero de la barra está poniendo la bebida de Charlotte en la bandeja y está a punto de acercarse a nosotros.

La siento firmemente en su silla y me resulta difícil ignorar la forma en que su labio inferior sobresale molesto.

—Estás muy segura de ti misma cuando estás borracha — le digo, pasándole el dedo por la mejilla—. Puede que tenga que mantenerte así.

Se burla y se olvida de mí cuando llega su bebida.

—No más. —Miro a la camarera, con voz dura—. Córtala ahora. Nos llevaremos una botella de agua para ella y la cuenta.

Intento arrebatarle la bebida a Charlotte, pero ella es más rápida, la mantiene fuera de mi alcance y bebe alegremente.

Intento mantener la voz uniforme. —Charlotte, eso tiene alcohol. Ya estás muy borracha. ¿Por qué no me lo das?

Me estudia, se levanta y se aleja dos asientos. Mis ojos se abren un poco ante su descaro.

—Charlotte...

Me levanto. Sin previo aviso, inclina rápidamente el vaso hacia atrás y engulle lo que queda de bebida.

Me quedo boquiabierto y ella sonríe.

—No te hagas la engreída —digo mientras me hundo en la silla—. Te acordarás de esto mañana por la mañana.

—Estaré bien —sonríe—. Sólo voy a ir a buscar otro...

Ya debería estar cayéndose de pie, pero supongo que tiene cierto nivel de tolerancia. Es una borracha feliz, no muy ruidosa, pero también algo pervertida. Ese aspecto concreto de su personalidad de borracha queda más claro cuando pasa a mi lado y me susurra—: También puedes morderme el culo si quieres.

Nunca he sido de esas personas que se ponen nerviosas con facilidad, pero la borracha Charlotte parece tener un don para hacerme sentir así.

La agarro de la muñeca, con la voz ronca. —No más bebidas. Te llevo a casa.

—¿Mi casa o la tuya? —Me guiña un ojo.

La miro fijamente, con los pantalones apretados e incómodos. —Debería haber devuelto esa última copa.

No sé cómo esa bebida consiguió hacerla aún más atrevida. Pero parece estar empeorando

progresivamente y necesito sacarla de aquí en lugar de disfrutarla.

Consigo pagar la cuenta y con una mano alrededor de la de Charlotte la acompaño fuera de allí.

—Entonces, ¿a dónde vamos ahora? —pregunta alegremente.

Tengo que apretar los labios para que no se me escape la risa. Me cuesta hasta el último gramo de autocontrol no sacar el móvil y grabarla. Cuando esté sobria, no creerá que haya hecho o dicho nada de esto. La forma en que se comporta contrasta mucho con la mujer que conozco.

—Te llevo a casa —le digo, estrechando su brazo entre los míos—. A tu casa, para que puedas dormir la borrachera.

—Ni siquiera sabes dónde vivo —se ríe.

—Sí, lo sé —respondo simplemente, intentando concentrarme en el sendero y no en el calor de la mujer pegada a mi lado. Incluso borracha, huele de maravilla.

Aparco el coche en la puerta de mi oficina y me aseguro de que Charlotte lleva puesto el cinturón antes de empezar a conducir.

Ahora está callada y, cuando la miro, tiene una expresión pensativa en el rostro, que despierta en mí un atisbo de preocupación. —¿Charlotte?

—No te gusto, ¿verdad?

—¿Qué? —pregunto, confuso.

Suspira. —Es una mierda ser así. No puedo estar con nadie.

No puedo seguir su hilo de pensamiento. Nada de lo que dice tiene mucho sentido para mí. Cómo ha pasado de feliz a triste me tiene desconcertado.

—¿Cómo que no puedes estar con nadie? —Giro el coche por una de las calles laterales para evitar el tráfico.

—Nada —sonríe y mira hacia otro lado.

Parece que poco a poco se le va pasando la borrachera. Notable. No es que ella no posea el metabolismo que tenemos los lobos y los vampiros y que nos hace inmunes al alcohol humano,

sino que el suyo es simplemente un poco más lento que el nuestro. Cuando me mira, mi teoría se consolida. Sus ojos se vuelven más agudos, más conscientes.

Aparco delante de su edificio y, cuando sale del coche, tropieza. Me levanto de mi asiento y me sitúo a su lado en un instante. —Te llevaré a la puerta.

—Puedo andar —insiste, pero su andar es inestable. Se hunde en el asiento y me mira—. Estoy muy bien. Sólo estoy un poco mareada.

Me agacho a su lado. —Deja que te lleve dentro y te haga un café.

Levanta la mirada hacia su edificio. —Yo...

Antes de que pueda decir nada más, ocurren dos cosas a la vez. Charlotte se pone rígida y percibo un aroma gélido que sólo puede pertenecer a un vampiro. Charlotte está mirando algo y, cuando giro la cabeza para seguir su mirada, entrecierro los ojos, pero no veo a nadie.

Mis sentidos son agudos. Sé exactamente cuándo alguien me está observando. Tengo la misma sensación familiar de hace unos días, cuando estaba fuera del refugio de animales donde Charlotte trabaja como voluntaria. O alguien me está acechando o alguien la está vigilando a ella.

Me enderezo y miro a mi alrededor.

El olor empieza a desvanecerse. Quienquiera que haya sido debe haberse dado cuenta de que ambos detectamos su presencia.

Mi voz es cuidadosa. —¿Alguien sabe dónde vives?

Charlotte se encuentra con mi mirada, y veo el momento en que comprende de qué estoy hablando. Sacude la cabeza. —Este apartamento está bajo mi nombre humano, Beaumont. Nadie debería saberlo. Si lo supieran... —Duda antes de continuar—. Hay mucha gente en el clan a la que nada le gustaría más que yo sufriera. Si supieran dónde estoy, no me habrían dejado vivir en paz tanto tiempo.

Guardo silencio un momento y luego murmuro—: Quienquiera que fuese, ya se ha ido. Creo que voy a quedarme un rato para asegurarme de que no recibes visitas sorpresa.

—No tienes por qué hacerlo —exclama Charlotte, pero veo alivio en sus ojos.

—Sólo un ratito —le aseguro—. Vamos.

Mientras entramos, sigo mirando a mi alrededor. Quienquiera que nos estuviera observando se ha marchado en cuanto se dio cuenta de que nos habíamos fijado. Me molesta que un vampiro esté merodeando por el edificio de Charlotte. En cualquier otro escenario, supondría que esto estaba planeado de antemano, o que se trataba de alguien con quien Charlotte había quedado, pero ya no es el caso. Ella no tiene ningún contacto con los de su especie. Además, el informe que Harry me dio sobre los vampiros que me atacaron revelaba que Charlotte había luchado contra ellos y les había causado heridas graves.

No, esto no es algo que Charlotte haya planeado. Podría ser que alguien haya descubierto dónde vive. Pero si lo han hecho (mis ojos se mueven hacia el edificio), no tendrían ningún problema para localizar su apartamento y entrar.

Mi lobo está atento; un gruñido retumba en mi pecho ante la idea de una amenaza para esta mujer.

Mía.

Mi lobo rara vez es vocal y esta es la primera vez que hace un reclamo tan descaradamente. Eso es algo con lo que tendré que lidiar más tarde.

Charlotte vive en la sexta planta y, cuando empieza a abrir la puerta, me fijo en el sistema de seguridad. El que lo instaló lo hizo muy bien. No puedo oler el aroma de nadie aparte del suyo, lo que significa que nadie ha venido a su apartamento.

Enciende las luces y oigo un maullido de disgusto. Mano está sentada en la puerta del pequeño recibidor y, al verme, se levanta, se estira y se acerca trotando, ignorando por completo a Charlotte. Se frota contra mis piernas antes de olisquear mis zapatos mordisqueados con mucho interés.

Me agacho para acariciarla. —Hola, chica.

Ronronea con fuerza.

—Atrevida —se burla Charlotte, con voz divertida—. Sólo está coqueteando contigo. Completamente desvergonzada.

Mano tiene la cola erguida, me lame la palma de la mano y se despatarra por mis zapatos.

—Quítatelos —aconseja Charlotte, quitándose los suyos y colocándolos en un zapatero—. Sólo llevo zapatillas en el apartamento. Es más fácil mantenerlo limpio.

Me quito los zapatos, curioso ahora por el lugar al que llama hogar. No es un piso pequeño, ni mucho menos, y al mirar a mi alrededor, veo cámaras colocadas en diferentes ángulos en las habitaciones principales que puedo ver. También hay un balcón en el exterior.

—Este lugar perteneció a Edgar Brown, ¿no? —pregunto distraídamente. Mi investigación sobre los antecedentes de Charlotte fue bastante extensa.

Charlotte se queda callada un momento y luego asiente. —Nadie dejaría a una chica de quince años alquilar un apartamento. Lo conocí en una tienda de comestibles, a la vuelta de la esquina. Estaba trabajando allí. Mi segundo trabajo. Esa noche no tenía dónde dormir y él me vio hablando con un tipo que me decía que tenía una habitación libre. —Sus labios se curvan ante el recuerdo—. Edgar le echó y me regañó. De todos modos, me dijo que me quedara en su apartamento. Tenía una pierna mal, así que todo lo que tenía que hacer era limpiar, hacer la compra, pequeñas cosas como esas. Me dio mi propia habitación. También me daba clases particulares cuando lo necesitaba. Yo tampoco sabía cocinar y él me enseñó. —Puedo sentir el rastro de dolor en su voz—. Falleció hace tres años. Ni siquiera sabía que me había dejado el piso en herencia. Nunca pude agradecerle todo lo que hizo por mí.

Dudo que me estuviera contando todo esto si no estuviera todavía un poco borracha. Charlotte sobria es bastante reservada.

—Tú le importabas. —Todavía hay fotos de Edgar, y de ellos dos, en la pequeña repisa de la chimenea, y un bastón que sólo podía pertenecer a un anciano apoyado detrás de la puerta principal. Guardaba partes de él, un hombre que la tomó bajo su protección en el momento en que era más vulnerable—. Supongo que quería asegurarse de que te cuidaran cuando él no estuviera. Se preocupaba por ti.

—Lo hacía. —La voz de Charlotte está llena de amor—. Fue lo mejor de mi vida.

Cuando la miro, se está limpiando los ojos. Automáticamente me siento culpable. —¿Estás...?

—Voy a prepararnos un café. Creo que todavía estoy un poco borracha —dice apresuradamente, dándome la espalda y dirigiéndose a la cocina.

La sigo y siento curiosidad al ver una manta y una almohada en el largo sofá del salón. —

¿Duermes aquí fuera?

—¿Qué? —Charlotte coge dos tazas de la estantería—. ¿Dormir dónde?

—En el sofá —respondo, apoyándome en el marco de la puerta.

—Oh. —Evita mis ojos—. A veces.

Está claro que no quiere divulgar más información, y yo opto por meterme en mis asuntos.

Mientras prepara el café, el silencio entre nosotros no es incómodo. Su andar no es completamente uniforme, pero sin duda ha empezado a recuperar la sobriedad.

—Supongo que por la mañana no tendrás resaca —murmuro mientras veo cómo se recoge el pelo con las manos y lo enrolla en un moño. La suave piel de su nuca hace que mis ojos se detengan en ella.

Charlotte me lanza una mirada llena de fastidio. —Sabías que esa bebida tenía alcohol, ¿verdad?

Sonrío.

—Podrías haberme avisado.

—Lo intenté, pero te negaste a escuchar nada de lo que tenía que decir —insisto, riendo entre dientes—. Una Charlotte borracha sí que es manejable, ¿sabes?

—Cállate —murmura Charlotte en voz baja, cogiendo un palillo de la encimera y pinchándose el bollo con él—. No volveré a ir a ningún sitio contigo. Eres un imbécil.

—¿Por qué es culpa mía? —Me acerco a ella—. Te dije que pararas, pero querías más...

—¡Creía que era té helado! —estalla, con las mejillas sonrojadas de un bonito tono rojo—. ¡Sólo tenías que decir—: Charlotte eso tiene alcohol, y me habría parado!

—Seguro que sí. Ya estabas borracha después de la primera.

Me mira mal. —Tienes una excusa para todo, ¿no?

—La mayoría de las veces —acepto agradablemente—. Tampoco sabía que te podías emborrachar con lo que hacen los humanos.

—Defectuosa, ¿recuerdas? —Charlotte pone los ojos en blanco y enciende la cafetera—. Me emborracho rápido, pero no es que mi metabolismo sea tan lento como el de un humano. Se me pasa la borrachera bastante rápido. En una hora o así. Es curioso. Sólo he probado la cerveza y no me gustó. Basándome en esa experiencia, pensé que todas las bebidas alcohólicas sabían a pis.

Su descripción me hace reír. —¿Cómo sabes a qué sabe el pis?

—Estoy aventurando una suposición —dice mientras se encoge de hombros—. Pero me gustó el té helado Long Island. Debería aprender a hacer uno. Puedo tomarlo cuando esté sola.

—Llámame cuando lo hagas —sonrío.

Mi sonrisa se ensancha cuando murmura algo en voz baja. Tomarle el pelo a Charlotte se está convirtiendo poco a poco en una de mis actividades favoritas.

Cuando me da la espalda, noto que ha empezado el tratamiento silencioso.

—Ya, ya. —Apoyo la espalda contra el mostrador en el que está trabajando—. Te lo diré la próxima vez.

—No va a haber una próxima vez. —Me lanza una mirada en parte enfurruñada, en parte malhumorada y me dan ganas de borrarla a besos.

El beso.

Estoy seguro de que lo recuerda, pero no lo ha mencionado. Siempre podría sacar el tema ey provocar su reacción. Pero, mientras mis ojos se posan en el café hirviendo, mi lobo me aconseja que no lo haga. Ya tengo una cicatriz prominente; no necesito aumentarla.

Sin embargo, hay algo que me llama la atención.

—Los vampiros que me atacaron me inyectaron acónito líquido. ¿Cómo me lo sacaste?

Charlotte se paraliza y su tono se vuelve cauteloso. —¿Por qué crees que tengo algo que ver con eso?

Me enderezo. —¿Qué hiciste, Charlotte?

Se humedece los labios. —Nada. Realmente no quiero hablar de esto.

Estoy a punto de decir algo cuando añade rápidamente—: El café está listo. Pásame esa taza, ¿quieres?

Alargo la mano y apago la máquina. —Charlotte. —Mi voz es seria—. ¿Qué hiciste?

Cuando levanta la vista hacia mí, veo un rastro de miedo en sus ojos, y de repente, recuerdo aquella sensación de éxtasis en mi cuerpo, la boca de alguien contra mi cuello, el ardiente placer.

Sé lo que hizo.

Y me sacude hasta la médula.

—¿Me lo chupaste? —Respiro.

Ella da un paso atrás, el miedo en sus ojos se intensifica. —Sólo intentaba salvarte, te lo prometo. No intentaba hacer nada más. Tus órganos habrían empezado a apagarse. No sabía qué más hacer.

No estoy enfadado.

En todo caso, estoy sorprendido.

Recuerdo la sensación de su boca caliente contra mi cuello, la excitación que me quemaba las venas como resultado.

—Lo escupí. —Charlotte da otro paso atrás, y me doy cuenta vagamente de que he empezado a cubrir la distancia que nos separa—. La sangre de los cambiaformas es muy adictiva. Nunca la había probado. Le quité el veneno tanto como pude...

Mi lobo está contento. No sé por qué. Merodea dentro de mí, incapaz de detenerse. Siento su deseo ardiente.

Charlotte tiene la espalda apoyada en el mostrador y puedo oler su miedo. No tiene nada que temer de mí, pero supongo que aún no se ha dado cuenta. No soy capaz de hacer daño a esta vampira de ojos fieros y corazón blando.

—¿Qué tal sabe?

El lobo está ahora en primera línea.

Le acaricio el cuello en voz baja, apretando mi cuerpo contra el suyo para enjaularla.

—¿Qué? —Charlotte se queda congelada en su sitio.

—¿Te gustó mi sabor? —pregunto, observando cómo se ruboriza en su cuello, donde tocan mis dedos.

—Yo... —Sus ojos se desenfocan. Bajo la cabeza, sintiendo que se me afilan los dientes.

—¿Sí? — pregunto, mirando lentamente hacia ella.

En cuanto separa los labios, le rozo el cuello con el filo de los dientes y gime. No es un sonido que provenga completamente del terror o del miedo. Puedo oler su deseo en el aire.

La pequeña vampira no es inmune a mí.

Eso me complace, y mi lengua sale, dejando un pequeño lametón en un lado de su cuello. De repente, me invade el deseo de morderla. Todo mi cuerpo se paraliza en un intento de recuperar el control. Pero mi lobo empuja, inflexible.

Nunca lo había visto comportarse así. Está tratando de apoderarse de mi cuerpo, de hacer su propia voluntad.

Y me aterroriza.

Estoy perdiendo el control.

Capítulo 9

Charlotte Sanguinite

Normalmente me enorgullezco de ser bastante sensata.

Intento no meterme en situaciones que puedan ser problemáticas o peligrosas. Mis instintos de autoconservación ya están bastante afinados. Sin embargo, parece que cuando un lobo alfa entra en escena, siempre tomo la decisión equivocada.

Nunca quise ir a cenar con él.

Nunca quise emborracharme cerca de él.

Y desde luego, nunca quise estar aquí, en mi cocina, con él acechándome.

No intenta amenazarme. El miedo instintivo que me recorrió cuando Robert abrió esta línea de interrogatorio se ha desvanecido en algo más oscuro, más hambriento. Sus manos están a ambos lados de mí, aprisionándome contra la encimera de la cocina, su cuerpo de músculos duros presionael mío, más blando. Tengo los pezones dolorosamente duros y respiro agitadamente.

No puedo pensar con su boca contra mi cuello, sus dientes rozándome la piel. Debería estar asustada, pero cada vez que siento el filo de esos dientes peligrosamente afilados, mis bragas se humedecen más. No me ha hecho nada para que mi reacción sea tan extrema, pero su tacto es adictivo, incluso más de lo que fue el sabor de su sangre.

Oigo crujir el mármol del mostrador detrás de mí y salgo de la neblina de mi creciente excitación.

—¿Robert? —tartamudeo, repentinamente alarmada.

Su voz es ronca cuando habla unos segundos después. —Estoy perdiendo el control. Charlotte...

De repente, la sensación de sus dientes rozándome el cuello adquiere un significado totalmente distinto, siniestro. Apoyo las manos en su pecho y empujo.

—No hagas eso —gruñe—. No le gusta.

Su lobo.

Se refiere a su lobo.

No tengo ninguna duda. Algo está haciendo que Robert pierda el control de su animal. Si me muerde, si me desgarra el cuello, no sobreviviré.

Dejando escapar un suspiro tembloroso, levanto las manos y las pongo en sus mejillas. Cualquier cosa con tal de apartar su boca de mi cuello. No se resiste a que lo toque, y cuando vuelvo su cara hacia la mía, se mueve de buena gana.

Sus ojos son de color ámbar. Su lobo me mira directamente.

Un sonido extraño sale de su pecho mientras su lobo me mira fijamente a través de los ojos de Robert. No sé qué pretendía hacer, pero mis músculos inferiores se tensan en señal de necesidad cuando me coge una mano y me lame el centro de la palma, sin dejar de sostenerme la mirada.

Tiemblo y se me cierran los ojos.

Se inclina hacia delante y, cuando su boca presiona la mía, con fuerza y desesperación, cedo como si esto fuera lo más natural del mundo.

Mis labios se abren bajo la presión y su lengua se adentra en mí, saboreándome, lamiéndome y explorándome. La parte inferior de mi cuerpo arde, necesita algo.

Robert levanta una mano y me quita la pinza que me sujeta el moño. Cuando mis rizos se sueltan, enrosca la mano en ellos, me agarra un mechón de pelo con fuerza y me echa la cabeza hacia atrás para tener mejor acceso a mi boca.

Nunca me habían besado así. Mientras me asalta la boca, no puedo formar un solo pensamiento recto en mi cabeza. Todo el miedo y la preocupación se esfuman. Lo único que sé con certeza es que quiero las manos de este hombre en mi cuerpo. Quiero más. Necesito más.

Todo mi instinto de conservación parece haber hecho las maletas y haberse ido de vacaciones. Mis manos bajan hasta su pecho y se clavan en su camisa mientras gimo, indefensa ante el asalto de su boca sobre la mía.

Es entonces cuando siento la mano de Robert bajo mi camisa.

Un gemido se escapa de mis labios cuando sus dedos dejan un rastro de fuego por donde pasan. Sus afiladas uñas se apoderan rápidamente de mi sujetador, mis pechos se derraman sobre sus manos, a su merced. Los aprieta, los atormenta con una sola mano.

Hay una vocecita, en algún lugar de mi cabeza, que me advierte contra todo esto, pero es fácil callarla. Los botones de mi blusa salen volando con un poco de ayuda de la fuerza de Robert, y su boca deja húmedos besos con la boca abierta a lo largo de mi mandíbula, mi clavícula, hasta que tiene uno de mis pezones en la boca.

Sólo he estado con un humano, y esa experiencia no se puede comparar con lo que Robert me está haciendo. Se toma su tiempo, prodigando húmeda atención a un pezón y luego al otro. Cuando muerde mi pezón rosado, grito frotándome las piernas.

Mis jugos gotean ahora por el interior de mi pierna. Sé que puede olerlos, pero no me toca ahí, el único lugar donde ansío desesperadamente su atención.

—¡Robert! —Jadeo, pero cuando me mordisquea la parte regordeta del pecho, su risita es oscura. Siento que baja una de sus manos y, sin pensarlo, abro las piernas para él.

—Esa es mi chica —me susurra ahora con rudeza en el cuello; su placer por mi buena disposición se irradia a través de mí y me hace sentir aún más deseosa. Su aprobación impulsa algo en mí, como si lo necesitara.

Aparentemente, no cree en desvestirme cuando puede simplemente arrancarme la ropa. Mis vaqueros favoritos reciben el mismo trato que mi blusa. Apenas puedo contenerme cuando sus dedos apartan el borde de mis sencillas bragas de algodón y se introducen en mi húmeda vagina.

—Wow —gime en mi oído—. ¿Cómo es que estás tan mojada?

Al oír sus palabras, mis músculos internos aprietan sus gruesos dedos y me muerdo el labio inferior al sentirlos deslizarse dentro de mí, tocando cada nervio y encendiéndolos.

Mi sangre zumba de necesidad, deseo y lujuria desenfrenada. Mi boca desciende por su cuello y noto cómo se me afilan los dientes. Robert ríe roncamente. —¿Vas a morderme ahora, pequeña vampira?

—No —gimo mientras saca lentamente los dedos hasta dejar sólo las puntas y vuelve a

introducirlos con fuerza. Me pongo de puntillas, con las uñas clavadas en su pecho y la boca contra su cuello, mientras lucho contra el impulso de morderle, de compartir este placer con él.

Mi cabeza se llena de un calor abrasador. Lo único que siento es cómo bombea lentamente sus dedos dentro de mí, llevándome al límite, volviéndome loca.

Debería haber retrocedido entonces.

Esa habría sido la decisión inteligente.

Porque, en cuanto Robert me empuja a un orgasmo cegador, mis dientes se hunden en su cuello.

Su cuerpo se queda inmóvil cuando me meto un trago de sangre en la boca y se estremece. Sigo corriéndome sobre su mano cuando se retira, me agarra de las caderas, me levanta y me coloca sobre la encimera de la cocina. No sé lo que está pasando; mi mente es un caos como consecuencia del orgasmo que aún me tiene en vilo.

Pero, cuando me separa las rodillas y me arrastra hasta el borde de la losa de mármol, veo que se lleva la mano libre a los pantalones y lo sé.

No quiero detenerlo.

Así que no lo hago.

Su polla sale disparada y su grosor y tamaño me dejan pasmada. No puede caber dentro de mí. Sé que no puede.

Pero Robert se mueve, guía su miembro hasta la entrada de mi vagina y empieza a empujar hacia dentro. Es una sensación incómoda. Es demasiado gruesa. Pero caigo de espaldas sobre la encimera, apoyada sólo en mis antebrazos, con los labios separados.

Puedo sentirlo.

A medida que se adentra en mí, siento cada centímetro. El dolor y el placer se entremezclan, y me siento muy indefensa y necesitada mientras se abre camino. Mi vagina se traga a ese enorme monstruo y emito un sonido entrecortado.

Cuando siento el golpe de sus bolas contra mi piel, me doy cuenta de que ha conseguido encajarlo.

—R-Robert —gimo su nombre—. Por favor... por favor muévete.

Estoy tan ridículamente llena, pero ansío la sensación, el ardor y el dolor, y ese placer salvaje que está justo en la cúspide.

Se mueve, y un grito sale de mi boca cuando se retira y vuelve a penetrarme. No hay delicadeza, ni palabras suaves, ni palabras tranquilizadoras. Me folla como un hombre con una misión y yo le abro más las piernas.

No podré caminar mañana.

Mientras entra y sale de mí, se me van los ojos a la nuca y grito a lágrima viva. Tres bombeos y ya tengo un orgasmo. No para de follarme hasta el final.

—Más fuerte —gimo, deseando que sea más rudo, necesitando más contacto con él.

Parece saber lo que me apetece, porque me coge en brazos, con la polla aún dentro, y me lleva a la mesa de la cocina, que es más amplia. Me tumba boca arriba y, con una mano en mi pelo, me tira de la cabeza, arqueándome la espalda y llegando a un punto de mi interior que no sabía que existía.

Este calor entre nosotros es explosivo.

—¡Robert! —Sollozo.

—Vaya, qué apretada estás —gime, con su boca en mi pecho, en mis pezones.

Me muerde la piel agresivamente, y puedo oler mi sangre donde se rompe la piel. Pero el dolor me impulsa. Me vuelve más salvaje. Mis piernas rodean su cuello, mis uñas marcan su espalda, sus brazos.

Puedo oler su sangre mientras mis uñas hacen su parte de daño.

Noto que su cuerpo se tensa y, en un arrebato de pasión, tira de mí hacia delante y me clava los dientes en el cuello. El placer es intenso, y mis caderas se mueven contra él mientras dejo escapar un sonido lascivo. Se corre dentro de mí, y la sensación de su orgasmo me hace caer al vacío una vez más.

Mi cuerpo se queda flácido mientras las réplicas del orgasmo irradian dentro de mí.

Siento los brazos de Robert a mi alrededor y nos movemos, pero ahora me siento confusa, con el cuerpo al borde del agotamiento. Nunca había experimentado algo tan intenso, y es casi como si mi cuerpo hubiera decidido apagarse durante un rato. Por más que lo intento, no puedo mantener los ojos abiertos.

En un momento dado, siento que me pasa algo parecido a un paño húmedo por el cuerpo desnudo, pero luego vuelvo a tener calor, su cuerpo se aprieta contra el mío, y me dejo desmayar.

******

Me duele el cuerpo cuando me despierto.

Gruño, me pongo de lado y me hago un ovillo. Mano elige ese momento para saltar sobre mi cadera y amasar mi cuerpo.

—Mano —me quejo—. Mano, no. ¡Suéltame!

Pero por mucho que proteste, Mano no para. Ronronea ruidosamente y sus garras se clavan en mi cadera con cada presión de sus patas. Cuando se da cuenta de que no voy a moverme, decide tomar otro camino.

Asfixiarme sentándose en mi cara es una de sus tácticas favoritas para que me despierte.

—¡Bien! —Grito roncamente—. Me levanto. ¡Ya me levanto! ¡¿Puedes dejar de intentar asesinarme?!

Cumplida su misión, Mano salta al suelo del dormitorio y me espera. Empujo la sábana y me encuentro completamente desnuda y magullada de pies a cabeza.

Durante un breve y horrible instante, llego a la peor conclusión posible. Entonces, cuando levanto los ojos para observar la habitación, veo una pequeña cesta de flores de aspecto delicado sobre mi tocador.

Tardo menos de un segundo en recordar todo lo de anoche y siento que la sangre se me escapa del cuerpo.

Dios mío.

¿Qué he hecho?

Me hundo de nuevo en la cama, los moratones, los dolores, todo cobra mucho más sentido. ¿Por qué no me golpeé la cabeza contra la pared antes de dejar que Robert Montgomery se me acercara ayer? ¿Por qué le dejé entrar en mi apartamento? ¡No estaba tan borracha cuando llegamos!

Giro la cabeza hacia la derecha y veo que las sábanas están arrugadas, como si alguien hubiera estado allí.

¿Durmió aquí?

Entierro la cara entre las manos. ¿No se vistió y se fue a casa? ¡¿Decidió pasar aquí la noche?!

¿Cómo es que está empeorando progresivamente esta situación?

Cuando Mano pone las patas en la cama y me da un codazo con la cabeza, impaciente, la miro con lágrimas en los ojos. —¿Te importa? Mi vida se está desmoronando aquí.

Me lanza una mirada crítica antes de escabullirse de nuevo al suelo y alejarse trotando. Segundos después, oigo el ruido de su comedero de acero golpeando contra el suelo, como si quisiera decirme que mis problemas no superan a su hora del desayuno.

Me obligo a incorporarme, tragándome los gritos mientras el cuerpo me duele de nuevas maneras. Cuando veo a Mano asomarse por la puerta, murmuro—: Te quiero y todo eso, pero diablos, a veces puedes ser una molestia.

La respuesta es otro maullido, que probablemente sea ella devolviéndome el insulto.

No sé cómo me pongo en pie. Siento las piernas débiles y casi me caigo dos veces. Tengo que agarrarme a los muebles para andar, me duele la parte inferior del cuerpo un montón.

—Debería haberle noqueado con una sartén —murmuro para mis adentros—. Una bofetada y nada de esto habría pasado. Debería haberle tirado de culo. ¡Oh, Dios, me va a matar!

Me agarro al marco de la puerta, con el pecho helado por el miedo, recordando cómo bebí de él.

Me desplomo en el suelo, el recuerdo de esta pequeña información me quita todas las fuerzas. ¿Cómo es que sigo viva?

Yo, una vampira, bebí la sangre de un alfa. Mi cabeza ni siquiera debería estar unida a mi cuerpo

ahora mismo.

Cuando Mano se acerca a investigar por qué no respondo a su pequeña rabieta, suelto un sonido estrangulado. —No creo que tengas que preocuparte más de que te dé de comer, Mano. Probablemente mañana estaré muerta.

Para un extraño, puede parecer que estoy siendo demasiado dramática, pero los lobos cambiaformas nunca dejan que los vampiros beban de ellos. No sé por qué Robert no reaccionó como lo habría hecho cualquier otro lobo cambiaformas. ¿Por qué me dejó hacer eso? ¿Por qué sigo respirando ahora? ¿Y dónde está él?

Miro a mi alrededor. El apartamento parece estar vacío.

Utilizando el marco de la puerta para ponerme en pie de nuevo, me dirijo a la cocina.

Es entonces cuando me fijo en los platos cubiertos de la mesa de la cocina. Y la parte aplastada del mármol de la cocina. Hay una pequeña nota que dice: Alguien vendrá a arreglar esto a la una de la tarde. Asegúrate de estar en casa. Lo siento.

Miro el reloj de pared.

Son las once de la mañana. He perdido mi turno de mañana.

Ni siquiera puedo fingir que me importa mientras me hundo en la silla y cojo el recipiente de comida de Mano. No tengo fuerzas para caminar hasta donde está su cuenco, así que dejo un puñado de su comida seca en una esquina de la mesa. Se levanta de un salto y me mira como si le hubiera hecho una gran injusticia, pero le señalo las croquetas y le digo—: Me muero, Mano. Hoy no todo gira en torno a ti.

Juro que si mi gata pudiera girar su único ojo funcional, lo haría.

Afortunadamente, empieza a comer tranquilamente, y yo vuelvo mi atención a los platos cubiertos. Mis ojos se abren de par en par cuando veo el contenido. Tortitas, beicon, huevos revueltos, gofres y estoy segura de que son salchichas frescas hechas a mano. Mi mirada gira hacia la cocina. Parece limpia, como la dejé ayer por la mañana. Es imposible que Robert haya cocinado todo esto sin que me despertara.

Pero dejó esto para mí.

Miro fijamente la comida.

¿Un hombre que quiere matarme me daría tanta comida? Tal vez esto es como una última comida antes de que me arranque la cabeza...

Si es así, debería indagar sobre ello.

La comida tiene un sabor perfecto, casi como si la hubiera preparado un profesional en una cafetería o un lugar de desayunos.

Probablemente piense que ha hecho un buen trabajo ocultando las cajas de comida para llevar, pienso, mirando el cubo de basura que hay al otro lado de la habitación. Veo asomar los bordes blancos de los envases de papel.

Normalmente no como tanto, pero hoy tengo un apetito descomunal. Para cuando acabo, lamería los platos si mi gata no me mirara con tanto desdén.

—Tienes que mejorar tu actitud —le digo mientras apilo los platos vacíos—. Porque podría morir mañana, o incluso hoy. Sé amable conmigo.

Levanta la cola y sale de la habitación.

—Ella me quiere —me recuerdo en voz baja—. Sólo está emocionalmente atrofiada, eso es todo.

La comida en mi barriga me ayuda mucho a calmarme. Es muy probable que Robert no esté enfadado en absoluto. Me dejó el desayuno y está enviando a alguien a reparar el daño que causó. Eso no suena como alguien que planea matarme.

Paso la mayor parte de la hora siguiente preparándome una taza de té de manzanilla relajante e intentando caminar sin llorar.

Consigo encontrar mi móvily hago una mueca de dolor cuando veo todas las llamadas perdidas del café. Dejo un mensaje rápido a Jazz diciéndole que no me encuentro bien y prometiéndole que mañana llegaré puntual. Espero que no esté muy enfadada por tener que ocuparse ella sola del ajetreo matutino.

A la una en punto, llaman a la puerta. Es un lobo cambiaformas. Mi primer instinto es cerrarle la puerta en las narices, pero rápidamente dice—: Me envía el alfa Montgomery.

Tampoco parece muy contento de estar aquí y, mientras se dirige a la cocina, me lanza una mirada curiosa. Sin duda se pregunta por qué su alfa lo envió a arreglar la cocina de una vampira.

Pasa un par de minutos evaluando los daños y luego se rasca la cabeza. —Tendré que poner una nueva superficie de encimera. ¿Quieres el mismo diseño de mármolo quieres algo diferente?

Me encojo de hombros. —Lo que creas que es más fácil.

Echa un vistazo a la cocina y vuelve a rascarse la cabeza. —Tienes este mármol en todas las superficies. Si cambio esto, tendré que cambiarlo todo. Tardaré uno o dos días en localizar este mármol en concreto, pero tendrás que estar preparada. Si no puedo encontrarlo, tendré que hacer una revisión completa de todas tus superficies. Eso va a tomar hasta una semana más o menos. El alfa dijo que trabajas entre semana, así que ¿cómo se supone que voy a entrar?

Aprieto los labios. Eso sí que es preocupante.

—Tengo cámaras por todo el apartamento, así que puedes estar aquí solo cuando yo esté trabajando. Te dejaré comida y bebida en la nevera. También le dejaré una copia de la llave al guardia de seguridad de abajo. Él puede dejarte subir. ¿Cuánto va a costar todo esto?

—Nada —responde lentamente el hombre, dirigiéndome de nuevo la misma mirada curiosa—. Por cierto, si no le importa que le pregunte, ¿de qué conoce al alfa Montgomery?

No sé muy bien cómo responder a esa pregunta.

—Me debe un favor —suelto sin saber qué más decir.

El cambiaformas parece tomar mi explicación al pie de la letra, asintiendo con seriedad. —Sí, el alfa Montgomery siempre devuelve sus favores. De acuerdo. Necesitaré tus datos de contacto. No me gusta llamar; prefiero los mensajes, así que vigila tu bandeja de entrada. Puede que traiga a mi hijo para que me ayude a terminar el trabajo más rápido, así que no te asustes si nos ves a dos en esas cámaras tuyas. Es pelirrojo, como tú.

Asiento con la cabeza.

—Mi nombre es Tommy Decker. —Extiende su mano—. No tiene que preocuparse por mí, señorita. No tengo problemas con los chupasangres si ellos no tienen problemas conmigo.

Su forma brusca de hablar me hace sonreír. —Charlotte Beaumont. Encantada de conocerte.

Me estrecha la mano antes de sacar su teléfono y hacer fotos del diseño de mármol. También guarda en el bolsillo algunas de las piezas rotas.

Le acompaño a la puerta y cierro con llave antes de desplomarme en el sofá y mirar al techo como si este tuviera todas las respuestas para mí.

Acabo de pasar de mantener una distancia de tres metros entre mí y cualquier lobo cambiaformas a tenerlos merodeando por mi apartamento.

Esto no puede acabar bien para mí.

******

Robert no me llama, ni se deja caer por aquí.

Estoy increíblemente agradecida por esto. Todavía no sé cómo enfrentarme a él. Tengo demasiado fresco el recuerdo de la noche que pasamos juntos, y creo que podría entrar en combustión espontánea si tengo que mirarle a los ojos y recordar todo lo que me hizo.

Consigo volver al trabajo al día siguiente.

Jazz estaba un poco irritada, pero su irritación se ha transformado en curiosidad ahora que me niego a contarle cómo fue mi “cita”.

—¡Oh, vamos! —Me pasa las tazas limpias del lavavajillas mientras empezamos a prepararnos por la mañana temprano—. Dime una cosa. Si te fuiste a casa después de cenar, ¿por qué no viniste ayer?

—Ya te dije que me había intoxicado —digo sin convicción.

—Y la intoxicación alimentaria te dejó la garganta áspera, ¿eh? —Me sonríe con complicidad.

La ignoro.

— Sólo dímelo —me dice—. No ha venido, sabes. Desde que salistéis. ¿Qué ha pasado? ¿Funcionaron las cosas entre vosotros dos?

La miro molesta. —Jazz, ¿te acuerdas de que te interrogué?

Le dirijo una mirada significativa a su parte inferior y sus ojos se abren de par en par. —¡¿Te has

dado cuenta?!

—¿Qué te parece? —pregunto secamente—. Ese día asustaste a la mitad de los clientes. Ahora, yo no te molesté con preguntas sobre lo que pasó con tu “amigo”, así que no te metas, por favor.

Jazz no se ofende por mis palabras, sino que refunfuña—: Maldita sea. De acuerdo. Le dije a Marcus que era una mala idea.

—Realmente lo fue —me río entre dientes, recordando ese día en particular—. De todas formas, no quiero hablar de Robert, así que dejémoslo estar, ¿vale?

Jazz, por muy curiosa que sea, también es una amiga. Me mira con aprensión. —No se habrá pasado de la raya, ¿verdad? Porque podemos prohibirle la entrada a la cafetería. Eso es fácil.

Mis labios se curvan en una cálida sonrisa. —Realmente aprecio la intención, pero todo está bien. Centrémonos en el trabajo. Tengo que estar en el refugio de animales esta noche, así que va a ser un día largo para mí.

******

Es mi segundo día de vuelta al café tras mis inesperadas vacaciones, y no se me ha pasado por alto que Robert no ha aparecido por allí como suele hacer. Una de las razones por las que no quiero hablar de esto con Jazz es porque una pequeña parte de mí se siente un poco insultada.

Tommy Decker ha empezado a reparar el mármol. Encontró el mismo diseño y va a estar con ello durante al menos un día más. Sin embargo, no ha habido un solo "pío”de Robert. No sé lo que significa su ausencia.

¿Simplemente quería llevarme a la cama? Y ahora que lo ha conseguido, ¿ha terminado conmigo? En un mundo ideal, ese sería el mejor escenario posible. Al menos, para mí, cuanto menos involucrada esté con Robert, más segura estaré. Pero, al mismo tiempo, cada vez que pienso en esta posible motivación suya, me duele el corazón. No sé por qué.

Siempre he intentado tomar decisiones que me beneficiaran. Siempre he sabido que tengo que ser inteligente y mirar por mí ya que nadie más lo hará. Debería estar contenta. Debería estar aliviada, de hecho. Que Robert me evite es algo bueno.

Pero mis ojos siguen mirando a la puerta. Y cada vez que entra un cliente, me siento decepcionada porque no es la persona que quiero que sea.

A medida que pasa el tercer día, finalmente me convenzo del hecho de que yo era en realidad sólo una muesca en el poste de la cama del alfa Montgomery. ¿Quizá quería ver cómo era una vampira en la cama? Mi humor decae al pensarlo y siento un ardor en el pecho.

No pasa nada. No es como si fuera el fin del mundo. Así que fui manipulada en la cama por un lobo alfa. Al menos me dejó viva y de una pieza. Necesito estar agradecida por las pequeñas cosas y concentrarme en mi vida.

Pero de vez en cuando me enjugo los ojos, con un escozor desconocido en el corazón.

Al caer la tarde y disminuir el número de clientes, me despido de Jazz, que se dirige a la biblioteca para trabajar en su tesis.

Shelby va a venir hoy más tarde, así que tengo la cafetería para mí sola un rato. Son casi las siete y estoy comiéndome el bocadillo que me he traído de casa. Últimamente tengo más apetito. Tengo hambre casi todo el tiempo.

La puerta se abre y miro hacia arriba.

El cliente que entra es alguien que no esperaba.

Me enderezo y miro sorprendida a la mujer. —¿Angie? ¿Qué haces aquí?

—Te estaba buscando. —Camina hacia mí—. ¿Puedo tomar un café?

Rebusca en la pequeña cartera cruzada que tiene a su lado, pero niego con la cabeza. —Yo te lo pagaré. No te preocupes.

Ella frunce el ceño. —No quiero meterte en problemas.

Me río entre dientes. —No me meteré en problemas si lo pago. Entonces, ¿qué pasa?

Se apoya en la encimera mientras le preparo un café con leche y chocolate, sabiendo lo mucho que le gustan las cosas dulces. Cuando no me contesta, miro por encima del hombro y la veo observándome atentamente.

Esta vez, una risa nerviosa sale de mi boca. —En serio, Angie. ¿Qué te pasa? Me estás asustando. Es la primera vez que vienes a mi lugar de trabajo. ¿Has visto algo?

Angie sacude la cabeza. —Sólo quería hablar contigo.

Mis ojos se cruzan con los suyos y sé que no está siendo sincera conmigo.

—Angie...

Suspira, busca en su bolso y saca la baraja de tarot que me enseñó hace unas semanas. Las extiende sobre el mostrador y dice—: Toca las cartas que te atraigan.

—¿Que yo qué? —resueno, confusa.

—Cierra los ojos —ordena—, y busca las cartas que te atraen. Podrás sentirlo.

La miro fijamente durante un minuto antes de suspirar y limpiarme las manos en el delantal. —De acuerdo. Hagámoslo, entonces.

Aparto su bebida, cierro los ojos y empiezo a tocar cartas al azar. La tercera carta que toco me produce un hormigueo en los dedos. Estoy abriendo los ojos cuando Angie suelta un chasquido —: ¡Mantén los ojos cerrados!

Me estremezco. —De acuerdo. Están cerrados.

—Hazlo otra vez.

Empiezo a tocar de nuevo las cartas al azar y suelto un sonido de sobresalto.

—Esta? —Angie pregunta con fuerza.

—S-sí.

—Sigue haciéndolo —dice.

Al final, cuando puedo abrir los ojos, veo que ha separado cuatro cartas y las está estudiando. Reconozco tres de ellas como las mismas que me enseñó antes, aquel día en el parque. Sin embargo, la cuarta es nueva. No consigo distinguir el dibujo.

Angie vuelve a dejar la carta, con expresión preocupada.

—¿Angie? —Empiezo a preocuparme.

—Nunca elijo cuatro cartas —murmura para sí misma—. Esto nunca pasa.

Le toco el hombro. —¿Quieres decirme qué está pasando?

Respira un par de veces para serenarse. Le pongo en las manos la bebida caliente que acabo de prepararle. —Toma. Bébetela. Te sentirás mejor.

Está temblando, así que rodeo el mostrador para ayudarla a sentarse en una de las mesas vacías. Nunca la había visto comportarse así. Siempre está muy tranquila y serena.

—He estado teniendo sueños —dice de repente—. La guadaña, la tumba y lo desconocido. Sigo viendo las visiones que tuve cuando elegí esas cartas. Pero últimamente, he empezado a verte parada en una encrucijada, con ambas direcciones tentándote.

—¿Qué carta elegí, Angie? —Pregunto despacio—. ¿Qué significa?

—La máscara —dice, pesadamente—. La duplicidad. La mentira. Alguien te miente. Alguien no es quien crees que es.

—¿Te refieres a Robert? —digo finalmente con una risa temblorosa—. No te preocupes. No confío en él.

—El lobo alfa no —dice Angie bruscamente—. Cada vez que me viene a la mente, es esta tarjeta la que aparece. —Levanta la carta con el signo de interrogación—. Su presencia en tu vida ha cambiado tu futuro. Creo que la encrucijada que vi en mi sueño se debe a él.

Se me aprieta el pecho, pero trato de mantenerlo ligero. —Él y yo tuvimos algo breve, y consiguió lo que quería de mí. Ahora se ha ido.

Angie levanta la cabeza y me mira con ojos ardientes. —No creas que se va a marchar tan fácilmente. Vuestros destinos están entrelazados. Y los lobos no se entregan a los demás tan a la ligera como los humanos. No se ha ido, Charlotte. Está esperando.

Se me seca la boca ante sus sombrías palabras.

Capítulo 10

Robert Montgomery

—Entonces, ¿por qué querías quedar conmigo para comer? —Aisha Wolfguard me estudia con curiosidad—. No es propio de ti pedir comida a domicilio. Siempre quieres salir.

—Simplemente me apetecía. —Cojo un trozo de pizza y me lo como. Es de una de mis pizzerías favoritas de la ciudad y, sin embargo, ahora me parece insípida.

—Sólo me apetecía, ¿eh? —Aisha levanta una ceja—. ¿Por qué no me cuentas lo que pasa de verdad? Llevas tiempo actuando de forma extraña, más aún esta última semana. No has prestado atención en el trabajo. Ayer casi perdemos un lanzamiento importante, Robert. No podemos funcionar así, contigo perdiendo el control la mitad del tiempo. Lo que sea que te esté molestando, escúpelo, y nos ocuparemos de ello.

Aisha trabaja conmigo en mi empresa. Tiene sentido que se haya dado cuenta de que no he sido yo mismo últimamente.

Un pequeño aullido en la puerta me hace mirar hacia Zeno, que se cae sobre sus propias patas en un intento de alcanzar la pizza. Dejo el plato con mi trozo a medio comer en el suelo para que pueda cogerlo.

—Sigo sin entender lo del cachorro. Nunca supe que te gustaran los perros.

—Yo tampoco —murmuro, mirando a Zeno jugar con el trozo de pizza.

—Te ha mordido casi todos los zapatos, Robert —señala Aisha.

—Puedo conseguir unos nuevos. —Sonrío y me inclino para rascarle la barbilla a Zeno. Me mira con adoración y suspiro internamente. Supongo que ahora soy una persona de perros.

Aisha me lanza una mirada de desconcierto. —Sé sincero conmigo. ¿Te estás drogando?

Eso llama mi atención y frunzo el ceño. —¡Claro que no!

—Entonces, ¿qué te pasa? —me exige—. Te conozco, Robert, y tú no eres así. Melancólico, adoptando cachorros de la nada, dejando que mordisqueen tu preciada colección de zapatos. Dímelo. No te juzgaré.

Llamé a Aisha para hablar con ella. Necesito hablar de esto con alguien, alguien en quien pueda confiar para que no traicione mi confianza o me juzgue casi al instante. Aunque tengo amigos en los que confío, Morris y Adam son alfas, y no verían con buenos ojos mis acciones. Sé cuál sería su reacción inicial, y necesito una que sea imparcial.

Durante la última semana, me he mantenido alejado de Charlotte. Mi lobo ha sido profundamente infeliz por esto. Eso es lo que me sacude aún más.

¿Por qué mi lobo está tan obsesionado con ella? Nunca antes había mostrado ningún signo de interés por ninguna hembra. Siempre he sabido que nunca estaré con una mujer. Mi cicatriz ha impedido que ninguna mujer se me acerque. Me he visto en el espejo el tiempo suficiente para saber lo feo que parezco a causa de ella. Es un hecho que acepté tras años de lucha con mi nueva realidad.

No es que no pueda conseguir pareja y tener un hijo. Desde que me convertí en alfa y la manada ha empezado a prosperar bajo mi mandato, muchas familias de alto rango han intentado llevar a sus hijas a mi cama. Algunos de los ancianos de la manada me han presentado a las chicas de sus familias con la esperanza de que me enamore de alguna de ellas.

Pero, incluso con las chicas haciéndose las simpáticas conmigo y flirteando mucho, no veo más que codicia y asco en sus ojos. Quieren el poder y la riqueza, pero saben que tendrán que dejarme entrar en sus camas para conseguirlos. Mi lobo no es inmune a la antipatía y los prejuicios. Nunca ha mostrado un ápice de interés en esas mujeres. Aunque, para ser justos, nunca ha mostrado interés en una hembra antes de Charlotte.

Pensar en Charlotte hace que mi lobo mueva la cola alegremente.

Charlotte me mira con ojos tímidos que pueden volverse fieros en cualquier momento.

Cuando me mira, me siento normal, como si mi cara fuera como las demás, sin deformidades. Cuando me habla, es casi como si no viera mis defectos. El mayor problema que tiene conmigo es que soy un lobo cambiaformas Y cuanto más intenta alejarme, más desesperado estoy por atraerla a mis brazos.

Soy el alfa de una manada. Mis amigos me dirían que pensara con la cabeza. Pero la lógica se va por la ventana cuando se trata de esta mujer.

—¿Por qué crees que habría algo que juzgar? —Le doy a Aisha una media sonrisa.

No vacila, cruzando los brazos sobre el pecho. —Porque si no lo hubiera, estarías hablando con Morris. Está claro que es algo que no quieres que sepa, o es algo delicado. ¿Algo que ver con una mujer?

Oigo el tono burlón de sus palabras, pero cuando no me río ni me encojo de hombros, su sonrisa se desvanece. Se inclina hacia delante y deja caer los brazos sobre la mesa. —Robert, ¿hablas en serio? —Está sorprendida y emocionada a la vez—. ¿Has encontrado a alguien?

—¿Por qué pareces tan sorprendida? —Le dirijo una mirada irritada—. Sólo porque parezca un monstruo no significa...

No llego a terminar la frase porque me da una colleja en la cabeza.

—¿Cómo dices? Eres el único que piensa que pareces un monstruo. No me metas en tu categoría de idiota.

Me froto la cabeza donde me ha golpeado, con una mueca de dolor. —¿Por qué eres tan fuerte? Y deja de pegarme. Eres una mujer casada. Si quieres pegar a alguien, tienes un marido para eso.

—Mi marido no es el que está soltando basura por la boca ahora mismo, ¿verdad? —Aisha frunce el ceño—. ¿Quién es la chica? ¿La conozco?

—Despacio. —Levanto mis dos manos—. Antes de decir nada, te estoy hablando como mi hermana, no como la pareja de Morris o la hembra alfa. Así que, lo que discutamos aquí queda entre nosotros.

Aisha se pone seria al oír mis palabras. —Por supuesto. Pero, ¿es realmente algo que deba mantenerse en secreto?

—Por ahora, sí —digo despacio—. ¿Conoces la cafetería que hay enfrente de nuestra oficina?

—¿Sí?

—Ella trabaja allí. —Estudio la cara de Aisha—. También es la que me rescató del ataque hace

un par de semanas.

Aisha parpadea. —¿Qué? Pero Harry dijo que la mujer que conoció era una vampira.

Como no digo nada, se da cuenta y se queda quieta. —Robert, la mujer que te gusta... ¿es una vampira?

Asiento con la cabeza.

Este es el momento en el que espero que diga algo duro o negativo, pero Aisha se queda sentada, intentando asimilar la información. Después de un momento, pregunta—: ¿Cómo es ella?

Cierro los ojos brevemente, el alivio me invade. —Estaba seguro de que esto iría por otro camino.

Al sentir su mano en mi rodilla, abro los ojos. Me sonríe. —Te conozco, Robert. Si te gusta esta mujer, tiene que haber una razón.

Suelto una bocanada de aire. —Ella no forma parte de ningún clan. Su familia no sólo la echó, sino que también la dio de baja. Lleva viviendo sin clan desde los catorce años. Es voluntaria en un refugio de animales y tiene una gata. No es como los de su especie. Sus habilidades son prácticamente inexistentes. Se emborracha fácilmente con alcohol humano. Tiene debilidad por los animales e intenta estudiar veterinaria. Es muy guapa: pelirroja, ojos verdes. También tiene una sonrisa dulce...

La sonrisa de Aisha aumenta con cada frase y, cuando termino, murmura—: Vas camino de enamorarte de ella, Robert.

Quiero negarlo, pero mi lobo ruge en señal de aprobación ante su apreciación, y me callo.

—Parece muy especial. —Aisha toma su mano entre las mías—. Me alegro por ti.

Intento sonreír, pero mis músculos están rígidos. —Pero no va a funcionar, ¿verdad?

Mi hermana me mira muy seria. —¿Por ser de diferentes especies?

—Los vampiros y los lobos cambiaformas no se casan ni se aparean. Es imposible. —Me pongo en pie, agitado.

—¿Por qué piensas tan a largo plazo? —exige Aisha, mirándome caminar.

—¡Porque es la primera mujer en la que mi lobo se ha interesado, Aisha! —Estallo—. Él la desea. Es extremadamente posesivo con ella. Me siento como si estuviera entre la espada y la pared. Por un lado, soy responsable de esta manada, y por el otro, mi lobo está cayendo sobre sí mismo queriendo estar cerca de esta hembra vampira que nunca será aceptada en mi manada o incluso en mi vida.

—No es sólo tu lobo —señala Aisha—. Tú también la deseas. La describes como lo haría un hombre enamorado, Robert.

—No puedo estar con una vampira —digo, me duele el corazón—. Ni siquiera puedo considerar estar con una, no si quiero conservar esta manada. Así que pensé en ser su amigo. Tenerla en mi vida de otra forma. Pero fue infantil de mi parte. Todo en ella me vuelve loco, Aisha. Las cosas no salieron como las planeé y una cosa llevó a la otra.

Los ojos de Aisha se abren de par en par. —Te acostaste con ella.

Gimo y me hundo en el sofá. —Perdí el control. Ella bebió de mí, y yo se lo permití, y luego la mordí en el cuello, donde se supone que va la marca de emparejamiento.

Mi hermana está pálida ahora. —¿La emparejaste?

—No lo sé. No creo que funcione así para los que no son de nuestra especie. Ninguno de los dos tenía mucho control. No la siento dentro de mí, así que no creo que se formara un vínculo de emparejamiento entre nosotros.

Aisha se queda en silencio, observándome. Tras unos segundos, dice en voz baja—: Pareces decepcionado.

Una risa entrecortada sale de mi boca. —¿Acaso no la quiero? Mi lobo la quiere. Yo la quiero. Es completamente ilógico. Ni siquiera debería estar arriesgando mi posición como alfa, pero aquí estoy, deseando poder sentir el vínculo de emparejamiento con esta mujer que conozco desde hace sólo unas semanas.

—Conociéndote, la habrías investigado a fondo —murmura Aisha—. No te habrías acercado a ella si pensaras que es una amenaza. ¿Quieres mi opinión sobre esto?

Le dirijo una débil sonrisa. —Por eso te pedí que vinieras.

—Sigue a tu corazón —dice Aisha suavemente—. Sé que es un consejo de mal gusto, pero Robert, nada debe anteponerse a la mujer que amas, ni la manada, ni tu estatus, ni el poder ni el dinero. Esto probablemente no es lo que Morris te diría, pero lo haré. Si crees que esta mujer es especial y que no puedes vivir sin ella, entonces debes luchar por ella. Y en lo que respecta a que la manada la acepte, tú eres el alfa. Entiendo que, ahora mismo, con el entorno actual que hay, será difícil, pero tienes que pensar qué quieres priorizar. Puedes luchar por la mujer que quieres, o puedes elegir alejarte. De cualquier manera, yo te apoyaré. No importa lo que Morris o cualquier otro diga, estoy de tu lado.

Mis labios se crispan. —¿Así de simple?

—Tal cual. —Me sonríe—. ¿Para qué está la familia, después de todo? Pero... —su voz se vuelve dura—, si esta mujer se convierte en una amenaza...

—Seré el primero en deshacerme de ella —digo fríamente.

Aunque me mate.

******

Mi conversación con Aisha hizo poco más que conseguir una aliada de mi lado. Al final del día, todos los demás mirarían a Charlotte como el enemigo. Su condición de vampira es suficiente para hacerla indigna de confianza a los ojos de la manada.

No soy tonto.

Sé que debería resistirme a los deseos de mi lobo.

Por eso intentaba llegar a un compromiso yendo a cenar con Charlotte, como amigos. Estaba seguro de que podría controlarme, mis impulsos. Pero es casi imposible.

Hace más de una semana que no la veo. Y me siento miserable.

Nunca he sido un hombre egoísta. Un alfa tiene que velar por los intereses de la manada. No puede permitirse ser egoísta. Pero quiero ser egoísta esta vez. Quiero esto para mí. Sé lo feliz que es Adam. He visto el amor salvaje en los ojos de Morris cuando está con Aisha. Quiero eso para mí.

El sentido común me dice que no puedo tenerlo. Que no puedo darle la espalda a mi manada.

Pero mi corazón no está de acuerdo.

Miro por la ventana de mi despacho la pequeña cafetería de la esquina, justo enfrente de mí. Está tan cerca y se siente tan lejos. Siempre me he enorgullecido de no ser indeciso, pero me encuentro en medio de una tormenta, dividido entre dos caminos: uno para buscar mi propia felicidad y otro para permanecer leal a mis obligaciones. No podré hacer ambas cosas porque obligar a la manada a aceptar a Charlotte sería casi imposible. Aunque la manada lo intentase, los ancianos, que quieren utilizar a sus hijas o sobrinas para obtener el poder que otorga el parentesco con el alfa, lucharán contra mí en todo momento.

Veo abrirse la puerta de la cafetería. Una mujer pelirroja sale luchando con su chaqueta. Hace bastante frío estos días y la veo intentando luchar contra el viento.

Me siento como un cobarde, mirándola desde la distancia. No la he llamado ni me he puesto en contacto con ella después de nuestra noche juntos. Dios sabe lo que piensa de mí.

De repente, me doy cuenta de que no se mueve. Parece estar esperando a alguien.

Mis cejas se fruncen al ver cómo levanta la mano con un breve gesto. Siguiendo su mirada, veo a un hombre que se acerca a ella.

Ella le sonríe.

Mi corazón se hunde.

Cuando llega hasta ella, le abraza.

Mi lobo gruñe.

¿Quién es? ¿Por qué Charlotte le toca de esa manera tan familiar?

Cuando empiezan a caminar por la calle, los celos arden en mi interior.

Ella ha seguido adelante. No me ha esperado. Ella ya tiene a alguien más.

Mi lobo quiere desgarrar a ese hombre miembro por miembro.

Pero no puedo olvidar la expresión de su cara.

¿Alguna vez me ha sonreído así?

Quizás cuando estaba borracha.

¿Qué estoy haciendo?

Me doy la vuelta y miro fijamente mi despacho vacío. Voy a dejar que se aleje de mí. Y si lo hace, será lo más conveniente para todos.

Todos menos yo.

Ojalá no le hubiera dicho a Harry que se llevara a Zeno a casa. La oficina parece más solitaria sin sus ladridos.

Cojo una botella de whisky de lobo sin abrir y me dirijo al sofá para bebérmela. Tras unos cuantos tragos, me arden las entrañas y echo la cabeza hacia atrás en el sofá, mirando al techo. Esta era toda mi vida antes de Charlotte: trabajar, emborracharme e irme a dormir. Los días que no me emborrachaba, volvía a mi casa vacía.

La presencia de Charlotte trajo a mi vida la chispa que siempre he anhelado. Y ahora, estoy dejando que se me escape de las manos.

¿Qué tenía de bueno ese hombre para que tuviera que abrazarlo? Hay que reconocer que su cara no era la peor, al menos es mejor que la mía. Levanto la mano para tocar el tejido cicatrizado. Quizá me equivoqué. Quizá mis cicatrices sí le parezcan horribles. Quizá esté contenta de que ya no la moleste.

Un golpe en la puerta me hace mirar, pero lo ignoro. No tengo ganas de hablar con nadie.

—¿Robert? Soy yo, Cynthia.

Parpadeo, sorprendido.

—Está abierto —digo a regañadientes.

La mujer que entra tiene un precioso pelo plateado, que lleva recogido en un nudo en la cabeza, y lleva traje.

Doy otro trago a mi whisky. —Lo siento, pero es un mal momento.

—Tenemos una cita —dice Cynthia, frunciendo el ceño—. Tu empresa quería trabajar en un

proyecto con la mía. ¿Te acuerdas? Me enviaste un correo electrónico hace un mes. Dijimos que nos veríamos después del horario de oficina.

—Lo siento, Cynthia. —La miro—. Estoy teniendo un día de mierda, y sólo quiero emborracharme y sumirme en la autocompasión, si te parece bien.

Espero que se vaya. Cynthia es la compañera de Adam; ella y yo nos llevamos bien, pero no pasamos mucho tiempo juntos. Lo educado sería irse.

Cynthia levanta una ceja. —Puedes emborracharte después de nuestra reunión.

La fulmino con la mirada. —No quiero tener una reunión. Sólo quiero que me dejen en paz. Cambiaré la cita.

—Estoy muy ocupada este mes, Robert. —Cynthia me lanza una mirada molesta—. ¿Por qué te emborrachas, de todos modos?

Vuelvo a mirar al techo después de darle otro trago a la botella. —Mi vida amorosa es una mierda.

Cynthia decide ponerse simpática. —Oh. ¿Tienes el corazón roto?

—Algo así —suspiro pesadamente.

—¿Quieres hablar de ello? —Es una oferta reticente que me hace mirarla.

No puedo reprimir la risita. —No. No tienes que cargar con mis problemas. Te prometo que cambiaré la cita. Vete a casa con tu familia. Deben de estar esperándote.

Se me aprieta el corazón de soledad al decir eso, sabiendo que no hay nadie esperándome en mi casa. Nadie preocupándose de dónde estoy, o de que es tarde y no he comido nada desde el desayuno.

—¿Quieres venir a cenar con nosotros? —Cynthia pregunta de repente.

Le doy una pequeña sonrisa vacía. —No. Sólo me gustaría estar solo ahora mismo.

Se espera unos segundos antes de suspirar. —De acuerdo, entonces.

La veo marcharse y, cuando la puerta se cierra tras ella, me hundo más en el sofá, decidido a

terminarme la botella. Cualquier cosa con tal de olvidar la forma en que Charlotte sonrió a aquel hombre que no era yo.

******

Me despierta el sol en la cara. Estoy tumbado en el mismo sofá en el que bebí anoche, con la botella vacía contra el estómago y los brazos alrededor.

Miro fijamente mi despacho iluminado y gimo en voz alta antes de rodar sobre mi espalda y contemplar qué hacer. Apesto bastante, así que lo primero que debería hacer es darme una ducha. Sin embargo, el cuarto de baño de mi despacho tiene un problema de fontanería que aún no he solucionado. Tendré que irme a casa para ducharme.

Al sentarme, siento el comienzo de un fuerte dolor de cabeza.

—Me lo merezco —murmuro en voz alta—. El plan era una fiesta de lástima, no un puto dolor de cabeza. Buen trabajo. Verdadero material alfa, Robert.

Maldiciéndome, cojo la cartera y las llaves y salgo.

Acabo de llegar a mi coche en el aparcamiento y mi mano está rodeando el pomo de la puerta cuando miro al otro lado de la calle, a la cafetería. Veo a Charlotte en el escaparate y se me congela la mano. Está limpiando el cristal del escaparate. Hoy lleva el pelo recogido en una trenza y mueve los labios. Por la forma en que mira por encima del hombro, debe de estar hablando con alguien.

Y esta noche, ¿volverá a irse con ese hombre?

¿Qué estoy haciendo?

¿Por qué dejo que esto ocurra?

Está tan guapa y perfecta, sus ojos brillan cuando les da el sol. Quiero todas sus sonrisas. Quiero todas sus risas.

No sé qué va a pasar, pero la necesito en mi vida. No sé por qué me he enamorado de esta mujer, pero no puedo hacer nada sin ella. No puedo vivir sin ella. De repente, nunca hubo un tiempo antes de Charlotte. Es como si mi mundo hubiera empezado cuando ella entró en él.

Mi mano resbala de la manilla de la puerta y me voy andando.

Al otro lado del aparcamiento, al otro lado de la carretera.

Sus ojos se abren de par en par cuando me ve, y entonces estoy de pie frente a ella. Ahora está sola.

—R-Robert —balbucea.

La miro fijamente durante unos segundos, sabiendo que es la única manera, el único camino que puedo tomar. Que todo lo demás, mi deber, mi estatus, arda por los aires. En este momento, no hay nada más aparte de ella. Ella es todo lo que hay.

—Charlotte —respiro.

—¿Estás bien? —Me mira preocupada. Me coge de las manos y me lleva a uno de los asientos vacíos—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has hecho daño? ¿Estás...?

Dejo que me mueva a su antojo, absorbiendo la preocupación en sus ojos. Su corazón blando anula la rabia que debería sentir.

—Estoy bien. Estoy bien.

—¡No pareces estar bien! —Aprieta los labios, casi como si luchara contra las lágrimas—. Voy a traerte agua y un café. ¿Quizás algo de comer?

—Charlotte... —La cojo de la mano y la paro en seco. Cuando se vuelve para mirarme, le pregunto—: ¿Me dejas que te lleve a una cita?

Capítulo 11

Charlotte Sanguinite

Desde mi noche con Robert, mis sueños han vuelto con fuerza. He intentado ignorarlos. He hecho todo lo posible para que no afecten a mi vida diaria, pero es más fácil decirlo que hacerlo. El problema es que el hombre que siempre veo en mis sueños (el hombre sin rostro que me adoraba, que me quería, que me hacía sentir especial e importante y todo lo demás) ahora tiene rostro.

Tiene la cara de Robert.

Y de alguna manera, me duele aún más.

Angie se fue ese día con una advertencia, diciéndome que tuviera cuidado. Estaba segura de que Robert no había terminado conmigo. Pero yo sabía que sí. Tenía que hacerlo. ¿Por qué si no me evitaría así? Y aunque me decía a mí misma que era lo mejor, eso no anulaba el dolor y la humillación que sentía.

Cada momento que estaba despierta, lo único que podía pensar era que Robert me utilizó, me manipuló para llevarme a su cama y luego desapareció en cuanto consiguió lo que quería. Sin embargo, en mis sueños, me trata como si fuera el ser más preciado de todo su mundo. La forma en que mi corazón se ha ido rompiendo de todas las maneras posibles me ha dejado exhausta.

Sin embargo, nunca hubiera esperado verle entrar en la cafetería, por la mañana temprano, antes incluso de que abramos, con una camisa de vestir que parece arrugada y rota por el hombro y unos pantalones que tienen una gran mancha roja. Mi primer instinto no es la ira. Es el miedo. Miedo por él.

Parece el infierno.

—¿Me dejarías llevarte a una cita?

De todas las cosas que podía decir, esto no es lo que yo habría imaginado.

—¿Qué? —Le miro boquiabierta, con el corazón latiéndome con fuerza.

—Una cita, Charlotte —repite—. Me gustaría llevarte a una.

Intento procesar lo que dice.

—¿Por qué tienes este aspecto? —Le agarro del cuello sin pensarlo—. ¡Me tenías preocupada de que estuvieras involucrado en algún tipo de pelea!

Súbitamente enfadada, tanto conmigo misma por exagerar como con él por tratarme tan cruelmente, le empujo hacia atrás.

—¿Estabas preocupada por mí? —Tiene esa sonrisa infantil en la cara, la que nunca deja de hacerme derretir, pero sigue enfadada.

—No.

—Lástima. —Robert me mira con tristeza—. Ahora, sobre esa cita.

—La respuesta es no. —Me doy la vuelta sobre mis talones, dispuesta a salir pitando hacia alguna parte, pero él me agarra de la muñeca y tira de mí con considerable facilidad.

—Ni siquiera lo has pensado —insiste, mirándome suplicante.

—¡No tengo que pensarlo! —Intento apartar la mano, pero su agarre es fuerte.

Estoy enojada. Ahora mismo, no me pasa por la cabeza ningún otro razonamiento aparte del hecho de que no se ha molestado en ponerse en contacto conmigo ni una sola vez desde nuestra noche juntos.

—Charlotte... —empieza Robert, y yo le corto, siseando.

—Me hiciste sentir como una vagabunda. Zas, zas, gracias señora, ¿eh? Conseguiste lo que querías. ¡Ahora puedes ir a presumir de cómo te las arreglaste para tirarte a la vampira defectuosa! ¡Déjame en paz!

Cuando sus ojos se abren de golpe, aprovecho para soltarle la mano. Salgo corriendo, pero Robert no se queda atrás.

—¡No fue así! Yo nunca... Mira, sé que estás enfadada... Charlotte, mírame. —Me agarra la cara

con las manos, obligándome a mirarle fijamente—. No es así en absoluto. Sólo estaba ocupado...

—Ocupado evitándome, claramente. —Mi labio superior se curva con rabia—. Mira, no quiero verte. De hecho, diría que he insistido mucho en que mantengamos las distancias. No me arrastres a tu mundo. Déjame vivir mi vida.

Le empujo e intento alejarme, pero el hombre es persistente hasta la exageración.

—No puedo hacer eso. Sé que estás enfadada. Si me escucharas...

—¡No quiero escucharte! —Digo con fiereza—. Por el amor de Dios, Robert. ¿En qué estás pensando? ¡Eres un alfa! Tienes una manada. Nada va a salir de esto. ¡Nada bueno, de todos modos!

—Eso no lo sabes. —Robert frunce el ceño y yo lo miro un momento, confundida.

Después de un momento, hablo, despacio y con precisión. —Robert, piensa en lo que estás haciendo. Lo que pasó entre nosotros fue un error. Nunca debería haber ocurrido. No sé por qué intentas hacer todo esto, pero no piensas con claridad. No hay nada en nuestro futuro. Absolutamente nada. Así que no hay razón para empezar nada. No podemos ser amigos porque nuestras especies están en guerra. Es mejor que nos mantengamos alejados el uno del otro.

He practicado este discurso después de nuestra noche juntos, segura de que acabaría apareciendo. Pero, mientras lo pronuncio, no parece correcto. Es como si las palabras salieran de la boca de otra persona.

Robert parece disgustado, con las cejas fruncidas. —¿Me estás rechazando?

—Estoy diciendo...

—¿Es por mi cicatriz? —pregunta sin rodeos.

De repente, me siento insultada. —¿Por qué iba a tener un problema con tu cicatriz? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Es la única razón que se me ocurre para que me rechaces. —Robert me mira con desconfianza.

No puedo evitar fulminarle con la mirada. —No te hagas el tonto y no juegues conmigo la carta de la cicatriz. No tengo ningún problema con tu cicatriz. Y sabes perfectamente por qué digo que

no. Te lo acabo de decir.

—Si de verdad pensabas así —replica Robert—, ¿por qué te enfadaste tanto porque no aparecí antes?

Su feroz respuesta me deja pasmada. No tengo forma de responder a eso.

—No estaba enfadada... —Intento escabullirme de la trampa que, sin querer, acabo de crearme.

—Ahora me estás insultando. —Robert me lanza una mirada que me dan ganas de pegarle en la cabeza—. Te molestó que no me pusiera en contacto contigo. Si de verdad te creyeras tu discursito, te habría encantado que no lo hiciera, ¿no?

No puedo reprocharle su lógica. La verdad es que quería que apareciera, pero también sabía que, si finalmente se había alejado de mí, era lo mejor.

Como no me salen las palabras, Robert sonríe. —Bueno, ahí tenemos nuestra respuesta.

Entrecierro los ojos y doy un paso adelante, clavándole el dedo en el pecho. —No, no la tenemos. Mi respuesta es no. Y seguirá siendo no.

Robert me mira el dedo. —¿Y si puedo hacerte cambiar de opinión?

Una risa aguda sale de mi boca. —Prefiero la supervivencia a las citas, Robert. Mi respuesta no cambiará. Eres un problema. Me gusta alejarme de los problemas.

Ni siquiera se inmuta.

—El problema es, Charlotte —Robert envuelve suavemente su mano alrededor de mi dedo—, y dice con voz baja—, no soy sólo yo quien te desea. Mi lobo está igualmente obsesionado contigo.

Cuando da un paso hacia mí, siento que el corazón me da un vuelco. El hombre simpático y alegre que conozco ha sido sustituido por otro oscuro y peligroso, con una voz cantarina que llega a mi interior y toca todos mis nervios sensibles.

—No puedo obligarte a nada, por supuesto. —Se lleva mi dedo a los labios y le da un beso en la punta.

Mi abdomen se tensa ante esta mansa acción.

—Pero puedo hacer todo lo posible para que cambies de opinión. —Su sonrisa es a la vez malvada y encantadora, y no puedo controlar mi corazón traidor. Veo con impotencia cómo me da la vuelta a la mano para darme un beso húmedo en el centro de la palma—. A ver quién de los dos aguanta más.

—Charlotte, las tartas de limón son geniales... —La voz de Jazz se apaga cuando sale de la cocina y va directa a la escena que se desarrolla ante ella—. Ah, ¿necesitáis algo de intimidad?

—Ya me iba —dice Robert, pero no aparta la mirada de mí.

Se me seca la boca cuando se inclina hacia delante y me planta un beso muy dulce en la mejilla, murmurando—: Te veré muy pronto en mi cama, vampirita.

Cuando se da la vuelta para marcharse, me quedo helada. Sin embargo, en cuanto sale por la puerta, Jazz estalla, excitada. —¡¿Qué demonios ha sido todo eso?! Charlotte!

Me doy la vuelta lentamente para mirarla. —No lo sé.

Se acerca a mí, con los ojos muy abiertos. —Así que por fin apareció, ¿eh? ¿Qué quería?

—Me ha pedido una cita —murmuro, con la cabeza todavía dándome vueltas.

—¿Y tú dijiste...?

—He dicho que no. —Parpadeo varias veces—. Él y yo somos de mundos muy diferentes. No va a funcionar.

Me aclaro la garganta y empiezo a caminar hacia el expositor de magdalenas, con el corazón inestable. Jazz me sigue. —¿Y qué si es un loco rico? Está claro que está loco por ti. Eso tiene que contar.

Abro el expositor y empiezo a preparar las magdalenas. —Quiero una vida sencilla y tranquila, Jazz. Robert Montgomery es lo más alejado de ese tipo de persona.

—Parece bastante tranquilo. —Jazz se inclina sobre la vitrina, observándome—. Además, si un hombre me mirara como te mira a ti, me lo comería.

—¿Qué? —La miro fijamente—. ¿Comiendo qué? Y yo que pensaba que tenías novio. ¿No estáis tú y Marcus locamente enamorados?

—Sí. —Jazz se encoge de hombros—. Pero Marcus es un niño. Robert es un hombre. Un hombre mucho mayor. —Sus cejas se mueven—. Más experimentado, más dispuesto a mimarte, más...

—Entonces, ¿quieres que lo convierta en mi *sugar daddy*? —La miro boquiabierta, incapaz de seguir su hilo de pensamiento.

Pone los ojos en blanco. —No tienes ni un hueso romántico en el cuerpo, Charlotte. Quiero decir que los hombres mayores saben lo que quieren. Buscan asentarse en la vida, y cuando un hombre te mira como lo hace Robert, pondrá el mundo entero a tus pies si se lo pides.

Cierro la vitrina y me pongo en pie. —Tú, Jazz, lees demasiado en cómo me mira. Ese hombre lleva escrito “problemas”por todas partes. Yo no juego con los problemas. Los problemas tienen que mantenerse a tres metros de mí o recibir un electrochoque.

Mi amiga se burla. —Como si fueras a electrocutar a Robert. He visto cómo se te ponían rojas las mejillas. No es el único al que le gusta.

No puedo discutirlo, así que, mientras arreglo el soporte de los vasos desechables, digo, tensa—: Es complicado, Jazz. ¿Y no deberías preocuparte por tu propia relación? Hace unos días que no veo a Marcus.

La expresión de Jazz se ensombrece. —Yo tampoco. ¿Crees que papá le pagó como en las películas? “¡Toma este cheque de cincuenta mil dólares y aléjate de mi hija!”

Imita a su padre y yo me río. —De alguna manera me cuesta ver a tu padre dándole a alguien esa cantidad de dinero.

—Cierto —dice Jazz con pesar—. Es un avaro. No valgo cincuenta de los grandes para él.

—No tienes precio para él —le recuerdo—. Te adora.

Jazz hace una mueca. —Aunque odia a Marcus.

Decido no hacer comentarios al respecto. Conocí a Jazz después de que empezara a salir con Marcus, pero, de mis pocas conversaciones al azar con su padre, está claro que Marcus es la razón por la que Jazz cambió toda su personalidad. Sólo tengo unos años más que Jazz, pero

quizá mis experiencias vitales fueron más duras, así que soy bastante crítica con su novio. No es que vaya a decir nada. A Marcus parece gustarle, así que al menos eso es lo que hay.

—De todos modos —Jazz cambia de tema—. Shelby me dijo que algo andaba mal con Mano. ¿Ha estado en el veterinario?

La mención de mi gata me hace sonreír. —Ah, sí. No comía mucho, pero tenía el estómago hinchado, así que le pedí a Ricky que le echara un vistazo. La dejé en el refugio la otra mañana.

Jazz estudia mi cara. —¿Supongo que no eran malas noticias?

Me río entre dientes, todavía un poco sorprendida por el sorprendente desenlace. —Por lo visto, la muy libertina fue y se dejó preñar por el gato de mi vecino. Yo creía que estaba esterilizada. Ricky también creía que lo estaba. No sé qué pasó. Tiene pequeños bebés creciendo en ella. Vino ayer después del trabajo para avisarme porque mi teléfono estaba apagado.

Los labios de Jazz se separan. — ¡Espera! ¿Mano va a tener gatitos?

—Sí. —Sonrío.

—¿Me das uno?

—Claro. —Me encojo de hombros—. Si no le importa desprenderse de uno. No te prometo nada. Es muy posesiva. Pero si no quiere renunciar a sus bebés, tenemos cinco gatitos recién nacidos en el refugio que estarán en adopción después de dos meses. Puedo traerte fotos si quieres.

Jazz apoya la barbilla en la palma de la mano. —Está bien. Iré sola después del trabajo en algún momento de esta semana. Nunca he visto el refugio, así que estará bien echarle un vistazo.

Miro a Jazz en silencio. Las cosas deben de ir muy mal entre ella y Marcus para que quiera visitar el refugio sólo para tener algo que hacer. Normalmente, pasa cada minuto fuera del trabajo con Marcus. Sé que no debo entrometerme. Cuando esté preparada, hablará de ello. Dudo que sea tan simple como que Marcus la evite.

Vuelvo a centrar mi atención en las tazas que estoy preparando y frunzo el ceño. No debería preocuparme por Jazz cuando me persigue un lobo alfa.

No lo entiendo.

No hay nada remotamente atractivo en mí. Eso no quiere decir que me considere fea ni mucho menos. Simplemente no tengo nada que atraiga a alguien como Robert. En todo caso, soy una adicta al trabajo. Mis aficiones son introvertidas. Soy reservada. No soy lo suficientemente excitante o interesante para que alguien, especialmente un lobo alfa, me persiga.

Entonces, ¿por qué Robert quiere salir conmigo? ¿Por qué se empeña tanto en romper esta vida tranquila y sosegada que he conseguido construirme?

No entiendo su lógica. No entiendo su interés en mí.

Pero no me doblegaré a su voluntad.

No importa lo que quiera o lo que sienta. Tengo que usar la cabeza, no el corazón.

Además (una suave sonrisa se dibuja en mis labios) pronto voy a estar muy ocupada con Mano y sus pequeños. No tendré tiempo de pensar en el alfa de ojos azules y sonrisa encantadora.

******

Robert espera un par de días antes de lanzar un ataque.

Y no es lo que esperaba.

—¡Entrega para Charlotte Beaumont!

Levanto la vista de donde estoy preparando un café con leche para un cliente.

—Soy yo. Enseguida estoy con usted.

Tapo el café y se lo entrego al cliente antes de rodear el mostrador en dirección al repartidor. —¿Sí?

—Firme aquí, por favor. —Me tiende un portapapeles con un trozo de papel.

—No recuerdo haber pedido nada —murmuro mientras me aseguro de que el nombre y la dirección son correctos. No tiene sentido que la dirección de entrega sea la cafetería. Nunca me han entregado nada aquí. Tengo un apartado de correos cerca de casa donde recojo los paquetes.

Sin embargo, el nombre y la dirección sí son correctos.

De mala gana, firmo el resguardo.

El repartidor me entrega un gran paquete envuelto en papel de regalo.

—¿Qué es? —pregunta Shelby con curiosidad.

—No lo sé —respondo, confusa. Dejo el paquete en una de las mesas desocupadas y lo abro con cuidado. Un momento después, mis ojos se abren de par en par.

—No.

—¿Qué pasa, Charlotte? —Jazz se impacienta y decide buscar por sí misma. Hace un sonido de decepción—. Oh, son sólo libros.

Pero no la escucho. Mi sangre truena de excitación.

—Estos son... ¿Cómo estos...?

Ni siquiera puedo formar una frase coherente, sólo miro los libros de tapa dura. Se trata de una serie policíaca de ficción de un autor extranjero que no vende sus novelas fuera de su país. Sólo he conseguido leer sus libros en Internet, de ninguna fuente legítima. Nunca soñé con tener ejemplares reales de su obra, incluidas sus novedades.

—¡¿Estás llorando?! —Jazz parece horrorizada.

—No —resoplo, abrumada. Una tarjeta se desliza de uno de los libros y me inclino para recogerla. Por un lado, hay un lobo toscamente dibujado, y por el otro se lee: Mencionaste a tu autor favorito mientras bebías todo ese té.

Miro fijamente el mensaje y se me escapa una carcajada incrédula.

Tengo la sensación de que Robert nunca va a dejar de recordarme mi confusión con el té helado y la variedad Long Island.

No recuerdo haberle hablado del autor. Debía de estar muy borracha.

—¿Charlotte? —pregunta Jazz con curiosidad, asomándose por encima de mi hombro para mirar la nota—. ¿Qué significa eso?

—Nada —niego con la cabeza.

Debería tirar la tarjeta, pero, cuando la sostengo sobre la papelera, mi mano se niega a soltarla. Suspirando, la vuelvo a meter en uno de los libros.

Hombre retorcido, retorcido.

Ha averiguado exactamente cómo meterse en mi piel.

Si hubieran sido flores o bombones o cualquiera de los regalos normales que envían los hombres, habría sido más fácil no sentirse afectada. Esto es mucho más difícil. Es como si hubiera metido la mano dentro de mí, hubiera cogido un pequeño deseo que nunca tuve esperanzas de cumplir y lo hubiera convertido en una hermosa realidad.

—Imbécil —murmuro para mis adentros.

Mientras me apresuro hacia la trastienda, abrazando mi preciada recompensa contra mi pecho, oigo a Jazz decir—: ¿Quién se emociona tanto con los libros?

Guardo las novelas en mi bolso y cierro mi taquilla antes de sonreír vertiginosamente. Estoy deseando llegar a casa y volver a mirarlas.

El día no puede acabar lo bastante rápido para mí y, al caer la tarde, Gina me recuerda—: Hoy tienes que cerrar.

Cierro los ojos. Maldita sea.

Cerrar solo significa más trabajo.

Por desgracia, este es mi trabajo y no puedo decir exactamente que no. Le doy la vuelta al cartel de cerrado una vez terminadas las horas y empiezo a colocar las sillas en las mesas. Gina ha tenido la amabilidad de prepararme hoy el agua para la fregona; limpio rápidamente el suelo y luego voy al baño a escurrir el cubo. Después de lavarlo, lo meto en el pequeño trastero que tenemos en la parte de atrás para el material de limpieza. Cuando estoy a punto de cerrar la puerta del trastero, oigo un ruido que viene de fuera.

Frunzo el ceño, me quito los guantes de goma y me dirijo a la entrada de la cafetería.

Una mujer está de pie, cerca del mostrador, de espaldas a mí.

—Lo siento —empiezo—. Hemos cerrado.

Dos cosas suceden al mismo tiempo: Veo cómo se ha roto la cerradura de la puerta principal, y la fría energía que sólo puede pertenecer a un vampiro llega hasta mí.

Me congelo.

Esto no es bueno.

La mujer se vuelve lentamente y la reconozco casi al instante. Se me hiela la sangre.

Capítulo 12

Charlotte Sanguinite

—Tú —respiro, clavada en mi sitio por el miedo y el shock.

La última vez que vi a Arabella, me miraba con una maldad en los ojos que no debería tener ninguna niña de diez años. En cuanto a su aspecto, Arabella heredó el aspecto moreno de nuestro padre, su piel de un hermoso tono aceitunado, sus ojos de un verde penetrante y su pelo negro como el de un cuervo, que cae hasta su cintura como una cascada. De niña era mona, pero de adulta es preciosa. Sus pómulos son afilados y sus ojos casi felinos. Ha perdido toda su gordura, su figura es esbelta como la de una modelo.

Comparada con ella, parezco una criada desaliñada, con el pelo revuelto, mi figura curvilínea y las ojeras.

Veo cómo mi hermana me mira, sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo en una horrible mezcla de desdén, asco y deleite.

—Siempre pensé que habrías muerto la noche que papá te echó. —Se ríe, tapándose la boca con sus dedos perfectamente cuidados—. Te vi el otro día y no podía creer lo que veían mis ojos. Tuve que comprobarlo. Me alegro de haberlo hecho. Mírate. ¡¿Cómo eres más patética que entonces?!

El sonido de su risa es como suaves campanillas, fácil para los oídos. Los vampiros tienen una belleza exagerada. No se habla de ello, pero nunca he conocido a un vampiro feo. Cuanto más fuerte es la sangre, más llamativo es su aspecto. Sin embargo, la lengua afilada de Arabella y la malicia de sus ojos pintan un cuadro duro.

No sé por qué está aquí. Sus motivos me preocupan.

—Veo que te va bien —murmuro, sin querer agitarla. Sé de primera mano cómo reacciona cuando no se sale con la suya. Y esta vez, no hay nadie aquí para detenerla.

—Claro que sí. —Se revuelve el pelo con la mano, mirándome con desprecio—. Mi padre me

envió a una de las mejores escuelas de moda de París. Tengo mi propia línea de ropa. —Pone los ojos en blanco—. No es que espere que sepas nada de eso. No puedes permitirte ni una prenda de mis tiendas.

Aprieto los labios, con ganas de replicarle, pero el sentido común me dice que me calle. No puedo arriesgarme ahora. Si Arabella me ataca, no podré esquivarla por mucho tiempo. Así que, me lance lo que me lance, tendré que aguantarlo.

Sus cejas se fruncen irritadas cuando no respondo. —¿Qué? ¿Tú también has perdido la lengua? Parecías tener mucho que decir cuando vivías en el complejo.

—¿Qué sentido tiene? —Me encojo de hombros—. Las dos somos adultas. Me alegro de que estés prosperando.

Aprieta la mandíbula. —Y a ti mírate. Una sirvienta. Seguro que has caído muy bajo. ¿No tienes vergüenza, Charlotte? Si yo fuera tú, me habría suicidado hace mucho tiempo antes que fregar suelos a manos y rodillas.

—Todos tenemos que trabajar para sobrevivir —digo con desgana.

Ver a mi hermana es el tipo de recuerdo del pasado que no necesito.

—No todos —se burla Arabella—. Es gracioso verte así. Siempre supe que no merecías formar parte de nuestro clan, una criatura inútil y rota como tú.

Me acostumbré tanto a esos insultos que ya no me molestan. Pero una parte de mi corazón vuelve a romperse cuando miro a la hermosa mujer que tengo delante. Tiene la misma edad que Jazz. Hubo un tiempo en que Arabella se aferraba a mí. Después de la muerte de nuestra madre, a los pocos meses de nacer Arabella, ayudé a criarla. Nuestro padre nunca estuvo interesado en el cuidado de los niños y mi madre me había amado. Quería que Arabella sintiera algo de ese amor. Hice por ella todo lo que podría haber hecho una niña de mi edad, hasta cambiarle los pañales. Ella me miraba con sus grandes ojos de adoración.

¿Cuándo se convirtió esa adoración en odio?

Es doloroso mirarla y saber que en algún momento de su vida decidió que yo no valía nada. He odiado a Clyde, odiado a mi padre, pero nunca pude odiar a Arabella. Tal vez porque conocí el amor de ella hace mucho tiempo.

Una tonta chispa de esperanza se enciende en mi pecho. Ha venido hasta aquí; quizá, bajo los insultos, haya una parte de ella que quiera reconectar conmigo.

—¿Quieres un café? —pregunto de repente—. Está cerrado, pero puedo prepararte una de las máquinas.

Ella se burla. —Claro.

El parpadeo aumenta. —¿Qué tipo quieres?

—Algo caliente.

Una pequeña sonrisa se curva en mis labios mientras empiezo a prepararle una taza. —Así que París, ¿eh? Debes de haber destacado en tus estudios. No puedo creer que ahora seas diseñadora. ¿Cómo se llama tu marca?

—Rose Tralin —dice con suficiencia—. ¿Y qué has estado haciendo desde que padre te echó? ¿Cómo sobreviviste? Clyde y yo teníamos una apuesta. Dijo que terminarías como prostituta. Yo estaba segura de que serías pienso para los animales del bosque. Quiero decir, ¿quién pagaría por verte desnuda, ¿verdad? Supongo que ninguno de los dos ganó esa apuesta.

Sus palabras son como púas, pero las desecho mientras espumo su leche.

—Afortunadamente, he sobrevivido —digo en voz baja.

—Pero, ¿qué haces? —insiste.

Algún viejo instinto me advierte de que no debo darle demasiada información. Reprimiendo la emoción que me produce su curiosidad por mi vida, me encojo de hombros. —Trabajo aquí algunos días, pero nada más.

—Así que, si no existieras, a nadie le importaría, ¿eh? —Su risa tiene un punto cruel y se me escapa la sonrisa, con el corazón palpitante.

—Tengo amigos —me encuentro protestando—. A ellos les importaría.

Arabella se ríe. —Lo dudo. ¿Pero a mí qué me importa? Limpia retretes todo lo que quieras.

Me doy la vuelta y le pongo el café delante. —Entonces, ¿cómo has...

Mi pregunta se interrumpe con un grito cuando abre la tapa y me arroja el café caliente a la cara. Me tambaleo de dolor y gimo con las manos en los ojos mientras Arabella se ríe burlonamente.

—¿Pensabas que esto era un momento de unión entre hermanas? ¿Crees que alguien de mi estatus tendría algo que ver con algo tan rastrero y basura como tú. —Salta sobre el mostrador, me agarra por detrás del pelo y me golpea la cabeza contra él.

Me doy cuenta de que quiere matarme, me arde la cara. Me vuelve a golpear la cabeza. Activo mis instintos de supervivencia, la agarro por el brazo y, con todas mis fuerzas, la tiro hacia un lado. Como no espera que tome represalias, afloja el agarre y cae al suelo.

Me mira con los ojos entrecerrados. —¡Zorra! ¡¿Cómo te atreves?!

Cuando vuela hacia mí, intento esquivar su ataque, pero es rápida y yo no soy una rival para nada sobrenatural. Consigue clavarme las garras en los hombros y me lanza un tajo que me hace gritar de dolor al desgarrarme la carne.

Su risa tiene un sonido cruel y burlón.

—No te preocupes, no voy a matarte. —Me agarra por el cuello y me lanza contra las mesas y las sillas. Noto un chasquido dentro de mi cuerpo al caer al suelo y sé que me he roto algo. Aún no estoy dispuesta a rendirme, agarro una de las sillas y la coloco entre nosotras, dispuesta a defenderme hasta el último aliento.

—¿No me has oído? —Se abalanza sobre el mostrador y me meto la mano en el bolsillo trasero, me duelen las costillas—. No voy a matarte. Lo que voy a hacer es recordarte lo que vales. ¿Qué te he dicho? No vales ni para lamerme la suela del zapato. Dime, Charlotte, ¿por qué no te has suicidado todavía? Nadie te quiere. Así que muérete de una vez.

Se está acercando. Mi mano se tensa alrededor de la pistola eléctrica que llevo en el bolsillo trasero. Desde mi encuentro con los vampiros fuera del refugio de animales, empecé a llevar una. Siempre está cargada, pero nunca la he probado contra nadie, y mucho menos contra un vampiro.

En cuanto Arabella está lo bastante cerca, saco la pistola eléctrica y se la clavo en el cuello. Suelta un estrangulado grito de dolor, pero, antes de que pueda darle una sacudida suficiente para incapacitarla y dejarme escapar, me agarra la muñeca, me la retuerce y me obliga a soltar la pistola.

La bofetada que recibo me da vueltas en la cabeza.

Me clava las rodillas en el pecho y yo jadeo.

Parece molesta. —Nunca solías defenderte tanto. No es que vaya a cambiar nada ahora. Algo como tú no debería existir, Charlotte. Eres un desperdicio de espacio, un desperdicio de aliento. Siempre le dije a papá que debería haberte arrancado los miembros y arrojarte al bosque para que fueras comida de los animales salvajes. Al menos tu vida habría servido para algo.

Sus palabras me apuñalan en el corazón, pero no dejo de luchar.

Durante años he luchado contra la baja autoestima, me he enseñado a mí misma que importo. Si no para mi familia, ni para los humanos, ni para nadie, sí para los animales que cuido. Dependen de mí. Me necesitan. Me quieren.

No soy una inútil. Puede que no le importe a nadie más, pero le importo a la felina tuerta que me espera en casa, pacientemente.

Las lágrimas queman mis ojos.

Mano me está esperando. Me necesita.

Con fuerzas renovadas, intento apartar a Arabella de mí, gritando—: ¡Déjame en paz!

—¡Deja de defenderte! —Arabella me da un puñetazo en la garganta y me ahogo.

¡No puedo respirar!

Se da cuenta de lo que acaba de hacer y me aprieta el cuello con el tacón, sin dejar de reírse. —Mírate. Eres tan débil. Ni siquiera puedes defenderte. ¿Por qué estás viva, Charlotte?

Su risa me chirría los oídos mientras jadeo en busca de oxígeno. Mis intentos de resistirme se debilitan.

Baja la cabeza. —Voy a dejarte un regalo, hermana. Cada vez que te mires al espejo, recordarás lo fea que eres, lo completamente no querida, no amada y no deseada.

Me clava las uñas en la mejilla izquierda y luego las presiona más, desgarrándome la carne. Mientras las arrastra hacia abajo, ni siquiera puedo gritar. Apenas puedo respirar. En medio del

dolor, veo manchas negras delante de mis ojos.

Mis manos caen inertes a mi lado y me preocupo fugazmente por Mano. ¿Quién cuidará de ella cuando me haya ido? Se va a quedar sola. Espero que Ricky la acoja. O Angie.

El rostro de Robert aparece en mi mente y siento una punzada de arrepentimiento. Si hubiera sabido que iba a morir así, no habría sido tan mala con él. Es tan dulce conmigo. Nadie ha sido nunca tan dulce conmigo, tan gentil. Debería haberle dicho que sí.

Puedo sentir a Arabella destrozándome la cara, pero el dolor es una sensación lejana. La oscuridad me arrastra, poco a poco, susurrándome que mi tormento por fin ha terminado. Quizá mi próxima vida sea mejor. Tal vez alguien me ame en mi próxima vida.

De repente, la presión sobre mi cuello desaparece y mi cuerpo reacciona al instante, intentando aspirar todo el oxígeno que puede. Mientras mi espalda se arquea, oigo un grito.

Arabella.

Utilizando la silla caída a mi lado para sentarme, veo a un hombre de aspecto familiar que sujeta a Arabella por el cuello contra la pared. Intenta quitárselo de encima, pero mi hermana, por muy fuerte que sea, no es rival para un alfa.

Se le salen los ojos de las órbitas e incluso ahora, lo único que puedo ver es la mirada dulce y adorable de la niña a la que enseñé a caminar. Se me saltan las lágrimas.

—Ro...

Tengo la voz ronca y me cuesta hablar. Me duele mucho la garganta.

—...Bert.

¡La matará!

No sé cómo consigo ponerme en pie, pero el movimiento llama la atención de Robert, y cuando se vuelve para mirarme mientras estoy allí de pie, balanceándome en el sitio, veo el color ámbar de sus ojos. Ahora mismo estoy mirando a su lobo.

—...mana. E-Ella es-Ella es mi hermana.

Digo las palabras a trompicones y tropiezo con él. No lo duda y deja caer a Arabella al suelo en un santiamén. Ahora estoy en sus brazos y me estrecha contra su pecho, gruñendo en voz baja.

Me agarro a su chaqueta, preguntándome por qué la cruda furia de sus ojos me tranquiliza tanto el alma. —Es mi hermana. No puedes matarla. Por favor.

Su mano se posa en mi mejilla y sus ojos se tensan. —Ha intentado matarte.

Su tono es grave, con una fusión entre su voz humana y el ronco gruñido del lobo.

Sacudo la cabeza, me cuesta decir algo más. Me duele todo.

Oigo pasos y miro hacia la puerta para ver la parte trasera del vestido de Arabella mientras corre por su vida. Mi cuerpo se hunde en el de Robert y cierro los ojos, incapaz de resistirme, incapaz de luchar contra esta oscuridad que me arrastra. Lo único que sé es que estoy a salvo.

Robert me protegerá.

******

Es la humedad contra mi mejilla lo que me hace revolverme.

Gimoteo, abro los ojos y veo la cara de Robert. Durante un breve instante, me siento confusa y mareada. Y entonces noto el dolor. Junto con el dolor, vienen los recuerdos de lo ocurrido.

Intento incorporarme, pero Robert me sujeta. —Tranquila. Todavía no. No estás en condiciones de moverte.

—Tengo que... tengo que ver los daños.

—No te preocupes. —Me acaricia el pelo—. Ya me he ocupado de ello. Necesitas descansar.

—¿Arabella?

—Se fue. Yo no la maté. —Los ojos de Robert se endurecen al decirme eso. Suelto un suspiro de alivio y él me mira con extrañeza—. Iba a matarte, Charlotte.

Cierro los ojos, me pesa el corazón. —Soy una tonta.

—No voy a llevarte la contraria ahora mismo —murmura Robert, pero su tono es suave y

amable. Quiero enterrarme en sus brazos y esconderme de este mundo cruel y de mi destino más cruel.

Llaman a la puerta y abro los ojos para ver a una joven que se asoma. —Harry me llamó

—Gracias, María. —Robert está a punto de levantarse, pero mis dedos se clavan en su manga. Es una respuesta automática, pero en lugar de decir nada, simplemente se acerca y rodea mi mano con la suya.

—No voy a ninguna parte. —Mira a María—. ¿Puedes curarla?

María se acerca, pero hay vacilación en sus pasos. —Ella es una vampira.

—Sí.

Traga saliva y noto su nerviosismo. Le doy una pequeña sonrisa, medio delirante por el dolor que irradia de cada centímetro de mi cuerpo. —No tienes por qué hacerlo. Estaré bien.

—No, no lo estarás —dice Robert con fuerza—. ¿Puedes intentar curarla, María?

—Nunca he intentado curar a una vampira —dice la mujer lentamente—, pero puedo intentarlo. ¿Puedes retroceder un poco, Robert?

Robert se desliza, pero su agarre en mi mano no desaparece.

María deja la bolsa en el suelo y extiende las manos sobre mi cuerpo, a unos centímetros de mi piel. Siento un hormigueo cálido y se me cierran los ojos.

—Costillas rotas, una fuerte contusión —empieza a murmurar María—. Su muñeca está muy torcida. También hay hemorragia interna.

Sus manos se detienen unos minutos después y me mira a los ojos. —Creo que podré curar tus heridas internas, pero no puedo hacer nada con las externas ni con la conmoción cerebral.

—¿Qué quieres decir? —Robert le exige—. Sus heridas externas...

—Habrá que tratarlas como heridas normales —responde María, con el ceño fruncido—. No sé cómo explicarlo. Mi habilidad curativa no puede funcionar con sus heridas exteriores.

—Pero puedes arreglar los huesos y todo lo demás, ¿verdad? —le pregunto.

Asiente con un movimiento brusco de la cabeza.

Veo la desgana en sus ojos y miro a Robert. —¿Puedes concederme un minuto con ella, por favor?

—¿Por qué?

—Por favor —repito, ya agotada.

Es evidente que Robert no quiere separarse de mí en este momento, pero necesito hablar con María a solas. De mala gana, sale del despacho trasero del café, adonde debió de llevarme después de desmayarme.

—¿Puede oírnos? —Pregunto al cabo de un minuto.

María revisa el pequeño pasillo y niega con la cabeza.

—Escucha, sé que te sientes incómoda haciendo esto —le digo, con expresión firme a pesar del dolor—. No tienes que hacer nada. Puedes decirle a Robert que lo intentaste y no funcionó.

Sé muy bien cómo ven los cambiaformas a los de mi especie. Ser forzada a curar a una vampiraa puede no ser algo que esta joven sanadora aprecie. La chica guarda silencio un momento y luego dice en voz baja—: ¿Tú y Robert sois íntimos?

—Yo —Mi respuesta se atasca en mi garganta—. No lo sé.

—Bueno, tú le importas —dice ella, su voz decidida ahora—. Así que te ayudaré.

Cuando Robert vuelve, María ha empezado a curarme. No sabía que la magia curativa de los lobos pudiera funcionar en vampiros, pero puedo sentir cómo se me curan los huesos. Hay dolor, pero lo soporto. Durante todo el proceso, Robert no hace preguntas ni se aparta de mí ni una sola vez. Oigo movimiento fuera, pero no tengo fuerzas para preguntar qué pasa.

No sé cuánto tardan en curarse del todo mis heridas internas, pero por fin empieza a desaparecer parte del dolor. Me siento sensible por dentro, pero es mucho mejor que esas sensaciones agónicas.

Bajando las manos, María mira a Robert. —No puedo hacer nada más que esto. Para las heridas externas, tendrá que dejar que su curación vampírica haga efecto.

Cuando Robert me mira, no digo nada. Sabe que no me curaré. En todo caso, debería tener más cuidado con las heridas para asegurarme de que no se me infecte ninguna. Me duele la cara, pero es un dolor sordo.

—Gracias —digo, encontrándome con la mirada de María.

Duda antes de dedicarme una pequeña sonrisa. —Espero que te mejores pronto.

—Gracias, María. —Robert se levanta para darle un abrazo con un solo brazo.

—Debería advertirte —susurra—. Harry está cabreado.

—Lo sé. —Robert le palmea la cabeza como si fuera poco más que una niña—. Dile que te deje en casa. Me aseguraré de que todo esté cerrado aquí antes de llevar a Charlotte a casa.

Cuando María se da la vuelta, Robert le dice en voz baja—: ¿Y María? Ni una palabra

Ella asiente.

La acompaña hasta la salida y, mientras tanto, intento incorporarme. Siento las piernas débiles, las entrañas como gelatina. Me agarro a un lado del sofá, me esfuerzo por ponerme derecha y me miro en el pequeño espejo que cuelga de la pared. Se me corta la respiración al ver el motivo del escozor en el lado izquierdo de la cara. Hay tres surcos profundos en mi mejilla, la carne está abierta y al descubierto.

Miro fijamente mi reflejo, entumecida.

Me ha marcado.

Ahora mismo no hay dolor, no hay conmoción, sólo algo pesado que cubre todas las emociones. Tengo un moratón oscuro en la frente, donde me golpeó varias veces contra la encimera, y sangre en un lado de la cabeza. Sé que tendré contusiones por todo el cuerpo.

—¿Cómo puede alguien odiar tanto a alguien? —Susurro, con el cansancio calándome hasta los huesos.

No quiero llorar ni gritar.

Sólo quiero irme a casa, acurrucarme bajo una manta y rodearme de silencio.

La puerta se abre, y cuando entra, Robert sisea—: ¡No deberías estar de pie!

—Estoy bien —digo, con la voz convertida en un susurro.

No parece importarle lo que pienso y me guía de vuelta al sofá. —Voy a por el botiquín. ¿Dónde lo guardas?

—Bajo el mostrador de enfrente.

Se aleja a grandes zancadas y yo me quedo mirando la pared, agotada. Me duele la cara, pero me duele más el corazón.

Era una tontería albergar la esperanza de que Arabella tuviera alguna intención positiva en su deseo de verme. Mientras ella me degradaba y decía todas esas cosas viles, ¿por qué no dejaba que mi cerebro funcionara? ¿Por qué estaba tan desesperada por reconectar con ella? No he olvidado ni uno solo de los abusos que sufrí en sus manos.

Cierro los ojos y aprieto las palmas contra ellos. —Dios, eres estúpida.

—Eso sí que es mezquino. —Robert entra en la habitación y, cuando abro los ojos, veo que lleva el botiquín en la mano.

—No te lo decía a ti.

—Lo sé. —Se agacha a mi lado, su voz es suave—. Voy a limpiarte, ¿vale? Y no hables mal de ti misma, por favor. No se te da muy bien.

Mis labios se crispan sin previo aviso, e inmediatamente hago una mueca de dolor, con la carne desgarrada ardiendo por el movimiento.

—Tranquila —dice Robert, con voz agradable, pero ojos brillantes. Aplica alcohol en una gasa de algodón y me advierte—: Esto va a doler.

Se inclina hacia delante y me frota suavemente la herida. Aprieto los ojos cuando el contacto me hace arder la piel.

—Ten un poco de paciencia.

Parece tenso y abro los ojos. —Siento haberte metido en esto. Gracias por ayudarme.

Robert parece contemplar algo y no responde de inmediato. Tomándose su tiempo, finalmente dice—: Tenía toda la intención de matarte.

Estoy en silencio.

Se encuentra con mi mirada cuando no digo nada. —¿Ibas a dejarla?

—No —susurro en voz baja—. Me estaba defendiendo, pero ya viste cómo fue. No pude contenerla.

Parece que va a decir algo más y luego cambia de opinión.

—Que seas físicamente más débil que un vampiro no significa que no puedas luchar contra ellos —me dice, tirando la gasa ensangrentada y está preparando una nueva—. Sólo tienes que saber dónde darles.

—He tomado clases de defensa personal, kárate y cualquier otra clase que he podido encontrar —empiezo, pero Robert niega con la cabeza.

—Los humanos te enseñan a defenderte, Charlotte. Cuando te enfrentas al tipo de enemigo que acabas de tener, tu objetivo no debe ser defenderte. Luchas para matar.

Su voz es grave y me quedo helada.

—¿Quieres que mate?

Robert me mira. —Puedes parecer humana, y puedes ser como ellos, pequeña vampira, pero no eres una humana. Simplemente existes en su mundo. Sigues siendo una vampira, y necesitas saber cómo mantenerte con vida. Si uno viene a por ti, apunta a matar. Siempre. No importa quién sea. Lo que importa es tu supervivencia.

—No me resulta tan fácil quitar una vida —susurro con voz ronca—. Incluso cuando Droga y el otro vampiro te atacaron...

—¿Qué? — Robert se queda atónito—. ¿Los conocías?

—Conocía a uno de ellos. —No encuentro su mirada, sintiéndome culpable por no habérselo dicho antes—. Era amigo de mi hermano Clyde. Me acosaba constantemente cuando aún vivía en mi clan. Tanto él como Clyde. No te lo dije porque...

—Porque sabías que averiguaría que perteneces al clan Nelo —termina Robert mi frase, con voz tranquila—. ¿O pensabas que me daría cuenta de que eres la hija mayor del líder de ese clan?

Capítulo 13

Robert Montgomery

La expresión de asombro y culpabilidad en el rostro de Charlotte confirma mis sospechas.

Beruth Sanguinite pudo haber borrado a Charlotte de la historia de su clan, pero no pudo borrarla de los recuerdos de las personas que una vez la conocieron. Harry, como mi ayudante, se encargó de investigar el pasado de Charlotte. Al principio no encontró nada, pero, al hablar con algunos vampiros con los que la manada aún mantiene buenas relaciones, descubrió muchas cosas.

Charlotte Beaumont fue una vez Charlotte Sanguinite, la hija mayor de uno de los líderes más notorios de su clan de vampiros. Cuando Harry me compartió esa información esta tarde, sentí una variedad de emociones: conmoción, traición, dolor y rabia.

Era difícil relacionar a la amable Charlotte con ese hombre codicioso, ambicioso y de sangre fría que era responsable de tanta muerte y destrucción de los lobos cambiaformas. Cuando llegué al café para enfrentarme a ella, sabiendo que suele cerrar a esa hora, no esperaba oler su sangre ni oír el estertor de la muerte en sus jadeos.

No esperaba ver a la hija menor de Beruth Sanguinite, Arabella, encima de una malherida Charlotte, estrangulándola, arañándole la cara.

Y Charlotte, mi Charlotte, la estaba dejando en ese momento. No se defendía, y se me heló la sangre.

Y mi lobo perdió el control.

Habría matado a esa vampiresa en un santiamén. Nunca hubiera esperado que Charlotte me pidiera que no lo hiciera.

Mientras sostenía a la inconsciente Charlotte en mis brazos, sabía que no me contaría toda la verdad. Ella daría vueltas alrededor por cualquier razón. Así que hice lo único que se me ocurrió.

Revisé las grabaciones de seguridad.

No hay muchos lugares que tengan seguridad de audio además de vídeo, pero este café sí la tiene, y me permitió conocer mejor la relación de Charlotte con su familia. Más que eso, me mostró el deseo de una hermana de reconectar, sólo para ser brutalmente rechazada.

Y, cuando Charlotte me mira ahora, con humillación en los ojos, se me parte el corazón. Parece tan pequeña en este momento, tan joven y devastada.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Mi mirada se fija en los tres profundos arañazos de su mejilla y mi ira vuelve a encenderse.

—Sabía que nunca me dejarías quedarme aquí en Portland —susurra, apartando la cara de mi contacto.

Entrecierro los ojos y la agarro por la barbilla, que no está herida, obligándola a mirarme. —Podrías haber intentado confiar en mí.

Me sostiene la mirada y en sus ojos hay un vacío que odio. —No confío en nadie, Robert. Basta un segundo para que se rompa una confianza. Querías echarme, ¿verdad? ¿Cuándo me conociste? Querías quitarme mi casa. Querías arrancarme la vida que me había construido, simplemente porque era una vampira. La única razón por la que me dejaste quedarme fue porque era débil, inútil y algo divertida para ti. Era una fuente de entretenimiento, alguien que calentaba tu cama.

El odio reprimido en su voz mientras ríe amargamente hace que el corazón se me retuerza en el pecho.

—No tienes que fingir lo contrario. Sé lo que soy.

Inútil. Inútil. ¿Por qué no te has suicidado todavía?

Las palabras de Arabella Sanguinite nadan en mi mente.

¿Charlotte las cree? ¿Ha dejado que su hermana la convenza de su falta de valor? ¿Por eso cree que mi deseo de estar con ella no es real?

Sé lo que soy.

—¿Y tú qué eres? —me pregunto a mí mismo.

Intenta mover el hombro encogiéndose de hombros y hace una mueca de dolor.

—Yo no... ¿Qué importa, Robert? Ahora sabes la verdad, y Arabella sabe dónde estoy. Sabe que estoy viva. No pasará mucho tiempo hasta que descubra dónde vivo y decida terminar el trabajo. Yo... —Ella mira lejos de mí—. Conseguirás lo que quieres. Mañana me habré librado de ti.

¿Lejos de mí? ¿Se va?

—¿Y adónde piensas ir? —pregunto en voz baja, tocando un mechón de su pelo cubierto de sangre. Mi lobo se mueve furiosamente dentro de mí.

No parece oír el tono peligroso de mi voz mientras entrelaza los dedos. —Tengo ahorros. Encontraré trabajo. Me iré de Portland. Tengo a Mano, y encontraremos otro lugar donde vivir. Las casas las construyes tú mismo, ¿no? Mano y yo, mientras estemos juntas...

Ahora está divagando, sin darse cuenta de que le caen lágrimas por la cara. Cuando le toco las manos, las tiene heladas y tiembla.

—Charlotte —la corto bruscamente—. Deja de hablar.

Se calla inmediatamente, pero sus temblores aumentan.

Me quito la chaqueta y la envuelvo bien con ella antes de decirle con firmeza—: No te vas a ninguna parte. No te voy a echar. Y tampoco dejarás que el miedo a tu hermana te aleje de tu casa. ¿Me entiendes?

Me mira sin comprenderme. —Tengo que irme. No conoces a Arabella.

—Arabella no me conoce. —Froto sus manos entre las mías, intentando calentarlas—. Estarás a salvo. Me aseguraré de ello. Mano y tú estaréis a salvo.

Le tiembla el labio inferior. —Cuando ella estaba... Cuando no podía respirar, no dejaba de pensar en lo que le pasaría a Mano. ¿Quién cuidaría de ella? Ella es mi bebé y estaría sola...

—No, no lo estaría —la tranquilizo, viendo cómo nuevas lágrimas se derraman de sus ojos—. Yo la habría acogido.

—¿En serio?

Ahora está un poco delirante, seguramente por el dolor que siente, pero no tengo ningún problema en complacer a Charlotte. Ella ha tenido una experiencia aterradora y tiene una conmoción cerebral, además de eso.

Beso sus manos. —Por supuesto. No dejaré que le pase nada a tu gata.

Esta vez, Charlotte empieza a sollozar y yo me siento impotente al verla quebrarse, sabiendo que necesita desahogar las emociones que lleva dentro. La rodeo con los brazos, le beso la cabeza y la estrecho contra mí.

No dice ni una palabra, sólo se derrumba en mis brazos.

Ver sus lágrimas me enfurece.

Ver a Charlotte derrumbarse así, creyendo las crueles palabras que su propia hermana le espetó, me hace desear no haberla escuchado antes. Debería haber hecho pedazos a esa criatura vengativa y amargada. ¡¿Cómo se atreve a tocar lo que es mío?!

Agarro con fuerza a la mujer que tengo entre mis brazos.

Esto es simplemente una crisis nerviosa. Está abrumada. Ha tenido una experiencia horrible.

Sé que Charlotte es fuerte. Es sólo un momento de debilidad; la protegeré del mundo y dejaré que se reponga hasta que vuelva a sentirse completa.

******

La curación no es un proceso fácil. Cuando las entrañas se reparan tan deprisa, el cuerpo y la mente se estresan mucho, así que no me sorprende ver a Charlotte desmayada de nuevo. La tumbo en el sofá y estudio las heridas de su cara. Tardarán mucho en cicatrizar y, dado que no tiene las mismas habilidades que otros vampiros, no sé si le dejarán cicatriz o no. En la palma de la mano aún tiene marcas de la cuchillada que se hizo accidentalmente el día que nos conocimos.

Un golpe en la puerta me hace levantar la vista.

Para mi sorpresa, es Adam Moore.

—Adam. —Siento zumbar mis instintos protectores e inmediatamente me pongo delante de Charlotte.

Mi amigo se mete las manos en los bolsillos. —No te molestes. Ya sé lo que es. Podría olerla a una milla de distancia.

Está exagerando, pero me preocupa. Es mejor que Charlotte se mezcle completamente con los humanos, y la única forma de hacerlo es ocultando su olor.

Adam da un paso adelante. —Así que esta es la mujer por la que has estado suspirando. Cynthia dijo que estabas perturbado, y vine a ver cómo estabas. ¿Una vampira, Robert? ¿Hablas en serio?

—No es tan sencillo.

—Lo más probable es que no lo sea —dice mi amigo con calma—. Pero seguro que tienes una explicación de por qué te involucras con una chupasangre cuando sabes que estamos en guerra con ellos.

—Hablemos en la otra habitación. —No lo quiero cerca de Charlotte. Se siente como una amenaza en este momento, y mi lobo no está respondiendo bien a eso. Quiere atacar.

Afortunadamente, Adam no discute conmigo. Cierro la puerta detrás de nosotros, y nos dirigimos a la parte delantera de la cafetería.

Todos los daños están reparados. El equipo de expertos que siempre tengo de guardia está terminando y me saludan con la cabeza mientras se marchan. Una vez que se han ido, me vuelvo hacia Adam. —De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—Quiero saber qué demonios estás haciendo con una chupasangre. —Adam no pierde la cabeza, manteniendo la voz firme. Esa es una de sus mejores cualidades: su paciencia inquebrantable. Es lo que lo hace tan buen alfa.

—No tiene clan —empiezo, pero Adam niega con la cabeza.

—No cambia lo que ella es...

—Adam... —Estudio a mi viejo amigo y decido decirle la verdad—. Mi lobo la quiere.

El alfa que tengo delante se queda muy quieto. —¿Qué significa eso?

—Tienes una compañera. Dímelo tú. —Cruzo los brazos sobre el pecho.

Adam no consigue articular palabra durante unos segundos.

—Ella es una vampira, Robert. Tu lobo no tiene por qué estar interesado en alguien como ella.

—Pero lo está. —Miro por la ventana hacia la noche oscura—. Me acosté con ella. Mi lobo le dio la marca de emparejamiento sin mi consentimiento, pero no puedo sentir el vínculo. Intenta desesperadamente reclamarla. Intenté mantenerme alejado; lo logré diez días antes de quebrarme. Pensé que me volvería loco.

Adam parece sorprendido por mi confesión. —Por lo que describes, suena como un vínculo predestinado entre lobos cambiaformas. Pero eso no puede ser posible.

—Lo sé —digo con desgana—. No tiene sentido. Pero cuando intenté seguir adelante, mi lobo tomó represalias. Nunca había perdido el control.

—Lo he hecho —dice Adam lentamente—. Cuando conocí a Cynthia. Fue mi lobo quien me obligó a darle la marca de emparejamiento esa misma noche. Pero mi lado humano no opuso mucha resistencia. Tu situación es muy diferente, sin embargo. Charlotte es el enemigo.

Mi lobo se eriza.

—Su clan la rechazó porque no tiene las mismas habilidades que un vampiro. Ella es débil. Muy débil, Adam. No es una amenaza para nadie. Pero es importante para mí. No me alejaré de ella.

Mi amigo me observa, con expresión tensa. —¿Qué sabes de su pasado, Robert? ¿Cómo sabes que no es una espía?

—He comprobado suficientemente sus antecedentes. No es el enemigo. No ofreceré más información sobre su pasado. Sé a qué clan pertenecía; conozco su relación con esa gente. Su propia familia intentó matarla esta noche. Basta decir que no es un peligro para nosotros. Y una cosa más —digo, sosteniendo la mirada de Adam—. Protegeré a Charlotte con mi vida. Ella es mía. Un ataque contra ella será considerado un ataque contra mí.

Adam estrecha los ojos. —¿Debo tomar eso como una advertencia?

Mis labios se curvan sin humor. —En nuestro mundo, Charlotte es tan débil como una humana. Tal vez incluso más débil. Forcé mi entrada en su vida. Y planeo quedarme. Ahora es mía.

Mi amigo me mira pensativo. —Lo tienes bastante mal, ¿verdad?

Cuando no me molesto en contestarle, suspira. —Confío en ti, Robert. Y confío en tu juicio. Tu chica no tiene nada que temer de mí o de mi manada. Además, Cynthia estaba bastante preocupada por ti, así que se sentirá aliviada de que las cosas hayan salido bien. Sin embargo, te aconsejo que no bajes la guardia demasiado rápido.

Asiento con la cabeza. No se equivoca. No puedo permitirme tomar todas las decisiones con el corazón. Tendré que seguir vigilando.

—¿Y tu manada? —Adam pregunta de repente—. Sabes que nunca van a aceptar a una vampira como tu pareja.

—No he llegado tan lejos —admito, suspirando—. Pero Charlotte es lo primero bueno que me ha pasado. —Encuentro la mirada de mi amigo—. Cuando llegue el momento, no sé qué decisión tomaré.

Adam me pone la mano en el hombro. —Tengo la sensación de que sí. Pero sea lo que sea, tienes mi apoyo incondicional. Eres mi hermano. Si no de sangre, sí por nuestra larga amistad. Te cubro las espaldas, Robert. Sólo espero que sepas lo que estás haciendo.

Cuando se va, un poco más tarde, noto que se me endurece la mandíbula.

Si sigo pensando y cavilando, no llegaré a ninguna parte. No puedo negar a mi lobo cuando trata a Charlotte como a su pareja. Y mi lado humano no está menos enamorado de ella. A su lado, me siento joven y vivo. La apatía que se ha convertido en mi segunda naturaleza se desvanece cuando la veo.

Toda mi vida he jugado un papel secundario. Aunque nací como el heredero alfa, no me querían, me arrancaron de los brazos de mi madre y me arrojaron a un nido de víboras donde todos me querían muerto. Si no hubiera sido por mi abuelo, que me protegió en mi momento más vulnerable, quizá no estaría vivo ahora. Pero en su corazón no había amor por mí. Se aseguró de que sobreviviera, pero eso fue todo.

Los niños reaccionan a los traumas de formas diferentes. Recuerdo que, de niño, no entendía por qué mis hermanos eran colmados de afecto mientras que a mí me castigaban hasta por respirar. Enseguida me di cuenta de que no me querían, y la supervivencia se convirtió en una rutina diaria. También aprendí que, si me hacía el tonto, mi familia me subestimaría. Mi deseo de convertirme en alfa surgió de la rabia y fue alimentado por la idea de humillar a mi padre. Siempre fui una espina clavada en su costado, sobre todo porque yo era el aparente heredero del

puesto de alfa. Hizo todo lo que se le ocurrió para desanimarme, desde dejar que mis hermanos me echaran acónito líquido en la cara hasta encerrarme en una habitación para evitar que me viera un sanador.

Y, sin embargo, aquí estoy.

Pero mi lobo estaba permanentemente marcado por la infancia que viví, y se negaba a confiar en nadie, a abrir su corazón a nadie. Forjé lazos de amistad con Morris y Adam, con ambos luchando por reclamar el lugar que les correspondía en sus manadas. Construí una vasta red de recursos, sabiendo que, deformado físicamente como estaba, necesitaría todo lo que pudiera acumular.

Pero convertirme en el alfa no me dio la satisfacción que pensé que me daría. Seguía siendo una existencia solitaria; mi lobo era antisocial, consciente de que tenía carencias. Miraba a mis amigos cuando encontraban a sus parejas, cuando las perdían por su insensatez y luego conseguían recuperarlas. Una pequeña parte de mí encontraba ridículas esas acciones. No se daban cuenta de la suerte que tenían de que sus parejas les aceptaran y los quisieran.

Nadie podía amar a la bestia que yo era. La gente me respetaba. Les gustaba. Pero estaba tan seguro de que ninguna mujer sería capaz de ver más allá de mi horrible apariencia. No hasta que conocí a Charlotte.

Charlotte, que despertó los deseos de mi lobo.

¿Qué habría pasado si no hubiera descubierto a su hermana intentando matarla? ¿Y si Arabella no hubiera revelado la horrible verdad sobre la relación de Charlotte con su familia? ¿Me habría enfrentado a ella? ¿Habría obligado a Charlotte a abandonar este lugar, enterrando mi corazón en el proceso? ¿O habría escuchado sus razones para no contarme la verdad?

Mi mente se tambalea mientras todas estas posibilidades nadan por mi cabeza. Mi situación es única. Si fuera una loba cambiaformas, o incluso una humana, tal vez podría desenvolverme mejor. Pero Charlotte es la hija del enemigo, la persona responsable de toda la matanza que las manadas de cambiaformas han sufrido en los últimos diez años. Las depravaciones de Beruth Sanguinite no conocen límites. Incluso ha llegado a utilizar a nuestra gente como ingredientes para sus drogas.

Para mí, perseguir a su hija roza la locura. Quizá por eso he mantenido su origen en secreto. Ha pasado casi una década desde que Charlotte fue expulsada de su clan, más o menos cuando su

padre puso en marcha su plan y empezó a distribuir drogas en el territorio de Morris, drogas que afectaban a los cambiaformas y les hacían perder el control de sí mismos. Muchos murieron a consecuencia de ello, sus lobos fueron incapaces de hacer frente a la pérdida de conexión entre el humano y el animal.

Sin embargo, no creo que Charlotte sepa mucho sobre las actividades de su padre. Le preguntaré, no obstante. Necesito honestidad de su parte. Ahora no es el momento para tratar de engañarme. Además, necesita protección. De su propia familia.

Conocí a Arabella una vez, hace un par de años. Una criatura hermosa, pero con una serpiente bajo ese exterior. La encontré insípida y superficial; había una crueldad en sus ojos que a menudo he visto reflejada en los ojos de mi propia hermanastra, Eve, que ahora está en prisión.

Escuchar el audio de las imágenes de la pelea en la cafetería me hizo hervir la sangre. Fue peor cuando Charlotte no replicó, casi como si creyera lo que decía su hermana sobre su valía. ¿Y luego impidió que matara a su agresora?

Me clavo las garras en la palma y cierro la mano en un puño. El corazón de Charlotte es demasiado blando para su propio bien. Tenía razón: no es alguien capaz de quitar una vida. Sus instintos de supervivencia, por muy perfeccionados que estén, tienen un límite.

Y, si ese es el caso, entonces alguien tiene que convertirse en su escudo. Necesita a alguien en su vida que la proteja de su propia naturaleza amable. Sólo tengo que convencer a Charlotte de que soy la persona más adecuada para ese puesto.

******

Debería haber esperado que Charlotte se recuperaría rápidamente.

Aun así, de ninguna manera la dejaré sola mientras tenga una conmoción cerebral. Además, hay que examinarle las heridas de la cara. Sugiero llevarla a un hospital, pero ella se niega.

—Ricky puede hacerlo.

Ya la he oído mencionar antes a su amigo veterinario, pero me siento incómodo con la idea mientras la llevo de vuelta a su apartamento. Otra idea con la que estoy muy en contra en este momento.

—Un médico para humanos es mejor opción que uno que trate animales —señalo—. Y deberías

quedarte conmigo hasta que tu contusión mejore. Así podré vigilarte.

Aprieta el bolso contra el pecho, con expresión tensa. —No necesito que me cuiden. Y Ricky también es médico. Me ha curado antes.

—¿Antes? —La miro con dureza—. ¿Cuándo has necesitado puntos antes?

Intenta encogerse de hombros, haciendo una mueca de dolor al moverse. —Hace mucho tiempo. Así fue como empecé a ser voluntaria en el refugio.

—Aun así, me gustaría saberlo.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta ocuparme de mis asuntos y porque meter las narices en los tuyos es muy divertido —respondo, observando ahora la carretera.

Suspira, como si estuviera demasiado cansada para discutir. —Me asaltaron unos chicos de otro clan de vampiros. Los de mi clase no expulsan exactamente a su propia gente. Pueden hacerlo, pero es tan raro que, cuando me expulsaron del clan, obviamente la noticia se filtró a otros clanes. Los niños iban a un colegio privado cerca de donde yo trabajaba entonces, y uno de ellos me reconoció. De todos modos, pensaron que sería una buena idea divertirse conmigo. Ricky pasaba por allí y lo vio todo. Vino a rescatarme. Tenía unos cortes muy feos en los brazos, y como no tengo seguro, se ofreció a curarme.

Me quedo mirando al frente, no muy contento con su tono despreocupado mientras narra el incidente.

—Dime, ¿cuántas veces te atacan en un año? —Intento mantener un tono ligero, pero mis manos se flexionan alrededor del volante.

Siento los ojos de Charlotte taladrándome el costado de la cabeza, y su voz es tensa. —No soy una damisela en apuros ni una cabeza hueca que busca el peligro, Robert.

—No pretendía insinuar... —empiezo inmediatamente, dándome cuenta de cómo debo de haber sonado.

—No es un acontecimiento anual ni nada parecido —suelta, apartando la cabeza de mí para mirar por la ventana—. Hay una razón por la que me mantengo alejada de cambiaformas y

vampiros.

Aprieto los labios.

No sé por qué sigo diciendo lo que no debo. Desde que se despertó, ha estado tensa y agotada. En cierto modo, se ha cerrado en banda, no quiere hablar de lo que ha pasado. No sé si es un mecanismo de defensa o si no confía en mí. Sin embargo, vamos a tener una charla, ya sea esta noche o mañana. Sé lo que quiero. Es hora de que ella también lo entienda.

Cuando llegamos a su edificio, hay un hombre esperando en el vestíbulo. Charlotte está a punto de caminar hacia él cuando la cojo del brazo y la detengo.

Lo reconozco.

Es el hombre con el que se fue el otro día.

—¿Qué haces? —Charlotte frunce el ceño—. Es Ricky.

Miro fijamente al hombre, perplejo.

¿Sabe Charlotte que el veterinario para el que trabaja no es humano?

Capítulo 14

Charlotte Sanguinite

No me gusta depender de los demás ni apoyarme en la gente. Es un hábito adquirido por necesidad. Pero Robert es como una fuerza de la naturaleza, haciéndose cargo de toda la situación y cuidando de mí.

Hace mucho tiempo que alguien no se ocupa de mí, y no sé qué hacer al respecto.

Mi deseo de alejar a Robert se hace cada vez más débil, a medida que irrumpe en mi vida como una apisonadora, aplastando los escudos que erigí a mi alrededor para mi propia autoconservación. Quizá el punto de ruptura para mí fue cuando me abrazó y me dijo que, si me hubiera pasado algo, él se habría ocupado de Mano.

Es una tontería, pero esas palabras me atravesaron el corazón, y ahora no puedo mirarle de la misma manera.

Me asusta lo segura que me siento entre sus brazos y lo tranquilizadora que es su presencia. Sé que en este momento estoy arremetiendo contra él, y que es inmaduro por mi parte, pero no puedo evitarlo. Tengo miedo. Tengo miedo de lo que siento por él. Tengo miedo de la posición en la que me he puesto al dejar que mi corazón sea vulnerable cerca de él. Es un alfa. No puedo entender sus intenciones de querer conocerme, de acercarse tanto a mí.

Mi mente sigue saltando a la peor conclusión posible. La lógica dicta que es la verdad. Y, sin embargo, la parte de mi alma que ansía saborear el amor me susurra que tal vez me quiera de verdad. Que tal vez simplemente le gusto por mí misma. Que no tiene por qué haber otro significado detrás de su atracción por mí.

Se suponía que la vida no iba a ser tan complicada. Se suponía que no iba a desarrollar sentimientos por el enemigo de mi clan. Por supuesto, ya no pertenezco a ese clan. Sin embargo, las cosas no pueden ser más complicadas que esto, y si la plétora de novelas trágicas que he leído son una indicación, no debería esperar un final feliz.

Ver a Ricky esperándome en el vestíbulo de mi edificio de apartamentos me ha relajado.

Sin embargo, la reacción de Robert me sorprende.

—Ese es Ricky —le digo mientras miro con el ceño fruncido al hombre que se nos acerca ahora. La expresión de Robert cambia y me lanza una mirada rápida, como si estuviera estudiando mi rostro en busca de algo. Me suelta el brazo.

—Lo siento, ahora mismo estoy un poco nervioso.

—Perdón —suspiro—. Todo esto ha sido una molestia para ti...

—No es eso. —Me quita la bolsa y rodea la mía con la mano, mirándome—. Sólo estoy preocupado. Si crees que tu hermana puede encontrarte aquí, no sé si quedarte en tu apartamento es la mejor idea.

Trago saliva y le miro a los ojos. —Pero es mi casa. No quiero dejar mi hogar.

Sus ojos son amables. —No digo que debas hacerlo. Pero hasta que las cosas se calmen, tal vez puedas mudarte por un tiempo. Puedo asegurarme de que alguien vigile tu apartamento mientras tanto. O podría ayudarte a encontrar un inquilino temporal para que lo mantenga mientras no estés allí. No quiero que vuelvas a casa y te encuentres con una desagradable sorpresa.

La idea de que Arabella averiguara dónde vivo ya estaba presente en mi mente. Había algo en su comportamiento que me inquietaba. Casi como si tuviera que quitarme de en medio, como si necesitara deshacerse de mí. No creo que haya terminado conmigo.

—Pero, ¿dejar mi casa? No quiero hacerlo.

Afortunadamente, me ahorro la discusión cuando Ricky llega hasta nosotros. —¡No es un corte pequeño, Charlotte! Dijiste que te habías resbalado y caído y te habías cortado.

—Bueno —le contesto con una débil sonrisa—, me he cortado. Y ni siquiera se ve todavía, bajo el vendaje, así que ¿cómo sabes lo grande que es el corte?

—¡Porque tienes media cara hinchada! —replica Ricky, con ojos preocupados—. Y nadie usa una gasa tan grande para un corte minúsculo e intrascendente.

—Lo siento —me disculpo—. Sé que estabas en el refugio.

—No te preocupes —murmura—. Tengo un amigo que lo está cuidando ahora. Vámonos. He traído mi botiquín.

Robert observa a Ricky con un poco más de recelo del que me gustaría, pero noto las heridas en la mejilla y quiero que me las mire. Subimos las escaleras y, una vez en mi apartamento, Mano corre hacia mí llorando a lágrima viva. Después de olisquearme, se da cuenta de que algo no va bien, porque decide sentarse en mi regazo mientras Ricky me echa un vistazo. Me pongo un albornoz largo para que pueda examinarme los moratones de las piernas y los brazos. Hay más en la espalda y Robert empieza a gruñir cuando me doy la vuelta para enseñárselos al veterinario.

Parpadeo cuando Robert se pone delante de mí, estrechándome contra él mientras Ricky me baja el albornoz por detrás.

—Ya está bien —gruñe, haciendo que Ricky se paralice.

—Sólo intento ayudarla —dice Ricky con firmeza.

—Mirarle el trasero no ayuda a nadie —frunce el ceño Robert.

—Robert —empiezo, pero él niega con la cabeza.

—Tu trasero está fuera de los límites.

—¿Quieres dejar de decir trasero? —Le siseo—. Llámalo culo. Es un culo. Todo el mundo tiene uno.

Levanta una ceja y finalmente le dice a Ricky—: Bien. El culo perfectamente formado de Charlotte está fuera de los límites, ¿entendido?

Gimo.

Ricky hace un sonido. —No pasa nada. Tengo una buena idea de lo que está pasando.

Intenta ayudarme a subirme la bata sólo para que Robert gruña—: Yo lo haré. No tienes que tocarla tan excesivamente.

—Lo siento mucho, Ricky. —Me pregunto por qué me están poniendo a prueba así en este momento—. Por favor, disculpa a mi amigo...

—Estamos involucrados. —Robert decide lanzar esa afirmación—. Muy involucrados.

Cierro los ojos, preguntándome si es posible autoexplotarme en el acto.

—No, no lo estamos —digo finalmente.

—Ella aún no lo sabe —replica Robert.

—¡Robert!

—De acuerdo. —Ricky levanta las manos mientras me doy la vuelta, luchando contra el agarre de acero de Robert—. No necesito saber los detalles de vuestra relación. Por suerte para ti, los moratones no son tan graves. Voy a recetarte analgésicos y terapia de calor. Como tienes contusiones de la cabeza a los pies, consigue una manta térmica y envuélvete con ella durante una hora diaria. Procura no llevar ropa gruesa porque el calor tiene que penetrar en tu cuerpo. Ahora, echemos un vistazo al corte de tu mejilla.

Le quita la gasa y su expresión cambia al instante. —¿Fuiste mutilada por un animal?

Siendo la situación lo que es, no puedo evitar resoplar. —Algo así.

Cuando los ojos de Ricky revolotean hacia Robert, frunce el ceño. —No he sido yo.

Mi pequeña sonrisa se desvanece. Eso ha sido extraño. —¿Por qué crees que Robert me hizo esto?

Ricky prefiere no contestar y dice—: No hacen falta puntos, Charlotte, pero podría infectarse fácilmente. Tendrás que tomar antibióticos para que no se infecte. Yo diría que sigas tomando antibióticos hasta que se cierren las heridas. Límpialas tres veces al día con alcohol y suero, y luego véndalas bien. Si necesitas ayuda, puedo hacer la limpieza y el vendaje por las mañanas y por la noche. Durante el día estoy durmiendo, así que tendrás que encargarte tú sola.

—Yo lo haré —dice Robert, con su mano aún alrededor de mi cintura.

Intento no pensar demasiado en lo bien que me sienta su gran mano. Puedo sentir cada dedo apoyado en el costado de mi vientre. También noto la presión de su pecho contra mi espalda. No es fácil prestar atención a esta conversación.

—Vale, entonces me pasaré por las mañanas...

—Yo mismo me encargaré de las heridas de Charlotte —aclara Robert con rotundidad—. Ella no necesita tu ayuda.

—En realidad —empiezo—, creo...

—Sé cómo limpiar heridas. Traeré el material necesario —me interrumpe Robert. Hace mucho eso desde que ha conocido a Ricky.

—¿Fuiste tú quien le vendó las heridas de la cara? —le pregunta Ricky con seriedad.

Soy yo quien responde. —Sí, lo hizo.

—Es casi profesional —aprueba el veterinario, sonriendo—. Creo que estás en buenas manos, Charlotte. Si hay algún problema, házmelo saber. Estoy a una llamada de distancia. Mientras tanto, me gustaría enseñarle a tu amigo cómo limpiar y desinfectar la herida. Sólo para estar seguros.

Saca los suministros de su botiquín y Robert no discute esta vez, observando atentamente cómo Ricky desinfecta de nuevo las heridas y las lava antes de aplicar un ungüento naranja maloliente y luego pegar gasas sobre ellas.

Mientras empaqueta, dice—: Quienquiera que le haya hecho esto, espero que te hayas ocupado de él.

Está hablando con Robert, y éste parece insatisfecho. —Todavía no, pero pienso hacerlo. Pronto.

Mi mano se tensa en su brazo, pero él no me mira.

¿Está planeando ir tras Arabella?

Cuando Ricky está a punto de irse, Robert dice de repente—: Te acompaño.

El veterinario le dirige una mirada extraña, pero, cuando Ricky pasa por delante de mí, veo cómo las comisuras de sus labios están tensas.

En cuanto la puerta se cierra tras ellos, cojo a Mano. —Siento el susto, cariño. Estoy muy bien.

Sin embargo, mi gata se comporta con ansiedad, se frota contra mí y ronronea con una agresividad que pocas veces he visto. La acaricio y me recuesto en el sofá, con la cabeza

dolorida. Debo de haberme quedado dormida porque, cuando vuelvo en mí, me sacuden para despertarme.

—¿Qué? —grito, alarmada.

La cara de Robert está cerca de la mía y, al ver mi indignada respuesta, suspira aliviado. —Pensé que te habías desmayado.

—Me quedé dormida. —Intento apartarle, pero me coge de la mano.

—Te llevaré a la cama.

—Realmente no necesito que...

Pero ya me está levantando, como si fuera su novia y me llevara al otro lado del umbral. Creo que, si mi cara se pone más roja, podría empezar a parecerme a un tomate.

Me mete bajo las sábanas y se tumba a mi lado, para mi sorpresa.

—¿No te vas a casa?

Veo a Mano saltar sobre el estómago de Robert y acurrucarse allí, metiendo la cara bajo la cola.

—Has tenido una experiencia traumática. —Los dedos de Robert me peinan el pelo como si fuera lo más natural del mundo—. Voy a cuidarte esta noche, y mañana, y cuando estés mejor, hablaremos.

Debería resistirme, pero en lugar de eso, dejo que me rodee con su brazo mientras murmuro—: Sólo por esta noche.

—Claro. —Su pecho vibra con una risa silenciosa, pero me inclino hacia él. Huele bien. Huele a seguridad.

Con sus dedos rascándome el dolorido cuero cabelludo, me quedo dormida, agotada por los acontecimientos del día.

******

Cuando me despierto, oigo el chisporroteo del bacon y el ruido de mi estómago. Me duele todo el cuerpo. Intento darme la vuelta, pero cada lado me duele más que el anterior. Me doy por

vencida y me siento con cuidado. La piel de la mejilla izquierda me arde bajo la gasa e intento soportar el dolor. Me siento a un lado de la cama y miro al suelo sin comprender.

Arabella apareciendo. El ataque. Robert salvándome.

Los recuerdos vuelven mientras el sueño se desvanece, y mi alma se siente pesada dentro de mí. Odiar a mi hermana sería muy fácil. Me ha hecho muchas cosas a lo largo de los años para que la desprecie. Odié a Clyde, pero nunca a ella. En cierto modo, ella sigue siendo mi debilidad.

¿Por qué no te has suicidado todavía?

Las palabras de Arabella me corroen.

Entonces, una risa amarga sale de mis labios.

Ya lo creo. ¿Por qué no lo he hecho?

Siento que mis pensamientos toman un rumbo oscuro y miro por la ventana hacia el cielo gris, con los dedos clavados en la sábana. Puede que no sea tan fuerte ni tenga tanto éxito como los de mi especie, pero salí de una situación de mierda y sobreviví. A veces, sobrevivir es suficiente. Que mi vida no sea tan brillante como la de Arabella no significa que no valga nada. Me convertí en algo. Me convertí en una superviviente.

La oscuridad de mi corazón se disipa cuando recuerdo mis pequeños éxitos y los objetivos que me he fijado.

Levanto la cabeza cuando oigo voces en la cocina. Me levanto despacio y me dirijo hacia el lugar de donde proceden los deliciosos aromas. Creía que Robert ya se habría ido, pero está claro que sigue aquí.

—Rob... —empiezo, pero me callo al ver mi cocina. Es un desastre. Veo a Mano lamiendo un huevo roto en el suelo mientras Robert parece intentar freír algo.

—¡Se está quemando por abajo! —dice, con voz frustrada—. ¡Este es mi décimo huevo, Aisha!

La voz de una mujer sale de su teléfono, que está apoyado contra la encimera. Suena igual de irritada. —¡Sigo diciéndote que bajes la llama y eches un poco de aceite en el huevo!

—¡¿Cómo puedo salpicar aceite en un huevo?! —Robert podría estar al límite de su ingenio—.

¡Lo intenté, y la sartén empezó a rebosar!

—¡Aceite frío no, imbécil! ¡Usa la espátula y echa suavemente el aceite caliente sobre el huevo para cocinar la clara!

—¿Qué pasa con la parte quemada del huevo?

—¡Baja la estúpida llama! ¡Dios, Robert! ¡¿Cómo puedes no saber hacer algo tan simple como freír un huevo?!

—No es tan fácil como parece, ¿vale? —Robert responde.

—Hasta Toby sabe freír un huevo —dice, molesta, la mujer que aparentemente se llama Aisha —. Y es un niño. Si no puedes hacerlo, ¡pídele el desayuno! Lo haces para ti todo el tiempo.

—¡Eso no es lo mismo que cocinar para ella! Quiero prepararle un buen desayuno. Intento cuidar de ella.

—Entonces cuida de ella no provocándole una intoxicación alimentaria. Eso sería lo más amable —replica la mujer.

Robert no parece estar de humor para escucharla. —¿Qué tal huevos revueltos? Esos son fáciles, ¿verdad?

—¡Dios mío, Robert! La mujer acaba de sobrevivir por los pelos a un encuentro traumático. ¿Por qué intentas cargarla con otro? No sabes cocinar. Tu cocina podría llevarla a terapia.

—Si sólo quieres criticarme, entonces vete —dice Robert, claramente molesto ahora—. Estoy tratando de cuidar de ella, y no estás siendo útil. Es la primera vez que cocino. No sé lo que tengo que hacer.

Un suspiro desde el otro extremo. —Confía en mí. Haz el pedido. Te lo agradecerá. Tengo que irme ahora. Morris tiene una reunión y Toby no encuentra sus calcetines. Te llamaré más tarde. No traumatices más a esa pobre mujer.

Oigo el final de la llamada y Robert suspira.

Mis ojos revolotean por la cocina.

¿Todo este lío es porque quería hacerme el desayuno? Mis labios se crispan y mi corazón se calienta. Está claro que está perdiendo la cabeza, pero está decidido a seguir adelante, como si prepararme el desayuno fuera lo más importante para él hoy.

Le veo levantar la sartén y llevarla hacia la papelera. Rápidamente grito—: Quiero probar ese.

Robert se congela.

Como no dice nada ni se mueve, pongo los ojos en blanco. —Todavía puedo verte, Robert.

Sus hombros caen. Los míos tiemblan de la risa.

Mi paso es lento mientras me dirijo hacia él, y enseguida intenta deshacerse del huevo de la sartén.

—¡Alto! —Le quito la sartén—. Déjame ver.

—No es comestible —dice, mirándome.

—Yo juzgaré eso.

No opone mucha resistencia, por lo que puedo arrebatarle la sartén. Sin embargo, el contenido me deja boquiabierta. Lo que se suponía que era un huevo frito está nadando en aceite. La parte superior está cruda y la inferior negra.

Hundo los dientes en el labio inferior para contener la risa. Cuando miro a Robert, parece mortificado.

—Te dije que no era comestible —murmura, cogiéndome la sartén—. Pediré el desayuno.

Echo un vistazo a la cocina, deseando tener el valor de comerme lo que ha intentado preparar. Sin embargo, no tengo ganas de morir en este momento. Mientras le veo tirar el contenido de la sartén, le pregunto sinceramente—: ¿Qué tal se te dan las tostadas con mantequilla?

Robert me mira, todavía con decepción en los ojos. —Hasta un mono puede hacer tostadas con mantequilla.

—¿Y café?

Le brillan los ojos. —Hago buen café.

—Tomemos eso. —Empiezo a limpiar el desorden de la mesa—. Mis entrañas aún se sienten crudas por la curación. Sería preferible algo ligero. Aprecio los esfuerzos, sin embargo.

En silencio, pienso que quizá tenga que limpiar a fondo la cocina y no dejar que Robert vuelva a acercarse a ella. El desastre que ha creado es una locura.

Al final, Robert acaba haciéndome el desayuno mientras me siento a la mesa. Lo único comestible que consiguió cocinar fue el bacon, y está un poco duro, pero lo mastico con gusto. Cuando se sienta, parece agotado. Sin embargo, no me deja prepararme la tostada con mantequilla, sino que la unta generosamente antes de cortarla en dos trozos y ponerlos en mi plato.

Me doy cuenta de que me cuida, y no lo odio precisamente.

El desayuno ligero me hace sentir mejor, y no sé por qué el simple pan con mantequilla me sabe hoy mucho mejor que de costumbre. Pero, cuando cojo la taza de café, por un momento me parece oler sangre. Parpadeo y la miro perpleja. Pero el aroma del café es abrumador, y estoy segura de que sólo estaba imaginando cosas.

Robert me observa mientras bebo, con una mirada extraña. El sabor es distinto al de cualquier café que haya tomado. Me hormiguean los dedos de los pies mientras lo bebo, sin importarme cómo me arde la lengua. Siento la cabeza ligera y el cuerpo demasiado caliente. Pero cuando dejo la taza vacía, a punto de pedir otra, Robert me tiende un vaso de agua.

Ahora siento la cabeza un poco mareada.

—¿Pusiste alcohol en el café? —balbuceo, mirando a Robert.

Sonríe ligeramente. —No. Sólo bebe el agua. Te prepararé otra taza.

El agua está fría y alivia mi lengua ardiente. La siguiente taza de café no es tan sabrosa como la anterior, y me siento decepcionada.

—Toma —dice Robert, poniendo otra tostada con mantequilla en mi plato—. Come.

Lo hago obedientemente y, a medida que la comida entra en mi organismo, me siento más estable.

—Qué raro —murmuro para mis adentros, pero cuando miro hacia Robert, no parece haberse

dado cuenta de nada.

Confundida, me concentro en mi desayuno. El café sigue estando bueno, pero ya no me hace cosquillas en los dedos de los pies, y eso me entristece un poco.

Robert limpia los platos y, una vez que termina, se sienta frente a mí. —¿Te sientes mejor?

Asiento con la cabeza.

—Entonces es hora de que hablemos.

Suelto una bocanada de aire. —Supongo que deberíamos. ¿Qué quieres saber?

—¿Beruth Sanguinite es tu padre?

Vuelvo a asentir.

—¿Tienes algún contacto con alguien de tu clan?

Me tomo mi tiempo para responder, dándome cuenta de que mentir por omisión no me va a ayudar en nada.

—No —digo, sinceramente—. Mi padre me echó en mitad de la noche. Vino a mi habitación, me arrastró fuera y me echó del recinto. Mis hermanos estaban allí, mirando. Nuestro recinto estaba en el bosque, todavía debe estar allí. Había todo tipo de animales. En ese momento, supuse que se había lavado las manos. No me di cuenta de que tenía la intención de que yo muriera allí. Los vampiros no matan a sus crías; eso está mal visto en nuestros clanes, así que supongo que él mismo no podía matarme. Pero, cuando me encontré con Droga, que te atacó, y luego con mi hermana, se sorprendieron de verme viva.

—Entonces, durante todo este tiempo, ¿tu padre no tenía ni idea de dónde estabas?

—No. Me mantuve alejada de las partes de la ciudad en las que sabía que hacía negocios. Y siempre he mantenido un perfil bajo.

Robert da golpecitos con los dedos en la mesa como si considerara mis palabras.

—¿Crees que estoy mintiendo? —pregunto sin rodeos.

—No. —Su respuesta es igual de brusca—. Sólo quiero saber todo lo que me has estado

ocultando. Ahora que Arabella sabe dónde estás, ¿qué estás anticipando?

Bajo la mirada hacia sus manos, los pensamientos que he estado enterrando desde anoche asoman sus feas cabezas.

—Se lo dirá a padre —murmuro—. Y como ya no soy una niña, ahora puede matarme sin arriesgarse a la desaprobación del clan.

—¿Crees que lo hará? —La voz de Robert es tranquila, pero noto la tensión en su tono.

—Me gustaría pensar que no valgo nada a sus ojos, que ni siquiera merece la pena gastar el esfuerzo en deshacerse de mí, pero Arabella vino al café por una razón. No sé si realmente pretendía matarme o sólo destrozarme la cara, pero había una razón detrás de su aparición, y no era asegurarse de que mi vida fuera tan miserable como ella quería que fuera.

—¿Estás diciendo que esperas que Arabella regrese?

Asiento con la cabeza. —Y tienes razón. Este apartamento ya no es seguro para mí. Todo lo que tiene que hacer es averiguar los nombres de los empleados que trabajan en la cafetería y, una vez que tenga esa lista, podrá localizar la dirección de mi casa. No se me ocurre ninguna razón por la que ella o mi padre me querrían muerta, pero tampoco entiendo por qué hizo lo que hizo anoche. Todos los edificios tienen cámaras de seguridad. Ella habría sabido que, si Jazz hubiera abierto la cafetería a la mañana siguiente y hubiera visto mi cuerpo, lo primero que habría hecho la policía es comprobar las grabaciones de seguridad. E incluso si Arabella se hubiera deshecho de las nuestras, el edificio de al lado tiene cámaras que cubren nuestra entrada. No se habría salido con la suya.

Las palabras salen de mí en un arrebato sin aliento mientras conecto los puntos sobre lo imprudentes que fueron las acciones de mi hermana anoche y cómo lo más probable es que estuvieran alimentadas por algo.

—No pasa nada. —Robert me cubre la mano—. Respira.

Dejo escapar un suspiro tembloroso. —Estoy bien. Aunque voy a tener que encontrar un sitio donde quedarme. Tal vez un hostal hasta que pueda encontrar un apartamento para alquilar.

—Te quedarás conmigo —dice Robert con decisión—. Me sentiré mejor si sé dónde estás. Y ni siquiera tu familia sería tan estúpida como para invadir la casa de un alfa.

—¡No! —Sacudo la cabeza, con el corazón retumbando—. ¿Estás loco? ¿Has pensado en cómo reaccionará tu manada cuando se den cuenta de que estás albergando a una vampira en tu casa?

Robert se encoge de hombros. —No es asunto suyo. Es mi casa.

—Robert —le digo suplicante—, no merece la pena empezar un problema de nuevo. Encontraré un sitio. En el peor de los casos, le preguntaré a Ricky si puedo quedarme en su casa un par de d...

El gruñido que sale de su boca me hace callar.

—No. No te quedarás con ese maldito veterinario. Y no decidas por ti misma lo que creo que vales. Te quedas conmigo. Si alguien de mi manada tiene un problema, me encargaré de él.

Me pongo en pie. —¿Por qué estás siendo tan terco con esto? Y ya que estamos poniendo todas las cartas sobre la mesa, ¿por qué no me dices cuáles son tus intenciones? Porque tú y yo no tenemos ningún tipo de futuro. Los cambiaformas y los vampiros no se mezclan. Ambos lo sabemos. La única otra razón que se me ocurre es que quieras usarme en algún momento. Pero si eso es lo que estás planeando, nunca va a funcionar. No tengo ninguna conexión con el mundo de los vampiros, como bien sabes. No soy de esas personas que quieren vivir el momento, Robert. Necesito planear y prepararme para el futuro. No puedo tener una aventura contigo. Mi corazón no funciona así. Y si tú...

Robert elige ese momento para cortarme, poniéndose en pie. —No quiero una aventura, y no quiero usarte.

Cuando rodea la mesa hacia mí, me mantengo firme y le miro fijamente. — Entonces, ¿qué quieres?

—A ti —responde simplemente, ahuecando mi cara—. Sólo a ti.

—No es tan sencillo, Robert —digo pesadamente, con el pecho apretado en respuesta a sus palabras—. Nunca va a haber un tú y yo. No cuando eres el alfa de una manada. Y tú lo sabes.

Su mandíbula se tensa. —Se me permite elegir mi felicidad.

—No cuando tú eres el alfa —enfatizo—. Y soy demasiado vulnerable para quedar atrapada en medio de la política de tu manada.

Cubro sus manos sobre mis mejillas con las mías, agarrándolas y bajándolas lentamente. Es difícil ver el pánico en sus ojos.

—Mírame —dice con firmeza—. Mírame a la cara, Charlotte. Soy un monstruo. No quiero pasarme la vida atado a alguien que desprecia mi cara, alguien a quien mi propio lobo se niega a aceptar, porque eso es lo que pasará. ¿De verdad vas a condenarme a vivir con una mujer que sólo quiera mi dinero y mi estatus?

Sus palabras me hacen sentir horrible. Lo peor es que sé que es la verdad. Si Robert acaba casándose con una mujer de su manada que encuentra repulsivas sus cicatrices, será desgraciado el resto de su vida. No quiero que Robert sea miserable. Su felicidad me importa.

—Mi lobo está loco por ti, y yo también —susurra—. Dame una buena razón por la que no me quieres. Si es por mi cara, puedes decírmelo. No me enfadaré.

Levanto la mano para acariciar su mejilla izquierda y mis labios se tuercen por sí solos. —No me importan tus cicatrices. Creo que ahora tengo un par iguales. No quiero que sufras por mi culpa. No voy a...

—No te atrevas a decir que no vales la pena, Charlotte. —Robert me coge las manos y me besa la punta de los dedos—. Para mí, tú la vales. Te deseo. Me vuelve loco, cada parte de ti. Entonces, ¿qué más hay? ¿Qué otra razón tienes?

Intento pensar en algo, pero mi mente se queda en blanco mientras los dientes de Robert mordisquean el borde de mis dedos. Sé que es una batalla perdida. Él ya ha ganado.

Por su mirada, él también lo sabe.

—Bien. —A medida que la palabra sale de mi boca, mi corazón se siente ligero, la tensión a la que me había estado aferrando disminuye—. De acuerdo, tú ganas.

Veo cómo se le iluminan los ojos y el corazón me da un vuelco en el pecho.

Esta felicidad no puede ser mala, ¿verdad?

Capítulo 15

Charlotte Sanguinite

El hogar de Robert es una casa de cuatro dormitorios con un gran patio que está bien mantenido.

Con Mano en brazos, miro a mi alrededor mientras entro por la puerta principal. Una mujer nos espera junto a las escaleras y se apresura a acercarse. Parece tener unos cincuenta años y me sonríe.

—Usted debe ser la Srta. Beaumont. Le he preparado una habitación. También me he tomado la libertad de colocar un arenero en su habitación y en dos de las zonas principales de la casa para que su gata también esté cómoda.

Robert me pasa el brazo por los hombros. —Charlotte, te presento a la Sra. Mallory. Es el ama de llaves. Si necesitas algo, puedes acudir a ella. Si quieres cambiar algo o la decoración no es de tu agrado, la señora Mallory te ayudará a poner las cosas como tú quieras.

Le guiño un ojo. —Esta es tu casa. ¿Por qué iba a cambiar la decoración?

Me dedica una sonrisa socarrona antes de mirar a la radiante ama de llaves. —Sra. Mallory, ¿ha puesto a Charlotte en la habitación contigua a la mía?

—Por supuesto —asiente la Sra. Mallory—. Incluso conseguí un catálogo de algunos juguetes y casitas para gatos para que la señorita Beaumont elija lo que quiere que le encargue.

—¿Encargue? —Me siento aturdida—. No necesito pedir nada. No soy muy exigente, Sra. Mallory. Y traje el arenero de Mano.

—Tonterías. —La Sra. Mallory me quita la bolsa—. Ya era hora de que Robert trajera una mujer a casa. Siempre digo que es la mujer la que marca el tono de la casa. Este lugar necesita un toque femenino desde hace mucho tiempo.

—¿Qué? —Me siento como si me estuvieran arrasando ahora mismo.

La Sra. Mallory se comporta como si Robert acabara de traer a casa a una esposa y no a una invitada. También es una cambiaformas, pero no percibo hostilidad en ella.

—He preparado un buen almuerzo para los dos, pero le consultaré el menú de la cena antes de ponerme a ello, señorita Beaumont.

Desconcertada, la sigo con la mirada mientras sube mi maleta por las escaleras.

—¿Por qué me trata así?

—¿Así cómo? —pregunta Robert inocentemente justo cuando Zeno entra corriendo en la habitación. Da zarpazos a los pies de Robert antes de venir a olisquearme. Su colita empieza a moverse furiosamente al reconocer mi olor.

—¡Hola, Zeno! —Le saludo—. Pareces feliz y sano.

—Desde que la señora Mallory volvió de vacaciones hace unos días, los dos se han vuelto inseparables —me dice Robert.

Mano se retuerce en mis brazos, deseando que la suelte, y la dejo caer al suelo. Zeno se abalanza sobre ella para investigar a esta nueva criatura y recibe una bofetada en la nariz. Esto no le disuade, y las dos mascotas no tardan en enzarzarse en una pelea.

No me preocupa. Sé cuándo Mano se siente amenazada y cuándo está jugando. Ahora mismo, mi gata parece haber encontrado un compañero de juegos.

—La Sra. Mallory parece agradable —comento—. Un poco extraña, pero dulce.

Robert se ríe entre dientes. —No todos los cambiaformas guardan rencor a los vampiros. Anoche le hablé de ti; quería que tuviera una habitación preparada para ti. Quería compartir mi dormitorio contigo, pero la señora Mallory es un poco anticuada con esas cosas antes del matrimonio, así que...

—Yo también. —Le miro con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué crees que dormiría en la misma cama que tú?

Adopta la mirada más ofendida que es capaz de conseguir — ¿Cómo puedes cuestionar mi motivación? ¿Crees que llevarte a la cama es el único objetivo que tengo en la vida? ¿Ni siquiera has considerado que tal vez me preocupaba tu seguridad y pensé que mi habitación sería la más

segura...?

—Oh, ahórratelo. —Puedo ver el brillo en sus ojos.

—Lo digo en serio. Si quieres hacer algún cambio en la casa, siéntete libre de hacerlo.

La idea me hace sentir un poco incómoda. —Sólo soy una invitada.

—*Por ahora —me sonríe Robert—.* ¿Quieres entrar en mi salón? ¿Descansarás en mi camita?

Mientras me cita estas dos líneas de "La araña y la mosca"le dirijo una mirada suspicaz. —Sí al salón, pero no a tu cama.

Se ríe a carcajadas. —Entonces trabajaremos en la segunda mientras te acostumbras a la primera. Vamos, seguro que la Sra. Mallory quiere que veas la habitación que te ha preparado.

Mientras sigo a Robert escaleras arriba, hay una pequeña bola de ansiedad en mi pecho. He tomado la decisión de venir aquí, de aceptarle. ¿Pero funcionará? ¿O acabaré con el corazón roto de la peor de las maneras? Robert me ha demostrado con sus acciones que se preocupa por mí, y quiero creer todo lo que me está diciendo. Pero, después de enfrentarme a tantos rechazos toda mi vida, es difícil desnudar mi corazón por completo ante alguien.

Sin embargo, es la primera vez que quiero intentarlo. Las advertencias de Angie sobre mi futuro incierto resuenan en mi cabeza y suelto un suspiro tembloroso.

Lo desconocido, en efecto.

Me siento como si me hubiera lanzado desde un acantilado al oscuro y embravecido mar que hay debajo, sin saber nadar.

******

No podía empaquetar todo mi apartamento y llevármelo conmigo. Al mismo tiempo, me aterrorizaba la idea de que Arabella entrara y destruyera años de recuerdos por pura venganza. Robert me convenció de que lo dejara todo como estaba, diciendo que se encargaría de que alguien se quedara allí y cuidara del lugar. Así que sólo empaqueté algunas cosas esenciales y las cosas de Mano, además de unos cuantos paquetes de sangre que conseguí de un tipo al que soborné en el banco de sangre local.

Se los oculté a Robert. Probablemente no había necesidad de mantenerlos en secreto, pero no he tenido exactamente una conversación sincera con él sobre mis necesidades dietéticas. Prefiero no sacar el tema si puedo evitarlo. En la pequeña nevera que he traído caben hasta cinco paquetes; sólo tengo que asegurarme de mantenerla llena de hielo en todo momento.

Estos dos últimos días, la Sra. Mallory ha sido atenta y servicial. Sin embargo, parece insistir en tratarme como si yo fuera la que debe llevar las riendas de esta casa. Es abrumador y estresante, y Robert no me ayuda en absoluto. Cada vez que intento hablar con él de este tema, se limita a eludirlo, diciéndome que haga lo que quiera para sentirme cómoda.

Mientras me pongo una camisa de manga larga y unos pantalones en un intento de ocultar mis moratones mientras estoy en el trabajo, miro fijamente la gran contusión que tengo en la frente y la gasa que me cubre la mejilla. Aún no he tenido fuerzas para mirar las marcas de las garras. Robert se ha ocupado de ellas los dos últimos días mientras yo descansaba.

Cada vez hace más frío fuera y muevo el cuerpo lentamente mientras me pongo una chaqueta, manga a manga. ¿Estoy preparada para esto?

Le dije a Jazz que alguien intentó entrar en la cafetería y Robert fue lo bastante listo como para no cambiar la cerradura rota. Por supuesto, borró las grabaciones de seguridad, incluidas las de los establecimientos vecinos.

Así que, ahora mismo, Jazz cree que me estoy tomando un par de días libres porque estoy lidiando con el shock de toda la situación. Ella estaba más que feliz de darme tiempo para recuperarme.

Sin embargo, hoy es el día en que pienso volver al trabajo.

—¿Lista? —Robert llama a la puerta y yo me miro en el espejo un momento antes de exhalar.

—Sí.

Entra con el botiquín. —¿Seguro que quieres verlo?

—Debería. No sé lo malo que es.

—Se está curando bastante bien —me asegura. Sin dejar de mirarme al espejo, me quito la gasa con la respiración contenida, convencida de que Robert lo dice para hacerme sentir mejor.

Mis ojos se abren de golpe.

Como Arabella me tiró café hirviendo a la cara, esperaba ver quemaduras además de las marcas de las garras. No hay ninguna. Las marcas de las garras están ahí, pero la carne abierta ha empezado a coserse.

—¿Cómo? —tartamudeo, tocándome las heridas—. Las palpé la otra mañana. Todavía estaban en carne viva.

Robert no me contesta.

—Mi curación no es tan rápida. —Me inclino más cerca del espejo—. Estaba tan segura de que esto se infectaría o algo así.

—Quizá los antibióticos ayudaron. —Robert me guía hasta una silla—. De todos modos, no creo que necesites un vendaje pesado hoy. Ese hematoma también tiene mejor aspecto.

—Tienes razón. —La confusión se apodera de mí. Estoy asombrada—. Hacía mucho tiempo que no veía mi piel curarse tan rápido.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Robert, sorprendido—. Creía que habías nacido sin ninguna de las habilidades típicas de los vampiros.

Me río entre dientes. —Las tuve hasta los siete años, creo. De repente empezaron a desaparecer y, al cabo de una semana, me parecía más a una humana que a una vampira. Mi padre se puso furioso. Me llevó a un curandero de nuestro clan, pero el hombre no pudo averiguar qué me pasaba. Fue una de esas cosas, supongo.

Robert limpia mi herida. —Raro.

Una risa desconcertada se escapa de mis labios. —Esa es una forma de decirlo.

Sin embargo, mientras Robert me pone la gasa nueva en la mejilla, estudio discretamente su expresión. No parece sorprendido en absoluto por mi repentina y rápida curación. Casi como si se lo esperara.

Me sacudo el pensamiento fugaz porque es bastante ridículo. No sé por qué me estoy curando tan rápido, pero a caballo regalado no le miro el diente.

Cuando Robert termina, bajamos y vemos que la señora Mallory ha puesto la mesa con un desayuno bastante abundante. Acepté venir aquí por un par de días, con la intención de mantener un perfil bajo. El tipo de trato VIP que estoy recibiendo es sorprendente. La Sra. Mallory espera que participe en todo lo que ocurre en la casa, y, aunque es agradable que intente hacerme sentir incluida, sus intenciones son bastante obvias. Cree que estoy aquí para quedarme, y no importa cuántas veces le diga que sólo soy una invitada, no parece darse cuenta de mis palabras.

Salimos de casa después de desayunar. Robert me lleva a la cafetería. Trabaja en la oficina de enfrente, así que tiene sentido, pero empiezo a sentir que me estoy aprovechando de él. Ni una sola vez en estos dos días ha intentado insinuarse. Ni besos inapropiados ni intentos de seducirme. Sus caricias han sido poco menos que profesionales. Lo único que parece interesarle es cuidarme. Quiere alimentarme todo el tiempo y ocuparse de mis heridas.

Se lo agradezco, pero me hace preguntarme si su atracción inicial por mí se ha desvanecido.

Mientras entra en el aparcamiento de su edificio, Robert me dice—: Avísame si te cansas y quieres descansar. No te excedas en nada.

Toma mi mano entre las suyas y presiona el dorso con los labios, haciendo que me ruborice.

—Estaré bien —le tranquilizo, intentando que no se note el efecto que tiene en mí—. Sólo estaré haciendo café.

Sin embargo, su expresión es incómoda y tengo la sensación de que, si por él fuera, me encerraría en su casa ahora mismo.

Jazz ya ha abierto el café y, cuando me ve entrar, se queda boquiabierta. —¡No me habías dicho que venías hoy!

Se abalanza sobre mí y me envuelve en un abrazo. —¿Estás bien, Charlotte? Estabas tan imprecisa al teléfono, y alguien había roto la cerradura, y...

No para de zumbar mientras mi corazón empieza a acelerarse. Aunque todo está en orden aquí en el café, no puedo evitar recordar el ataque. Me agarro a Jazz por un momento, de repente abrumada por el deseo de huir de este lugar. Aún puedo sentir el ardor del café caliente salpicándome la cara, mis oídos zumban con la cruel risa de Arabella.

—¿Charlotte? —Jazz me aprieta la mano, sus ojos estudian mi cara—. ¿Qué pasa?

—Necesito sentarme —murmuro. La cabeza me da vueltas, la cara me palpita y una sensación de asfixia se apodera de mí.

Jazz me guía hasta una de las sillas. —Voy a por agua.

Se apresura a ir a la nevera, al otro extremo de la cafetería, y yo aprovecho los pocos segundos que tengo para intentar respirar a pesar del ataque de pánico. Cuando Jazz vuelve, ya no me tiemblan las manos y, aunque mi corazón late con inestabilidad, empiezo a calmarme.

—Toma. —Me pone la botella de agua fría en las manos—. Bébetela. Te sentirás mejor.

Bebo unos tragos, el líquido frío me tranquiliza.

Jazz espera un momento antes de decir—: Dijiste que era un intento de robo, pero me mentiste, ¿no? Te atacaron.

Tenía una historia preparada sobre el moratón de la frente y la gasa de la mejilla, pero me encuentro asintiendo.

Jazz aprieta los labios y veo ira en sus ojos. —¿Te puso las manos encima? ¿Por qué no me lo dijiste? Le habría dicho a papá que fuera a la policía.

—Luché con él y entonces apareció Robert. El único daño fue en la puerta, así que no tenía sentido llamar a la policía.

Jazz me mira incrédula. Me hace más preguntas, pero mis respuestas son más o menos las mismas y no aportan mucha información. La conclusión a la que llega es acertada.

—A partir de ahora, papá dice que vamos a tener dos personas cuando cerremos el café, y vamos a cambiar la hora a las siete de la tarde, excepto los fines de semana. He reasignado los turnos, así que Gina o Shelby deberían estar contigo cuando cierres.

Me siento aliviada. Las bajas humanas son un gran problema para el mundo sobrenatural porque la gente empieza a hacer preguntas. Ni siquiera mis antiguos compañeros de clan serían tan tontos de atacarme con una testigo humana.

El resto del día es tranquilo. Me encuentro relajada mientras me ocupo del trabajo. Algunos de los clientes habituales me preguntan por la herida de la cara, pero se lo explico con ligereza.

Más tarde, cuando el ajetreo disminuye, entra un grupo de mujeres. Estoy hablando con Gina sobre el embarazo de Mano cuando el frío roza mi piel. Mi cabeza se gira hacia un lado y veo tres caras desconocidas.

Por la forma en que las mujeres me observan, con pequeñas sonrisas en sus rostros, no es una coincidencia.

—Gina —empiezo, preparándome para pedirle que se ocupe de estas clientes, pero suena el temporizador del horno y ella se apresura a sacar las magdalenas, dejándome a solas con las vampiras. Todavía hay algunos clientes cerca, así que no creo que el plan sea atacarme, pero está claro que traman algo.

Pongo una sonrisa en mi cara. —Hola, ¿puedo ofrecerles algo, señoritas?

Hacen sus pedidos y una de ellas dice—: Tráelos a nuestra mesa.

Tensa, preparo sus cafés y los llevo hasta donde están sentadas. Espero que ocurra algo, pero no dicen nada, se limitan a cogerme las bebidas. Al cabo de un rato, pagan y se van. Cuando voy a recoger sus tazas, compruebo que no las han tocado. Durante todo el tiempo que han pasado en el café, me han estado observando, ni siquiera han fingido beber.

Con las manos temblorosas, cojo los cafés que no han tocado y los tiro al fregadero antes de meter las tazas en el lavavajillas.

Todo el incidente me ha puesto de los nervios. Vinieron a vigilarme y querían que lo supiera. Pero, ¿por qué?

Si pensaba que se trataba de un incidente singular, se demuestra que me equivoco. Durante los dos días siguientes, el café se convierte en una atracción popular entre los de mi clase. Es lo mismo una y otra vez. Vienen, piden, y me observan durante casi una hora antes de marcharse sin tocar sus bebidas.

—¡Es el tercer día consecutivo! —Jazz parece molesta mientras me mira escurrir las tazas—. ¡¿Por qué la gente pide café cuando sólo quiere desperdiciarlo?!

Estoy en silencio.

Este lugar que una vez fue un refugio para mí se está convirtiendo en una forma sombría del infierno. Cada vez estoy más nerviosa y cometo más errores en el trabajo. He roto tres tazas en

los últimos dos días, y, cuando aparecen estos clientes especiales, me encuentro metiendo la pata aún más. No puedo evitarlo. Intento por todos los medios no ir sola al callejón trasero en ningún momento, esperando a que aparezca Robert antes de ir a tirar la basura. Ha empezado a notar que algo va mal, pero no quiero contárselo.

Ya dependo de él para muchas cosas y no quiero acostumbrarme.

—Charlotte, ¿estás bien? —Jazz me pone la mano en la frente sin previo aviso—. Estás muy pálida. De hecho, últimamente no tienes muy buen aspecto. Si necesitas más días libres...

—Estoy bien. —Sacudo la cabeza, aprieto las manos en el paño que sostengo y miro hacia una mesa en la esquina. Hay dos hombres sentados allí, sonriéndome.

Jazz mira hacia la entrada cuando se abre la puerta y me guiña un ojo. —Quizá deberías tomarte un descanso. Tu novio está aquí.

Siento calor en la cara cuando me giro para saludar a Robert.

—Tomaré un donut y un bocadillo de carne. —Me sonríe, claramente engreído por haber oído el comentario del novio.

Antes de que pueda decir nada, su sonrisa se desvanece. Mira por encima del hombro a los dos vampiros, que ya no sonríen. La expresión de inquietud en sus rostros es evidente mientras salen rápidamente de la cafetería.

Jazz frunce el ceño. —¡Tenemos que empezar a prohibir a estos idiotas! No paran de desperdiciar café.

—¿Qué está pasando? —Robert mira entre nosotros y Jazz responde furiosa.

—Estos bichos raros han empezado a venir, pedir café, no bebérselo y marcharse. Es un derroche de recursos. Podrían pagar una taza para pagarlo si no quieren bebérselo.

Se marcha, y Robert vuelve su atención hacia mí, con el rostro sombrío. —¿Desde cuándo aparecen vampiros por aquí?

—Desde que volví a trabajar. —Me tiemblan las manos. Intento esconderlas detrás del mostrador, pero nada pasa desapercibido para Robert.

Cruza el mostrador y toma mis manos entre las suyas. —¿Por qué no me lo dijiste?

Su voz es tranquila.

Al mirarle, sé la verdadera razón.

—Pensé... pensé que podrías pensar que los conocía o que los había llamado aquí. Pero no lo hice. Sólo me miran todo el tiempo. No me dicen nada. Es como si quisieran que supiera que me están observando. Pero realmente no los conozco, Robert. Yo prom...

—Confío en ti —me corta sin problemas.

Se me seca la boca mientras le miro fijamente. —No entiendo por qué vienen aquí. Sigo esperando a que pase algo. Me da miedo salir a tirar la basura o estar sola en la cafetería. Yo...

La ira parpadea en los ojos de Robert. —¡Si estabas tan aterrorizada, deberías haber acudido a mí, Charlotte! ¿No has reconocido ni a uno de ellos?

—No.

—¿Hay alguna manera de que pueda ver sus caras?

Sé lo que me está preguntando y aprieto los labios. —No creo que a Jazz le parezca bien que mires nuestras grabaciones de seguridad, pero le diré que necesito hablar contigo en privado o algo así. El monitor está en el despacho de atrás. Dame un minuto para ver si puedo tomarme un descanso.

Me alejo del mostrador para ir a buscar a Jazz a la cocina. Está guisando.

—Oye, ¿te importaría hacerte cargo un rato? Robert necesita hablar conmigo en privado, así que estaremos en la oficina de atrás.

Mi voz es casual y Jazz se endereza. —Claro.

Mientras pasa a mi lado, sonríe. —¿Cuánto van a "hablar" ustedes dos?

—Cállate, Jazz —murmuro, y ella se ríe.

—Eres una mojigata —se burla de mí. No me tomo sus palabras como un insulto, ya que sé que disfruta tratando de meterse conmigo de vez en cuando. A veces me pregunto si, de haber sido

diferente, Arabella y yo habríamos tenido una relación parecida.

Me sacudo el pensamiento, hago un gesto a Robert desde la puerta y él me sigue al despacho. Me aseguro de que la puerta está cerrada y busco en las grabaciones. Empiezo desde mi primer día.

—Ahí. —Hago una pausa en la pantalla, señalando a las mujeres—. No las conozco.

Robert saca su teléfono y les hace una foto. —¿Quién más?

Le enseño las imágenes de los dos últimos días y hace fotos de todos los que le señalo. Sin embargo, no está contento.

—¿Puedes enseñarme el día después de que te atacaran?

Levanto la vista hacia él. —¿Por qué?

—Sígueme la corriente.

—Va a llevar más tiempo porque no sé a quién buscamos —confieso, sacando esa fecha del sistema. Robert se inclina sobre mi hombro y me roza el cuello con su aliento caliente. Ya es bastante difícil concentrarse con su corpulencia tan cerca de la mía, pero su aliento contra mi piel me hace temblar. Por suerte, no se ha dado cuenta de mi reacción.

Últimamente no se da cuenta de estas cosas, y estoy agradecida por ello. Puede que no duerma en la misma cama que él, pero estar bajo el mismo techo me ha demostrado que a Robert le gusta tocarme. No es inapropiado, ni mucho menos, solo roza la mía con su mano, entrelaza nuestros dedos, juega con mi pelo.

Son pequeños actos que podrían ser adorables si no me pusieran tan nerviosa. Su tacto es letal para mí, y él parece ignorarlo por completo. Mi mano se tensa alrededor del ratón mientras muevo el cursor por la pantalla. Los pezones se me tensan bajo la blusa y me siento estúpida por reaccionar así ante nada más que su aliento en mi cuello.

Intento concentrarme en la pantalla y pongo la grabación del día siguiente al ataque. Muestra a Jazz entrando y mirando sorprendida la cerradura rota. Inmediatamente, sale y saca el móvil. Recuerdo que la llamo y le explico lo sucedido, la versión limpia para una humana. Luego inspecciona todo y hace otra llamada. Media hora después, entra su padre y la abraza como para calmarla. Cuando empiezan a llegar clientes, también entra un cerrajero y se cambia la cerradura.

Conozco a la mayoría del público de la mañana. En distritos comerciales como éste, los clientes suelen repetir. Sin embargo, a medida que avanzan las imágenes, mis ojos captan a alguien. —¡Ahí!

Pongo el vídeo en pausa y señalo a dos hombres extraordinariamente guapos.

—Esos son vampiros.

Simplemente lo sé. Mientras pulso el botón de reproducción, los veo escudriñar la cafetería en busca de alguien. Compran café y se sientan, recorriendo el local con la mirada. Ninguno de los dos toca sus bebidas. Al salir, las tiran a la papelera que hay junto a la puerta. Tenían vasos desechables.

Frunzo el ceño y aprieto los labios en una fina línea.

Estoy a punto de cambiar al vídeo del día siguiente cuando Robert me detiene con un toque de su mano. —Todavía no. Ponlo todo al doble de velocidad.

Así lo hago, y, cuando los clientes se van reduciendo y oscurece, veo a Shelby limpiando el mostrador al abrirse la puerta.

Entra un hombre con una lujosa gabardina.

Cuando se acerca al mostrador, mira hacia arriba, justo hacia la cámara de seguridad, y yo me quedo inmóvil, con la respiración entrecortada. —R-Robert. Robert, ese es...

No me salen las palabras de la boca mientras miro fijamente la cara de mi padre que me mira directamente a través de la pantalla.

Capítulo 16

Robert Montgomery

Cuando descubrí la verdadera identidad de Charlotte, me puse a investigar. A estas alturas, sin embargo, mi confianza en ella está confirmada.

Su familia no la quería, y necesito saber qué pasó para que la echasen de una manera tan intempestiva. Dudo que ella lo entienda, tampoco. Es muy raro que los clanes rechacen a su gente. Aquellos que son débiles o no tan exitosos o fuertes como el resto del clan suelen ser utilizados de otras maneras. Los envían a trabajar en gobiernos humanos para que acumulen otro tipo de poder. Sin embargo, cada piedra que he volcado revela que el Clan Nelo realmente no tiene contacto con Charlotte, y, hasta la repentina aparición de su hermana, no sabían que había sobrevivido todo este tiempo.

Entonces, ¿por qué apareció Arabella ese día?

Aunque sea una niña mimada, dirige su propio negocio y posee una marca muy conocida. Sabe que no debe hacer nada que empañe su imagen. Entonces, ¿por qué tomar una medida tan drástica?

¿Y por qué la familia de Charlotte la echó, en su mente a la muerte, en lugar de utilizarla como han hecho con otras?

No creo que Charlotte esté reflexionando sobre estas dos preguntas. Pero, al ver a Beruth Sanguinite entrar en el café a esa hora tan tardía, mis sospechas se confirman. Hay algo sobre Charlotte que su familia ha estado intentando enterrar. Si Charlotte hubiera estado allí aquel día cuando él apareció, ¿seguiría viva?

Miro a Charlotte y veo cómo le tiemblan las manos. Está aterrorizada por su padre. Tiene los nudillos blancos mientras agarra el ratón y respira con dificultad.

—¿Qué quiere? —respira. Su cuerpo tiembla como una hoja y aprieto la mandíbula. Sé que ha sufrido algún tipo de abuso a manos de su familia, pero aparte del incidente que mencionó en la

cena de hace dos semanas, no ha dado más información. No quiero tener que sonsacárselo, pero la presencia de Beruth es preocupante.

La decisión inteligente en esta situación, con la que mi lobo está de acuerdo, es esconder a Charlotte en algún lugar seguro, donde su familia no pueda llegar hasta ella. Pero esa sería la salida fácil. Y sé cuánto le gusta a Charlotte su trabajo. No sería feliz sentada en mi casa, sin hacer nada.

No la encarcelaré.

No le quitaré su libertad.

Tendré que hacer saber al Clan Nelo que Charlotte está ahora bajo la protección del alfa de la Manada Montgomery. Los ancianos tendrán mucho que decir sobre esta decisión, pero en última instancia, es mía. No pueden hacer nada al respecto, aparte de ponerme las cosas incómodas.

—Charlotte —digo lentamente.

Escuchar mi voz parece sacarla de su estado de shock. Cuando me mira, no puede ocultar el miedo en sus ojos. —Vino aquí a matarme, ¿verdad? Igual que Arabella.

—No te tocará —le juro, pero de ella brota una risa amarga mientras se cubre la cara con las manos y le tiemblan los hombros.

—No puedes detenerlo. No puedes vigilarme todo el tiempo, ¡y soy una jodida inútil! —Sus ojos brillan de rabia impotente mientras baja las manos y me mira—. No puedo luchar por mi propia vida. No tengo tanta fuerza. Y las armas humanas no funcionan contra ellos. Soy un blanco fácil, ¡esperando a que me maten cuando a mi familia le dé la gana! ¿Todo porque soy débil? ¿Porque no cumplo sus normas?

Mi lobo se agita ante el torrente de dolor que emite.

—¡He trabajado tan jodidamente duro! —Los dedos de Charlotte se clavan en sus muslos—. Me he reconstruido desde cero. Me he mantenido alejada de ellos. No he hecho nada malo aparte de existir. —Se le quiebra la voz y se le llenan los ojos de lágrimas—. ¿Por qué no pueden dejarme en paz?

Mi lobo aúlla con furia y me agacho junto a Charlotte, cogiéndola en brazos. Ella no se resiste, probablemente buscando consuelo.

—No eres débil. —Tal vez me lo estoy imaginando, pero puedo sentir su pena y su dolor dentro de mí, como una presión dentro de mi pecho—. Y no voy a dejar que nadie toque la vida que has construido, Charlotte. Te lo prometo.

—No puedes parar...

—Puedo hacer muchas cosas. —Me encuentro con su mirada, dejándole ver el lobo en mis ojos —. Y puedo hacer la vida del Clan Nelo increíblemente difícil si tan siquiera respiran en tu dirección general.

Charlotte intenta apartarse de mí. —Lo último que necesito es causarte problemas...

Le agarro la barbilla, obligándola a mirarme. —Por supuesto, causará problemas. No me importa. Lo que me molesta son las tácticas de intimidación que se llevan a cabo. Eso es lo que está ocurriendo aquí. El motivo de la visita de Beruth no puedo asegurarlo, pero todos los vampiros que han pasado por aquí en los últimos días intentan intimidarte, y me arriesgaré a decir que tu hermana tiene algo que ver. No dejes que entren en tu cabeza. Y no pienses ni por un segundo que vas a ser una víctima fácil para ellos. No mientras yo esté cerca.

Al ver el brillo de alivio y deseo en los ojos de Charlotte, me entran ganas de saborearla. Llevo días intentando comportarme como un caballero, pero es muy difícil, porque cada vez que estoy cerca de ella huelo su deseo en el aire. No se le da muy bien ocultarlo, y yo no soy tan tonto como para señalárselo.

Sería tan fácil inclinarme y besarla. Una probada, eso es todo. Llevo días deseándola, pero quiero que se acerque a mí. Cuanto más lo pienso, más estúpida me parece esa decisión. Mi lobo ya ha reclamado a esta mujer, y no entiende por qué intento negarnos su contacto.

De mala gana, le suelto la barbilla y mis pensamientos se vuelven sombríos.

De hecho, Charlotte es físicamente incapaz de luchar contra un ataque. Pero hay formas de protegerse. Y, si los vampiros están tratando de intimidarla, entonces dos pueden jugar a ese juego.

—No te preocupes —le digo—. Este es mi problema ahora. Sal ahí fuera y haz tu trabajo y lo que quieras hacer. Yo me ocuparé de esto.

—Robert...

Sé lo que va a decirme, la misma tontería de que no quiere molestar.

Hago girar uno de los rizos salvajes de Charlotte alrededor de mi dedo, repitiendo—: Como he dicho, ahora es mi problema. Nadie va a hacerte daño.

Por un momento, me lanza una mirada poco convincente y luego suspira. —De acuerdo.

Apaga el ordenador, se levanta y me mira. —¿Quieres un café antes de irte?

—¿Sólo un café? —pregunto burlonamente, bajando los ojos a sus labios.

Una sonrisa parpadea en ellos. —Puedo añadir una magdalena fresca.

—¿Sólo una magdalena? —Insisto—. Me vendría bien algo un poco más dulce.

Espero que ignore mi coqueto comentario, pero, para mi sorpresa, Charlotte se sonroja y, de repente, se pone de puntillas y me besa en la mejilla. No tengo tiempo de reaccionar porque sale corriendo por la puerta casi de inmediato. Me quedo helado, sintiendo aún el calor de sus labios contra mi mejilla. Cuando me miro en el pequeño espejo que hay al otro lado de la habitación, veo la sonrisa bobalicona que llevo. Parezco más un tonto enamorado que un poderoso alfa.

Sacudo rápidamente la cabeza. Charlotte me tiene atrapado con su dedo meñique y ni siquiera lo sabe.

Recibo el café prometido y dos magdalenas. Charlotte no me mira mientras me entrega la bolsa y la taza. Jazz, que ahora está en la parte delantera de la cafetería, atendiendo a los clientes, nos guiña un ojo. —Menuda conversación habéis debido de tener.

Charlotte parece nerviosa y yo sonrío. —De verdad que sí. Necesitábamos intimidad.

—¡Robert! —Charlotte grita, con su cara de un rojo brillante.

Jazz se ríe mientras salgo.

Mi propia sonrisa se desvanece en cuanto salgo del café. Toda esta situación me está tocando las narices. Lo primero que tengo que hacer es asegurarme de que el clan Nelo ya no pueda acechar a Charlotte con tanta facilidad. Cruzo la calle hasta mi despacho y llamo a Harry.

—Ponme con Florian.

Florian Grey es mi jefe de seguridad. También es alguien en quien confío implícitamente. Aunque Harry es mi hermano jurado y es leal, también me cuestiona. En este momento, necesito a alguien con lealtad inquebrantable y ciega. No interactúo con Florian en público. Con la apariencia discreta que tiene, es la persona perfecta para infiltrarse en la manada y desenterrar a los traidores, algo que no sería posible si los demás miembros supieran de su relación conmigo. Por lo que sabe la manada, Florian consiguió su puesto por su intimidante tamaño.

Cuando entra en mi despacho, no han pasado ni cinco minutos, levanto la mirada y veo a un hombre voluminoso y musculoso, de complexión ancha y hombros anchos. Y, sin embargo, a pesar de su físico intimidante, tiene rasgos sencillos. Florian es muy querido en la manada. Es un hombre tranquilo con pocas opiniones, siempre dispuesto a ayudar cuando alguien necesita una mano. Eso es probablemente lo que hace que sea tan fácil para todos aceptarle. Es bien sabido que no participa en ningún tipo de política de la manada. Esa es la imagen que mantiene, y nos ha servido bien a los dos.

Me reclino en la silla. —Necesito que hagas algo por mí.

—¿Qué pasa?

—¿Ves el café de enfrente?

—¿El de la vampira camarera? —pregunta Florian, con voz tranquila.

Me río entre dientes. —No se te escapa nada, ¿verdad?

—Empezó allí hace dos años. Es tranquila, educada, no molesta a nadie, así que la dejé en paz —responde Florian.

—Bueno, se trata de esa camarera. —Doy un golpecito con el dedo en el escritorio—. Necesito que empieces a vigilar la cafetería. Algunos chupasangres la están molestando. Tiene una diana en la espalda. Quiero que te asegures de que los vampiros sepan que no pueden meterse con ella.

Florian me mira fijamente y pregunta—: ¿Debo hacerles saber que pertenece a mi alfa?

No hay ningún atisbo de amenaza o disgusto en su voz, sólo una pregunta.

Lo confirma la forma en que le miro.

—Yo me encargo. —Florian asiente —. ¿Qué pasa con la manada? Cuando se corra la voz, no

todos lo aceptarán.

—En cuanto se corra la voz —me hago eco—, me ocuparé de ello. Mientras tanto, necesito un informe sobre la actividad de la droga en el centro y Kenton.

—Dejé uno a Harry esta mañana. Desde que el Aalfa Moore limpió los barrios bajos de su territorio, he estado coordinándome con su equipo. No ha habido desapariciones allí; todos los residentes están a salvo. De hecho, diría que sus áreas están floreciendo ahora con el programa conjunto que nuestras manadas han iniciado allí. Pero el centro de Portland y Kenton son una historia diferente. Están en el límite del territorio del Clan Nelo. He tenido algunas personas estacionadas allí. Tres de ellos han desaparecido. Creé un equipo de investigación, pero no hemos podido encontrar nada. En los tres casos, dos compañeros se separaron al oír una conmoción y, en cada ocasión, uno de ellos no regresó. No ha habido señales de lucha, nada. Las cámaras de seguridad de esa zona, muy convenientemente, no funcionaban.

Cruzo las piernas, aún reclinado en la silla, mientras recuerdo el ataque que me hicieron. Fue rápido; no tuve oportunidad de defenderme antes de que me inyectaran acónito líquido en el cuello. Si es la misma táctica que se utiliza en el centro de Portland y Kenton, no me extraña que no haya señales de lucha.

—El ataque contra mí... —Digo, eligiendo mis palabras con cuidado—. ¿Cuánto leíste del informe?

—Tuve acceso a la versión no redactada —confiesa Florian.

Asiento con la cabeza. No podía dejar que la manada supiera que había una forma de someterme a mí, un alfa, así que preparé dos versiones del informe. La versión completa la compartí con los alfas de las manadas aliadas a la mía. Sin embargo, mi manada es otra historia. Si las familias más ambiciosas se dan cuenta de que hay una forma de controlar al alfa y deshacerse de él, harán todo lo posible por hacerse con el poder.

—Coloca equipos de tres y añade más cámaras de seguridad —digo, con voz tensa.

El problema es que, sin un sanador en el lugar, no hay forma de contrarrestar los efectos del acónito líquido. Pero ya hay muy pocos sanadores dentro de la manada. Si los dispersamos en zonas tan peligrosas, los vampiros los eliminarán primero.

Miro el color marrón apagado de mi escritorio. Si Charlotte no me hubiera chupado el acónito,

no habría sobrevivido. Le debo la vida. Me parece increíble que no parezca darse cuenta de la enormidad de sus actos aquella noche. En su mente, sólo estaba ayudando a alguien.

Si yo hubiera muerto aquella noche, las tres manadas de lobos más importantes de Portland se habrían derrumbado. Ese es el problema de las manadas aliadas: están tan entrelazadas que un golpe a una puede paralizar a las demás.

—¿Cuántos civiles de la manada han desaparecido? —Pregunto, ya sabiendo que el número será alto.

—¿De esas dos zonas? —La voz de Florian es sombría—. No hemos sido capaces de establecer los métodos de rehabilitación allí. Hemos creado centros de trabajo, hemos intentado limpiar la zona, pero los cambiaformas de allí son serios adictos, y no parecen muy interesados en cambiar su estilo de vida. Nos han llegado algunas mujeres con sus hijos, pidiendo ayuda, y las hemos instalado en viviendas adecuadas y les estamos dando formación para entrar en el mercado laboral. También cuidamos a los cachorros. Pero eso es todo. El resto de los civiles en el centro y Kenton no parecen confiar en nosotros. Por lo tanto, rechazan nuestra protección. Según mis cuentas, cada semana desaparecen al menos tres o cuatro cambiaformas en esas zonas.

Mis ojos se entrecierran de rabia. —¿Niños?

La mandíbula de Florian se tensa en respuesta. Comprendo su sensibilidad ante este asunto. El padre de Florian se aficionó a las drogas y, como consecuencia, asesinó a su pareja y a la hermana pequeña de Florian cuando la madre de éste se negó a darle dinero para las drogas. Esa es una de las razones por las que Florian quiso ser asignado al grupo de trabajo que creé para controlar las drogas que están creando los vampiros.

Hace un par de años, se descubrió que el hermano de Adam, Norman Moore, estaba confabulado con el Clan Nelo. Había estado traficando con cambiaformas de su manada al Clan Nelo para utilizarlos como ingredientes en las drogas que son potentes para los cambiaformas. Aunque Norman perdió un brazo y desapareció tras intentar asesinar a Adam, las drogas siguieron circulando, y nuestras manadas no tenían pruebas lo bastante sólidas como para lanzar un ataque contra el Clan Nelo.

Para eso está el grupo de trabajo: para proteger a nuestra gente y reunir pruebas.

—Nos han desaparecido unos cuantos niños —me dice Florian con las manos apretadas a los lados—. Según sus madres, sus padres se fueron con los cachorros y volvieron sin ellos, todos

drogados.

Mis labios se retraen en un gruñido. —Los vendieron.

—Creo que sí. —Florian parece querer romper algo—. Me he llevado a los niños que quedaban en esas casas, junto con sus madres. Una de las mujeres no quería dejar a su pareja, pero me llevé a los niños. Otras parejas los están acogiendo.

—Asegúrate de que esos niños reciben asistencia social —le recuerdo mientras me invade la ira.

Los niños son preciosos. Que sus padres los vendan así es inconcebible.

—Que interroguen a esos padres —digo con decisión—. Si tenemos alguna posibilidad de rescatar a esos niños, vamos a hacerlo.

Cuando Florian se va, me pongo en pie y empiezo a caminar, con los pensamientos oscuros.

El Clan Nelo se está volviendo más audaz día a día. Atacarme fue un error. Hice arrojar los dos cadáveres de mis atacantes en su territorio, pero hasta la fecha no han respondido.

No sé cuál es su plan, pero tengo la fuerte corazonada de que es mucho más profundo que simplemente hacer que nuestras manadas se vuelvan adictas a sus drogas. Desde que se reveló que estas drogas pueden llevar a la muerte, los miembros de la manada se han abstenido de consumir cualquier tipo de droga, llegando incluso a aumentar la seguridad en los clubes para asegurarse de que no hay ninguna presente.

Cuando el mercado ha caído, ¿por qué seguir produciendo las drogas?

Intento seguir la lógica, pero no hay ninguna. La única explicación que se me ocurre es que estas drogas tienen otra finalidad que aún no hemos descubierto.

Vuelvo a mi escritorio, escribo un breve resumen de mi conversación con Florian y adjunto el archivo PDF del informe de Florian que ya está en mi correo electrónico. Después de enviarlo a los alfas de la manada Moore y de la manada Wolfguard, vuelvo a sentarme. Mientras Florian prepara los interrogatorios, voy a centrarme en pensamientos más agradables, como la pequeña vampira de ojos verdes que me ha dado un beso en la mejilla.

Mis dedos se detienen en el lugar donde sus labios me tocaron y sonrío.

Conseguir besos de ella podría convertirse en mi pasatiempo favorito.

Giro la silla para mirar por la ventana. Todo era una táctica intimidatoria; estoy bastante seguro de ello. ¿Vampiros apareciendo durante el día?

A estas alturas, Arabella ya debe haberse dado cuenta de que Charlotte tiene a un alfa de su lado, así que no va a volver a acorralarla. He estado vigilando el apartamento de Charlotte y, por el momento, no ha habido ninguna actividad inusual allí.

Pero lo más probable es que su hermana esté intentando volverla loca de miedo. Charlotte tiene motivos de sobra para estar nerviosa por ser acosada tan abiertamente. Ahora que otros miembros de su clan saben dónde está, está en peligro inminente, y ella lo sabe. Lo que me preocupa es que decida hacer las maletas y marcharse.

No puedo permitirlo.

Voy a tener que asegurarme de que esté tan enganchada a mí que irse ya no sea una opción para ella.

Capítulo 17

Charlotte Sanguinite

No me había dado cuenta de la diferencia que supone tener a alguien a tu lado.

Después de hablar con Robert, el miedo y el pánico en mi interior se han calmado bastante y soy capaz de ordenar mis pensamientos con más lógica. Robert tiene razón. Esto no es más que una táctica de intimidación, y les he estado dejando ganar.

No sé por qué apareció mi padre, pero fue sólo una vez. He estado cerrando con Shelby todas las noches durante los últimos días. Él también ha tenido la oportunidad de venir entonces, pero no lo ha hecho. Quizá sea porque Robert se empeña en venir a esa hora, ya que su jornada laboral suele terminar a la misma hora. Se acerca con su portátil y me mira mientras finge estar trabajando.

No es tan molesto como una pensaría, sobre todo porque su principal objetivo parece ser llamar mi atención y luego quejarse de que soy una distracción. Es tan raro y, sin embargo, cada vez que mis pensamientos se desvían hacia él, no puedo evitar sonreír. Hace que mi corazón se sienta ligero y liviano, casi como si caminara sobre las nubes cuando él está cerca.

Limpio los vasos y los coloco en el soporte. Oigo a Gina en la cocina, limpiando. Miro hacia la puerta. Robert ya suele estar aquí; me pregunto por qué tarda tanto.

—¿Sacaste la basura? —Gina me llama desde la cocina.

Miro las dos bolsas de basura que hay junto a la puerta. —Todavía no.

Asoma la cabeza. —Bueno, ¿qué estás esperando?

Cierro los ojos brevemente y murmuro—: Sí, vale.

Realmente, esperaba que Robert estuviera aquí para esto.

Dejo el paño de cocina, recojo las dos bolsas de basura y salgo por la puerta principal. El distrito

comercial suele estar menos concurrido a estas horas de la noche. Me muevo deprisa para volver a entrar en menos de un minuto. Levanto la tapa del cubo de basura del callejón trasero, meto una bolsa tras otra y vuelvo a cerrarla. Me doy la vuelta y me dispongo a volver corriendo a la cafetería, cuando siento un gran temor en el corazón. Dos figuras me impiden el paso, paradas a la entrada del callejón.

Se me congelan los pies en el suelo, pero intento mantener la voz uniforme. — ¿Puedo ayudaros?

Los dos hombres empiezan a caminar hacia mí, y uno de ellos dice—: Tenemos un mensaje para ti.

—No quiero oírlo —digo rápidamente, con los ojos desviados en busca de algo que usar como arma.

Avanzan hacia mí. De repente, veo una barra de hierro asomando de un contenedor de plástico. La cojo y grito—: ¡Acércate más y te parto la cara!

El primero se ríe, con un sonido siniestro que me hiela la sangre.

El otro dice—: Estás delirando. Arabella te manda saludos.

Se lanza hacia delante, y mi primer instinto es aplastar el hierro contra sus piernas, pero las palabras de Robert nadan en mi mente.

Apunta a matar. Siempre.

Trago saliva, subo la barra de hierro por detrás y la balanceo hacia delante por encima de mi cabeza, empalando al vampiro. Suelta un sonido ahogado cuando le atraviesa el corazón.

Me siento entumecida. El corazón me retumba en el pecho. Puedo ver la sangre a la luz de la pequeña bombilla del callejón. Tiene una expresión de sorpresa en la cara.

—P-Perra —antes de caer al suelo de rodillas y luego desplomarse sobre un costado. Suelto el hierro, conmocionada, y el otro vampiro carga contra mí, enfurecido.

No tengo oportunidad de reaccionar, pero cuando viene volando hacia mí, me cubro la cara con los brazos. Sin embargo, el ataque no llega a producirse. Cuando abro los ojos, veo a alguien diferente ante mí. Un vampiro sigue en el suelo, y el que estaba a punto de atacarme está a un lado, detrás de este tipo nuevo.

Estoy aterrorizada.

La luz de la única bombilla es demasiado débil para que pueda ver la cara de la persona que tengo delante. Lo único que sé es que es un vampiro.

Tropiezo hacia atrás y él me coge del brazo. —¿Charlotte?

Parece sorprendido, y su voz me resulta extrañamente familiar.

—¡Suéltame! —grito, clavándole las uñas en la piel de la mano, pero no se mueve.

—¡Charlotte, soy yo, Terrence!

Toda mi lucha se detiene al oír el nombre.

¿Terrence?

El hombre que me coge del brazo entra en la penumbra de la bombilla y veo unos rasgos afilados y apuestos, ojos castaño claro, labios finos y rizos oscuros y despeinados. Se parece a mi amigo de la infancia, Terrence Balcom, hijo de uno de los consejeros de mi padre dentro del clan. Pero Terrence abandonó Portland para proseguir su educación cuando yo tenía nueve años. Prometió escribirme, pero en cuanto se marchó cortó todo tipo de contacto. Era la única persona que sé que habría luchado por mí cuando mi padre me sacaba a rastras del recinto.

Con la boca seca, miro fijamente el rostro familiar. —No eres...Terrence está en Europa. Se fue. Me dejó.

—He vuelto. —Terrence mira a su alrededor y ve al vampiro sangrante en el suelo y al que está de pie detrás de él, aparentemente congelado en su sitio—. ¿Estos dos te están molestando?

—Ellos... —Miro al vampiro en el suelo—. Iban a hacerme daño.

—Ah —dice Terrence suavemente—. Ya veo. Vaya. Yo me encargo de esto. Espérame dentro del café.

No le pregunto cómo sabe dónde trabajo. Terrence siempre fue muy listo. Era un genio entre todos los estudiantes de su edad. Probablemente por eso su padre decidió enviarlo a estudiar a Europa. Lo invitaron a quedarse con un prominente clan de vampiros, lo cual era nada menos que un honor. Perder al único amigo que tenía daba miedo, pero estaba feliz por él.

Nunca pensé que volvería a verle, al menos no así.

El corazón me da un vuelco, no de felicidad, sino de miedo. Mi padre siempre tuvo grandes esperanzas en Terrence, y no hay forma de que ningún vampiro venga aquí a salvarme. Si Terrence quiere que entre al café, entonces...

—No puedes matarme ahí dentro —respiro, con las manos inestables—. Hay un humano dentro. Y tengo amigos. No te dejarán. No dejarán que me mates.

—¿Matarte? —Terrence parpadea y ladea la cabeza.

De repente, la voz de Shelby llega desde la esquina del callejón. —¿Charlotte? ¿Por qué tardas tanto? ¿Necesitas que te eche una mano? ¡Ya salgo!

Ni siquiera Terrence se arriesgaría a que una humana presenciara un asesinato, a menos que quiera sumarla al número de muertos.

—Vete —dice, con voz casi suave.

Corro.

Terrence pertenece al pasado.

Voy más allá del vampiro petrificado, que ni siquiera me lanza una segunda mirada.

Salgo corriendo del callejón, doblo la esquina y me topo con una asustada Shelby, a la que arrastro de vuelta a la cafetería.

—¡Qué! ¡Qué! —grita alarmada cuando cierro la puerta, aunque no es que eso vaya a cambiar mucho las cosas. Traspasar una puerta cerrada no es problema para Terrence ni para ningún otro vampiro.

—Yo... —Presa del pánico, la miro, sin saber cómo decirle que mi amigo de la infancia y posiblemente un sicario de mi padre está fuera, dispuesto a matarme a muerte—. Hay un loco afuera. Y creo que tiene una pistola. ¡Deberíamos escondernos! ¡No, deberíamos irnos!

—¡Deberíamos llamar a la policía! —Shelby estalla, con cara de horror—. Vamos a la oficina de atrás.

—¡No! —Mi respuesta es instantánea—. ¡La policía no!

Shelby me mira confusa. —Hay un lunático afuera con un arma, ¡¿y no quieres llamar a la policía?! ¡Acaba de intentar matarte!

—¡Lo sé! —respondo, nerviosa—. Pero creo que nuestra prioridad debería ser escondernos. No creo que sea capaz de entrar.

—Charlotte...

Lo que Shelby pretendía decir se ve interrumpido por un fuerte golpe en la puerta de cristal. Las dos nos sobresaltamos y nos abrazamos, gritando de miedo y conmoción, solo para ver a Robert fuera, haciéndonos señas con la mano y luego señalando la cerradura. Me tiemblan las piernas al acercarme a la puerta.

Robert me atrapa cuando se abre la puerta. —¿Qué está pasando?

—¡Entra aquí! —Shelby tira de él hacia dentro, cerrando la puerta de cristal tras de sí—. ¡Hay un loco afuera con un arma!

—¿Qué? —Robert me mira, intentando seguir esta nueva serie de acontecimientos—. ¿Quién?

—No lo sé —enuncia Shelby, molesta ahora—. ¡Ha intentadomatar a Charlotte y ella no me deja llamar a la policía!

La sonrisa de Robert se desvanece. — ¿Qué? ¿Dónde está?

Como Shelby está escuchando, no puedo contarle lo que ha pasado realmente. Muevo la cabeza hacia la puerta y le digo, significativamente—: En el callejón. Me estaba esperando.

Veo que Robert comprende y me suelta. —Vosotras quedaros aquí. Yo iré a echar un vistazo.

—¡Es un lunático con una pistola! —me grita Shelby, frustrada, mientras Robert sale por la puerta—. ¡¿Cuál es tu problema con la policía?!

Afortunadamente, Robert vuelve poco después, evitándome tener que responder a la pregunta de la mujer mayor.

—Se ha ido —anuncia Robert—, pero voy a quedarme aquí contigo hasta que cierres, por

seguridad.

Shelby se apresura inmediatamente a volver a la cocina. —Sólo necesito cinco minutos. Mi hijo viene a recogerme.

En cuanto sale del alcance de su oído, Robert me dice—: Hay sangre, pero no cadáveres. ¿Cuántos vampiros?

—Tres —respondo pesadamente—. Hice lo que me dijiste. Apuñalé a uno de ellos con una barra de hierro que encontré. Y entonces apareció Terrence.

— ¿Terrence? —La mirada de Robert se vuelve aguda—. ¿Conocías a uno de ellos?

No me gusta hablar de mi pasado. Ocho años no son suficientes para desconectar lo suficiente de lo que fui.

—Terrence era un par de años mayor que yo, pero solía ser mi amigo, incluso después de que me volviera así. Su padre solía traerle mucho a casa y Terrence siempre fue amable conmigo. Cuando mi propia familia empezó a darme la espalda, él siguió a mi lado. Nunca dejó que nadie me intimidara cuando él estaba cerca. Pero ahora... —Se me revuelve el estómago al recordar la expresión de su cara—. Se fue a estudiar fuera y perdimos el contacto. Pero estaba en contacto con mi padre. Beruth confía en él. Terrence estuvo aquí esta noche, afuera. Eso no puede ser bueno para mí.

Robert me estudia. —¿Pero te dejó ir?

—Shelby —llamó y me dijo que entrara. Pensé que iba a seguirme al café. Normalmente estás aquí a esta hora. Yo no... ¡¿Por qué no estabas aquí?!

—Me despisté. —Se mete la mano en el abrigo y saca un pequeño maletín negro—. Había pedido esto para ti y fui a recogerlo.

Me la entrega y, cuando la abro, es una pistola pequeña y compacta.

—Puedo enseñarte a usarla...

—Sé disparar. —Recojo el arma, pesándola en mi mano. Es bastante más ligera de lo que estoy acostumbrada—. Practico en el campo de tiro. Mi viejo amigo Edgar me enseñó. Era un fanático de las armas. Aunque nunca me saqué la licencia.

Cuando levanto la mirada, Robert tiene una expresión intrigada. —Nunca te tomé por alguien que supiera manejar un arma.

Mis labios se crispan ligeramente. —Soy muy buen tiradora. Pero, ¿cómo va a ayudarme un arma contra los vampiros?

—Balas de plata. —Robert busca en su abrigo una vez más—. Te he conseguido 20 balas. Estoy haciendo arreglos para conseguir más, pero por ahora, estas deberían aguantarte. Apunta a la frente o al corazón. Un disparo certero. Es todo lo que necesitas.

He oído hablar de las balas de plata. Son letales tanto para vampiros como para cambiaformas. El hecho de que Robert me dé esta pistola y estas balas es una prueba de lo mucho que confía en mí. Sin embargo, no hay felicidad en mi corazón en este momento. Estas balas son un medio para matar, un acto que desprecio, aunque sé que es una necesidad.

Robert parece darse cuenta de lo que estoy pensando porque dice—: Esto es sólo para emergencias, Charlotte. Por si no puedo llegar a tiempo. —Luego envuelve mi mano alrededor de la pistola, su tono se vuelve firme—. Necesito saber que serás capaz de protegerte.

Levanto los ojos para mirarle. —No quiero ser una carga, Robert. Desde que nos conocimos, siempre pareces estar ayudándome de una forma u otra. ¿Cuánto tiempo crees que podrás seguir así?

—No eres una carga para mí. —La expresión de Robert es seria, y la sinceridad de su voz me atraviesa el corazón. Realmente lo cree.

Pero no es así. Tarde o temprano, cuando tenga que salir corriendo a rescatarme, a luchar por mí, a defenderme delante de su manada, empezará a preguntarse si valgo tanto trastorno en su vida. Si él y yo estuviéramos en igualdad de condiciones, económicas o al menos de fuerza, quizá las cosas serían diferentes. Pero soy consciente de mis defectos.

Es sólo cuestión de tiempo que Robert se dé cuenta.

Shelby sale con su bolso justo cuando un coche se detiene fuera. —Mi hijo está aquí. Me voy. Robert, ¿te quedas hasta que Charlotte termine de cerrar? O puedo quedarme yo. Mi hijo estará con nosotros.

—No, vete. — Le sonrío—. Yo me encargo.

Se apresura hacia el coche y yo empiezo a apagar las luces. —¿No había nadie en el callejón cuando fuiste a comprobarlo?

Robert niega con la cabeza, sosteniéndome el estuche de la pistola y la cajita con las balas de plata. —Olí sangre, pero los vampiros se habían ido hace tiempo.

—Todos saben dónde estoy, Robert. —Me giro para mirarle mientras la luz que dejamos encendida por la noche brilla tenuemente—. Empiezo a pensar que no debería seguir aquí en la ciudad. Una cosa es estar apegada a un lugar, pero preferiría no ponerme en peligro.

—No te va a pasar nada —me asegura una vez más—. He hecho los preparativos. Habrá alguien vigilando el café en todo momento. Y tú irás armada. Lleva esta pistola contigo dondequiera que vayas. Te ayudaré a solicitar el permiso. Normalmente lleva más de un mes, pero conozco a alguien que puede acelerar el proceso por ti.

Parece haberlo pensado todo muy bien.

Alargo la mano para quitarle la pistola a Robert.

Tenerla me tranquiliza un poco, aunque quizás signifique tener que matar a alguien. Me da una sensación de seguridad. Sin embargo, tengo que ser realista. La visión de Angie le reveló ríos de sangre en Portland. Ella afirmó que yo estaría en el centro del caos que pronto llegará y que mi futuro no está claro.

Si me excluyo por completo de la ecuación, podría estar en mejor posición para protegerme.

—Y luego está esto —dice Robert, cortando mi hilo de pensamiento. Se mete la mano en el bolsillo y saca una pulsera fina. Es sencilla, no muy elegante.

—¿Me traes joyas? —pregunto vacilante.

—No. —Sonríe, como si le divirtiera mi pregunta—. Este es un producto que fabrica mi empresa. Oculta lo que eres. Tanto si eres un vampiro como un cambiaformas, oculta tu olor por completo. Te ayuda a pasar por humano.

Miro fijamente la pulsera. —¿Me estás diciendo que esta cosita hace todo eso? ¿Es magia?

—Tecnología —se ríe Robert—. Está patentada. Mi empresa es la única del mundo que las fabrica. Hemos recibido solicitudes de compradores vampiros, pero no les vendemos. Conflicto

de intereses y todo eso. Investigamos a todos nuestros clientes.

—¿Pero está bien que yo tenga una? —Quiero confirmarlo.

—Sí —Robert me coge la mano y me coloca la pulsera en la muñeca. Luego la aprieta y se comprime, dejando solo un pequeño espacio entre ella y mi piel.

—¿Cómo...? —Pregunto, asombrada, incapaz de terminar mi pregunta.

—Se encoge para ajustarse a la muñeca del usuario —explica—. Salvaje, ¿eh?

Levanto la mano y estudio la pulsera. —Es tan extraño que una cosa tan pequeña pueda contener tanto poder. ¿Tú diseñaste esto?

—Sí.

Le guiño un ojo. —Debes de ser muy listo.

Puedo ver la petulancia en sus ojos mientras intenta hacerse el interesante. —Quizá un poco.

—Al menos eres modesto —me río—. Siempre es un buen rasgo de carácter.

Mientras lo meto todo en la bolsa, Robert protesta—: Soy modesto.

—Acabo de decir que lo eres. —Estoy disfrutando de tener la sartén por el mango por una vez.

—No parece que lo digas en serio —se queja.

—Eso suena a problema tuyo. —Aprieto los labios, intentando no sonreír.

Cierro la puerta y empiezo a bajar la persiana. Robert me echa una mano bajándola con facilidad. Le miro molesta. —Puedo hacerlo yo sola, ¿sabes? No soy tan débil.

Parece decidido a vengarse de mí por mi comentario anterior. —Eres bastante débil. ¿Te sujeto la bolsa? No quiero que te caigas bajo su peso, después de todo.

—Cállate, Robert.

—O tal vez debería llevarte en brazos. —Sin previo aviso, me levanta por los pies y me echa en sus brazos.

—¡Robert! —Grito, indignada y golpeándole el pecho—. ¡Déjame bajar! La gente me mira.

—Sólo estoy siendo útil —se ríe—. Ves, te estoy ayudando a cruzar la calle.

—¡No tienes gracia! —Escondo la cara mientras los transeúntes nos miran con curiosidad—. ¡Bájame, tú... tú...!

Ni siquiera se me ocurre un insulto lo suficientemente apropiado para este momento.

Me lleva hasta el aparcamiento, abre la puerta de su coche con una mano y me mete dentro. —Ya está. ¿Lo ves? Ni un pelo de tu delicada cabeza dañado.

Le fulmino con la mirada. —Come tierra.

—¿Cuántos años tienes, cinco? — se burla—. ¿Es lo mejor que tienes?

Le cierro la puerta del coche en las narices.

Robert es una de esas personas a las que no les importa hacer el tonto. No hay en él arrogancia altiva. Está radiante mientras se sienta en el asiento del conductor.

—Muy bien, abróchate el cinturón.

Llegamos a su casa y Robert aparca delante. Pero cuando salimos del coche, se acerca a mí, me coge de la mano y empieza a llevarme directamente lejos de la puerta principal. Le pregunto —: ¿Qué pasa? ¿Adónde me llevas?

—No nos vamos a casa todavía —me dice—. He planeado una cita para nosotros.

—¿No deberías preguntarme si quiero tener una cita primero?

Me mira. —Ya dijiste que sí hace unos días.

Este hombre tiene una respuesta para todo.

Suspiro, ya que sé que discutir con él no me va a llevar a ninguna parte.

—¿Me llevas al bosque en una cita? —Pregunto con recelo, mirándole—. Creo que quiero llevar mi pistola conmigo.

Parece divertido. —¿Por qué?

—Por si acaso intentas algo gracioso.

—No seas un bebé. —Me pone las manos en los hombros desde atrás, empujándome suavemente para que empiece a andar.

Mientras nos dirigimos hacia el bosque, bromeo—: Más vale que no haya ningún restaurante de lujo ahí dentro, Robert. Estoy hecha una mierda.

Sonríe ante mi descripción. —Creo que estás preciosa.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonrojarme.

—No te preocupes. —Me da un codazo—. No es nada del otro mundo. Vamos.

Le hago caso, aunque expresando mi aprensión. —La gente es asesinada por asesinos en serie en el bosque cuando anochece. He visto películas de terror. Siempre es un idiota como tú el que planea una velada así, y a todos los demás los mata un loco con un machete.

Robert se ríe a carcajadas. —Qué te parece esto: si veo a alguien con un machete en la mano, te lo robo y te lo doy. Nadie te va a molestar con un machete en la mano.

—Te crees gracioso, ¿eh? —Le miro, con voz sombría.

Me presiona con un beso en la parte superior de la cabeza, excitándome. —¿De qué tienes miedo cuando tienes a un alfa a tu lado? No voy a dejar que te pase nada. Ahora, ven.

Me rodea con el brazo y no puedo negar que su presencia siempre me hace sentir segura.

Tras otros diez minutos en el bosque, por fin oigo el sonido del agua. Al salir de entre los árboles, veo un espectáculo impresionante.

Hay una pequeña cascada y, junto a la orilla del río, hay cuatro postes colocados y una gruesa manta en el suelo, junto con una mesa baja que tiene platos tapados. Robert suelta un aullido repentino que me hace dar un respingo. Al cabo de un segundo, responden con otro aullido y se vuelve para mirarme. —Ahora estamos solos.

—¿Quién era? —Miro a mi alrededor, esperando ver a alguien salir de entre los arbustos.

—Mi fiel ayudante, Harry. Él y María, la sanadora que conociste el otro día, me ayudaron a preparar esto. Ya se han ido.

En los postes hay luces de hadas que iluminan la zona, y una emoción desconocida me oprime el pecho. —¿Por qué haces todo esto por mí? No necesito... quiero decir, sería feliz con perritos calientes al lado de la carretera. No soy muy exigente.

Nadie ha hecho nunca algo así por mí, es lo que me digo en silencio. No sé cómo reaccionar ante ello.

—Que tú creas que serás feliz con lo mínimo no significa que yo también piense así. —Robert me rodea la cintura con el brazo y me gira hacia él—. Creo que quiero colmarte de todo porque eres una mujer increíble. —Se le pone cara de vergüenza—. Sé que tenemos una diferencia de edad bastante grande...

—No me importa la edad que tengas —murmuro, con el corazón henchido de emoción—. Simplemente no sé qué decir cuando has puesto tanto esfuerzo en esto. Es precioso.

—No hace falta que digas nada. —Me besa la mejilla—. Sólo disfruta el momento. Hice que la Sra. Mallory preparara algunos de tus platos favoritos.

Mientras me coge de la mano y me guía hacia la manta, con la emoción en sus ojos, me pregunto vagamente si es así como se siente una al enamorarse, esta tierna emoción que se está gestando en mi interior.

Capítulo 18

Charlotte Sanguinite

—¿Con qué sueñas despierta? —Jazz me mira, dos días después de la hermosa cita que tuve con Robert—. Últimamente estás un poco ida. ¿Es por el tipo raro del callejón? Papá ya instaló cámaras y arregló la iluminación ahí atrás. Si estás preocupada...

—No. —Me ruborizo—. No es eso.

Jazz limpia las mesas después del ajetreo matutino. Hay dos personas ocupando el reservado del fondo, que suele estar reservado a autónomos o trabajadores a distancia. No prestan atención a nuestra conversación.

—Entonces, ¿qué pasa? —Jazz se hunde en uno de los asientos—. No es propio de ti estar tan despistada.

No tengo a nadie con quien hablar de cosas de chicas, y aunque Jazz tiende a emocionarse demasiado, me encuentro diciendo—: Robert me llevó a una cita la otra noche, en el bosque. Había preparado un espacio precioso con luces de hadas y música. Había mantas y buena comida, y fue simplemente maravilloso.

Jazz se queda boquiabierta. —¡Eso suena tan romántico! No recuerdo la última vez que Marcus hizo algo romántico por mí. De hecho, no recuerdo la última vez que tuvimos una cita.

Jazz ha vuelto a teñirse el pelo de un tono castaño normal y se ha quitado los piercings. Últimamente, ha empezado a vestirse más normal. No le he preguntado qué le pasa. Es el tipo de persona que hablará cuando esté preparada. Ahora mismo, parece que le gusta más centrarse en mi vida amorosa.

—Entonces, ¿lo hicistéis? —Se inclina hacia delante, emocionada.

—¿Hacer el qué? —La miro desde donde estoy montando nuestro nuevo escaparate de Halloween.

Mira a los clientes del fondo de la cafetería y baja la voz. —¿No te acostaste con él? ¿Después de todo lo que hizo?

Frunzo el ceño. —No.

Durante toda la velada, Robert estuvo totalmente centrado en mí, no en lo que pudiera haber para él.

—Comimos y luego quiso bailar, pero yo nunca había bailado. —Me río, recordando cómo le pisaba los dedos de los pies cuando intentaba enseñarme—. Me lo pasé bien. Nunca había tenido una cita así. Nunca nadie se había esforzado tanto en una cita conmigo. Pero no me pidió nada a cambio. Ni siquiera un beso.

Aunque había momentos en los que lo único que deseaba era acercarme y pegar mi boca a la suya, la idea de iniciar un beso me daba vergüenza.

—Sí que quería —suspiro—. Pero no soy tan valiente. Es mucho más fácil seguir su ejemplo.

Jazz me mira decepcionada. —¿Te das cuenta de que ese hombre está loco por ti? Al menos dale algo a cambio. Iniciar un beso no es tan difícil.

—Yo no... nunca he iniciado nada sexual en mi vida. —Mantengo la voz baja—. ¿Y si meto la pata? O si intento hacer algo y él no quiere, o...

Jazz se encoge de hombros. —Se llama arriesgarse. Y cuando le gustas a alguien tanto como a Robert, no le importará si tu intento de seducirle es torpe. A los tíos les gusta que las mujeres sean seguras de sí mismas.

La idea de acercarme al alfa e intentar seducirle me desconcierta. No dejo de imaginármelo riéndose de mí o mirándome como si actuara como un payaso.

—¿Por qué te comportas como una virgen? —Jazz se pone en pie—. Te has acostado con chicos antes.

—Sí —confieso—. Pero nunca he salido con uno ni he tenido que intentar seducirlo. Salíamos un rato, teníamos sexo y luego nos íbamos. Y sólo fueron dos chicos. Además, Robert es muy diferente a ellos en la cama. Él es...

—¡¿Te acostaste con él?! —Jazz grita conmocionada.

—¡Jazz! —Siseo, mirando a los dos clientes que ahora nos miran con interés oculto.

—¡Lo siento! —Jazz se tapa la boca con las manos.

Entierro la cara entre las manos mientras ella cubre la distancia que nos separa.

—¿Tú y él ya lo habéis hecho? ¡¿Cuándo?! ¡¿Cómo?! ¡¿Por qué no me lo dijiste?!

—No es asunto de nadie, y yo estaba borracha, un poco, y las cosas simplemente sucedieron... y bueno, ahora, aquí estamos.

—¿Cuándo? —Jazz insiste.

—Aquella vez que salimos a cenar. —Hago una mueca, y por su reacción, tenía razón en dudar.

—¡Eso fue hace semanas! —Me golpea el brazo con cada palabra—. ¡Ni siquiera se lo confesaste a nadie!

—¡No es que quiera hacer publicidad de mi vida sexual, Jazz! —Digo apretando los dientes.

—Espera —Jazz levanta una mano—. A ver si lo he entendido bien. ¿Vosotros dos ya os habéis acostado juntos y aún no sabes cómo seducirle?

—Te lo dije, estaba borracha —susurro.

Jazz me lanza una larga mirada. —Chica, si no sabes cómo excitar a un hombre, opta siempre por el método infalible.

Me inclino hacia delante. —¿Cuál es?

Ella sólo sonríe.

Tengo la sensación de que esto no me va a gustar.

******

El plan no era seducir a Robert.

Lo único que quería era poder expresar mis emociones como él lo hace: sin miedo. Pero eso es algo con lo que lucho. No es fácil acercarse a él y ser físicamente afectuosa.

Miro fijamente las tres prendas de lencería que Jazz me ha hecho comprar. Me había convencido para ir de compras durante nuestro descanso, cuando Gina se presentó a su turno. Debería haberle dicho que no.

Debería haber protestado cuando la primera prenda de lencería tenía la entrepierna recortada. Ya era bastante malo que fuera tan transparente, una prenda negra oscura que no ocultaba nada. Cuando me la probé, creí que iba a explotar de vergüenza. Las demás prendas eran similares.

Jazz eligió la lencería más provocativa que encontró y, una vez pagada, me cortó las etiquetas para que no pudiera devolverla a sus espaldas, algo que yo ya había planeado hacer en cuanto tuviera la oportunidad.

Y ahora, estoy agobiada con todo.

Fuera llueve y Robert ha ido a por comida para llevar porque la señora Mallory ha tenido que ir a casa de su hija esta noche. Estoy sola en casa, con Mano y Zeno durmiendo abajo. Quizá si vuelvo a probarme el negro no sea tan malo como imaginaba.

Fuera truena y la lluvia azota las ventanas.

Me quito la ropa y me pongo la diminuta prenda negra.

Se ciñe a todas las curvas y el círculo de la entrepierna lo muestra todo al mundo. Se me ven los pezones, los pechos y el vientre plano. Cuando me doy la vuelta, cierro los ojos, mortificada.

Es como no llevar nada.

¡¿Cómo se supone que voy a llevar esto delante de nadie?! ¡Es tan bueno como estar desnuda!

Agarro la cremallera del lateral e intento bajarla, sólo para darme cuenta horrorizada de que está atascada. Lo intento de nuevo, pero sigue atascada.

—Maldita sea —murmuro—. ¡¿Te vas a desprender?!

Estoy intentando bajarla de un tirón cuando, de repente, llaman a la puerta y se abre. —Olvidé mi cartera en el...¿Charlotte?

Robert tiene el pelo pegado a la frente, mojado por la lluvia. Su camiseta no está mejor, pegada a su musculoso cuerpo. Me mira a los ojos y no hay duda del calor que desprenden.

Se me seca la boca al ver cómo me mira. —Se me ha atascado el cierre.

Por un momento, Robert no dice nada. Luego entra en la habitación y cierra la puerta con un suave chasquido. Con voz ronca, me pregunta—: ¿Necesitas ayuda?

—Sí. —No es fácil hablar cuando sus ojos me devoran así.

Cuando se acerca a mí, murmuro—: Me lo estaba probando y se me ha atascado la cremallera. No intentaba... Es decir, pensé que te irías por un tiempo y...

—Te queda bien. —Robert viene a ponerse detrás de mí, encontrándose con mi mirada en el espejo. Tengo la cara roja y no sé hacia dónde mirar—. ¿Por qué te lo has comprado? —murmura, posando su mano en mi estómago.

Mi corazón late tan fuerte que sé que él puede oírlo.

Considero la posibilidad de mentir, pero la verdad me obliga a salir. —Quería tener confianza, como tú.

—¿Confianza? —Robert me mira perplejo.

Intento encogerme de hombros. —No se me da bien iniciar nada. Estaba intentando encontrar una manera, y Jazz arrasó con todas mis ideas, y acabé comprando esto.

—¿Estas? —La atención de Robert se dirige a las otras dos piezas de lencería que yacen sobre la cama.

Me siento tan expuesta ahora, con la mano de Robert en mi estómago, su pecho húmedo apretado contra mi espalda.

—Hoy has hecho muchas compras. —Suena aún más divertido y acalorado.

—Jazz dijo que la lencería era la única forma de seducirte sin intentar, ya sabes...

Me corto antes de terminar la frase, horrorizada de que se me haya escapado tanto.

—¿Intentas seducirme, pequeña vampira? —La voz de Robert es ronca y me hace apretar los muslos.

—Yo sólo...

—Si me querías en tu cama, sólo tenías que pedírmelo —susurra contra mi cuello, con su mano deslizándose hacia abajo hasta encontrar el agujero en la tela—. Aunque me gusta el esfuerzo que haces. —Sus palabras son suaves mientras sus dedos se deslizan sobre mi vulva.

—Yo no...

¡¿Cómo se supone que voy a formar frases completas cuando me está tocando así?!

—¿Te ayudo con el cierre? —Robert me da un beso con la boca abierta en la nuca, y mi respiración se vuelve agitada, mis pezones se tensan en puntas dolorosamente duras—. ¿O debería aflojarte primero?

Noto los jugos resbaladizos cubriéndome la vagina y, cuando mi cabeza vuelve a caer contra su hombro, Robert introduce lentamente un dedo en mi interior. Mis labios se separan en un gemido, y puedo verle mirándome en el espejo a través de mis párpados entreabiertos.

El hambre en la cara de Robert alimenta la mía.

Su dedo se mueve dentro de mí, me muerde el lóbulo de la oreja y me ordena—: Abre los ojos. Quiero que veas lo que te estoy haciendo.

Es difícil no obedecer cuando su voz es tan autoritaria.

Ver su dedo entrar y salir de mí es un tipo de excitación diferente. Oigo el ruido de su deslizamiento por mis pliegues y mi pecho se agita de excitación. Sin embargo, no acelera ni introduce otro dedo, castigándome con esta lentitud extenuante, volviéndome medio loca mientras persigo mi orgasmo. Observo sus ojos fijos en mi cara mientras mis expresiones cambian con creciente desesperación.

Le gusta. Me doy cuenta.

Su lengua me lame el cuello mientras me mete un dedo, acercándome cada vez más al límite. Veo su mirada de lobo, justo cuando hunde sus dientes en mi cuello. Me tiemblan las rodillas cuando la mezcla de dolor y placer me empuja directamente al abismo. Robert triplica el número de dedos mientras me folla durante el vicioso orgasmo que me desgarra como una tormenta.

Siento sus dientes en mi cuello y estoy débil y mareada de alegría.

A Robert le encanta morderme, desgarrarme la piel, y me vuelve loca.

Sus dedos suben por mi cuerpo, recorriendo la ropa, hasta que me roza los labios con sus dedos húmedos. Los separa, limpiando mis resbaladizos jugos de esos gruesos dedos. Hay algo totalmente depravado en la forma en que me obliga a ver todo lo que me hace, y no me canso de hacerlo.

Su polla está dura contra mi trasero y gimo cuando su lengua lame la sangre que rezuma de la herida de mi cuello. Desde que me mordió aquí la primera vez que nos acostamos, este punto se ha vuelto muy sensible. He dejado de llevar cualquier tipo de collar porque cada vez que la cadena me roza, me siento extraña. Siento una presión en mi interior que me inquieta, y hago fuerza para ocultarla.

—No sé por qué crees que te cuesta seducirme —susurra Robert, haciéndome estremecer—. Todo lo que tienes que hacer es respirar, y ya te deseo.

Suelto una risa temblorosa, el cuerpo me hormiguea por todas partes mientras intento volver a la realidad. —No intentaba...

¿Cuándo se volvió esto tan fácil? ¿Cuándo pasé de necesitar alejarme de Robert a querer que supiera que me gusta? ¿Cuándo tiré todo mi autocontrol por la ventana?

Los ojos se me cierran mientras las grandes manos del lobo alfa cubren mis pechos. Sin duda se está divirtiendo.

—Este color te queda precioso. Recuérdame que le deje una buena propina a tu amiga por sugerirte este. —De repente, me coge los pechos y frunce el ceño—. Esto no vale.

—¿Qué...?

Ni siquiera consigo terminar mi pregunta antes de que saque una garra y raje el material, haciendo que mi suave carne se derrame en sus manos. Su rugido de aprobación hace que mis rodillas se vuelvan gelatina.

Me clava las garras en el pecho y sé que me está dejando marcas a propósito. En represalia, me restriego contra su dura polla, que sigue clavándose en mi trasero. Su gruñido no me asusta; me froto con más intención, e inmediatamente me hace girar. —¡Pequeña zorra!

Sonrío y aprieto con la mano el bulto de sus vaqueros. El deseo en sus ojos me hace jadear. Sé lo duro que es como amante, y algo dentro de mí necesita ese lado desenfrenado de él. Quiero que

me folle con la crueldad con la que solo este alfa puede tratarme.

Los labios de Robert se ciernen sobre los míos. —Si tanto la quieres, sácala tú misma.

Reclamo su boca con la mía y, mientras me agarra la mandíbula para besarme más profundamente, mi mano busca su cremallera. Al bajársela, me muerde el labio inferior y yo gimo, lamiendo la gota de sangre.

Las manos de Robert se posan en mi cintura y me da la vuelta casi al instante. Me levanta y me coloca sobre la mesita, de rodillas. Estamos frente al espejo de cuerpo entero, se quita la camisa y se echa el pelo hacia atrás. Me agarra la mandíbula con una mano. —No te atrevas a cerrar los ojos. Vas a mirar. Si cierras los ojos, tu culo se llevará la peor parte. ¿Lo has entendido?

Asiento en silencio, con el cuerpo rebosante de nervios y pasión.

Su sonrisa es profunda y lenta, y se me seca la boca. Me gusta buscar su aprobación en el dormitorio.

Veo en el espejo cómo me abre las piernas y empieza a penetrarme. Sus movimientos son bruscos, su grosor me hace gemir y se me cierran los ojos.

Casi de inmediato, se oye un fuerte crujido y la nalga derecha me arde de dolor. Abro los ojos y grito.

—¿Qué he dicho? —pregunta Robert con calma.

—¡E-Eso duele!

—Entonces no cierres los ojos.

Suelto un suspiro tembloroso y me doy cuenta de otra cosa: bajo el dolor hay otro tipo de placer. Mientras me penetra, me quedo con la boca abierta al verme empalada por esa cosa monstruosa que guarda en sus pantalones.

—R-Robert —gimoteo, sintiendo su polla moviéndose dentro de mi agujero resbaladizo. Está tan apretado que siento que no puedo respirar durante un minuto.

Debo de haber vuelto a cerrar los ojos, porque la segunda bofetada es más fuerte que la primera.

Gimo.

Una tercera bofetada y me quedo sin aliento, con mi interior apretándose alrededor de su pene.

—¿Te gusta que te azoten? —La mano de Robert se enrosca en mi pelo y tira de mi cabeza hacia atrás—. Respóndeme.

—S-Sí. Sólo por ti.

No sé de dónde viene la última frase, pero sé que es verdad. Nadie más. No dejaría que nadie más me tocara así.

Parece que es lo correcto, porque los ojos de Robert se oscurecen y me da tres fuertes bofetadas en el culo, alternando las nalgas, con la polla todavía dentro de mí. Jadeo con cada golpe y él suelta un gemido silencioso cuando aprieto su miembro.

—¡ Wow, ¡qué apretada estás!

Me sujeta la cabeza con la mano y empieza a follarme con movimientos largos y profundos. Me corro por segunda vez, pero él sigue, golpeándome el culo de vez en cuando, disfrutando de mi reacción. Casi se me cruzan los ojos mientras me folla con tanta dedicación, ignorando los maullidos que emito, las palabras suplicantes que caen en saco roto. Está decidido a volverme loca.

Mi cuerpo está inerte, sostenido únicamente por él mientras me arranca un orgasmo tras otro, utilizando mi agujero a su antojo. Me agarra del pelo sobre todo para mantenerme en mi sitio, y grito cuando se libera dentro de mí.

Sin embargo, aún no ha terminado y me tira al suelo enmoquetado, de rodillas.

—Abre la boca.

Obedezco, separo los labios y dejo que me alimente con su polla.

—Buena chica. —Me acaricia el pelo, y mi cuerpo se tensa de nuevo en desesperada necesidad.

Este hombre es adictivo.

Y esta noche está lejos de terminar si Robert tiene algo que decir al respecto.

******

Después de un par de horas, los dos estamos demasiado agotados para ir a ningún sitio a por comida para llevar. Así que decidimos hacer un poco de ramen que Robert encuentra en la despensa. A diferencia de la última vez que dormimos juntos, soy capaz de andar y, mientras Robert busca condimentos, yo frío dos huevos y corto unas cebollas verdes. La señora Mallory tiene un poco de caldo de pollo en el congelador y lo caliento, hirviendo los fideos en el caldo. Le doy algunas verduras a Robert para que las pique, pero no le quito ojo de encima mientras lo hace. No me fío de él en la cocina.

Sin más ropa que su camisa, saco dos cuencos y sirvo el caldo y los fideos. Después, añado las verduras, los huevos fritos y, por último, un poco de aceite de chile y semillas de sésamo.

El lobo alfa a mi lado me observa asombrado. —Eres como una chef.

Me río entre dientes. —Esto es cocina básica. No basta con hervir fideos y ponerles condimentos. Eso lo puede hacer cualquier mono.

Robert me mira ofendido. —¡Oye!

Le pongo el cuenco delante. —Aprende a freír un huevo, Robert. Podría salvarte la vida.

—¿Para qué voy a aprender a freír un huevo si tengo una chef tan guapa para mí solo?

—Estoy todo el día de pie. —Me hundo en la silla, sintiendo que me duele la parte inferior del cuerpo—. Lo último que quiero hacer es venir aquí y cocinar.

—Podría darte un masaje en los pies. —Robert me besa el cuello y noto el calor en la cara.

—No te confío mis pies ni ninguna otra parte de mi cuerpo —murmuro—. No estás muy centrado.

Estalla en carcajadas ante mi comentario. —Te arreglé la cremallera, ¿no?

—Sí, después de que te salieras con la tuya —me quejo despreocupada.

—No es culpa mía que te fueras a comprar lencería. —Robert pincha el huevo frito con el tenedor—. Ya me cuesta resistirme a ti, y luego te compras algo que te hace parecer un regalo envuelto. Perdóname por querer desenvolverte.

Me tiemblan los labios mientras me arde la cara.

—Da igual, come —le digo.

Mano y Zeno duermen en un rincón, acurrucados el uno contra el otro. Zeno muerde la cola de mi gata sin pensar mientras duerme.

Comemos en silencio, ambos cómodos en la cocina poco iluminada, con el sonido de la lluvia llenando el silencio.

El tiempo que paso con Robert es muy sencillo, y cuanto más estoy con él, más segura me siento. Las grietas que mi familia dejó en mi corazón se están llenando poco a poco con este hombre. No sé cómo ni cuándo, pero Robert ha conseguido invadir todos los aspectos de mi vida, y me cuesta imaginar volver a mi estilo de vida solitaria.

Mis sueños extraños han cesado.

Duermo mejor.

Soy más feliz, a pesar de la situación con los vampiros.

Estoy deseando estar en su casa y pasar tiempo con él.

Mi corazón está completamente enredado con el suyo, y no sé lo más mínimo sobre cómo liberarme, ni siquiera sé si quiero hacerlo.

Capítulo 19

Charlotte Sanguinite

Las tormentas continúan durante unos días.

El tiempo lluvioso suele ser sinónimo de menos trabajo en la cafetería, ya que a la gente no le gusta salir de casa o de la oficina cuando llueve a cántaros. Tenemos sobre todo pedidos para llevar y unos cuantos trabajadores a distancia que se apiñan en las cabinas de las esquinas para abastecerse de café y tentempiés cada dos horas.

Miro la hora y suspiro.

Shelby está enferma y Gina tiene cita con el médico. Jazz salió a entregar su tesis y me dijo que cerrara sin ella. Son alrededor de las 6:45 y ya he limpiado todo el lugar. Robert me ha dicho que esta noche estará en una reunión, así que tengo que ir sola al refugio de animales.

No he ido allí desde que Arabella me atacó hace una semana, pero ahora me siento más estable. Los vampiros que habían estado apareciendo pararon de repente, y la vida parece haber vuelto a una rutina algo normal. Incluso Terrence no ha vuelto a aparecer.

Siento alivio por esta última semana de normalidad. He llegado a un punto en el que empiezo a tener esperanzas.

Mirando el reloj de pared, anuncio—: Cerramos en diez minutos.

Los pocos clientes que quedan miran hacia fuera y gimen. Sin embargo, recogen rápidamente y salen corriendo con sus paraguas. No pierdo tiempo en limpiar las mesas y cerrar.

Me planteo llamar a un taxi, pero la parada de autobús está a sólo diez minutos a pie. Intento caminar deprisa, mirando repetidamente la hora. Si no me doy prisa, perderé el autobús, y el siguiente me llevará veinte minutos de espera. Por desgracia, la suerte no está de mi lado, ya que veo pasar el autobús a mi lado.

Levanto una mano y le grito que se detenga. Con las prisas, el paraguas se me escapa de la otra

mano y vuela con el viento. Puedo ir tras él o intentar alcanzar el autobús. Elijo esta última opción, con los pies chapoteando en los charcos mientras corro como una loca tras el autobús. Doblo la esquina y sé que es una batalla perdida, pero la terquedad que hay en mí prevalece.

Un minuto después, estoy de pie en la parada del autobús, empapada de pies a cabeza, mientras el autobús avanza alegremente.

—Maldita sea —murmuro—. Debería haber ido a por el paraguas.

Sin embargo, ya es demasiado tarde.

Al escabullirme bajo la marquesina de la parada de autobús cuando sigue lloviendo a cántaros, miro hacia arriba y veo un gran boquete. Alguien ha tenido la brillante idea de quitar el techo.

Está lloviendo demasiado para que me plantee sacar el móvil para llamar a un taxi. Mi pantalla no funciona si está mojada.

Temblando, me doy la vuelta y emprendo el camino de vuelta a la cafetería.

Mientras camino, la lluvia se vuelve casi torrencial y apenas puedo ver medio metro delante de mí. Todas las tiendas parecen estar cerradas, salvo un bar. Sé lo que parezco en este momento, y entrar en un bar lleno de gente borracha puede que no sea lo mejor, pero estoy desesperada.

Me meto dentro y tiemblo de calor.

Me seco el agua de la cara y me agarro a la bolsa. Hay unas cuantas personas alrededor, la mayoría hombres, y sus ojos están puestos en mí.

Me acerco al bar, temblando como una hoja. Tengo mucho frío ahora mismo.

—¿Puedo usar su baño?

El camarero me mira extrañado. —Lo siento, es sólo para clientes.

—Oh. —Miro a los hombres sentados en los taburetes alrededor de la barra, mirándome lascivamente, y me doy cuenta de que mi ropa se me pega como una segunda piel—. De acuerdo. Tomaré algo caliente.

—Esto es un bar, no una cafetería. —El camarero se cruza de brazos.

No me gusta. Parece estar disfrutando de su pequeña demostración de poder.

—Bien. —Le enseño los dientes—. Traeme una maldita cerveza.

No es propio de mí maldecir, pero quiero romperle la cara a este hombre. Estoy aquí de pie, mojada y temblando, y él está disfrutando del espectáculo.

—¿Dinero? —Señala la pizarra sobre su cabeza, con voz petulante—. Una puta cerveza cuesta quince pavos.

—¿Estás loco? —Siseo—. ¡Ahí arriba pone siete dólares!

—El resto es por la actitud. —Me mira con el ceño fruncido. Algunos de los hombres se ríen.

—¡Claro que sí!

—¡Pon a la tipa en su lugar!

—¡Gira para mí, pequeñita, y te compraré esa cerveza!

—¡Quítate esa camisa!

Más risitas, y alguien dice—: No necesita quitarse nada. Ya está enseñando las tetas. ¡Y son un buen par!

La ira se agita en mi interior.

No necesito esto.

Me doy la vuelta y estoy a punto de marcharme cuando choco contra un pecho ancho. Un par de brazos me atrapan.

—Eso sí que ha sido grosero —oigo decir suavemente a una voz conocida.

Me quedo quieta y levanto lentamente la cabeza para encontrarme con la mirada de Terrence.

—¿Estás bien? —pregunta, preocupado.

Por un momento, olvido cómo hablar, el miedo crudo y visceral golpea dentro de mí.

—B-bien —respiro—. Ya me iba.

Sin embargo, no suelta su agarre. —Tienes frío, Charlotte.

—¿La conoces? —El camarero parece receloso.

—Es mi prometida —Es la fría respuesta de Terrence mientras se quita la gabardina y me envuelve con ella—. Veo que todos os lo estabais pasando bien a su costa.

¡¿Su qué?!

Terrence me estrecha contra su pecho mientras habla, y probablemente siente cómo me estremezco ante su afirmación.

—No, tío. Sólo estábamos bromeando.

—Ya veo —responde Terrence fríamente—. Vamos, Charlotte.

Me guía hacia el exterior y, por mucho que quiera resistirme, en este momento estoy entre la espada y la pared.

En cuanto salgo del bar, un paraguas me cubre.

—Hay una cafetería cerca. Vayamos allí.

Apunta con un dispositivo a un coche negro aparcado en la acera y sus luces parpadean.

—Ese es tu coche. —Estoy petrificada ahora mismo. La pistola que Robert me dio está en la bolsa que sostengo. Me preocupaba que se mojara, así que tomé la estúpida decisión de meterla en mi bolso, algo de lo que me arrepiento inmensamente en este momento.

—No te preocupes. —Terrence me dedica una pequeña sonrisa—. No voy a obligarte a que te metas. Entiendo que ahora no confíes en mí. La cafetería está a la vuelta de la esquina; podemos ir andando.

Su hombro izquierdo se está mojando mientras sostiene el paraguas sobre mí y, a pesar de mi recelo, siento un destello de culpabilidad. Está dejando espacio entre nosotros y por eso la lluvia cae sobre él.

—Deberías cubrirte el hombro —me encuentro diciendo.

Terrence se ríe ligeramente. —Así eres tú, preocupándote más por los demás que por ti misma. Un poco de lluvia no va a matarme. Prefiero que te seques tú a que me seque yo. Además, aún no te sientes cómoda conmigo. No quiero que lo estés aún menos.

Está siendo considerado, como el Terrence apacible que recuerdo. Siempre tenía la nariz metida en un libro, y yo era la única por la que dejaba de leer. Una amistad entre una niña y un adolescente. Fue mi refugio hasta que se fue, mi mejor amigo y confidente. Cuando Clyde me acosaba, Terrence estaba allí para curarme y darme un hombro sobre el que llorar.

A la niña que hay en mí le molesta que le mire con tanta desconfianza, pero ya no tengo margen para confiar en nadie. Terrence cortó conmigo en cuanto se fue, y, sin embargo, escribió a mi padre, y más tarde a Arabella. Sólo se lavó las manos conmigo. Eso marcó a la chica solitaria que acababa de ver cómo su único sistema de apoyo se alejaba de ella.

Ver a Terrence tratándome con tanta delicadeza, como si la última década nunca hubiera ocurrido, es como retorcer un cuchillo dentro de mi corazón.

No soy tan estúpida como para asumir que sus intenciones son bienintencionadas. Pero tampoco voy a montar una escena cuando sé que no puedo defenderme. Bajo la gabardina, rebusco en mi bolso. Ya he cargado tres balas en la pistola, por si acaso. Abro el pequeño maletín, esperando que el sonido de la lluvia se trague el chasquido que hago al abrir el cierre abatible. Terrence me guía a la vuelta de la esquina y mi corazón se acelera. Envuelvo la pistola con la mano y la saco lentamente de la bolsa.

Si hay un coche esperándome, empiezo a disparar y salgo corriendo.

Entonces veo las luces brillantes de una cafetería y, aliviada, vuelvo a guardar el arma en su funda.

Es un local pequeño, con un solo cliente sentado en un rincón, con un libro en una mano y una taza de café en la otra.

El hombre del mostrador nos saluda con la cabeza. —Bienvenidos. ¿Qué les sirvo?

Terrence me mira. —¿Qué te gustaría tomar?

—Chocolate caliente —respondo, ahora mismo no necesito la cafeína.

—Tomaré lo mismo —le dice Terrence al camarero.

Miro a Terrence de reojo. Odiaba el chocolate. Al menos, el adolescente que recuerdo solía hacerlo.

Nos sentamos en un reservado del fondo y Terrence me mira con curiosidad. —No puedo sentir tu energía.

Es instintivo taparme la pulsera con la manga de la gabardina para ocultarla. —Eso me pasa mucho últimamente. Aunque no me sorprende. Ahora soy vampira sólo de nombre, así que quizá sea lo mejor.

Estudia mi expresión y no me inmuto. Cuando era niña, parpadeaba muy deprisa cada vez que decía una mentira. Terrence fue quien me señaló ese tic. Es algo en lo que he trabajado durante años para dejar de hacerlo.

Se traga mi explicación, pero parece preocupado. —¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? Tu padre me dijo que dejaste el clan.

Le dirijo una mirada sosa. —¿Lo hizo ahora?

Terrence se inclina hacia delante, con expresión tensa. —¿Qué ha pasado, Charlotte? ¿Por qué te fuiste? Si no querías quedarte allí, ¿por qué no me lo dijiste? Sé que estaba lejos, pero habría organizado algo para ti. Dejar el clan fue una decisión increíblemente peligrosa, sobre todo a los catorce años.

Mi mano busca el teléfono. Espero a que la atención de Terrence decaiga un momento para llamar a Robert. Dice que confía en mí, pero sentarme en una cafetería con una de las personas favoritas de mi padre no grita “de fiar”, ni siquiera a mis oídos. No importa si estoy aquí por voluntad propia o no.

Mi mano se enrosca alrededor del teléfono y siento una pizca de desesperación. Necesito ver la pantalla para poder hacer la llamada.

—¿Y a ti qué te importa? —pregunto tensa, sacando mi teléfono del bolso centímetro a centímetro.

Antes de que Terrence pueda responder, el camarero dice—: Sus chocolates calientes están listos.

Lanzo un suspiro de alivio cuando el apuesto vampiro se levanta para recoger nuestro pedido y

pagar las bebidas. Rápidamente, bajo la mirada y marco el número de Robert. Cuando no contesta, me invade un sentimiento de frustración. Le envío un mensaje diciéndole que me devuelva la llamada y rápidamente pongo el teléfono en vibrador. Me aseguro de que el teléfono no está a la vista y la levanto justo cuando Terrence se da la vuelta con dos tazas en la mano.

Trago saliva, intentando mantener la cordura.

No sé por qué Terrence afirma que me escapé. Todos en el clan presenciaron cómo me arrastraban al bosque esa noche. Es imposible que no sepa que me echaron.

—Fingir que no sabes lo que pasó en realidad no te conviene —le digo mientras acepto su taza —. ¿Por qué estás aquí, Terrence? Si planeas matarme, deberías saber que no me voy a morir tan fácilmente.

No cuando acabo de empezar a saborear la felicidad.

Terrence se pasa la mano por la cara. —¿De qué estás hablando? Beruth me dijo que te levantaste y te fuiste. Le diste la espalda a tu familia.

—¿Cómo sabes lo que ha pasado? —Pregunto, con tono mordaz—. ¿Cuándo no te molestaste en escribirme o preguntarme por lo que estaba pasando? Me echaron del recinto en mitad de la noche, pocos días después de cumplir catorce años. Mi padre, mis hermanos, me echaron en un momento en que los depredadores rondarían por el bosque. Querían que muriera. Pero sobreviví. Siempre sobrevivo. Y ahora estás aquí haciéndote el despistado.

Siento vibrar mi teléfono en la mano, bajo la mesa. Sin mirarlo, acepto la llamada, sabiendo ya de quién se trata.

—Dime por qué estás aquí, Terrence. No necesitas molestarte en ocultar tus motivos. ¿Te envió mi padre para deshacerte de mí, o lo hizo Arabella?

Rezo en silencio para que Robert entienda que no estoy sola y no hable. Como los cambiaformas, los vampiros tienen buen oído. No quiero que Terrence descubra que Robert está al teléfono, escuchándonos.

—Te escribí, Charlotte. —Terrence palidece de repente—. ¡Te juro que lo hice! Pero nunca me respondiste. Incluso te envié regalos. Con el dinero de mi primer trabajo a tiempo parcial, te compré una pulsera, la de la mariposa. Tu padre me dijo que te la habían regalado. No digas que

no te escribí cuando eras tú quien no respondía a mis cartas.

Le miro sin comprender. —Le enviaste esa pulsera a Arabella. Lo recuerdo porque se burló de mí con ella.

No hay necesidad de andarse con rodeos.

—Claramente hubo algún malentendido...

—No hubo ningún malentendido —digo, con voz tranquila—. Si me escribiste cartas, nunca me las dieron. Si alguna vez me enviaste algo, nunca lo recibí. Y tú nunca recibiste nada de lo que intenté enviarte. Eso es todo.

Terrence aprieta los labios formando una fina línea. —Me dijeron que te iba bien. Siempre le preguntaba a Beruth por ti cuando hablábamos. Mi propio padre me aseguró que estabas bien. Sólo hace dos meses, cuando decidí volver, me dijeron que habías abandonado el clan. Fueron muy convincentes. Incluso tu hermana me contó la misma historia... —Sus ojos están desolados —. Si lo hubiera sabido... si hubiera oído un susurro de la verdad, habría vuelto, Charlotte, y te habría llevado a Europa conmigo.

Quiero creerle. Parece sincero.

—No importa —murmuro, incapaz de encontrar su mirada, con el corazón dolorido—. Fue hace ocho años, y me va bien por mí misma. Sólo quiero que me dejen en paz. Tú y yo somos personas diferentes ahora.

—¡Sí importa, Charlotte! —Terrence parece furioso—. Me mintieron. No me importa lo que hayas estado haciendo todos estos años; me alegro de que hayas sobrevivido. Pero ahora es el momento de volver. Por eso estoy aquí. No eres humana, Charlotte. Eres una vampira. Perteneces a tu propia especie.

—¿Mi propia especie? —Mis labios se tuercen en una mueca—. Los de mi especie creen que no valgo nada y que debería suicidarme. Me quieren muerta. Arabella intentó matarme la semana pasada. No pienso volver a ese infierno. Y para que quede claro, Terrence, el clan ya no es mi hogar. Me dieron de baja. Charlotte Sanguinite ya no existe. Nunca nació.

Sus ojos se abren de par en par y me siento culpable por haber provocado la conmoción en ellos.

—Las cosas han cambiado —digo, intentando calmarme—. Tengo una vida entre los humanos.

Tengo sueños. He luchado mucho para alcanzar cierto nivel de paz y tranquilidad. No me lo estropees. Si de verdad no estás aquí para matarme, aléjate de mí.

Ver caer la cara de Terrence me hace sentir como un monstruo cruel.

—¿Por qué piensas que intentaría matarte? —Su voz es un susurro consternado—. Sigues diciendo eso.

—Porque mi padre te respeta. Confía en ti, ¿verdad? Ahora que has vuelto, probablemente te asignen un buen puesto en el clan, uno poderoso...

—¡Por eso digo que vuelvas conmigo! —Terrence insiste, con ojos suplicantes—. Puedo protegerte. Nadie podrá tocarte, Charlotte.

—Tus lazos con el clan te convierten en un enemigo —digo sin rodeos—. Nunca volveré a ese lugar ni a la gente que ha querido matarme. Por nadie. Y tu asociación con ellos, por muy necesaria que sea para ti, te convierte en alguien en quien nunca podré confiar. Lo siento, Terrence.

Siento frío en todo el cuerpo. Para entrar en calor, cojo el chocolate caliente con la mano libre y bebo un sorbo.

Terrence me observa, su mirada pesa sobre mi alma.

—No hay lugar para ti en esta sociedad —dice con tristeza—. Los humanos nunca te aceptarán, ni nadie lo hará. El clan es tu hogar. Puedo arreglar las cosas ahora que he vuelto.

—No necesito que arregles nada, Terrence. —Mantengo la voz firme, aunque me tiemblan las entrañas. Doy otro sorbo al chocolate caliente—. Ya no soy esa niña de ocho años que necesita protección. Puedo cuidar de mí misma. Y sé que nunca seré aceptada por nadie, ni por los humanos, ni por los lobos, y especialmente no por los de mi especie. Pero puedo vivir sin ser aceptada. Mantengo mi vida ocupada para no preocuparme por cosas que nunca serán mías.

—Pero pueden ser tuyas. —Terrence estira la mano y me toca el brazo—. Puedo darte todo lo que nunca pensaste que podrías tener. Te daré mi nombre. Eso te ofrecerá mucha protección. Siempre me has importado, Charlotte. Ni una sola vez he dejado de pensar en ti. Yo...

Sus palabras me taladran el cerebro y entrecierro los ojos. —¿Me estás proponiendo matrimonio?

—¡Si me aceptas, sí! —estalla—. Nunca has tenido una familia de verdad, Charlotte. He visto cómo te han tratado. Yo puedo darte la familia que siempre has querido. Sabes que nunca te faltará nada conmigo. Nunca serás una marginada como lo serás si te quedas aquí.

Sus palabras son como un puñetazo en las tripas. Más aún por cómo están las cosas con Robert en este momento. A pesar de las palabras y promesas de Robert, sé que nunca seré la mujer que esté a su lado. En algún momento, tendremos que separarnos porque su manada será lo primero y yo simplemente no pertenezco a ella.

No puedo evitar que me ardan los ojos al mirar mi taza.

Robert y yo nunca tendremos un futuro juntos.

Aunque ahora se preocupe por mí, al final el deber tendrá que ser lo primero, y diga lo que diga, nunca podrá elegir realmente su felicidad. O tal vez termine encontrando a su pareja predestinada.

Y me quedaré sola una vez más.

Esta es la angustia que quise evitar todo este tiempo. Nunca creí en el dicho de que es mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca. No sé cómo me levantaré una vez que Robert tenga que alejarse de mí, sea cuando sea. Pero tampoco tengo fuerzas para irme ahora.

—Charlotte... —Terrence tiene esperanza en los ojos cuando le miro, pero antes de que pueda decir nada para disuadirle, se me revuelve el estómago; me tapo la boca, con náuseas asomando la cabeza.

La taza de chocolate caliente se sacude cuando intento salir de la cabina y se rompe contra el suelo. Cuando me pongo en pie, agarrándome al lateral de la mesa, el teléfono se me resbala del regazo. Mi bolso y mi pistola caen al suelo junto a él. Nunca antes había sentido algo así: náuseas, una sensación de quemazón, como si todos los nervios de mi cuerpo se hubieran incendiado.

Terrence se levanta de un salto, con cara de preocupación—: ¡Charlotte!

Le empujo hacia atrás. —Tengo que...

El letrero del cuarto de baño se ve en la pared, al fondo de la habitación.

—¡No estás bien! —Terrence intenta agarrarme, pero yo ya estoy corriendo. La puerta se abre con facilidad; la cierro tras de mí y echo el pestillo. Y enseguida empiezo a vomitar.

Nunca había vomitado sangre, pero ahora el lavabo está manchado de ella. Me arde el vientre, como si mil cuchillos me apuñalaran por dentro. Me agarro al borde del lavabo e intento mantenerme erguida mientras vacío todo el contenido de mi estómago. La sangre es de color oscuro. Entre vómitos e ignorando los golpes en la puerta, miro tenuemente los coágulos de sangre.

No es un rojo oscuro.

Es negro.

Estoy vomitando sangre negra.

No tengo mucho tiempo para reflexionar sobre esta novedad, ya que las ganas de vomitar vuelven a invadirme. Me dan arcadas y sale más sangre. Me limpio la boca con el dorso de la mano, miro al espejo y veo un rostro húmedo que me mira fijamente.

Pero mis ojos... Mis ojos son ámbar, igual que los de Robert cuando su lobo me mira a través de ellos. Casi se me para el corazón y, cuando parpadeo, vuelven a la normalidad.

¿Estoy alucinando?

Tiene que ser eso.

Mis dedos temblorosos me tocan la cara por debajo de los ojos.

La sensación de quemazón está desapareciendo, pero el dolor sigue ahí, sensible, punzante.

Mis manos se aprietan contra el mármol del lavabo y oigo un crujido. Confundida, estremecida, miro hacia abajo y veo grandes grietas en el mármol que parten de donde lo estoy agarrando. Mis manos se apartan de un salto, casi como si el mármol acabara de quemarlas.

Mi respiración ya es irregular, y ahora siento una sensación atronadora dentro de mi cabeza mientras miro fijamente el mármol blanco agrietado del lavabo.

¿Qué me está pasando?

De repente, me doy cuenta de que ya no hay nadie golpeando la puerta del baño. Antes de que pueda darme cuenta de lo que eso significa, la puerta se abre de un tirón, la cerradura se rompe, y frente a mí hay un lobo alfa con los ojos muy abiertos, empapado y furioso.

Capítulo 20

Robert Montgomery

Nunca pensé que llegaría el día en que me molestaría estar encerrado en reuniones. Siempre he sido un adicto al trabajo. Cuando siempre estás trabajando, no tienes tiempo de pensar en qué partes de tu vida te faltan.

Pero ahora, estas reuniones simplemente parecen interrumpir mi tiempo con Charlotte. Me dijo que iría al refugio de animales esta noche. No la quiero cerca de ese veterinario, Ricky. No es humano. No sé lo que es, pero el día que Charlotte fue atacada, se dio cuenta de que yo había descubierto que no es un humano.

Ni siquiera tuve la oportunidad de enfrentarme a él. En cuanto le acompañé a la puerta, me dijo que le diera mi sangre si quería que se curara. Mientras procesaba la abrupta instrucción, desapareció. Intenté ir a buscarlo al refugio, pero una vez más, no pude encontrarlo.

No quiero que Charlotte esté en un lugar al que yo no pueda acceder, pero mi lado oscuramente posesivo, que siempre sale a relucir cuando se trata de mi mujer, podría ahuyentarla. Charlotte no es tonta; es bastante sensata. Pero, a pesar de lo frágil que es, nunca dejará que la enjaule para protegerla. Por eso le di la pistola.

La reunión está a punto de terminar cuando veo su nombre en mi teléfono. Rechazo la llamada y pienso llamarla en cuanto acabe la reunión. Pero el mensaje de texto que aparece a continuación me deja helado.

Ya estoy en la puerta de la sala de conferencias, marcando su número.

La llamada se conecta, pero por un momento hay silencio, y luego ella empieza a hablar.

Sólo que no me habla a mí.

Nunca me he movido más rápido en mi vida.

Charlotte siempre tiene activada la localización y, a petición mía, se ha descargado una

aplicación que me ayuda a saber dónde está su teléfono. Pero eso no es lo único que me envía en su dirección. Mi lobo también sabe dónde está. Es como una sensación de tirón en mi alma. No está lejos, pero tampoco está a salvo.

No me molesto en coger el coche.

Corro.

Cerca. Está tan cerca que puedo saborearla.

El sonido de jadeo, el ruido de choque.

Algo le pasa a Charlotte.

Mi lobo está viendo rojo.

Ella nos necesita. Está sufriendo.

Esta sensación extraña es como una presencia dentro de mí que se siente bien, se siente cálida. Es como un destello de luz que no consigo captar. Ya no tomo decisiones racionales, mi lobo me domina.

Sé dónde está. Ni siquiera la lluvia puede ocultar por completo su cercanía.

El sonido de sus arcadas llega a mis oídos cuando irrumpo en la cafetería. El vampiro que está junto a la puerta del baño intenta detenerme, pero lo empujo sin pensarlo. Mientras gruñe, pongo la mano en el pomo de la puerta y la abro de un tirón, con un fuerte olor a sangre en el aire.

No oigo el ruido de la cerradura al romperse ni veo la cara de terror de Charlotte. Lo único que veo es la sangre que mancha su boca y sus manos, un color antinatural que me asusta hasta la médula.

Da un paso hacia mí y la tengo envuelta en mis brazos.

Su tenso cuerpo se relaja y el pánico de mi lobo se apacigua por un momento. En mi cabeza hay preguntas, preocupaciones sobre la reacción de mi lobo, pero ahora no es el momento. Mis ojos apenas miran el mármol roto del lavabo, pero absorbo esta información en el fondo de mi mente para leerla más tarde.

—¿Por qué estás sangrando? ¿Estás herida?

Su afecto ha cambiado ligeramente y, cuando me mira, sus ojos verdes se tiñen de ámbar.

—Estoy bien —intenta tranquilizarme, pero el temblor de sus manos me dice que está mintiendo. Cuando intento acercarla a la puerta, mira por encima del hombro—. El baño...

—Haré que alguien arregle los desperfectos —le digo consoladoramente—. Que sea mi problema.

Charlotte no se opone. Se limita a asentir.

La ayudo a salir del baño, cierro la puerta y me encuentro cara a cara con Terrence Balcom. Mi información sobre este hombre es limitada. Como sólo hay un Terrence en el clan Nelo, no fue difícil buscarlo. Su padre es uno de los consejeros de Beruth. Pero, aparte de eso y de lo que me contó Charlotte, no he podido averiguar mucho sobre él.

Sin embargo, ahora mismo, a mis ojos, es la mayor amenaza que existe.

—¡Aléjate de ella! —Terrence dice fríamente, con los ojos brillantes.

Le enseño los dientes con una sonrisa despiadada. —¿Y entregártela? ¿Para que puedas llevártela a tu clan? ¿Como llevar a un cordero al matadero?

—Te estás metiendo en cosas que no tienen nada que ver contigo —gruñe Terrence—. Esto es asunto del Clan Nelo. Si te involucras, no nos quedaremos de brazos cruzados...

—Pero Charlotte ya no forma parte del Clan Nelo, ¿verdad? —La acerco más a mí en un acto deliberado—. Ella está, y ha estado, bajo la protección de la Manada Montgomery desde hace meses. Así que, si intentas impedir que se vaya conmigo, usaré eso como excusa para acabar con tu pequeño clan de una vez por todas.

—¡Charlotte! —Terrence parece darse cuenta de repente de lo que está pasando—. ¡Has sido... Él es el enemigo!

—Para el clan, quizás. —Charlotte se aparta de mí, mirando a Terrence—. Para mí, Robert es alguien que me ha protegido. Me salvó cuando Arabella estaba a punto de matarme. No te vi a ti ni a nadie del clan venir a rescatarme esa noche. Mis lealtades ya no están con el Clan Nelo.

—¿Así que te pones de su lado? —Terrence dice, herido en su voz.

—No. —Su respuesta me sorprende—. Estoy del lado de la persona que protege la vida que he construido. El clan me quiere muerta. Sería una tonta si volviera con ellos. No voy a ir contigo. —Da un paso adelante—. Has estado fuera mucho tiempo, Terrence. Los dos somos personas diferentes. Lo siento, pero las cosas han cambiado. Ya no pertenezco al Clan Nelo, y nunca volveré, no importa lo que pongas sobre la mesa. No sé por qué me acechan, pero está claro que quieren hacerme daño. Así que, si quieres hacer algo por mí, haz que me dejen en paz. Vamos, Robert.

Charlotte me coge de la mano y me saca de la cafetería antes de pararse en la puerta y mirarme con voz susurrante. —Mi bolso. Todas mis cosas están dentro. La pistola.

Me dan ganas de reír. —Demasiado para tu salida dramática, ¿eh?

Me sonríe tímidamente.

Miro la gabardina y tiendo la mano. —Dame eso y espera aquí.

Vuelvo a entrar y veo al camarero, que parece conmocionado al ver toda la sangre. —Voy a mandar a alguien a limpiar y arreglar los desperfectos del baño. Mi novia está enferma.

Terrence está sentado, con los ojos oscuros cuando me acerco a su mesa. Recojo las pertenencias de Charlotte y tiro su abrigo en el asiento de enfrente. Me encuentro con su mirada y, sin poder contenerme, le digo—: Nunca va a ser tuya. Tenlo en cuenta. Ya la he reclamado.

La furia llena sus ojos y yo sonrío, satisfecho.

******

Los dos estamos empapados de caminar de vuelta a la oficina para recoger mi coche. Charlotte está callada durante todo el camino y cuando comienzo a conducir.

Tengo preguntas, pero las dejaré para más adelante.

Ya he contactado con Harry para que envíe un equipo de limpieza. También le pedí que tomara una muestra de la sangre que Charlotte vomitó. Hay algo que no me cuadra.

Charlotte finalmente habla, mirándome con curiosidad. —Este no es el camino a tu casa.

Mantengo la vista en la carretera. —Te llevo al refugio para que Ricky pueda echarte un vistazo.

—¿Por qué? —Su voz es tensa—. No hay razón para ello. Estoy bien.

—Sé qué crees que estás bien, pero tu olor ha cambiado —confieso.

—¿Qué se supone que significa eso? —Se huele a sí misma como si eso fuera a darle la respuesta—. ¿Apesto?

—No. —Me río ligeramente, sin poder evitarlo ante su divertida reacción—. Nunca podrías apestar.

La forma en que le dan arcadas mis palabras me hace reír.

No estoy preocupado por ella. Parece estar bien y no quiero asustarla. Es mejor fingir que todo va bien. Charlotte ya tiene bastante con lo suyo como para añadirle más problemas. Sin embargo, es cierto que su olor ha cambiado. Hay algo más dulce y salvaje en ella. No puedo poner mi dedo en la llaga, pero a mi lobo le gusta. Me ha estado dando codazos desde que ella subió a mi coche.

Cuando llegamos a la calle donde está el refugio de animales, aminoro la marcha. No veo el lugar. Es como si mi cerebro se confundiera.

—¿Qué haces? —Charlotte me toca el brazo de repente—. Estás conduciendo justo al lado.

—Lo siento —murmuro. Sigo sin poder verlo.

Después de aparcar el coche, abro el paraguas y me apresuro a salir al encuentro de Charlotte. La protejo de la lluvia y la dejo caminar ligeramente delante de mí. Me lanza una mirada extraña que ignoro. Cuando pone la mano en la puerta de cristal, reconozco de repente el refugio.

Mis sospechas van en aumento.

—¿Ricky? —Charlotte grita. Deja su bolso y me mira irritada—. No sé qué crees que puede hacer por mí. Deberíamos haber ido a casa primero para poder ponerme algo seco. Parezco una rata ahogada.

—Una rata ahogada muy bonita —complemento con ayuda, sabiendo ya que voy a pagar caro el comentario de sabelotodo.

Me pisa el pie, y la fuerza del pisotón me hace jadear.

—Santo...

—¿Charlotte? —Ricky sale de la trastienda y sus ojos se abren de golpe al vernos, o sobre todo a ella—. ¡¿Qué ha pasado?! ¡¿Estás herida?!

—Vomitó —le digo—. Mucho. Algo que olía a sangre podrida.

Los ojos de Ricky se agudizan. —¿Qué has dicho?

—¿Sangre podrida? —Charlotte me mira sorprendida—. ¿De verdad olía a eso?

Sin embargo, mi atención se centra en Ricky y no se me escapa la expresión preocupada de su rostro.

—¿Cómo te sientes ahora? —Ricky le pregunta.

—Fresca. Mejor de lo que lo he estado en años —responde Charlotte con recelo.

—Bien. Hay ropa de repuesto en la habitación de atrás. Ve a cambiarte y déjame lo que llevas puesto. Quiero tomar una muestra de sangre.

Mientras asiente y se aleja, le digo—: Ya estoy haciendo que recojan una muestra y te la entreguen, pero con todo el "abracadabra que tienes por aquí, no sé si mi chico va a ser capaz de encontrarla.

Charlotte ya se ha ido cuando digo la última parte, y la forma en que Ricky reacciona a la frase "abracadabra confirma mis sospechas.

Cruza los brazos sobre el pecho y me estudia durante un par de largos minutos.

—Es una precaución necesaria. No necesito que la gente descubra lo que soy. Pero parece que tú lo sabes.

—Al principio, pensé que eras un hechicero, pero he estado estudiando la historia de tu especie, y ahora mi conjetura es que eres un brujo. Lo eres, ¿verdad? Los hechiceros manifiestan su poder a través de los muertos, mientras que los brujos usan la naturaleza.

—Inteligente. —Ricky sonríe fríamente—. Estás en mi casa, sin embargo, así que si planeas

matarme, puedo matarte de cien maneras primero, antes de que puedas siquiera dar un paso.

—No busco matarte —digo rotundamente—. Pero quiero saber si estás aliado con los vampiros.

—No estoy aliado con nadie —se burla Ricky.

—Pero tienes un bastón de vampiro —señalo.

Ricky me mira con desdén. —Difícilmente puedes llamar vampira a Charlotte. No es despiadada como ellos, ni como los de tu clase. Es un alma gentil. Los vampiros y los de tu clase consideran débiles a los que son suaves y gentiles. Los brujos consideran que esos son rasgos de carácter poderosos. Después de todo lo que Charlotte ha sufrido, todavía hay espacio en su corazón para el perdón. Aún es capaz de amar. Es una persona fuerte.

—¿Cómo sabes por lo que ha pasado? —Exijo, ahora en guardia.

Ricky se limita a sonreírme. —Tengo mis métodos. He mantenido a Charlotte a salvo durante dos años. No aparecí en Portland por capricho. Vine aquí por Charlotte.

—¿Qué significa eso? —Mis cejas se fruncen—. ¿Qué quieres de Charlotte?

—Nada. Sólo vine a protegerla.

—¿De qué?

Ricky se encoge de hombros. —De cualquiera y de todos, Sr. Montgomery. Charlotte es muy especial. Ella es el ancla.

—¿El qué?

Su sonrisa se ensancha. —No lo entenderías.

—Entonces explícamelo. —Doy un paso adelante, con voz amenazadora.

—No estoy obligado a explicarte nada —responde Ricky, dirigiéndome una mirada fría—. No tengo que rendirte cuentas. Deberías centrarte en Charlotte. Si dices que la sangre tenía olor a podrido, eso sólo puede significar una cosa.

Se me endurece la mandíbula. —¿Veneno?

—Tal vez. —La expresión de Ricky se ha vuelto sombría—. Hasta que no tenga una muestra con la que trabajar, no puedo saberlo con seguridad, pero suena más a que su cuerpo ha rechazado algo. Comprueba su suministro de sangre.

—¿Qué suministro de sangre? —Parpadeo.

Los ojos del brujo se entrecierran. —Las bolsas de sangre. Puede que Charlotte no sea como los demás, pero sigue siendo una vampira que necesita sangre para sobrevivir. Debe consumir al menos una bolsa a la semana.

—Nunca la he visto...

—¡No beberá sangre delante de ti! —Ricky me lanza una mirada llena de incredulidad—. Ve a buscar la sangre y huélela. Si está contaminada con algo, podrás saberlo, y podremos averiguar el origen de este incidente.

Oigo que se abre una puerta, así que bajo la voz, bastante seguro de que Charlotte no es consciente de la verdadera naturaleza de Ricky. —¿Y si no es la sangre?

El brujo guarda silencio un momento, meditando mis palabras. Cuando habla, tiene una mirada tensa. —Entonces es como sospecho, y su cuerpo ha rechazado algo. Ahora no parece enferma, lo que significa que esta reacción era la forma que tenía su cuerpo de protegerla. Sea lo que sea, lo encontraré en la muestra.

Unos pasos se acercan a nosotros cuando digo, apresuradamente—: Mi ayudante dejará la que recogió pronto. ¿Cuánto tiempo necesita?

—¿Dos días? —responde Ricky.

Saco mi cartera y le doy mi tarjeta. —Llámame cuando tengas los resultados.

—¿No vas a hablarle a Charlotte de mí? —Ricky parece aprensivo.

—Sean cuales sean tus razones, intentas mantenerla a salvo, igual que yo. —Vuelvo a meter la cartera en el bolsillo—. Eso es todo lo que me importa. Tus secretos son tuyos.

El veterinario parece aliviado.

Charlotte elige este momento para entrar. Lleva un pantalón de chándal y un jersey dos tallas

más grande.

—Todavía puedo trabajar esta noche, Ricky.

—No. —El veterinario sacude la cabeza—. Prefiero que descanses. Pero ven mañana después del trabajo, si puedes. Tengo una operación programada y necesito un ayudante.

—Pero...

—Quiero hacerte un chequeo, si te parece bien, y unos análisis de sangre. —Saca su estetoscopio de uno de los cajones—. En este momento, soy básicamente tu médico de cabecera, así que siéntate y acabemos con esto.

Charlotte se sienta en la camilla mientras Ricky la examina. Es un procedimiento bastante normal, pero, cuando intenta sacarle sangre, veo un pequeño parpadeo en su cara. Lo disimula casi de inmediato, pero tira la aguja. Cuando presiona una nueva contra su piel, antes de pincharla, sus ojos se dirigen a los de ella.

Lo que sea que vea allí le tiene agitado, aunque hace un buen alarde de disimularlo.

—Todo bien. —Sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos—. Vete a casa y descansa.

—Si insistes. —Charlotte le lanza una mirada insatisfecha—. Hace mucho que no me dejas venir. ¿Seguro que no intentas librarte de mí?

Ricky sonríe. —¿Y perder a mi voluntaria favorita? De ninguna manera.

Apaciguada, Charlotte coge sus cosas y yo le doy las llaves del coche. —Estaré contigo en un minuto.

No me pregunta nada y, al pasar, veo el cansancio en sus ojos. Puede que Charlotte se encuentre mejor, pero también está cansada de toda esta experiencia.

¡No olvides el paraguas! —le ordeno, y ella me lanza una mirada molesta.

—No iba a hacerlo.

Cansada y malhumorada.

No va a ser una combinación divertida cuando lleguemos a casa.

Una vez que la puerta se cierra tras ella, Ricky se encuentra con mi mirada.

—¿Sentiste eso?

—¿Sentir qué?

—¿El cambio en ella cuando la perforé con la aguja?

—No. —Frunzo el ceño—. Parecía normal, y su olor... Bueno, se ha vuelto más dulce desde que vomitó, pero no acaba de cambiar.

Ricky se muestra preocupado. —Algo va mal. Estoy seguro de ello. Vigílala esta noche. Comprobaré esta sangre y las muestras, tanto las de tu chico como las que pueda sacar de su ropa.

—¿Qué crees que encontrarás?

—No lo sé. —La voz de Ricky es cautelosa—. Pero mientras tanto, vigílala y dime si su comportamiento cambia.

—De acuerdo.

Estoy a punto de salir a Charlotte cuando me detengo, recordando algo. —El lavabo. Estaba agrietado.

—¿Qué lavabo?

Me giro para mirarle de nuevo. —El del baño donde estaba vomitando. Estaba agrietado.

Al pronunciar las palabras en voz alta, me doy cuenta de lo ridículo que sueno.

—No importa. Debe haber sido así antes.

Ricky se calla y yo me voy.

La escena que encontré en el baño me reconcome mientras conducimos de vuelta a casa. Charlotte apoya la cabeza en la ventanilla y está profundamente dormida. Está tan agotada que, cuando la levanto y la llevo dentro, ni se inmuta. No me gusta verla con la ropa de otro hombre, pero cuando me pican los dedos para quitársela, me obligo a parar. No quiero que se despierte y se sienta violada de ninguna manera.

—Aguántate —murmuro para mí mientras la envuelvo con la manta. Me acomodo al otro lado de la cama, encima de las sábanas. No quiero dejarla sola esta noche. Pero tampoco creo que sea buena idea meterme en la cama a su lado mientras ella está apagada como una luz. Sentado allí, apoyado contra el cabecero, me encuentro acariciando el pelo de Charlotte mientras duerme.

Me pesa el corazón mientras dejo que los acontecimientos de esta noche se apoderen de mí.

Las palabras de Terrence, la conversación que tuvieron, las cosas que le ofreció me están poniendo ansioso.

No se equivocaba. Él puede darle todo lo que ella quiera. Si ella decide que quiere el tipo de estabilidad que sólo los de su especie pueden darle...

Aprieto los labios formando una fina línea. Pero, me recuerdo, ella no lo quiere.

Sin embargo, no creo que Terrence vaya a rendirse. Por todo lo que Charlotte me contó de él y lo que dijo esta noche, la quiere.

Me froto las manos por la cara, agitado.

La única resistencia de Charlotte es volver con su clan. ¿Y si Terrence elimina ese obstáculo? ¿Y si decide dejar el clan por ella? Él puede darle todo lo que yo no puedo.

Una relación sin conflictos.

Hijos.

Una familia.

Estoy seguro de que también apoyaría sus sueños de ser veterinaria. Parece dispuesto a todo para recuperar a Charlotte. No sé si se ha dado cuenta de que la propuesta no era sólo un intento a medias para que ella volviera al clan. Pude oír la emoción en su voz. Sus sentimientos son obvios para mí.

Hasta ahora, no he tenido competencia por el corazón de Charlotte, pero el rival que ha aparecido de repente es mucho mejor candidato que yo y no sé cómo afrontarlo.

¿Cómo puedo ganar a alguien que puede darle a Charlotte todo lo que pueda soñar?

¿Y si decide irse con Terrence?

Mi lobo se enfurece en mi interior, molesto y furioso con este intruso que nos quiere arrebatar a nuestra mujer. Pero no puedo manejar esta situación con fuerza bruta. Necesito ser inteligente. Si quiero conservar a Charlotte, tendré que jugar a largo plazo.

Sólo tengo que averiguar hasta dónde estoy dispuesto a llegar para mantener a Charlotte a mi lado.

Después de todo, estoy locamente enamorado de esta mujer.

Capítulo 21

Charlotte Sanguinite

Estoy calentita y cómoda cuando un ruido sordo me hace removerme.

Arrugo las cejas y entierro la cara en el pecho de Robert, deseando que cese el molesto sonido. Sin embargo, es como un tambor constante, que se niega a descansar.

Espera... ¿el pecho de Robert?

Abro los ojos y me doy cuenta de que estoy en mi habitación, pero no sola en la cama. Robert me abraza con los ojos cerrados y respira profundamente.

¿Qué hace aquí?

La habitación está fría. Estoy metida dentro de la manta mientras me estrecha contra él, pero Robert está encima.

Hombre tonto. Toco sus manos y me siento disgustada. Es como un bloque de hielo. Debería haberse metido debajo de las sábanas conmigo.

Los golpes se intensifican y me doy cuenta de que vienen del piso de abajo. Alguien está golpeando la puerta principal.

—Robert. —Lo sacudo, pero no responde. Robert no tiene el sueño pesado. Preocupada, lo sacudo más fuerte.

Se mueve ligeramente.

Sin otra opción, salgo de la cama, todavía con la sudadera y los pantalones que me puse en el refugio de animales.

—¡Robert! —Intento despertarle de nuevo, y esta vez, sus ojos se abren ligeramente.

—¿Qué? —Casi parece drogado.

—Alguien está abajo en la puerta.

Me mira confuso y yo aprieto los labios, sin saber si reír o llorar. ¿Qué le pasa? Es una de las personas más despiertas que conozco.

—Voy a ver quién es —le digo—. Mientras tanto, ¡despierta!

No encuentro los zapatos, así que bajo descalza. Sigue lloviendo y la casa está demasiado fría. Ajusto el termostato antes de abrir la puerta.

Reconozco al hombre.

—Hola.

Harry Montgomery, el ayudante de Robert, me mira fijamente. —¿Qué haces aquí?

—Estaba durmiendo hasta que empezaste a intentar echar la puerta abajo. —Le dirijo una mirada irritada—. Robert está dormido.

Harry intenta pasar a mi lado, pero le cierro el paso con voz dura. —Está durmiendo. Más te vale que sea importante.

Nunca he visto a Robert dormir tan profundamente. Debe estar exhausto. Si su cuerpo quiere que descanse, no voy a dejar que alguien lo despierte.

—¡Es importante! —Harry me sisea—. ¡Apártate de mi camino!

—Te lo dije, Robert está descansando...

—Estoy arriba. —La voz cansada de detrás de mí me incita a mirar hacia la escalera. Robert pregunta—: ¿Qué quieres, Harry? Son las dos de la mañana.

—Hace una hora que te estoy llamando. —Harry le lanza una mirada angustiada—. Florian. Le hemos encontrado.

Todo el cansancio desaparece de los ojos de Robert. —¿Qué quieres decir con que lo encontrastéis?

Harry se encuentra con su mirada. —Me dijiste que lo investigara porque no habías podido localizarlo esta tarde. El caso es que recibió una llamada de alguien después de comer, y uno de

los chicos de seguridad me dijo que se iría a casa un rato. Envié algunos hombres a su casa. Su cuerpo estaba en la bañera.

Hundo los dientes en mi labio inferior para detener mi jadeo.

Robert tiene una mirada terrible y su voz es fina y fría, me hiela la sangre. — Vámonos.

Le veo marcharse sin mirarme un segundo. La puerta se cierra tras él con un chasquido controlado y silencioso.

Sé quién es Florian. Vino a casa hace unos días para presentarse. Ha estado vigilando el café para asegurarse de que ningún vampiro me molestara. Me duele el corazón. Era un hombre enorme y corpulento, pero siempre que me hablaba o nuestros ojos se cruzaban, tenía una sonrisa preparada para mí.

Me arrastro hasta la cocina para hacerme un café. Ahora no podré dormir. No hasta que vuelva Robert.

******

Ya ha salido el sol cuando por fin aparece Robert.

Hay pena en sus ojos, una pena pesada y paralizante que me rompe el corazón. Mi cuerpo se mueve sin previo aviso y lo rodeo con los brazos. Se queda quieto un momento antes de que sus brazos se eleven para rodearme el cuello.

Siento la respiración agitada contra mi pelo y murmuro—: ¿Estás bien? ¿Qué puedo hacer?

No habla, sólo me abraza más fuerte. Permanecemos así un par de largos minutos, y cuando se separa, dice bruscamente—: Café. Por favor.

Se sienta a la mesa de la cocina y yo recaliento el cazo que acabo de preparar hace una hora. Le sirvo una taza y se la pongo delante antes de sentarme al otro lado de la mesa.

—Siento lo de Florian.

Robert mira fijamente su taza, con las manos alrededor de ella. —Sí. Yo también. No se merecía esto.

—¿Sabes quién lo mató? —Pregunto vacilante.

—El Clan Nelo.

El tono de Robert es apagado, y no sé por qué me siento tan escandalizada, o tan culpable. Ya no tengo ninguna relación con el clan, pero llevo sangre de Beruth en las venas. Tal vez por eso esta bola de culpabilidad se asienta en la boca de mi estómago.

—Lo siento.

Mi disculpa hace que me mire. —¿Por qué te disculpas? No has hecho nada.

Le sonrío con los labios apretados. —No puedo evitarlo.

—Esto no tiene nada que ver contigo. —Robert me coge la mano—. No soy tan mezquino como para hacerte responsable de lo que hace tu clan. Y le había advertido a Florian que tuviera cuidado. Recibió una llamada en su teléfono de un informante que le pedía reunirse en su casa. El informante también estaba muerto. Los dos vampiros le inyectaron acónito a Florian. Intentó resistirse, pero querían enviar un mensaje. Todo el lugar era un maldito baño de sangre.

Puedo sentir su dolor, y me gustaría saber cómo arreglarlo. Pero está de duelo, y el duelo no se puede arreglar.

—¿Cómo sabes que eran dos?

—Tenemos un testigo ocular. El hijo de un vecino. Tomó fotos de los vampiros entrando con el informante. Este último hizo la llamada a Florian, y debieron matarlo inmediatamente después. Florian apareció, y lo emboscaron en la puerta de su casa. El chico tomó una foto de eso también, y una última de los dos vampiros saliendo.

—¿Pudiste identificarlos? —Pregunto, sintiéndome mal del estómago.

—Todavía no, pero lo investigaré.

—Enséñame las fotos.

Robert duda antes de sacar su teléfono.

Estudio la primera foto y el corazón se me acelera al ver una cara conocida. —Ese. Es Seth

Morgan. La mano derecha de mi padre. Hace todo su trabajo sucio. Del otro no estoy tan segura, pero creo que es uno de los hombres de Seth. He visto esa cara antes, pero...

Mi voz se corta al recordar de repente una noche de hace mucho tiempo, antes de perder mis habilidades. No podía dormir y salí al recinto en busca de mi padre. Oí gritos y seguí la fuente, sólo para ver a un vampiro inclinado sobre un joven. No fue la única vez que vi una escena así.

—Este —respiro, un destello de miedo me golpea—. Es peligroso. Muy peligroso. Se llama Michael. No sé su nombre completo, pero entre el clan le llaman "El Carnicero". Es un monstruo sádico. Seth y mi padre lo estaban preparando para convertirse en uno de sus soldados más fuertes. Traía víctimas humanas al recinto, a altas horas de la noche, y bebía de ellas de las formas más horripilantes. Las torturaba hasta que suplicaban la muerte. —Le devuelvo el teléfono a Robert, con las manos temblorosas—. Era una niña cuando lo vi por primera vez y descubrí quién era. Todos estos años después, probablemente han tenido éxito con lo que sea que estaban tratando de moldearlo.

Robert me cubre las manos con las suyas. —Si te enseñara fotos de algunos vampiros de tu clan, ¿crees que podrías identificarlos?

No tengo que pensármelo dos veces. —Por supuesto. Puede que no reconozca a algunos de los más jóvenes, pero a los mayores, debería poder.

—Tengo algunas de las fotos aquí, y el resto están en la oficina. Las llevaré a la cafetería cuando estés de descanso. —Me estudia—. ¿Estás segura de que te sientes cómoda con esto?

—No tengo lealtad al Clan Nelo —le digo seriamente—. No tengo lealtad a nadie, para ser honesta, excepto a ti. Así que, si necesitas mi ayuda, te la daré con gusto.

Robert me sostiene la mirada, y hay algo en sus ojos cuando murmura—: ¿Y Terrence?

—¿Qué pasa con él? —Parpadeo.

—¿No te importa?

Su pregunta es extraña. —¿Por qué crees que me importa Terrence? Es parte del Clan Nelo.

—Pero siente algo por ti —insiste Robert.

Mis labios se curvan, pero mi mandíbula está tensa. —Unas palabras dulces no van a hacer que

me desmaye a los pies de alguien. Terrence es mi pasado. Aunque tenga buenas intenciones, no quiero tener nada que ver con él. No soy algo que necesite ser arreglado, y no necesito que nadie tome decisiones por mí.

—Él puede darte una familia, Charlotte. Niños. Todo lo que no podrías tener de otra manera.

Me pongo en pie, nerviosa y molesta. —¿Qué es esto, Robert? ¿Por qué tengo la sensación de que intentas empujarme a los brazos de Terrence? No lo quiero. ¡Métetelo en la cabeza! Dejé de soñar con tener una familia hace años, y sólo porque alguien me lo ponga delante no significa que vaya a aprovechar la oportunidad. Estoy contenta con mi elección.

Cuando Robert se levanta, se eleva sobre mí, haciendo que el corazón me dé un vuelco. —¿Y quién es tu elección?

Su voz es engañosamente suave. Dejo a un lado mi timidez instintiva y permito que mi furia dicte mis palabras.

—Tú. Ya te he elegido. Estoy en tu casa, ¿no? Ya no te estoy alejando. Así que, por el tiempo que pueda aferrarme a esta felicidad particular, lo haré. Y cuando tengas que dejarme, con el tiempo, también lo aceptaré. —Mi corazón arde con una emoción difícil de reprimir—. He probado las duras realidades de la vida, Robert. Sé que no debo esperar nada de nadie. Sé que el amor, en todas sus formas, está condicionado a una cosa u otra. Ahora mismo, con lo que tenemos, soy feliz. Pero también sé que esto entre nosotros tiene fecha de caducidad. No tienes que seguir comprobando a qué lado soy leal, porque soy leal a ti. Te he elegido a ti. Y cuando me dejes, no creas que me voy a ir corriendo con Terrence. ¡Él nunca va a ser una opción para mí!

Los ojos de Robert se entrecierran y espero que diga algo duro. No sé por qué. Quizá sea la forma en que me mira, esa emoción rabiosa en sus ojos.

Sus dedos me sujetan la mandíbula con firmeza, su voz sedosa. —No sabes nada de los cambiaformas cuando tienen una relación, ¿verdad? Mi lobo te eligió, pequeña vampira. Te ha reclamado. Y una vez que un lobo reclama, no hay vuelta atrás. No se puede elegir a otra. No tienes idea de lo lejos que estoy dispuesto a llegar para mantenerte atada a mí. No vas a ser capaz de alejarte de esto ahora. Tuviste tu oportunidad de hacerlo.

El corazón me tiembla en el pecho ante el peso de lo que está diciendo, pero me niego a echarme atrás. —Bien. Porque no me voy a ir a ninguna parte.

La tensión entre nosotros es algo vivo, físico.

Sé que está dolido por la pérdida de su amigo. Mi propio dolor es diferente; me enfada que parezca pensar que me valoro tan poco como para volver corriendo con las personas que me hicieron tanto daño.

Me doy la vuelta, queriendo ir a calmarme, pero Robert tiene otros planes. Me hace girar de nuevo entre sus brazos, su boca choca contra la mía en una mezcla de calor, deseo y necesidad, y siento que me hundo en él.

Su cuerpo está caliente al tacto, su beso es duro y castigador. No me importa, necesito el contacto, la rudeza, para calmar mi propia ira ante sus palabras.

Sin embargo, nunca es fácil seguir enfadada con Robert. Cuando afloja su agarre sobre mí, sus besos se vuelven suaves y susurra roncamente—: Te necesito.

Mi ira se desvanece con el siguiente latido al ver la cruda pena en sus ojos. Le rodeo el cuello con los brazos y tiro de su cabeza para darle un beso profundo.

Mientras me levanta y me lleva al dormitorio, tomo nota mentalmente de que debo disculparme con Jazz por no haber ido a trabajar hoy.

******

—Vuelves a andar raro —observa Jazz, sonriendo mientras vacía el lavavajillas—. Sé lo que eso significa.

La puerta de la cocina se abre y Gina sale con una bandeja de vasos. —Entonces, ¿supongo que las cosas van bien entre Robert y tú?

—Yo diría que sí —se ríe Jazz mientras yo intento ignorar sus burlas socarronas—. Ayer volvió a llamar. Tienes suerte de que sea una jefa tan complaciente. Tengo en cuenta la vida amorosa de mis empleados.

—Me alegro de que estés contenta, Charlotte. —Gina deja la bandeja y me palmea el hombro, sonriéndome—. Todo el mundo necesita un poco de amor en su vida.

—Y hablando de amor, tu novio está aquí. —Jazz señala por la ventana—. ¿Lo ves?

Mientras miro para ver a Robert cruzando la calle, oigo a Jazz susurrar—: Ni siquiera niega que sea su novio.

—Oigo campanas de boda —se ríe Gina.

En ese momento, Robert abre la puerta y, al verme sonrojada, sonríe. —¿Contenta de verme?

Jazz empieza a silbar un coro nupcial y siento que me arde la cara. —¡Jazz!

—¿Qué? —pregunta ella, inocentemente—. Te estoy molestando? Lo siento.

Robert nos mira confuso mientras Gina estalla en carcajadas y entra en la cocina.

—¿Qué pasa? —pregunta, apoyándose en el mostrador que hay entre nosotros.

—Ignóralas. —Le lanzo una mirada desagradable a Jazz, pero ella se limita a guiñarme un ojo.

—Ahora me tomo mi descanso —anuncio, desatándome el delantal—. Y buscaremos el asiento más alejado de ti, Jazz.

Su risita es contagiosa, y mis labios se crispan mientras guío a Robert a un reservado del fondo.

—Tomaré un café con leche, Jazz —dice Robert mientras me sigue—. Y tres magdalenas y dos de esos bocadillos de carne.

—Entendido. —Jazz coge una taza, pero luego pregunta—: ¿Para tomar aquí o para llevar?

—Para llevar. —Me lanza una mirada de disculpa—. Sólo vine a hablar contigo unos minutos y a comprar algo para el camino.

—¿Para el camino? ¿Vas a alguna parte?

—Uno de los míos que investigaba una de las desapariciones en los barrios bajos fue dado por desaparecido horas después del asesinato de Florian. Estamos intentando localizarlo y me gustaría estar allí yo mismo. También quería que le echaras un vistazo a esto. —Se mete la mano en el bolsillo y saca un documento que me entrega—. ¿Significa algo para ti?

La extraña escritura me resulta familiar. —Es una de las lenguas antiguas que se crearon durante las guerras entre los vampiros y los cambiaformas. El Clan Nelo era destacado en ese entonces. Tenía una líder llamada Jean Sanguinite. Ella es mi ancestro. Jean fue relevante en la creación

del lenguaje y ella cambió las tornas de la guerra.

—Eso fue en el 1400. —Robert me mira serio—. Lo recuerdo. Está en nuestros archivos. Jean y Lucian, uno de los alfas, negociaron entre ellos y se decidieron los territorios. Incluso ahora, esas líneas territoriales están en su sitio. Por eso lo que está haciendo Beruth es tan peligroso.

Miro lo escrito, con voz suave. —Mi padre está intentando expandir su territorio, ¿verdad?

—Sí. Eso acabará en otra guerra.

—Y no creo que eso sea todo lo que está haciendo. —Dejo el documento y alzo la mirada para encontrarme con la de Robert.

Su mirada se vuelve aguda. —¿Qué sabes tú?

—Nada, en sí, pero mi padre no va a dedicar años de esfuerzo sólo por un territorio. Antes de que me echaran, había empezado a reunirse con líderes de otros clanes. Eso es muy raro en nuestra especie. No nos aliamos con otros clanes. Sólo se hace en circunstancias extremas.

—¿Pero ahora son aliados? —Robert pregunta lentamente.

Me mojo los labios. —No digo que sepa lo que está pasando, pero diría que tienes que buscar un panorama más amplio que el del Clan Nelo intentando que los lobos cambiaformas se vuelvan adictos a las drogas.

—¡Están usando a nuestra gente como ingredientes! —Robert frunce el ceño—. Esto no es simplemente un...

Miro fijamente a Robert, con las cejas fruncidas. —Si estuvieran usando cambiaformas como ingrediente, ¿no se darían cuenta los usuarios?

—Sí, pero...

—Pero no puedes saberlo porque casi ninguno ha sobrevivido, y los que lo han hecho apenas funcionan —murmuro. Cuando Robert me mira de reojo, le dedico una leve sonrisa—. Me mantengo alejada del mundo sobrenatural, pero eso no significa que no oiga cosas.

Robert aprieta los labios. —¿A dónde quieres llegar, Charlotte? ¿Crees que están jugando con nosotros?

Percibo su agitación y elijo mis palabras con cuidado. —Creo que estás viendo lo que mi padre quiere que veas. Es un hombre muy manipulador y extremadamente meticuloso. No te fíes de todo lo que veas.

La expresión de Robert se tuerce e inmediatamente le hago un gesto con las manos para que se calme. —Sólo lo digo, Robert. Mis palabras no tienen ningún significado especial. No sé qué está planeando el Clan Nelo, pero hay algunas cosas que me parecen sospechosas. Este pedazo de papel, para empezar. Este lenguaje fue inventado para comunicarse secretamente entre clanes aliados. Si cualquier manada de cambiaformas atrapaba al mensajero, no sólo no podrían entender el contenido del mensaje, el vampiro que lo entregaba tampoco. Sólo los altos cargos de cada clan conocían el idioma. Así que este documento —lo agito delante de él—, no es una buena señal.

—¿Estás diciendo que no puedes descifrarlo? —Robert parece decepcionado.

Sacudo la cabeza. —Me temo que no. Mi hermano habría sido capaz. Empecé a aprender el idioma cuando era joven, pero cuando perdí mis habilidades, también perdí todos los privilegios que reciben los hijos del líder del clan.

Robert suspira. —Bueno, pensé que conseguir esto era demasiado bueno para ser verdad. ¿No conoces a nadie que pueda leerlo?

Estoy a punto de decir que no, pero la palabra se me atasca en la garganta. Conozco a alguien que puede. Pero no sé si lo haría.

—Terrence —hago una mueca—. Él y Clyde estudiaron juntos el idioma. Pero no me lo descifrará. No creo que lo haga. Pero puedo intentarlo...

—No. —La expresión de Robert se tensa—. Encontraremos otra manera.

Puedo ver la frustración en sus ojos, y me gustaría poder ayudar.

Cuando Jazz le llama para que recoja su pedido, saca la cartera. Pongo los ojos en blanco. —No seas ridículo. Yo me encargo.

Sonriendo, Robert me roba un beso. —Ricky va a venir a recogerte aquí hoy, así que pórtate bien y espérale.

No tengo oportunidad de decir nada porque Robert ya se está alejando de mí.

Jazz suspira cuando me acerco al mostrador. —¡Cómo te mira! Daría lo que fuera porque un hombre me mirara así.

La miro inquisitivamente y me sonríe con pesar. —Rompí con Marcus. Papá tenía razón, supongo. Conmigo ocupada todo el tiempo, mi adorable novio decidió entretenerse de otras maneras. Le pillé en la cama con Sally, una de sus fans.

—Lo siento, Jazz. —Le dirijo una mirada comprensiva.

Se encoge de hombros. —Es lo que hay. Además, estaba empezando a hartarme de llevar ese estúpido collar suyo. El próximo chico con el que salga va a ser más tradicional. No más de esta mierda pervertida.

Suena el timbre de la entrada y aprieto la mano de Jazz. —De todas formas, eras demasiado buena para Marcus.

De repente, siento la energía del nuevo cliente.

Una loba cambiaformas.

Estoy a punto de escabullirme a la trastienda cuando recuerdo que llevo la pulsera.

Mientras Jazz le toma la comanda a la cambiaformas, la estudio. Es guapa y morena. Lleva gafas de sol, así que no puedo verle los ojos. Estoy ocupada reponiendo los posos del café cuando entran otras dos mujeres.

También cambiaformas.

Como Jazz está ocupada con el primer cliente, sonrío a las dos mujeres, cómoda sabiendo que no saben lo que soy.

—Hola, ¿qué les sirvo señoritas?

No me devuelven la sonrisa, me miran con un brillo despiadado en los ojos. Me cuesta mantener la sonrisa congelada en la cara.

Como no dicen nada, señalo la pizarra de la entrada. —Tenemos algunos especiales de Halloween, por si les interesa.

—Dos capuchinos —dice una de las mujeres —. Calientes.

—Por supuesto.

Mientras me doy la vuelta para preparar sus bebidas, siento un malestar en el pecho. No puedo evitar recordar la noche en que Arabella me atacó. No sé por qué, pero tengo la guardia alta. Mientras preparo la bebida, las chicas se ponen parlanchinas de repente.

—Entonces, ¿eres camarera a tiempo completo?

—Sí —respondo a regañadientes, sin ganas de enfrentarme a ellas.

—Debe ser duro, servir a otras personas todo el día.

Hay un tono burlón en sus voces. Pero sus palabras no me molestan. No tengo ningún problema con mi trabajo. Me gusta. Pero está claro que ellas lo consideran indigno.

—Jazz, ¿puedes llamarlas?. —Miro a mi amiga, que observa a las dos mujeres con una mirada extraña. La clienta a la que atendía está sentada en una de las mesas, sorbiendo su bebida.

—Claro. —Jazz hace sonar su pedido, y cuando las mujeres se alejan de mí, me siento aliviada.

Coloco sus cafés en el mostrador. —Aquí tienen.

Una de ellas me sonríe y, cuando cogen sus bebidas, veo una mirada en sus ojos que hace que mis instintos griten. Ya estoy agarrando la bandeja de acero y, cuando me lanzan las bebidas calientes, me protejo. Una parte del café me salpica los dedos.

Jazz grita alarmada. La sensación de déjà vu me da vueltas por dentro.

¡¿Por qué siempre es el café?!

—¡Charlotte! —Jazz está a mi lado en un instante.

Cuando bajo la bandeja, las dos mujeres me miran con fiereza y la más alta me escupe. —¡Aléjate de Robert Montgomery! La próxima vez no seré tan indulgente.

La cambiaformas que había llegado primero se apresura y se pone delante de las mujeres, con voz peligrosa. —¡¿Qué creeis que estáis haciendo?!

Pero tiro la bandeja a un lado, me hierve la sangre. Me duelen los dedos, pero no me importa. Paso por delante del mostrador y me dirijo a las dos mujeres, apartando a la intrusa. —¿Robert? ¿Me estás advirtiendo que me aleje de mi novio? ¿Habéis perdido la cabeza?

—¿Sabes quién soy? —La más alta, que parece ser la cabecilla entre las dos, me fulmina con la mirada.

—No me importa. —Enuncio cada palabra, poniéndome justo en su cara. Hay algo salvaje chocando dentro de mí, una sed de sangre que tan pocas veces he experimentado. No me importa el café. La rabia dentro de mí se centra en el hecho de que estas mujeres quieren separarnos a Robert y a mí—. Robert es mío. Si quieres intentar hacer algo al respecto, adelante. Pero si alguna vez te veo cerca de él, te haré algo mucho peor que simplemente tirarte café en tu bonita carita.

Incluso cuando esas palabras salen de mí, parece como si las dijera otra persona.

Me choca que diga en serio cada palabra de mi amenaza.

El rostro de la mujer palidece por un segundo, pero luego enseña los dientes.

—¿Crees que puedes amenazarme? Robert sólo está esperando su momento con una zorra como tú. Al final, es conmigo con quien se va a casar.

Sus palabras me hielan la sangre.

Debe haber visto el shock en mi cara porque su risa es aguda y cruel. —¡Eso es, soy su prometida, zorra!

Capítulo 22

Robert Montgomery

Las palabras de Charlotte me hacen pensar durante el camino a Kenton.

¿Y si realmente nos están tomando el pelo?

Verificamos que las muestras de la droga que encontramos contenían sangre de cambiaformas, pero eso era evidente desde el principio. Podíamos olerla. Cualquier cambiaformas, incluso borracho, sería capaz de oler la sangre, y su lobo se negaría a consumirla. Hay una razón por la que los cambiaformas no se comen a otros cambiaformas ni siquiera en forma animal, aparte del aspecto caníbal de toda la idea. La carne de nuestra especie es tóxica para nosotros. Creía que por eso el efecto de la droga era tan duro para los que la consumían.

Pero, ¿y si es otra cosa?

Hemos conseguido cinco muestras. Fue bastante fácil conseguirlas. Un poco demasiado fácil, si pienso en aquella noche. Sólo queda una muestra, todas las demás ya han sido enviadas a analizar.

Morris y Adam me esperan cuando llego al lugar. Cierro la puerta del coche y me acerco a ellos.
—¿Alguna noticia?

—Hemos rastreado la zona —dice Adam, sacudiendo la cabeza—. Es como si se hubiera desvanecido en el aire. Desde el medio de la carretera.

—¿Estamos pensando en un coche?

—Aún no lo sé. —Morris parece furioso—. Por supuesto, ninguna de las cámaras de seguridad aquí está funcionando. Pensé que habías arreglado este lugar, Adam.

—Lo hice —responde el alfa de la Manada Moore—. Pero Kenton está en el límite del territorio del Clan Nelo. La enfermedad sigue propagándose aquí sin importar cuántas veces lo desinfecte.

—Charlotte cree que intentan distraernos —digo de repente.

Morris me lanza una mirada penetrante. —¿Charlotte?

—¿Lo cree? —Adam parece interesado.

—¿Por qué estás hablando con esa camarera sobre esto? —Morris dice con fuerza—. Entiendo que estás teniendo una aventura y todo eso, pero...

—No es una aventura —digo fríamente, encontrándome con su mirada—. Es mía.

—¿Has perdido tu...?

Adam levanta una mano, cortándole el paso. —Me interesa lo que Charlotte tiene que decir.

—Ella no cree que nuestra gente sea utilizada como ingrediente —empiezo. Tardo un par de minutos en explicarles la conversación que mantuve con ella.

A pesar de sus quejas, Morris frunce el ceño cuando por fin me detengo a respirar. —¿Le confías esta información? —me pregunta.

—Sí, lo hago.

Adam parece preocupado. —Si lo que dice es cierto, y todo esto es una distracción, ¿entonces qué pretenden?

—La última vez que los vampiros se aliaron —explico—, estalló una guerra. La intención era someter a nuestra especie y dominarla. ¿Y si Beruth quiere hacer lo mismo?

Morris mira a su alrededor y observa el mal estado de la zona en la que nos encontramos, con pintadas por todos los edificios nuevos que Adam construyó hace apenas dos años. —Ha encontrado la forma de paralizar a los de nuestra especie. La evaluación de tu chica podría no estar tan lejos. Necesitamos un tipo encubierto que pueda acceder a la droga.

—Pero la regla es consumirlo en el acto —contraataca Adam—. ¿Cómo es eso...

—¿Y si creamos nuestra propia distracción? —Sugiero—. El infiltrado número uno coge el vial. Está a punto de bebérselo. El tipo encubierto número dos choca con él y rompe un vial de aspecto similar contra el suelo. El tipo 1 le entrega en secreto su vial al tipo 2.

—Vale la pena intentarlo —sugiere Morris—. Me pondré a ello. Todavía hay mucha actividad en mi zona.

—Mientras tanto, sigamos los pasos de Aaron y veamos dónde estaba cuando decidió irse solo a alguna parte.

Aaron es el hombre que desapareció el día que mataron a Florian. Nos lleva un par de horas, pero conseguimos encontrar su teléfono.

—Busca el último número que le llamó —le digo a Adam, que está revisando el teléfono.

Adam encuentra el número e intenta llamar, luego sacude la cabeza. —Ha sido desconectado.

—Florian recibió una llamada de un informante —murmuro—. Apuesto a que Aaron también. Y supongo que fue desde un teléfono desechable; todos los informantes usan desechables. Cuando un informante llama, su punto de contacto suele ir a reunirse con él a solas. ¿Y si así es como están aislando a nuestra gente?

Morris y Adam intercambian miradas sombrías.

—Tendremos que advertirles de que no vayan solos —dice Morris.

—Florian le dijo a alguien que iba a reunirse con su informante. —Mi voz es dura—. Si no lo hubiera hecho, no habríamos podido averiguar esto. Aaron es uno de los tuyos, ¿verdad, Adam?

Adam asiente. —Voy a mirar en su lista de informantes, comprobar sus cuentas bancarias, las obras. Se está haciendo tarde. Vosotros dos deberíais volver.

Nos separamos, pero cuando estoy a punto de entrar en mi coche, Morris me detiene. —¿Vas en serio con esa chica, Robert? Sabes lo que es.

—Tú también—. Le dedico una media sonrisa a mi amigo—. Sé que te fijaste en ella cuando Harry te dijo que la estaba viendo.

—Se preocupa por ti. ¿Qué hay de malo en encontrar a alguien de tu manada?

Agradezco que mi amigo también se preocupe por mí y pongo su mano en mi hombro. —Mi lobo no quiere a nadie más que a ella. Es como si por fin hubiera despertado cuando captó su olor por primera vez.

Los ojos de Morris se entrecierran en las esquinas. —Eso es imposible.

Le miro fríamente. —Nunca te he mentido antes, Morris. No voy a empezar ahora. Sé que Aisha ya te ha hablado de las circunstancias de Charlotte. Ella no es el enemigo.

—Sois dos especies diferentes...

—Soy consciente —me encojo de hombros.

Mi amigo se pasa las manos por el pelo, claramente frustrado. —Robert, ella no puede darte hijos. No puede ser hembra alfa. Aisha quiere que seas feliz, pero no puedes ser alfa y estar con una vampira. Si traes a Charlotte a la manada, tal vez puedas frenar la rebelión que seguramente se producirá, pero estarás poniendo en peligro la vida de la mujer que amas. Sabes que habrá mucha gente que intentará asesinarla. Como no puedes formar un vínculo con una vampira, deshacerte de ella no afectará tu estado mental. Eso según los ancianos de la manada, que pueden obligarte fácilmente a tomar a otra hembra como compañera.

Dejo escapar un suspiro inseguro, cada una de sus palabras me golpea como una tonelada de ladrillos. He pensado en estas cosas, pero quizá no tanto como Morris.

Ahora me pone la mano en el hombro, con voz grave. —Somos hermanos, Robert. Tu felicidad es importante para mí, por eso te daré el mismo consejo que Aisha. Elige con cuidado. Si eliges tu felicidad, no mires atrás. Sólo tenemos una vida. Decidas lo que decidas, te cubro las espaldas.

—¿Y si decido que quiero traer a Charlotte a mi manada? —Mi voz es tranquila mientras le miro.

—Entonces te ayudaré a mantenerla a salvo. Tendrá guardias constantes a su alrededor.

—Pero estará atrapada, enjaulada —susurro con voz ronca—. ¿Qué clase de vida es esa?

—Por eso dije que tendrías que elegir —me dice Morris, con los ojos sombríos—. Tú me ayudaste cuando jodí las cosas con mi relación. Así que, para lo que necesites, aquí estoy. Aunque no tenga sentido para mí, seguiré apoyándote.

Mientras le veo marcharse, me meto las manos en los bolsillos del pantalón, reflexionando sobre sus palabras. Me he estado cegando deliberadamente ante la verdad, sin querer enfrentarme a la realidad, porque va a ser dura.

He pasado toda mi vida intentando convertirme en alfa. Y, sin embargo, ahora que lo soy, no puedo estar con la mujer que amo por ello. Si elijo mi felicidad, tendré que renunciar como alfa. Si elijo aferrarme a mi posición, puedo perder a Charlotte o robarle su libertad, para protegerla.

Lo odiará. Se sentirá miserable. Y no quiero eso para ella.

Siento los hombros pesados, como si el peso del mundo recayera sobre ellos. Mis amigos tienen buenas intenciones y sé que quieren apoyarme, pero al final me he metido en una situación imposible.

En el viaje de vuelta, estoy a punto de llamar a Charlotte, pero me doy cuenta de que me he quedado sin batería. Miro la hora. Todavía debe de estar en el refugio; decido ir a buscarla. Estar cerca de ella me relaja. Su olor me tranquiliza cuando no me vuelve loco.

Y, desde la muerte de Florian, la presencia de Charlotte ayuda a mantener a raya el dolor. Mis interacciones con Florian siempre fueron breves, pero le consideraba un amigo. Perderle también ha sido un duro golpe para mi seguridad. Siempre me aseguré de que nadie conociera el alcance de su lealtad hacia mí, pero ¿y si cometía un error?

Cuando llego al refugio, me doy cuenta de que ya puedo ver el letrero. Supongo que el brujo ya no me considera una amenaza. Sin saber cómo me siento al respecto, aparco el coche en la acera y entro. El vestíbulo está vacío y llamo a Charlotte.

Un momento después, Ricky aparece por detrás, con un pequeño gatito en una mano y una botella de leche en la otra. —¿Qué haces aquí?

—¿Dónde está Charlotte? —Miro detrás de él.

—Se fue hace rato —responde Ricky—. La dejé en tu casa. Hoy estaba de mal humor. Nunca la había visto tan enfadada. Sea lo que sea lo que hiciste, dudo que una simple disculpa vaya a arreglarlo.

Vuelvo a sacar mi teléfono. —Oh sí, me he quedado sin batería. Supongo que averiguaré lo que hice cuando llegue a casa.

—Hay un cargador enchufado detrás del escritorio, aquí. Úsalo. Vuelvo en un minuto. Necesito hablar contigo.

Conecto mi teléfono mientras Ricky se dirige a la parte de atrás con el gatito. Cuando mi

teléfono se enciende, veo cinco llamadas perdidas y un mensaje de texto de Aisha. “Llámame, idiota”.

—Eso no es muy amable —murmuro para mis adentros—. Ella es la idiota, no yo.

Sin embargo, no tengo oportunidad de responderle porque Ricky regresa. —He analizado la sangre, incluida la muestra que trajo tu hombre.

Me enderezo, olvidándome por completo de Aisha.

—¿Qué has encontrado?

Por la mirada de Ricky, no van a ser buenas noticias. Mi corazón se hunde.

—Lo que vomitó era tóxico —me informa Ricky—. Y tengo la sensación de que eso era lo que mantenía a raya sus poderes vampíricos. ¿Sabes si Charlotte nació sin sus habilidades o si las perdió gradualmente?

—Las perdió cuando tenía siete años.

Ricky no parece sorprendido. —La envenenaron. No sé exactamente qué le dieron, pero lo he estado investigando. Fuera lo que fuese, consiguió despojarla de todas sus habilidades, y el veneno permaneció en su interior. De repente, algo hizo que su cuerpo lo rechazara. Creo que fue tu sangre, pero no estoy seguro.

—¿Mi sangre? —Frunzo el ceño.

Ricky hace un gesto con las manos, señal de sus propios nervios. —No sé qué lo desencadenó, pero algo la puso nerviosa y acabó vomitando el veneno. Probablemente todavía lo esté; es muy probable que no te lo cuente. Y por lo que he podido averiguar, tu sangre repelió el veneno de su interior, y ahora que está saliendo, está volviendo a la normalidad.

—¿Qué significa eso de normal? —Me inquieta la palabra.

—Está recuperando sus habilidades. No estará débil y frágil durante mucho tiempo. Su curación ya ha comenzado. Los bordes de sus dedos se quemaron hoy, y ya estaban sanando. Su necesidad de sangre va a aumentar, y ahora que ha probado la tuya... —el veterinario hace un sonido de decepción— ...va a ansiarla. La sangre de cambiaformas es adictiva.

—Pero ella ingirió mi sangre hace semanas, antes de que me dijeras que se la hiciera beber —le digo, con el pecho apretado por la emoción. Estoy tan acostumbrado a que Charlotte se apoye en mí incluso cuando no quiere. Es tremendamente independiente y sé que odia necesitar a alguien que la proteja, pero me gusta protegerla. Me gusta ser su espada y su escudo. Sin eso, ¿me seguirá necesitando?

Es un pensamiento infantil, y trato de desecharlo, pero sigue alojado en el fondo de mi cabeza.

—¿Cuándo? —Los ojos de Ricky se entrecierran, su voz es urgente—. ¿Cuándo bebió tu sangre?

—La primera vez que... —Me encojo de hombros—. Ya sabes.

—¿Bebió de ti durante el sexo? —pregunta sin rodeos el veterinario.

Pongo ligeramente los ojos en blanco. —Sí.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué? —Le miro boquiabierto.

—¿Qué hiciste, Robert?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué he hecho? —Su pregunta no tiene sentido para mí.

Ricky me lanza una mirada que hace que mi lobo se erice de fastidio. —¿Cómo reaccionó tu animal?

—Fue ... —Hago una pausa, parpadeando—. Bueno, salió e intentó marcarla.

—¿Como una marca de emparejamiento? —Ricky palidece—. ¿Le hiciste una marca de emparejamiento?

—Bueno, lo intentó, pero no hay vínculo. Lo habría sentido.

—Le hiciste una marca de emparejamiento durante el coito, y ella bebió de ti. —Ricky parece blanco como un fantasma.

—No te estoy siguiendo.

—¿Sabes lo que significa cuando los vampiros beben durante la intimidad? —Ricky exige.

—No. —Levanto las cejas.

Me mira como si de repente se hubiera encontrado con el tonto del pueblo y no supiera cómo tratar con él.

—Voy a suponer que Charlotte tampoco lo sabe —murmura Ricky, aparentemente para sí mismo.

—Sólo dime lo que significa, brujo —gruño—. ¿Charlotte está en peligro porque bebió de mí?

—Bueno, no. —Ricky comienza, antes de hacer una pausa—. Al igual que los cambiaformas, los vampiros tienen sus propios rituales de emparejamiento. Durante el coito, beben el uno del otro. El hecho de que vosotros dos siguierais los rituales de emparejamiento de vuestras propias especies me hace pensar que quizá lo que ayudó a disipar el veneno no fue que alimentaras a Charlotte con tu sangre cuando se hirió, sino que ahora sois compañeros.

Me quedo atónito en silencio durante unos minutos. La idea de haber atado ya a Charlotte a mí es increíblemente atractiva, pero...

—Te equivocas —suspiro, con el corazón encogido—. Si hubiera un vínculo, losentiría. Además, los vampiros y los cambiaformas no pueden aparearse. Es...

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunta Ricky con cara de extrañeza.

Realmente no sé qué decir a eso. —Nunca he oído hablar de una situación en la que lo hayan hecho.

Está a punto de decir algo cuando se abre la puerta detrás de mí. Miro por encima del hombro y veo a una mujer mayor, de ojos leonados y pelo largo y oscuro recogido en una gruesa trenza.

—Hablaremos más tarde —me murmura Ricky—. Vete a casa.

La cabeza me da vueltas mientras intento asimilar toda esta nueva información, así que decido hacer lo que me dice. Cuando paso junto a la mujer, gira la cabeza y sus ojos se cruzan con los míos. Por un momento, el corazón me da un vuelco. Es como si me estuviera mirando el alma.

Sus labios se curvan ligeramente y creo oírle decir—: Cuídala.

Pero ella ya camina hacia Ricky y me pregunto si me lo he imaginado todo.

—Angie —oigo a Ricky saludarla—. Pareces agotada.

Su risa es suave y, cuando cierro la puerta tras de mí, noto su cansancio. Me entristece por alguna razón inexplicable, y tengo que evitar darme la vuelta y mirarla.

Al subir al coche, pienso en lo que acabo de aprender y mis dedos golpean el volante. ¿Es posible que Charlotte y yo estemos emparejados? Eso explicaría por qué sabía dónde estaba aquella noche con Terrence. Podía sentir su presencia. Nunca tuve la oportunidad de pensar en ello desde que Florian apareció asesinado aquella misma noche, y luego siguieron ocurriendo otras cosas.

Pero, ¿y si...?

Cierro los ojos en busca de un destello, de un indicio de la presencia de Charlotte en mi interior. Cuando no encuentro nada, abro los ojos y me miro las manos que sujetan el volante, decepcionado.

Mis labios se tuercen en una sonrisa irónica.

Me he emocionado demasiado, supongo.

Arranco el coche y me dirijo a casa.

******

Cuando llego a casa, hay una taza rota en la basura de la cocina y me pregunto si la habrá roto enfadada. No parece de esas, pero, al coger el asa y ver el dibujo, me doy cuenta de que es su taza favorita.

—Oh, definitivamente ha destrozado ésta —murmuro para mis adentros. Veo también las manchas de café en la pared y el pobre intento de alguien por limpiarlas—. ¿Qué has hecho, Robert?

Por suerte, cuando voy a ver cómo está, Charlotte está profundamente dormida en la cama, pero veo las manchas de lágrimas en su cara y casi se me para el corazón. Le pongo la mano en el hombro, con ganas de despertarla y preguntarle qué he hecho para que esté triste, dispuesto a arrastrarme si hace falta.

—No me gusta cuando lloras. —Mi pulgar acaricia su suave mejilla, y ella se mueve hacia mi

mano, como buscando el calor.

Nada me gustaría más que meterme en la cama a su lado, pero estoy hecho un desastre, y no creo que le haga gracia despertarse y verme a su lado cuando está claro que he hecho algo para cabrearla. Quizá un buen desayuno mañana la ablande hacia mí.

Me voy a duchar.

Cuando estoy a punto de entrar, Harry me llama.

—¿Qué quieres, Harry? —Abro el agua caliente y veo salir el vapor.

—Basta llamó. Al parecer, le pediste que diseñara un juego de diamantes.

—Sí, ¿está listo? —Mis labios se abren en una sonrisa complacida.

—Sí. Pregunta si debe traerlo mañana a la oficina.

—Durante la comida —le digo—. ¿Y los libros que te dije que me buscaras?

Mi ayudante y hermano pequeño gime. —Encontré una serie de libros, pero encontrar primeras ediciones es muy difícil, Robert.

—Y tú eres un joven muy capaz. —Sonrío al teléfono—. No me importa lo caro que sea, Harry.

—¿Estás seguro de que Charlotte quiere siquiera primeras ediciones de esos libros? —pregunta Harry, malhumorado.

—Quiero que ella los tenga. —Recuerdo que no paraba de hablar de empezar su propia colección de libros. Estaba increíblemente borracha, así que dudo que lo recuerde. Pero yo sí. Conseguí los nombres de algunos de los autores que le gustan, y el resto de la información la encontré en su apartamento, en las pequeñas estanterías de libros.

A las mujeres les suelen gustar los diamantes y las joyas, pero creo que Charlotte tiene preferencia por las cosas más sencillas y sus aficiones.

Harry termina la llamada, todavía quejándose, y yo dejo a un lado el teléfono para lavarme la suciedad y la mugre del día. Cuando salgo de la ducha, es casi medianoche y bostezo. Me froto el pelo con una toalla y me envuelvo las caderas con otra, miro por la ventana distraídamente y

me quedo quieto.

Una figura se aleja de la casa.

Una figura que reconozco demasiado bien.

¿Charlotte?

Capítulo 23

Charlotte Sanguinite

Ni siquiera me molesté en ponerme las zapatillas, con la mente confusa.

Es lo mismo todas las noches.

El bosque, ese lugar junto a la cascada.

Sigo viéndolo en mis sueños.

Mi mano, cogida con fuerza por el hombre que caminaba a mi lado.

Veo el camino que tomamos.

Necesito verlo. Necesito ir.

Mis pies golpean el barro húmedo, pero no me importa. El sueño de esta noche me despierta de un salto, con el corazón latiéndome con fuerza, esa necesidad viciosa que se apodera de mi cabeza, esa sensación palpitante que no desaparecerá hasta que lo vea, hasta que lo sepa.

Mis pensamientos son una maraña. No puedo distinguir unos de otros. El único pensamiento predominante en mi mente es volver a encontrar esa cascada. Robert me llevó allí. Sé dónde está. Tengo que encontrar esa roca, esa cueva, la de mis sueños.

El impulso es especialmente fuerte esta noche, y cruzo la carretera.

Apenas siento el roce de las piedras, el suelo áspero bajo mis pies.

Sigo caminando, sin noción del tiempo en mi mente, atrapada en un estado de delirio. Algo grita en mi interior, pero no encuentro la voluntad de concentrarme en otra cosa que no sea el objetivo en mi mente.

Aunque vinimos en coche, recuerdo el camino casi como si se hubiera abierto un mapa en mi mente. Una vez en el bosque, me adentro, tropezando con raíces y levantándome, limpiándome

las manos en el pijama. El sonido del agua al caer me hace respirar con facilidad.

Aquí estoy.

Ya está.

Me dirijo hacia la cascada.

Sólo tengo que...

Una mano me agarra en cuanto meto un pie en el agua. Me tiran hacia atrás contra un pecho duro y una voz familiar gruñe—: ¿Qué demonios haces?

Levanto la cabeza y veo a un Robert furioso que me mira fijamente. Le miro sin comprender y el ruido de mi cabeza se desvanece.

—¿Qué?

Me hace girar, me obliga a mirarle y me agarra con ambas manos por los brazos. —¡¿Qué planeabas hacer, Charlotte?!

Nunca había oído a Robert tan enfadado. E incluso cuando se ha enfadado, nunca había dirigido su rabia hacia mí. Verle así me deja helada. —¿De qué estás hablando?

—¿Por qué te estabas metiendo en el agua? —Me da una pequeña sacudida, y entonces lo veo, el miedo crudo en esos ojos azul cerúleo.

—La roca —consigo decir—. Intentaba llegar a la roca. La de mi sueño.

Sus cejas se fruncen, parte de la ira se disipa. —¿Qué roca?

—Suéltame. Me haces daño. —Me alejo de él y me suelta. Frotándome los brazos, señalo el centro del agua—. Esa roca. Intentaba llegar a ella.

—¿En mitad de la puta noche? —Robert me mira boquiabierto—. ¿Es de oro o algo así? ¿Y qué sueño? ¿Por qué estás divagando?

Retrocedo unos pasos y la realidad se derrumba a mi alrededor. Mientras me froto los ojos, me doy cuenta de que he caminado desde la casa hasta aquí, hasta este lugar en el bosque, al que Robert me trajo en nuestra cita, el que he estado viendo en mis sueños últimamente.

—No estaba sonámbula —murmuro—. Estaba despierta, pero no estaba aquí. Sentía una extraña presión en la cabeza. Tenía que venir aquí. Tenía que encontrar la cueva.

—¿Qué cueva, Charlotte? —La voz de Robert baja mientras me agarra de la mano para impedir que intente arrancarme el pelo.

—En mi sueño, siempre es lo mismo, el mismo camino, esta cascada. Esa roca abre una cueva. Tengo que llegar a la cueva.

Ahora las manos de Robert me acarician la cara. —Cariño, ¿por qué?

No me dice que estoy haciendo el ridículo. No me llama lunática.

—No lo sé. —Sacudo la cabeza, encontrándome con su mirada—. Simplemente tengo que hacerlo. Lo tengo en la cabeza. Me está volviendo loca, Robert.

Su cara está tensa, y luego deja escapar un suspiro tembloroso. —De acuerdo. Si necesitas hacer esto, sea lo que sea, hagámoslo. Pero no te vas a meter en el agua. Está muy fría y no quiero que te enfermes. Además, toma. —Se quita los zapatos y me los pone—. Deja de hacerte daño en los pies. Hay mil piedras, palos y bichos en este bosque.

Se me llena el corazón cuando me mira desde donde está agachado.

—Sé que son grandes, pero tendrás que arreglártelas, ¿vale?

Asiento en silencio.

—Vale —dice, poniéndose en pie—. Hagamos esto. ¿Qué roca es?

—La del medio. —La señalo—. Puedo ir yo misma.

El zumbido en mi cabeza ha vuelto a empezar, pero Robert ya está pisando el agua. Es más profunda de lo que parece, me doy cuenta, el agua le llega al pecho. Y, a medida que se acerca a la roca, el agua empieza a sumergirle aún más.

—¡Robert!

—¡Estoy bien! —grita por encima del sonido del agua—. Sé nadar.

Y eso es exactamente lo que hace. Le veo nadar hasta la gran roca del centro y, cuando la

alcanza, se vuelve para mirarme como preguntándome—: ¿Y ahora qué?

—Hay un... —En el sueño, meto la mano en una grieta—. ¿Hay un espacio allí?

—¿Un qué? —Robert me mira sin comprender.

—Un espacio, como una grieta, donde puedes esconder algo. Estás buscando una llave.

Espero que se dé la vuelta y me diga que estoy loca de remate, pero no lo hace. Mi sangre palpita con una excitación que debería ser mía, pero no lo es.

—Una llave —repite Robert, rodeando la roca. Hace una comprobación minuciosa y entonces sus ojos se abren de par en par. Por un momento, desaparece de mi vista, y, cuando reaparece, lleva algo en la mano.

Cuando vuelve hacia mí, me apresuro a avanzar, luchando contra la creciente necesidad de mi cabeza. —Vamos a llevarte a casa. Te vas a poner malo. Hace demasiado frío...

—¿Qué abre la llave?

Miro en dirección a la cascada antes de sacudir forzosamente la cabeza para disipar ese sentimiento desesperado que llevo dentro. La llave, la cueva, la puerta. Lo que sea que me haya poseído para venir aquí a estas horas de la noche intenta una vez más hacerse con el control. Cuando vino a mí, me costó resistirme. Pero como es Robert quien está ante mí, empapado, con los ojos muy abiertos mientras mira fijamente la llave que tiene en la mano, es fácil darle la espalda.

Todavía no.

Robert es lo primero.

—Volveremos más tarde —insisto, pero él niega con la cabeza.

—Ya estamos aquí. Entonces, ¿dónde está la cerradura para esta llave?

Cedo. —Está detrás de la cascada.

—Interesante. —Robert sonríe a pesar de estar completamente empapado con este frío—. Esto es como una búsqueda del tesoro en mitad de la noche. Las cosas nunca van a ser aburridas contigo

cerca, Charlotte.

Mis labios se crispan sin que yo quiera. No sé cómo puede hacerme reír incluso en este tipo de situaciones.

Cruzar la cascada es más fácil de lo que pensaba. Hay un gran hueco detrás de la lámina de agua que sólo es visible si te colocas en cierto ángulo. Nos las arreglamos para subir y luego ir detrás de ella.

—Aquí no hay más que una cueva —murmura Robert, pasando las manos por la superficie. Sin embargo, yo sé exactamente dónde buscar. Avanzo dos pasos hacia la derecha y toco un trozo de piedra.

—Aquí. No veo bien en la oscuridad. ¿Qué ves?

Robert viene a ponerse a mi lado. —Hay una puerta. Agárrate.

Siento que se mueve y entonces se oye un chasquido.

—Atrás, Charlotte —advierte Robert—. Está un poco oxidada. Voy a tener que forzarla.

Me hago a un lado y le oigo dar una patada a la puerta. Suena un gemido al abrirse.

—Quédate detrás de mí. —Robert me advierte.

—No hace falta que me lo digas dos veces —murmuro, los susurros de mi cabeza por fin se apagan y me dejan en paz—. Pero sigo sin ver nada. ¿Qué ves tú?

—Paso estrecho —responde Robert tras un momento de duda—. Odio los espacios estrechos.

—No tienes que...

No me deja terinar la frase. —Yo iré primero.

Le sigo, preguntándome por qué está tan decidido a hacerlo. Probablemente tenga curiosidad, como yo. Caminamos un buen rato antes de que Robert se detenga y me choque con su espalda.

—¿Robert?

—Quédate aquí y no te muevas —me ordena, y sus pasos se alejan de mí un segundo después.

Lo más inteligente sería hacerle caso, ya que no sé lo que hay aquí dentro, pero ya he tomado una serie de decisiones tontas esta noche. ¿Qué más da una más?

—Charlotte... —El gruñido de Robert vibra en mis huesos mientras cubro la distancia que nos separa y agarro la espalda de su camisa mojada para guiarme.

—Me asusté al quedarme ahí sola —afirmo, sonriendo a su nuca.

—No sé si alguien te lo ha dicho alguna vez, pero eres una mentirosa terrible —murmura—. Quédate cerca. Sé que no puedes ver en la oscuridad.

Nunca he tenido a nadie que intentara protegerme o escudarme como lo hace Robert. Me dan ganas de apoyarme en él.

Al cabo de un par de minutos, el diminuto pasadizo se ensancha de repente y da paso a una habitación igual de oscura. Mi mano libre roza algo que parece la superficie de un espejo. No está fijo en su sitio y, al pasar los dedos por encima, se mueve y, por un momento, hay un destello de luz.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exclama Robert.

Saco la mano de detrás de su camisa y giro el espejo. De la nada, cuando lo sostengo en un ángulo determinado, la habitación se ilumina de repente y tengo que entrecerrar los ojos.

—¿Qué has hecho? —Robert se vuelve para mirarme y, cuando abro los ojos, me doy cuenta de que hay espejos por todas partes. Pequeños.

Pero no he oído su pregunta. Tengo los ojos clavados en el retrato de una pareja. Robert ve mi cara de asombro y sigue mi mirada. Oigo su respiración agitada.

Cuando me devuelve la mirada, niego con la cabeza. —Estoy tan asombrada como tú.

—¿Qué es este lugar, Charlotte? —Su voz es dura—. ¿Por qué hay un retrato enorme de nosotros vestidos de medievales? ¿Y cómo sabías dónde estaba?

Todo parece demasiado sospechoso, y no puedo culpar a Robert por dudar de mí.

—Yo no he hecho esto. —Miro a la pareja del retrato. Toda la habitación está cubierta de polvo, pero no se pueden confundir los rostros de la pareja—. Se parecen a nosotros.

En un rincón hay estanterías con libros, cajas, armas, utensilios.

—He tenido sueños durante mucho tiempo —admito—. De caminar por estos bosques, con un hombre a mi lado. Por eso la idea de dejar Portland era tan difícil. Cada vez que me lo planteaba, sentía que algo me ataba aquí, y me doy cuenta de que eran los sueños constantes. No reconocía el camino en el sueño, pero siempre era el mismo lugar, el mismo bosque. Cuando me llevaste a la cascada, me resultó ligeramente familiar, pero no le di mucha importancia. —Me paso los dedos por el pelo, agitada—. Pero esta noche... Fue esta noche, cuando me desperté, cuando de repente supe dónde estaba este lugar. Y mi mente se volvió confusa. No podía controlar mis actos. Era casi como si alguien me obligara a caminar hasta aquí. Sabía de una llave, y del lugar detrás de la cascada, pero no sabía lo que había dentro. Lo juro.

Robert mira a su alrededor y suelta un suspiro. —No hace falta que lo jures. Te creo. Pero, ¿qué es este lugar? ¿Y quiénes son esas personas?

La mujer del retrato está sentada en una silla, con el pelo rojo y alborotado como el mío, y una expresión suave y relajada. El hombre con la cara de Robert le pone la mano en el hombro mientras permanece de pie detrás de ella, con la mirada alerta.

—Hay una placa en la parte inferior —murmura de pronto Robert, avanzando. Limpia el polvo de la placa de hierro con la manga y lee—: ean y Lucian Whitlock. —Su cuerpo se tensa notablemente—. Whitlock. Conozco ese nombre. De hecho, estoy bastante seguro de saber quién era ese hombre.

—¿Quién? —Me pongo a su lado, curiosa.

—Era el alfa de la manada Whitlock. Tuvo un papel destacado en el fin de la guerra con los vampiros, pero la manada Whitlock fue borrada de la historia después de un par de siglos. Se menciona muy poco el final de la guerra, y muchas de las manadas implicadas se integraron entre sí, ya fuera por cuestiones de número o porque querían nuevos comienzos. Con el paso del tiempo, la mayoría de nuestros archivos desaparecieron junto con las manadas. Pero Lucian Whitlock es una leyenda. Nunca supe que se parecía a mí.

—¿Y la mujer que está a su lado?. —Me inclino hacia delante para leer su nombre—. ¿Jean?

—Ella no puede ser su pareja —dice Robert, mirando fijamente a la pareja—. Nunca he oído que Lucian tuviera una. Todavía existe una biografía muy básica de él, y no se menciona a ninguna compañera. —Entorna los ojos hacia el retrato—. Pero esa es una marca de emparejamiento en

su cuello.

Sigo su mirada y veo algo en el cuello de la mujer del cuadro. Es raro que el pintor sea tan específico.

—Tal vez tomó una compañera. —Me encojo de hombros. Sin embargo, no puedo evitar mirar fijamente a la mujer.

Jean.

La única Jean que conozco es Jean Sanguinite, una antepasada mío que vivió, casualmente, en la misma época que Lucian. Jean era estratega y líder del Clan Nelo. No hay ningún retrato suyo en los archivos del clan. De hecho, parece que alguien borró deliberadamente toda prueba de su existencia. Pero las historias no se pueden borrar. Jean es considerada nada menos que una santa en la cultura vampírica. Ella dirigió y fue más astuta que los lobos, asegurando un resultado favorable para nuestra especie y evitando que se derramara más sangre. Incluso los vampiros más arrogantes respetan su nombre. Nunca entendí por qué no hay un retrato de ella.

Esta mujer... Tiene que ser Jean Sanguinite. ¿Por qué si no se parecería tanto a mí?

¿Pero emparejada con un lobo alfa, el enemigo en ese momento? ¿Y no un enemigo cualquiera, sino al que se habría enfrentado de frente? No tiene sentido.

—Debo de estar equivocada —murmuro para mis adentros—. No puede ser ella.

Aparto los ojos de su cara y miro a mi alrededor. No entiendo qué es este lugar. ¿Quizá una especie de almacén medieval?

Es evidente que nadie ha estado aquí desde hace mucho tiempo. Todo está cubierto de una gruesa capa de polvo. Me acerco a las cajas y abro una de ellas.

Joyas, baratijas, horquillas para el pelo.

Tiendo la mano hacia un collar de esmeraldas, pero, en cuanto mis dedos entran en contacto con él, siento una oleada de emoción e inmediatamente retiro la mano, con el corazón latiéndome desbocado. No vuelvo a tocarlo.

Cierro la caja y me acerco a las estanterías. Saco el libro que tengo más cerca. Al quitarle el polvo, me doy cuenta de que es un libro de estrategia, escrito con delicada caligrafía. El papel es

frágil, pero el tomo está encuadernado con sumo cuidado. El otro lado de la estantería parece tener diarios encuadernados. Es como si toda la vida de una pareja estuviera guardada en una pequeña habitación.

Oigo un ruido de raspado y giro la cabeza para ver a Robert recogiendo una pila de pequeños retratos de una de las cajas de hierro del rincón.

—¿Qué es eso? —le pregunto. Está mirando una de las fotos y, cuando me asomo por encima de su hombro, siento un calor instantáneo en la cara y aparto la mirada—. Es porno. Al menos, la versión medieval.

La mujer pelirroja posa de forma bastante sensual, con poca ropa. La pintura es de naturaleza amateur.

—¿Quieres dejar de mirarlo? —Le suelto a Robert—. ¡Se parece a mí!

—Lo sé —responde Robert, con voz extraña—. Hay más.

Recojo algunas de ellas. Son bastante pequeñas, del tamaño de mi antebrazo.

—Tenían hijos —respiro, mirando a los niños pintados burdamente con sonrisas brillantes y radiantes. La niña parece mayor; se ríe, y mis ojos se centran en su boca. Lo que veo allí hace que me tiemblen las manos.

No es posible. No hay manera.

Robert debe notar que algo no va bien porque mira el cuadro que tengo en las manos. —¿Qué es?

—Sus dientes —digo en voz baja, convencida de que estoy imaginando cosas—. Mira los dientes de la chica.

Cuando Robert se acerca, miro los evidentes colmillos en la boca de la chica.

—Los vampiros jóvenes, menores de siete años, tienen colmillos grandes. Les crecen a medida que pasan los años. Dime que estoy viendo cosas porque...

—No es un error. —Robert parece sorprendido—. Están pintados muy claramente. El chico más joven tiene la boca cerrada, pero la chica... No se puede negar.

No soy idiota. No es difícil sumar dos y dos.

—Esta es Jean Sanguinite —susurro, cogiendo uno de sus retratos—. ¿Pero cómo? En mi clan no se menciona que se haya emparejado con un lobo cambiaformas.

Robert parece igual de aturdido.

—Tal vez por eso fueron borrados de nuestras historias —murmura Robert—. Tiene sentido. Ninguna de las partes querría que se revelara que los cambiaformas y los vampiros pueden emparejarse entre sí y tener hijos. Crearía un tipo especial de caos.

—Pero se hizo —señalo—, y muy probablemente en medio de la guerra. No conozco todos los detalles de cómo se llegó a un tratado de paz ni qué implicaba. Hay información sobre otros tratados de paz a lo largo de los años, pero nada sobre el de esta época. Quizá Jean y Lucian decidieron unir a los cambiaformas y a los lobos para detener la guerra. Después de todo, ambos eran personas poderosas.

—No veo que eso ocurra.

—Entonces quizá se enamoraron —susurro, sintiendo que mi corazón tamborilea contra su jaula —. Y cuando se negaron a entregarse, cambiaron las tornas de la guerra.

Robert guarda silencio y veo cómo sus manos se aprietan alrededor del retrato.

Me aclaro la garganta. —En cualquier caso, vivieron juntos, tuvieron hijos juntos. La guerra terminó. Había paz. Así que, tal vez todo salió bien.

—Pero no sería agradable para ambas partes en las generaciones futuras —reflexiona Robert—, así que optaron por borrar esta parte de nuestra historia.

Mi mano roza la suya; su piel está helada al tacto.

—¡Robert! —Le dirijo una mirada horrorizada—. Te vas a morir de frío. Volvamos.

—Hay tanto que ver...

—Volveremos más tarde —insisto—. Vámonos.

Se muestra reacio y, antes de irnos, le veo echar una mirada más al retrato realista que cuelga de

la pared de la cueva. Cierra la puerta y me entrega la llave. Fuera, caminando por el bosque, comenta—: Esto es mucho para asimilar. No hablemos de esto con nadie. ¿Qué te parece?

Asiento con la cabeza. —Sí. Pero va a salir tarde o temprano. Lo sabes, ¿verdad?

Se encoge de hombros y me mira. —Por cierto, ¿qué te tenía tan alterada hoy? Ricky me dijo que estabas disgustada.

Me quedo inmóvil mientras los acontecimientos de esta tarde vuelven a mi memoria.

—Charlotte?

Le miro fijamente, entumecida.

Cuando Robert intenta tocarme, doy un paso atrás, evitándole.

Mi voz se estrangula cuando digo—: ¿Cuándo ibas a decirme que estás prometido?

La forma en que la sangre se drena de la cara de Robert hace que mi corazón se hunda.

Capítulo 24

Robert Montgomery

No creo que Charlotte sepa cómo se ve ahora.

Hay devastación en sus ojos, una pena terrible que hace que mi lobo se retuerza de preocupación y estrés.

—¿Prometido? —La miro fijamente, sorprendido por sus palabras.

—Doreen Baxter —susurra—. Tu prometida. Apareció en el café justo después de que te fueras. Quería ponerme en mi lugar como la sucia puta que tocó a su futuro compañero.

—Charlotte...

—¿Cuándo ibas a hablarme de Doreen, Robert? —Su voz es tranquila—. ¿Cuándo fuera hora de que cumplieras con tu deber hacia la manada?

—Char...

Da un paso hacia mí y ahora veo la rabia en sus ojos. —Estoy harta de que la gente me eche. No sé por qué pensé que eras diferente. No sé por qué creí toda esa basura que soltabas cada día. Debería haberlo sabido. Debería haber confiado en mis propios instintos. En vez de eso, dejé que me mudaras a tu casa, ¡dejé que me volvieras dependiente de ti! —Una risa amarga sale de su boca y veo un atisbo de lágrimas—. Dios, soy una estúpida. Hice exactamente lo que me dije a mí misma que nunca haría. Nunca debí enamorarme de ti...

—¡No! —gruño, cortándola y agarrándola—. No te he mentido ni he roto tu confianza, Charlotte. Doreen no es mi prometida.

—¡Su padre apareció para confirmarlo una hora más tarde! —Charlotte me sisea—. ¿Esperas que me crea que todo el mundo me miente menos tú?

—¡Sí! —Digo furiosamente—. ¡Tienes que confiar en mí! Doreen es... —Mi mandíbula se tensa

—. Doreen es la principal candidata para ser mi pareja. Eso es todo. Yo no la quiero. Mi lado humano no la quiere. Mi lobo no la quiere. Sólo te quiere a ti. Sólo te ha querido a ti, Charlotte.

—Entonces, ¿por qué vino su padre...

—Porque se ha empezado a correr la voz de mi relación contigo —admito—. La manada no puede tocarte ahora porque no quieren provocar mi ira. Tampoco saben lo que eres. Gregory intentaba asustarte.

Por la cara que pone Charlotte, no me cree del todo. Su falta de confianza en mí duele, pero es comprensible.

—¿Necesitas que te lo demuestre? —pregunto, ahora con calma—. Ya te lo he dicho antes. Hay candidatas impulsadas por los ancianos de mi manada y familias importantes que quieren que sus hijas y sobrinas sean hembras alfa. Pero yo no quiero a ninguna de esas mujeres, Charlotte. Ninguna de ellas me mira como tú lo haces. Ninguna de ellas me hace sentir vivo como tú.

Sus ojos vacilan y le agarro los brazos con más fuerza.

—Cuando lleguemos a casa, llamaré a Harry. Puedes preguntarle tú misma. Si eso no te satisface, haré que Gregory y su hija se presenten ante ti y podrás preguntarles. No voy a echarte. Me preocupa más que te alejes de mí. Estás recuperando tus habilidades, Charlotte. Muy pronto, ya ni siquiera me necesitarás. Y eso me da miedo. Será más fácil para ti dejarme cuando no me necesites.

—¿Qué? —Charlotte parpadea, tropezando hacia atrás—. ¿Qué quieres decir con que voy a recuperar mis habilidades?

—Debes de sentirte más fuerte últimamente. —La miro, con el corazón retorciéndose en mi pecho.

Por la mirada de sus ojos, le ha pasado, y siendo tan lista como es, debe de haber atado cabos.

—Sabía... —traga saliva—, sabía que algo estaba cambiando, pero no creía que mis habilidades estuvieran volviendo. ¿Cómo puedes asegurarlo?

—La sangre que vomitaste —le digo—. Alguien te dio un veneno cuando aún vivías en el clan. Aquella noche en la cafetería, la sangre negra que vomitaste era el veneno. Nunca había salido de tu organismo. Probablemente vomitarás un par de veces más, pero luego estarás bien. Nadie

podrá volver a llamarte vampira defectuosa. Si deseas volver a tu clan o unirte a otro, ya nada te lo impedirá.

Charlotte respira con dificultad. —No quiero unirme a un clan. No quiero volver. Ya lo sabes.

—Estoy diciendo que ahora es una opción. Ya no me necesitas, Charlotte. Al final, serás tú quien me eche a un lado. No al revés.

Me mata decir estas palabras, mi lobo está aullando dentro y golpeándose contra mí, intentando salir.

Me mira fijamente, con el cuerpo tembloroso.

—Eso no es verdad. —Su voz es ronca—. Yo nunca... Doreen dijo... Su padre...

—Te quiero —digo, simplemente—. Y mi lobo te dio nuestra marca de emparejamiento esa noche, nuestra primera noche. No haría eso si tuviera la intención de alejarme de ti, Charlotte. Pero no puedo sentir nuestro vínculo, y ojalá pudiera. —Señalo hacia la cascada, la cueva—. Deseo profundamente ahora mismo que el hecho de que nuestros antepasados estuvieran juntos y que se parecieran a nosotros signifique que nuestros destinos están entrelazados. —Recorro la distancia que nos separa—. Soy tuyo. Eso es todo. Nadie más que tú tiene derecho sobre mí. Y nadie lo hará jamás. Así que no digas que te estoy abandonando. Nunca haría eso.

Puedo ver las lágrimas brillando en los ojos de Charlotte. Puedo leer el miedo, la duda, y me mata. Es una de las mujeres más fuertes que conozco y está aquí llorando por mi culpa.

Algo dentro de mí se endurece. La cojo de la mano. —Vamos. Vámonos.

—¿A dónde? —No se resiste mientras la arrastro conmigo.

—¿Quieres la verdad? —Exijo—. Vamos a casa de Gregory Baxter, y se lo preguntaré delante de ti. A ver si ese cabrón miente delante de su alfa.

—¡No! —Charlotte suena angustiada—. ¡No quiero montar una escena! Te creeré.

—¡No, no lo harás! —Me doy la vuelta y ella se golpea contra mi pecho. La miro hacia abajo—. No quiero que dudes de mí. Si puedo despejar...

—Te creo. —Los dedos de Charlotte se enroscan en mi camisa—. Te creo. No tienes que

demostrarme nada.

—Pero...

—Confío en ti. —Ahora suena más segura.

Mi corazón palpita mientras miro a esta mujer. —Puede que sea un alfa, Charlotte. Puede que tenga dinero y poder, pero siempre me siento falto cuando se trata de ti. Siento que no te merezco. Mi familia me odiaba. Destruyeron mi cara. Intentaron destruir mi vida. Incluso con la gente en la que confío y a la que llamo amigos, nunca he podido relajarme de verdad hasta que te conocí. Te siento como un regalo después de toda una vida de penurias. Hice todo lo que pude para convertirme en el alfa, pero por ti, Charlotte, lo tiraría todo por la borda en un santiamén. No entiendes lo preciosa que eres para mí. Nunca habrá otra tú, y no quiero perderte. Así que, si necesitas la seguridad de que te soy fiel...

Charlotte levanta los brazos y me rodea el cuello con ellos. Mete la cabeza en mi pecho y suelta un pequeño sollozo.

Mis brazos rodean su cintura mientras la estrecho contra mí.

—Yo también te quiero. —Sus palabras son un sollozo roto—. Y es realmente aterrador.

—Puedes repetirlo —me río entre dientes, con el corazón desbordado ante su cruda sinceridad—. Muy jodidamente aterrador.

Cuando Charlotte se retira, tiene los ojos húmedos, pero no llora. —¿Te importa que recupere mis habilidades?

Me encojo de hombros. —Si eso significa que eres capaz de protegerte cuando no estoy cerca, entonces estoy de acuerdo.

—¿Crees que lo que acabamos de descubrir en la cueva significa que estamos destinados a estar juntos?

—Me gustaría pensar que sí. —Le sonrío—. Realmente lo espero. Hay algo en saber que fuiste hecha sólo para mí.

Su sonrisa es lo más bonito del mundo para mí y le limpio los ojos mientras le digo—: ¿Nos vamos a casa?

Charlotte asiente.

Me alejo de ella y cambio a mi forma animal. Prefiero cargar con ella que volver andando. El grito de júbilo de Charlotte hace que mi lobo se acicale. Con mi forma animal bajo control, la olfateo antes de frotar mi cuerpo contra ella, impregnándola de mi olor. Se le escapa una carcajada de sorpresa cuando la acaricio con el hocico.

Entonces, me dejo caer delante de ella, resoplando. Entendiendo la indirecta, Charlotte se sube encima de mí y la oigo susurrar—: Qué suave.

Sus manos recorren mi pelaje y me complace la aprobación de mi compañera. Con o sin vínculo, Charlotte es la única mujer que llevará mi marca de emparejamiento.

******

Que Charlotte no quisiera enfrentarse a Doreen y a su padre no significa que yo no quiera.

Mi padre era el tipo de alfa que se dejaba influenciar fácilmente por el dinero, y los ancianos de la manada, que solían ser los patriarcas y matriarcas de las familias prominentes de la manada, lo utilizaban en su beneficio. Sin embargo, no me parezco en nada a mi padre, para irritación de ellos. No se me puede comprar ni sobornar. Mi negocio es tan único que ni siquiera pueden interferir en él.

Y aunque he sido un alfa justo, al fin y al cabo, mi palabra es ley.

Decido tratar con todos a la vez. Convocar una reunión de manada es algo muy importante porque cuando un alfa convoca a la manada, se supone que todos deben dejar lo que están haciendo y presentarse.

Me quedo en el pasillo, viendo cómo se amontona la gente.

Han pasado dos días desde que Charlotte y yo descubrimos la cueva en el bosque, tiempo suficiente para que piense en lo que quiero hacer ahora.

Una vez reunidos todos, tomo la palabra.

—¿He sido un alfa justo para esta manada?

Mi pregunta va seguida de un fuerte aplauso y les hago un gesto con las manos para que se

tranquilicen. Todos los miembros de la manada están presentes hoy.

—¿Os he tratado mejor que mi padre y sus predecesores? ¿Os he dado más derechos, he puesto fin al robo de vuestros bolsillos, he educado a vuestros hijos gratis?

Sonidos de acuerdo en voz alta.

—Entonces, ¿por qué, cuando quero algo para mí, esta manada se cree con derecho a interferir en mi vida privada?

Veo a Gregory Baxter estremecerse. Su hija está a su lado y sus labios se perfilan en una fina línea.

—Abandonamos la mayoría de las viejas costumbres cuando me hice cargo de esta manada —declaro furioso—. Si los miembros creen que tienen derecho a elegirme una pareja, ¿debo devolverles el favor? ¿Debería obligarles a tener pareja? Ya lo dije cuando me hice cargo: no habrá matrimonios políticos. Cualquier mujer que yo elija tendrá que cortar lazos con su familia. Eso significa que su familia no obtendrá el estatus que busca a través de mí.

Veo la indignación en bastantes rostros. Sander Tillon, un hombre mayor y cabeza de familia, dice furioso—: ¡No puedes pedir a nuestras hijas que rompan los lazos con nosotros! Eso es inaudito. Las tradiciones están para cumplirlas.

—Las tradiciones ya no tienen cabida en esta manada —gruño—. Son esas supuestas tradiciones las que arruinaron la manada en primer lugar.

—No puedes...

—Yo soy el alfa, Sander —digo con dureza—. Desde luego que puedo. Y otra cosa. Permítanme disipar los rumores aquí y ahora. Sí, estoy liado con una mujer. La próxima vez que alguien vaya y se presente como mi prometida, le tire café encima y la moleste, eliminaré a su familia de la existencia.

Gregory se pone pálido. —No lo harías. No por una huma...

—Mi compañera —le corrijo fríamente—. Esa mujer ha sido marcada por mi lobo. Ahora es mía.

Ignoro los murmullos sorprendidos, mi voz es alta y cruel. —No olvides que si te atreves a hacer

daño a mi compañera, no sólo te enemistarás conmigo, sino con nuestras dos manadas aliadas. Han ofrecido protección sobre esta mujer.

—¡No toleraremos a una humana como nuestra hembra alfa! —Doreen estalla de repente, con voz aguda—. No aceptaremos a una débil...

—¿Quién dijo que es humana? —Levanto la ceja.

—La vi... —Se calla casi al instante.

—Así que tenía razón. —Me acerco a Doreen, mi voz es suave—. Fuiste tú quien atacó a mi compañera. ¿Realmente pensaste que no habría consecuencias?

Gregory se pone inmediatamente delante de su hija, protectoramente. —Doreen no hizo nada malo. La chica la provocó.

—Charlotte no podría provocar ni a una mosca —me burlo—. Y tengo testigos.

—¿Creerías a esos asquerosos humanos antes que a mí? —exige Doreen histéricamente.

—¿Qué tal una hembra alfa? —Una voz viene de detrás de mí mientras Aisha se adelanta—. Me sorprende que no me reconocieras, Doreen, en el café. ¿O pensabas que yo también desaprobaría la elección de Robert y te defendería?

—¡Ella no es una de nosotras! —Doreen no parece tener ni una pizca de remordimientos—. Deberíamos poder opinar sobre la mujer que se convierta en nuestra hembra alfa. Todo el mundo lo piensa. Me criaron para ser la hembra alfa. ¡Tengo el entrenamiento! ¡Tengo contactos! Mi familia te ha apoyado...

—Cualquier hembra que se acerca a alguien que supone que es una humana y le arroja líquido hirviente en la cara para causarle daño e implicar a la manada no merece liderar esta manada —digo fríamente—. ¿Y qué conexiones tienes que crees que necesito? Todo lo que he hecho por esta manada ha sido gracias a mi propia fuerza. Y en cuanto a ese apoyo del que hablas, tu familia se benefició de mi ascenso al puesto de alfa, Doreen. —Puedo ver cómo se le pone roja la cara cuando añado—: Nunca te prometí nada a ti ni a tu familia. Nunca prometí elegir a ninguna hembra de esta manada. Si viviste bajo esta ilusión, es tu culpa.

Giro la cabeza de un lado a otro para dirigirme al resto de la multitud.

—Déjenme aclararles esto a todos ustedes. Ella es mi compañera, tanto la manada Moore como la manada Wolfguard lo confirmaron ayer. Si no quieren que mi compañera se convierta en hembra alfa, está bien. De todos modos, no me gustaría poner esa carga sobre ella. Sin embargo, tampoco tomaré a ninguna mujer de esta manada para ser hembra alfa por matrimonio. Y a quien intente volver a intervenir en mis asuntos privados, ya le he dicho lo que le espera.

Gregory está furioso, al igual que otros ancianos de la manada. Yo solo he aplastado sus años de planificación.

—No queremos un alfa tan egoísta... —empieza Gregory, y yo me encojo de hombros.

—¿Quieres que renuncie?

Sus ojos se abren de par en par y veo un destello de interés en su mirada.

Tonto, me burlo internamente.

—Deberíamos elegir a nuestro alfa. —Gregory mira a su alrededor buscando el apoyo de los otros ancianos de la manada—. Si podemos acabar con tantas tradiciones, ¿por qué no también con esta? Podemos elegir al alfa que queremos que nos dirija.

Comienzan los murmullos de desacuerdo; no todos los ancianos de la manada parecen estar de acuerdo con una declaración tan audaz. Tienen caras incómodas. Sin embargo, uno o dos intervienen, con la codicia brillando en sus ojos.

—¡Gregory tiene razón!

—¡Deberíamos poder elegir a nuestro propio líder!

Miro alrededor de la manada, sin inmutarme. No siento ninguna lealtad hacia esta gente. Cuando mi padre me torturó, cuando mis hermanastros me atormentaron, ninguna de estas personas intentó protegerme ni levantó la voz. Me convertí en el alfa para demostrar algo, para restregárselo por la cara a mi padre. Mi motivación era egoísta, pero hice lo correcto por esta manada. Les di una mejor calidad de vida, más libertad. Pero mis palabras a Charlotte eran ciertas. No tengo problema en alejarme para estar con ella. Tengo suficiente dinero para llevarla de viaje por el mundo, para mimarla con todos los lujos que se me ocurran. No necesito estar aquí.

—Bien —sonrío, relajado—. Si eso es lo que la manada quiere...

—¡No!

Miro y veo que Tommy Decker, el contratista que envié a casa de Charlotte, sale de entre la multitud. Su voz es firme. —Gregory y los ancianos de la manada no hablan por mí. Gracias a ti, ya nadie se mete en mi fondo de jubilación. Mi hija mayor pudo ir a la universidad gracias al Fondo de Educación que creaste para la manada. Mi hijo tiene ahora un empleo gracias a que creaste puestos de trabajo para que nadie de la manada carezca de ellos y estableciste un salario mínimo para nosotros. No quiero que venga un gilipollas avaricioso y lo vuelva a joder todo. No quiero que te vayas. Aceptaré a tu compañera como hembra alfa. Ella puede ser un pato por lo que a mí me importa. Si eso significa que te quedas, ella tiene mi respeto.

Su discurso agita al resto del lugar, y una mujer toma la palabra. —Estoy de acuerdo con Tommy. No queremos otro alfa. Te queremos a ti. Nos has dado el tipo de derechos que sólo veíamos disfrutar a los ricos. Por primera vez tenemos seguridad. No tengo que preocuparme por la falta de vivienda. Sé que no dejarás que eso suceda. No quiero volver a cómo eran las cosas antes de que te convirtieras en el alfa. No estoy de acuerdo con los ancianos de la manada. Cuando tu padre nos lideraba, nuestro dinero llenaba sus bolsillos y los de los ancianos de la manada. Nos obligaban a trabajar por cacahuetes. Se aprovecharon de nosotros. ¡No teníamos a nadie que nos protegiera! ¡A los ancianos de la manada no les importaba porque nuestro sufrimiento les beneficiaba! Si alguien debería irse, ¡deberían ser los que quieren reemplazarte!

—¡Escuchen! ¡Escuchen!

Gritos de aprobación llenan el pasillo, y, mientras los ancianos gritan al resto de la manada, veo la lealtad en los ojos de las personas por las que he trabajado tan incansablemente durante estos últimos años. Están dispuestos a luchar para mantenerme aquí. Mi familia nunca luchó para mantenerme con ellos. Nadie ha luchado nunca por mí, y aunque esta gente nunca había levantado la voz antes, están decididos a retenerme. No sé por qué me importa tanto; no debería importarme, pero siento el corazón caliente.

Los lobos prosperan en manadas. No será fácil irme, pero estoy dispuesto a hacerlo. Saber que mi manada está luchando con uñas y dientes para mantenerme aquí es reconfortante para mi lobo.

—¡Tenemos derecho a elegir!

—¡Entonces vete a otro sitio y elige! —Tommy le grita a Gregory—. ¡Sólo porque vivas en una

mansión no significa que tomes decisiones por el resto de nosotros! Yo, por mi parte, me alegro de que nuestra hembra alfa no vaya a ser de una de vuestras familias. Robert no ha tomado ninguna decisión equivocada hasta ahora. Confío en que la mujer que ha elegido nos tratará como él nos trata. Aceptamos su elección.

El resto de los miembros expresan su acuerdo con Tommy, dejando a los ancianos aislados y completamente humillados. La decisión está tomada; sin el apoyo del resto de la manada, los ancianos están indefensos. Desde que llegué al poder, he estado reduciendo lentamente el poder que ejercen. Hoy en día, el resto de la manada no depende de esas pocas familias importantes cuyos negocios son su única fuente de sustento, y puedo ver cómo se dan cuenta de ello.

Sonrío.

La élite de esta manada debería haber apoyado a mi padre si querían seguir cosechando beneficios.

Al mirar alrededor de la sala, veo el descontento en las caras de los ancianos. No van a dejar pasar este insulto.

Tendré que vigilarlos.

Capítulo 25

Charlotte Sanguinite

Hace días que no veo a Angie.

Es mi día libre y salgo a buscarla. Mano y Zeno me acompañan con sus correas. Mi gata ha decidido, embarazada y todo, que Zeno está por debajo de ella. Así que, cada vez que hacemos una pausa, decide pegarle por vago.

—Espero que no le pegues a tus hijos —le digo—. Eres tan mala.

Me maúlla indignada mientras Zeno se acerca a olisquearle la barriga. Mano estará de parto cualquier día de estos. Después de esto, pienso llevarla a la protectora para que Ricky le haga un chequeo.

Me dirijo al parque que hay cerca de mi apartamento y escudriño la zona, decepcionada al no ver ni rastro de Angie. Siempre viene a mediodía. Encuentro un banco y dejo que Zeno y Mano correteen sin correa. La Sra. Mallory los ha adiestrado para que respondan a un silbato que me ha dado para usar hoy. Los animales no se alejan mucho de mí, prefieren estar juntos. Mano se mueve más lentamente por su embarazo, y a Zeno le gusta venir a olerla de vez en cuando para asegurarse de que está bien.

No les quito los ojos de encima, pero dejo vagar mis pensamientos.

Aún no puedo olvidar esa sensación cuando Doreen declaró que era la prometida de Robert. Ahora sé la verdad. No creo que vuelva a verla en el café.

Sin embargo, durante la última semana, he recibido tantas visitas de cambiaformas que ha sido abrumador. Tommy Decker ha venido cada dos días, con dos o tres cambiaformas. Puedo oírlos cuchichear entre ellos, pero nunca he percibido hostilidad por su parte. Tengo la sensación de que Tommy ha soltado la bomba sobre lo que soy, porque algunos de ellos han mirado la pulsera de plata que llevo en la muñeca con desvelado interés.

Son las mujeres mayores las que han sido más persistentes. He estado recibiendo tartas caseras y

trozos de carne durante todos mis turnos. Tengo suerte de que Jazz encuentre todo esto divertido. No entiende lo que pasa, pero parece haberse dado cuenta de que estas mujeres están relacionadas con Robert de alguna manera.

Tommy se me acercó la primera vez que apareció y me habló de una reunión de la manada la semana pasada. Robert había estado fuera de casa todo el día y, cuando volvió, parecía conmocionado. Contento, pero también como si todo su mundo se hubiera tambaleado.

Robert nunca me dijo dónde había estado ni qué había pasado. Fue Tommy, el contratista, quien me lo contó, casi con regocijo.

—Sumé dos y dos, ya ves. —El hombre me sonrió—. Olías demasiado como él. Y ahora, hueles igual que nuestro alfa. Luchó por ti. Iba a dejar la manada, pero no podemos perderlo, así que queríamos convencerlo de que te aceptaremos. No nos importa si eres una de esos chupasangres. No eres como ellos.

Tanteó el terreno con sus palabras, pero me conmovió ver a toda esa gente intentando encontrar diferentes formas, no verbales, de darme la bienvenida a su manada. Aunque sea por el bien de Robert, esta cálida sensación en mi pecho no va a desaparecer.

Estaba segura de que su manada me rechazaría. Estaba segura de que Robert sabía de la inminente pelea que causaría nuestra relación, y probablemente estaba igual de conmocionado. Pero las palabras de Tommy me hicieron sentir orgullosa de Robert. Casi nunca habla de su trabajo, pero cuando lo hace, siempre le resta importancia. Como crear un centro comunitario con su propio dinero para que los jóvenes de la manada tengan una salida saludable, o establecer comités para asegurarse de que ningún hogar de su manada pase hambre.

Ni siquiera me habla de estos emprendimientos. A veces, sólo le oigo hablar por teléfono. Ha puesto su corazón y su alma en esta manada, y parece que los miembros no sólo reconocen todo esto, sino que también le quieren.

Veo a Zeno intentar atrapar la cola de Mano mientras ella se estira perezosamente a mis pies, parpadeando lentamente hacia mí.

Me agacho y froto su tierno vientre, haciéndole cerrar el ojo bueno y ronronear.

Soy feliz, me doy cuenta al escuchar el rumor satisfecho. Soy más feliz de lo que he sido en años. Y quiero proteger esta felicidad con todo lo que tengo. He encontrado el amor en el lugar

más insospechado.

Robert y yo aún no hemos vuelto a visitar la cueva, pero él me ha estado hablando de recuperar los diarios para ver qué partes de nuestra historia fueron borradas y deberían ser restauradas. Ninguno de los dos ha abordado el tema del "elefante en la habitación”el hecho de que tanto Lucian Whitlock como Jean Sanguinite son la viva imagen de nosotros mismos. Lo mencionamos la noche que encontramos la cueva, pero eso fue todo. No sé por qué nos parecemos tanto a ellos. No tiene sentido para mí.

Por eso quería encontrar a Angie hoy, pero localizarla ha sido casi imposible. No está en sus lugares habituales y no tiene apartamento, prefiere vivir en refugios para mujeres o a la intemperie. Le he ofrecido muchas veces una cama en mi apartamento, pero nunca la ha aceptado.

Estoy preocupada por ella.

Tengo dos horas más para buscar a Angie porque esta tarde he quedado con Jazz en el refugio de animales. Dos horas más. He agotado todos los posibles lugares donde podría estar.

—Bueno, no es como si hubiera podido desaparecer. —Acaricio a Mano, que ha conseguido subirse a mi regazo—. Aparecerá. Siempre lo hace. Y esta vez, voy a obligarla a que me deje comprarle un teléfono. Esto es ridículo. Se está haciendo vieja. Necesita aprender a quedarse en algún lugar para que no tenga que preocuparme por ella todo el tiempo.

Mano maúlla de acuerdo con mis quejas.

Justo entonces, Zeno empieza a ladrar y una sombra cae sobre mí.

Levanto la vista y veo a Terrence de pie frente a mí.

Todo mi cuerpo se pone rígido, pero él levanta inmediatamente las manos, una de las cuales contiene una bolsa de papel marrón. —Vengo en son de paz.

—¿Qué haces aquí? —Miro a mi alrededor con ansiedad antes de recordar que ya no soy completamente débil.

—He traído una ofrenda de paz. —Terrence extiende la bolsa de papel—. Macarons Te encantaban, ¿recuerdas?

Abro la bolsa y miro dentro.

Se me revuelve el estómago.

Parece que Terrence ha olvidado muchas cosas. Doblo la parte superior de la bolsa y la dejo a un lado. —Ya no como macarons, Terrence. Fue hace mucho tiempo, así que no espero que te acuerdes.

Sus ojos se detienen en la bolsa. —¿De verdad? ¿Qué pasó?

—Clyde se sentó sobre mi estómago y me hizo tragar macarons a la fuerza, y yo no podía respirar. —Cierro las manos en puños detrás de Mano, el recuerdo aún me traumatiza. Mi hermano me los metió en la boca, hasta el fondo de la garganta, y casi me asfixio—. Tú me salvaste, ¿recuerdas? —Le miro, sin sorprenderme de que no lo haga. Su expresión vacila y veo arrepentimiento en sus ojos. Intento mantener un tono despectivo—. Fue hace mucho tiempo. No te culpo por haberlo olvidado.

Terrence suspira. —Lo siento. Es que... Han cambiado tantas cosas, Charlotte. Siempre pensé que estabas enfadada conmigo por haberte ido y por eso nunca respondías a mis cartas. Creía que cuando volviera, te pediría perdón por dejarte atrás y arreglaría las cosas entre nosotros. Era duro estar tan lejos de ti y no tener ni una sola carta tuya.

—Escribí, Terrence... —empiezo, pero él me dedica una sonrisa irónica.

—Lo sé. Ojalá tu padre no hubiera decidido separarnos.

Me encojo de hombros. —Probablemente pensó que sería una distracción. Nunca aprobó nuestra amistad.

Terrence se sienta a mi lado en el banco, con voz grave. —Siento haberte decepcionado, Charlotte. Quería convertirme en el tipo de hombre del que estuvieras orgullosa. Sé que no querías que me fuera, pero necesitaba hacerme fuerte para poder protegerte. Pensé que estaba haciendo lo correcto. Pero supongo que todo lo que hice fue empujarte a los brazos de otro hombre.

Le miro y me duele el corazón.

—Estuviste fuera mucho tiempo, Terrence —murmuro—. Sé que no lo aprobarás porque Robert es un cambiaformas, pero...

—No es eso. —La voz de Terrence es ronca—. No me importa lo que sea. Es que ha sido capaz de hacer por ti lo que yo nunca pude. Veo la confianza que hay en ti. Nunca te había visto así. Es un buen cambio. Ojalá hubiera sido yo quien lo provocara. —Tiene una mirada suplicante—. ¿Estás segura de que no lo reconsiderarás, Charlotte? No sé qué hacer sin ti. Todo lo que he hecho en mi vida ha sido con tu nombre en mi corazón, por un futuro contigo. Sé que parezco patético, pero puedo darte una buena vida, una vida feliz. Haré lo que quieras que haga.

Aprieto los labios, recordando lo que Robert me preguntó en su cocina sobre la elección de Terrence y cómo Terrence me había propuesto matrimonio. Y aún no he podido procesar lo que Robert me dijo sobre haberme dado su marca de emparejamiento. Nunca pensé que me vería atrapada entre dos hombres que me desean. Nunca nadie me había deseado, así que esto no es más que un fenómeno extraño para mí. No me gustaría herir a ninguno de los dos, pero...

—Quiero a Robert, Terrence. —Le miro, con los dedos clavados en el pelaje de Mano—. No sé cómo sucedió todo, pero sucedió. Quizá si hubieras vuelto antes de que Robert y yo nos cruzáramos, las cosas serían diferentes. Pero ahora... —No me siento bien diciendo esto, pero no quiero darle falsas esperanzas a mi amigo de la infancia—. No es que no me importes, Terrence. Fuiste amable conmigo en una época en la que no tenía a nadie, y valoro la amistad que compartimos. Pero Robert y yo... Puede que no tenga sentido para nadie, pero funcionamos. Somos felices. Yo soy feliz. Como nunca lo había sido.

Terrence suspira y se pasa las manos por el pelo antes de apoyarse en el banco. —Ya veo—. Su sonrisa es cansada y triste, y me duele el corazón. —Tu felicidad me importa. Pero no me saques de tu vida y me deseches como un pañuelo usado, Charlotte. Puede que tú no me necesites, pero yo te necesito a ti, y aceptaré todo lo que estés dispuesta a darme, aunque sólo sea amistad. No me des la espalda, Charlotte.

—Tu lealtad es hacia el clan, Terrence. —Hay una tristeza paralizante dentro de mí mientras pronuncio esas palabras—. Mi lealtad es hacia Robert. No puedo mantener nuestra amistad y estar con Robert al mismo tiempo. Sabes lo que el Clan Nelo le ha estado haciendo a su manada, con las drogas y los asesinatos...

—Su manada nunca te aceptará. —Terrence mira hacia otro lado, sin negar las acciones de mi antiguo clan—. ¿Cómo puedes serle leal cuando te quemarían en la hoguera, simplemente por lo que eres? No tienes futuro con Robert aparte de que simplemente seas una de sus mujeres.

—Me han aceptado —respondo simplemente—. Y no puedo ser amiga de una persona que

intenta activamente hacer daño al hombre que amo y a su pueblo. Lo siento, Terrence.

Dejo a Mano en el suelo, me pongo en pie y Terrence me agarra de la muñeca.

—¿Y si no es así? Si te ayudo, ¿al menos me ofrecerás tu amistad?

Le miro a los ojos y, a pesar de la sinceridad que veo en ellos, sé que, si decido que Terrence entre en mi vida, Robert será infeliz. No me lo impedirá; nunca ha intentado restringirme nada. Pero seguro que no estará contento, y eso tendrá un efecto dominó en mi relación con él. Quiero proteger lo que tengo con Robert a toda costa.

Pero, si Terrence está dispuesto a ayudarnos, tendremos a alguien dentro del Clan Nelo que pueda ayudarnos a derribarlo. Porque es hora de acabar con todo el clan. Lo que sea que mi padre esté planeando, no puedo sentarme a ver cómo sucede, no cuando el hombre que amo se convertirá inevitablemente en un objetivo. Robert ha estado luchando para proteger a su manada. Lo menos que puedo hacer es ayudarles.

—De acuerdo. —Asiento a regañadientes—. Si me ayudas a detener lo que sea que esté planeando el clan, y se logra la paz entre las manadas de lobos y los clanes, no habrá razón para que no podamos mantener nuestra amistad.

Me siento fatal por haber utilizado así los sentimientos de Terrence, pero, si se logra la armonía y se pone fin a todo este horrible asunto, quizá pueda tener una relación cordial con Terrence. Sin embargo, no creo que las cosas vuelvan a ser como eran entre nosotros, porque la chica a la que él amaba era una víctima, indefensa y necesitada de un caballero de brillante armadura. La chica de la que Robert se enamoró no era una víctima. Había salido del infierno y se había reinventado. Se había construido una vida y, aunque tenía el corazón vacío y estaba físicamente débil, estaba decidida a no rendirse sin luchar. Terrence nunca se habría enamorado de la versión actual de mí. Él habría querido jugar al héroe, mientras que yo habría querido un compañero.

Pero no creo que Terrence lo entienda nunca.

—¿Qué quieres saber? —Terrence no parece molesto en lo más mínimo ante la idea de traicionar a su clan. Pero entonces, él ha estado fuera durante más de una década. Tal vez él no tiene mucha lealtad hacia el clan, tampoco.

—Quiero saber qué trama realmente mi padre —digo rotundamente—. Simplemente crear una droga para los cambiaformas no tiene ningún sentido para mí. No tiene ningún propósito. La

mayoría de las manadas han prohibido la droga, así que ¿por qué seguir fabricándola? Y... —Dudo en esta parte—, Quiero saber sobre Jean Sanguinite.

El nombre provoca una extraña reacción en Terrence. —¿Por qué preguntas por Jean Sanguinite?

Sería fácil decirle la razón por la que de repente he pronunciado este nombre, pero recuerdo la promesa que le hice a Robert. Esto nos involucra a los dos, y no creo que deba contarle a nadie lo que hemos descubierto. Angie es alguien en quien confío implícitamente, por eso necesitaba hablarlo con ella, por eso y por las cartas del tarot que me enseñó.

—Siempre he sentido curiosidad por ella. —Me encojo de hombros—. Es una figura tan destacada en el mundo de los vampiros, pero no se sabe mucho de ella.

—Es extraño que menciones a Jean —murmura Terrence—. Y aún más extraño es que me la menciones a mí.

—¿Por qué? —Su expresión me hace parpadear.

—Eres su descendiente. —Terrence se mete las manos en los bolsillos—. Debes saberlo por su apellido. Mi familia también se remonta a la época en que ella vivía. Silvius, la mano derecha de Jean, es mi antepasado. Mi familia ha mantenido registros de la vida de Jean a través de los años. Puedo darte acceso a ellos si estás interesada en ella.

Le miro boquiabierta. —Si tienes tanta información sobre ella, ¿por qué nunca ha estado disponible en los archivos del clan?

Terrence niega con la cabeza. —No lo sé. Era muy joven cuando mi padre me habló de Jean y de la historia de nuestra familia. También hubo una profecía pronunciada por un vidente que había estado cerca de Jean.

—¿Una profecía? —Me pican los oídos—. ¿Qué decía?

Terrence me mira. —De nuevo, no lo sé. Lo siento. Está escrito en alguna parte, pero nunca lo he visto.

Tengo muchas ganas de conocer el contenido de esta profecía, sobre todo porque quiero saber si tiene algo que ver con que Robert y yo nos parezcamos tanto a esos dos héroes de guerra.

—¿Hay —empiezo con cuidado—, alguna mención a su pareja o a sus hijos?

—No. —Terrence sacude la cabeza—. Nada. ¿Por qué haces todas estas preguntas, Charlotte? No parece simple curiosidad.

—Por nada.

—No. —Terrence da un paso hacia mí—. Me estás ocultando algo.

Cuando era joven, a Terrence le resultaba muy fácil conseguir que le contara todo. Sin embargo, ya no soy tan fácil de convencer.

—Realmente no es por nada. —Le doy una pequeña sonrisa—. Sólo oí en alguna parte que era pelirroja como yo, así que tenía curiosidad.

Terrence guarda silencio un momento y luego murmura—: Ya veo.

Es evidente que no me cree, pero me alivia que no insista.

—Dame unos días y te traeré la información que necesitas.

Su sonrisa es triste, y desvío mi vista ante la mirada desconsolada de sus ojos. Pero, si somos capaces de desbaratar los planes de mi padre, la armonía que podamos conseguir contribuirá en gran medida a reparar también la fracturada amistad que nos une. Quiero ser idealista y creer eso.

Terrence coge la bolsa de macarons, pero yo la cojo primero. —Los probaré. —Sus ojos se abren de par en par y le dedico una pequeña sonrisa—. Nuevos comienzos, ¿verdad?

Se aleja y, cuando lo pierdo de vista, guardo la bolsa en el bolso. Los probaré, pero no ahora.

—Vamos, bebés. —Miro a Mano, que dormita bajo el banco—. Haremos que Ricky te mire y Zeno tiene que ser desparasitado hoy. Quizá Robert se reúna con nosotros allí.

No sé conducir, aunque Robert me ha insinuado que me enseñará pronto. Nunca he necesitado coche; el transporte público suele bastarme. Hoy, sin embargo, pido un taxi y, con la gata y el cachorro en brazos, nos dirigimos al refugio de animales. El taxi nos deja en la esquina de la calle en la que está, y me aseguro de que las correas estén bien sujetas en mi mano antes de caminar la última media manzana.

Abro la puerta y grito—: ¿Ricky?

—¡Ya voy! —Ricky sale, bostezando—. ¿Dónde está tu amiga? Creía que traías a alguien para adoptar a uno de los gatitos.

—¿Jazz? —Reviso mi teléfono mientras Ricky deja que Zeno le lama toda la cara en un saludo entusiasta—. Estará aquí en diez minutos. ¿Algún otro interesado?

—¿Para los gatitos? —Ricky coge a Mano y se dirige a la sala de reconocimiento. Le sigo, dejando que Zeno me siga a su ritmo—. Tuvimos una interesada, pero la chica no quería un calico ni un gato negro, así que se fue.

Frunzo el ceño mientras le veo pinchar y punzar a Mano. —Ni siquiera sé cómo responder a eso.

Ricky me dedica una sonrisa tensa. —Lo sé. La eché. Llamó fea a Peaches. ¿Cómo se atrevió?

Peaches es la más pequeña de la camada y la favorita de Ricky. Sé que acabará adoptándola.

—Bueno, Mano. —Ricky le presiona ligeramente el vientre—. Estás muy cerca de dar a luz. Yo diría que hoy o mañana. Le ha bajado el abdomen y me has dicho que jadea mucho. Aunque es extraño.

—¿Qué pasa? —Acaricio la cabeza de Mano y ella frota su mano contra mi palma.

—Me dijiste que no muestra ningún rasgo de anidamiento. ¿La caja y las mantas no funcionaron?

—Se niega a entrar en ellas. —Le miro—. Lo único que quiere es estar cerca de Robert o de mí. Le ha dado por dormir con nosotros, y eso significa que Zeno también quiere dormir con nosotros. —Pongo los ojos en blanco—. Tenemos escoltas.

Ricky se ríe. —Se siente segura cerca de ti. Asegúrate de que uno de vosotros esté cerca de ella cuando el otro no lo esté. ¿Tienes una foto de la comida que le has estado dando estos días?

—Oh, sí. —Busco en mi bolso, y mi mano entra en contacto con mi regalo de Terrence—. Oye, ¿quieres unos macarons? Probablemente me coma uno, y sé que te gustan los dulces.

Ricky se ha quitado los guantes y se lava las manos mientras yo abro la bolsa de papel.

—¿De dónde los has sacado? —pregunta, cuando le tiendo uno con una sonrisa. Sin embargo, cuando le da un mordisco, su sonrisa se desvanece.

Coge la papelera de debajo del mostrador y escupe el dulce.

—¿Qué pasa?

Antes de que pueda decir nada, ocurren dos cosas a la vez. Mano suelta un grito de dolor, y el sonido de la puerta principal abriéndose me llega justo cuando suena la voz de Jazz. —¿Charlotte?

—Se va a poner de parto —dice Ricky, mirando a Mano.

—¿Ahora? —Le miro, confusa.

—Te dije que estaba lista —dice Ricky, cogiendo otro par de guantes—. Ve a buscar una de las almohadillas térmicas y un absorbente a la sala de suministros. Puede que antes no quisiera un nido, pero ahora lo necesitará. Hay una caja en mi despacho. Tráela también.

Mano aúlla, su cuerpo se retuerce. Agarro a Zeno. —Voy a encerrarlo en la oficina.

Al salir de la sala de reconocimiento, digo—: Jazz, tenemos una situación...

Mis palabras se cortan al ver al hombre que está a su lado.

Se me seca la boca y me recorre una oleada de miedo.

—Padre.

Capítulo 26

Charlotte Sanguinite

La última vez que vi a mi padre en persona fue la noche en que me sacó a rastras del recinto mientras yo suplicaba y gritaba. Aún recuerdo el asco y la satisfacción en sus ojos cuando me cerró las puertas del recinto en las narices.

Los vampiros envejecen lentamente a partir de cierta edad.

No hay ni una sola arruga más en su rostro y, por un momento, vuelvo en espiral a aquella noche en la que mi corazón latía con un miedo enfermizo mientras le miraba implorante y él me enviaba a la muerte.

—¿Charlotte? —La voz confusa de Jazz me hace salir de mi aturdimiento.

Sin dudarlo un instante, la agarro de la muñeca y tiro de ella hacia mí. —Entra.

—¿Entro a dónde? —Parece desconcertada y luego me mira a mí y al hombre alto que está junto a la recepción. Baja la voz y pregunta—: ¿Es tu padre?

—¡Adentro, Jazz! —La empujo a la sala de reconocimiento y cierro la puerta tras ella. Me paro frente a ella para protegerla.

Oigo que Ricky me llama, pero le ignoro, tengo toda mi atención puesta en el hombre que me engendró.

—Sigues desafiándome a cada paso. —Cuando mi padre habla, su voz está llena de disgusto.

—¿Qué demonios haces aquí? —Le gruño, apartando el miedo y dejando que la ira llene ese espacio.

—Quería ver hasta qué punto estás deshonrando el apellido de la familia. Vendiendo tu cuerpo a esos animales, intentando mostrar a todos lo bajo que ha caído el Clan Nelo. Debería haberte matado esa noche.

—¿Apellido? —Me burlo—. Me llamo Beaumont, no Sanguinite. Y sé que me borraste del registro. Así que no entiendo muy bien por qué estás aquí, puesto que tú y yo ya no somos parientes.

—Estoy aquí por las historias que le has estado contando a Terrence. —Mi padre da un paso hacia mí, amenazadoramente—. Si querías sobrevivir, deberías haber seguido viviendo como una rata, fuera de mi vista. Pero si crees que puedes agitar las aguas e intentar robar lo que es legítimamente de tu hermana, eres más tonta de lo que pensaba.

—¿Perdón? —Sus palabras no tienen sentido—. No le he dicho nada a Terrence. Él vino a buscarme. Y aunque dijera algo, sería la verdad. Sé que me escribió y me envió regalos; tú escondiste las cartas y le diste esos regalos a Arabella. Las cartas que le escribí nunca le llegaron. No entiendo qué intentabas hacer interponiéndote en nuestra amistad. ¿Y venir aquí ahora pensando que le he dicho algo? Me mantengo alejada de tu clan. He mantenido las distancias durante años. No me interesan ni Terrence ni tu preciosa hija. Así que vete.

Zeno, aún en mis brazos, gruñe en voz baja, probablemente notando mi tensión.

—¿Irme? ¿Tras la situación en que me han puesto tus desvergonzadas acciones? —Beruth pregunta sombríamente—. Terrence fue un tonto al enamorarse de ti. Su padre y yo le disuadimos, pero él simplemente no se olvidaba de ti, llegando incluso a exigirme que declarara un compromiso matrimonial entre los dos cuando estaba en Europa. ¿A ti? ¿La cosa más inútil y despreciable de mi clan? Arabella se lo merecía, no tú. Iba a hacer a Terrence mi yerno, pero nunca contigo. Pero no podías morir. ¡Y ahora declara que se casará contigo y con nadie más! Debí haberme ocupado de ti el día que Arabella te vio en la calle.

Le miro fijamente, atónita. —¿Por eso me echaste aquella noche? ¡¿Porque Terrence quería que declararas nuestro compromiso y tú querías que se casara con Arabella?! ¿Pensaste que, si yo moría, si le decías que me había escapado y me habían matado, él aceptaría hacer feliz a Arabella?

—¡Sí! —Beruth gruñe—. ¿Uno de los individuos más prometedores de nuestro clan, casado contigo? ¿Casado con una criatura inferior que fue rechazada por su padre? ¡Ni siquiera se te puede llamar vampira! Y mírate ahora. Ya ni siquiera tienes esa energía. Eres un ser inferior, un ser indigno, pero, mientras estés viva, Terrence nunca dejará de quererte. Y no puedo permitirlo. Esta vez, pienso asegurarme de que mueras.

Zeno gruñe y se retuerce en mis brazos. Mientras veo a Beruth cerrar la puerta, oigo a Mano aullando y gimoteando detrás de mí, en la sala de reconocimiento cerrada. Oigo a Jazz y Ricky murmurando juntos.

—Hay humanos aquí —siseo—. ¡¿Has perdido la cabeza?!

—Víctimas —dice mi padre, despreocupado—. Has sido una espina en mi costado durante demasiado tiempo, Charlotte. Unos pocos humanos son solo un pequeño precio a pagar por deshacerme de ti.

Se me hiela la sangre. Planea matar a Jazz y Ricky, también.

—No voy a dejar que hagas eso. —Le muestro los dientes—. Déjalos en paz. Esto es entre nosotros dos.

Beruth Sanguinite me lanza una mirada sombríamente divertida. —Pasar tiempo con ese lobo alfa parece haberte vuelto arrogante. No estás en posición de exigir nada.

Como ocurrencia tardía, reflexiona—: He estado observando tu vida. Estos son los seres humanos que son importantes para ti. Patéticos y mediocres, como tú. Al menos tu hermana hizo algo por sí misma. Tú elegiste la servidumbre. Hoy, una mancha del honor de esta familia será eliminada. Pero primero, quiero que veas sufrir a tus preciosos humanos. Quiero romper esta arrogancia tuya.

Se dirige hacia la puerta de la sala de reconocimiento y, cuando me interpongo en su camino, me agarra por el cuello. Sin embargo, ya no estoy débil ni indefensa. Le doy una patada en el estómago con toda mi fuerza. Retrocede y la puerta que tengo detrás se abre.

Jazz está pálida. Lo más probable es que haya oído toda la conversación. ¿Cómo podría no hacerlo?

Mi padre se endereza y veo que Ricky me lanza una mirada ansiosa mientras sostiene en sus manos un gatito recién nacido. Mi determinación se fortalece.

—Jazz, hay una pistola en mi bolso. Tráemela. Coge mi teléfono y llama a Robert. Dile que mi padre está tratando de matarme.

La bofetada que recibo de Beruth me hace entrar volando en la sala de reconocimiento. Mi espalda choca contra la mesa y, al entrar, empujo a Zeno hacia las manos de Jazz y corro hacia

mi padre. Le agarro por el medio, aprovecho mis años de defensa personal para juntar mis piernas con las suyas y tirar hacia delante. Cae al suelo y, mientras lo hace, le grito a Ricky—: ¡Fuera! Cógelos y lárgate.

Mano sigue pariendo; sisea, gruñe y mira fijamente a mi padre, mientras aúlla entre sus contracciones.

—¡Uno de los gatitos está atascado dentro de ella! —Ricky grita de nuevo.

Jazz tiembla y mira a Ricky. —T-Tú ayudas a Mano.

Rápidamente ata la correa de Zeno a la pata de la mesa y empieza a rebuscar en mi bolso. Le doy un codazo en la cara a mi padre e intento arañarle los ojos.

—¡Deprisa!

Salgo despedida hacia un lado. Mi cuerpo vuela por el aire como un muñeco de trapo y choca contra la puerta de cristal. El cristal se hace añicos y caigo al suelo. Veo a mi padre acercarse a grandes zancadas a la sala de reconocimiento.

Me pongo en pie justo cuando veo a Mano saltar sobre su cara, gritando. La agarra por el cuello y su mano se tensa. Tardará dos segundos en arrebatármela para siempre. El mundo entero se ralentiza cuando veo que mi fiel compañera empieza a quedarse sin fuerzas.

Ricky se adelanta, moviendo los labios.

También Jazz.

No lo lograrán, me doy cuenta vagamente.

Algo arde en mi interior. Arde más y más antes de estallar. Un sonido sale de mi garganta y, cuando parpadeo, Mano está en mis brazos, haciendo gorgoritos y aferrándose a mí, y yo estoy en el otro extremo de la habitación.

Mi padre me mira con los ojos desorbitados. No es el único.

—Ricky —respiro, la furia me quema por dentro. Esta ira, no es sólo mía. Es de otra persona. Puedo sentir otra presencia dentro de mí.

Ni siquiera tengo que decir nada. Con el recién nacido en una mano, Ricky se abalanza sobre mí y me quita a Mano.

—Vete.

Corre hacia la parte trasera del refugio y yo me giro para mirar a mi padre.

—¿Cuándo recuperaste tus habilidades? —balbucea.

Mis labios se retraen en una mueca. —Una vez que el veneno que me dieron dejó mi sistema.

—Puedo sentir tu energía de nuevo. —Parece asombrado—. ¿Cómo te volviste tan poderosa?

Sus palabras apenas me llegan.

Apunta a matar.

Las palabras de Robert están en el primer plano de mi mente. Este hombre tiene que morir. Es una amenaza para mí y para la gente que quiero.

—No es asunto tuyo —siseo.

Los labios de mi padre se fruncen en señal de desaprobación. —Esto no cambia nada. No vas a ser bienvenida en nuestro clan. Me he esforzado mucho para que Terrence y Arabella se comprometan. Por el futuro del clan, no se te puede permitir vivir.

—¿Ser bienvenida? No volvería a ese patético infierno ni aunque me lo suplicaras. —Mis palabras son un gruñido despiadado, mi cuerpo vibra con esta energía ardiente.

—Si sólo te faltaran las habilidades, habría sido diferente. Pero no te querían desde que naciste. —Mi padre resopla—. Te habría matado, pero tu madre suplicó por tu vida. Insólito. Naciste irreconocible. Ningún hijo mío debería haber nacido sanador. ¡Débil! ¡Una desgracia! No importa si te has vuelto poderosa con los años. Sigues siendo una sanadora, como la mujer que te dio a luz.

Le miro fijamente, atónita.

¿Una sanadora?

Sólo he conocido a una vampira sanadora, una anciana de nuestro clan. Siempre fue amable

conmigo, pero me evitaba todo lo posible. Los vampiros sanadores no son muy fuertes. Al igual que los lobos cambiaformas que son sanadores, los vampiros nacidos como sanadores son empáticos. Carecen de la crueldad que los de nuestra especie suelen tener. Por lo tanto, son menospreciados. Pero nunca pensé por qué había tan pocos sanadores en nuestro clan.

Un feo pensamiento se inmiscuye en mi mente y miro al hombre que se supone que es mi padre. —¿Querías matarme porque nací sanadora? ¿Cuántos otros niños como yo han sido condenados a muerte?

La mandíbula de mi padre se endurece. ¡La debilidad es un pecado entre los nuestros!

Tengo mi respuesta. El asco y la rabia se apoderan de mí. —Eres un monstruo. Debería estar agradecida de que me echaras. No me extraña que Arabella sea tan retorcida como es. Con un padre como tú, ¿qué otra cosa podría ser?

Beruth se precipita hacia delante y le doy un puñetazo en el cuello. Desvía mi golpe con facilidad, y el hecho de que me esté anticipando a sus ataques hace que se frustre. Pero mi padre siempre ha sido astuto.

Veo movimiento detrás de él. Jazz tiembla como una hoja. Lleva a Zeno en brazos y mi bolso en la otra mano. Mi padre se lanza hacia ella.

—¡No! —Grito, intentando interceptarle, pero de repente se da la vuelta, atravesándome el estómago con la mano. Emito un sonido ahogado, un calor blanco estalla en mi interior. Nos quedamos así un segundo: la mano de Beruth empalándome, un sonido apresurado llenándome los oídos, la voz de Jazz gritando mi nombre, aterrorizada, llegando hasta mí como si estuviera bajo el agua.

Y entonces la retira, y mi cuerpo se desploma en el suelo.

Tengo un gran agujero en el estómago. Lo noto. Lo que también puedo sentir es la curación instantánea.

Mi padre me mira con repulsión en los ojos. —Eso solo no te matará, pero esto sí.

Saca una estaca de plata del bolsillo interior de su abrigo.

Una estaca de plata en mi corazón lo congelará y detendrá cualquier tipo de curación, forzándome a una muerte agonizante. Tiene sentido que mi padre eligiera la forma más dolorosa

de matarme. Nunca he sido tan odiada por alguien como por este hombre.

Levanta la estaca sobre su cabeza, pero, antes de que pueda apuñalarme con ella, alguien se abalanza sobre él, empujándolo hacia atrás. Veo el pelo negro como el cuervo en una trenza familiar.

Mi padre sisea mientras Angie le lanza algo a los ojos.

Está canturreando algo y sus gritos de dolor son cada vez más fuertes. Jazz se tropieza conmigo, medio sollozando, medio temblando, agarrada a un Zeno frenético y a mi bolso. —Charlotte... tengo que... la policía...

—R-Robert —le digo gorjeando.

—Le llamó el veterinario. —Mueve la cabeza a sacudidas.

—P...pistola

A pesar del dolor, me muevo y cojo la bolsa. De repente, Zeno se vuelve loco y, mientras Jazz intenta sujetarlo, mi mano rodea la pistola y levanto la cabeza.

Sólo para ver a mi padre decapitar a Angie.

Su cabeza vuela hacia un lado y su cuerpo cae al suelo. Siento un vacío en el pecho. La mujer que me encontró en la calle aquella noche, que me compró mi primera comida, me escuchó, me abrazó, me dejó dormir en su cama... La mujer a la que consideraba una hermana mayor en todos los sentidos de la palabra, se ha ido.

Saco la pistola. Mi cuerpo está frío, la pena es una dura bola en el pecho que me roba la capacidad de respirar.

Disparo a mi padre.

El arma tiene cuatro balas.

Las vacío en su pecho.

La expresión de sorpresa en sus ojos cuando la muerte se apodera de él no es satisfactoria. Cuando Beruth cae al suelo, Robert aparece de repente en el umbral de la puerta, con el rostro

blanco como una sábana.

Le miro y la presa se rompe, la agonía de mi corazón es más cruel que el dolor que irradia mi herida.

Suelto la pistola y extiendo los brazos hacia él, un inhumano sonido de dolor sale de mi boca y las lágrimas se derraman por mis ojos. —¡Robert! ¡Robert, Angie!

No sabe quién es la mujer muerta en el suelo, ni cuánto significaba para mí. No sabe que he perdido a alguien tan valioso para mí. Pero se acerca corriendo y me abraza. Me calma mientras lloro como una niña que ha perdido a la única madre que ha conocido.

Él ganó la guerra, y yo pagué el precio.

Capítulo 27

Robert Montgomery

Era muy joven cuando perdí a mi madre. Así que nunca lloré realmente a la mujer que no conocí. Conozco el duelo, pero perder a alguien tan cercano no es algo que haya experimentado nunca.

En silencio, cierro la puerta del dormitorio poco iluminado y bajo las escaleras.

Han pasado dos semanas desde que todo se vino abajo en el refugio. Charlotte no ha dicho una palabra desde entonces. No ha ido a trabajar, no es que me preocupe que la despidan. Jazz le ha dado una excedencia indefinida. No me importaría si Charlotte dejase su trabajo, pero sé que le gusta ese lugar.

No está comiendo tan bien como debería. Apenas toca la comida, sólo quiere dormir.

Puedo sentir esta pena hueca dentro de mí, la pena de Charlotte.

Ahora también siento el vínculo de emparejamiento entre nosotros, una combinación de la marca que le puse y la sangre que bebió de mí. Está vibrando en mi interior, un vínculo sensible que casi me dejó inconsciente la noche en que Charlotte fue atacada por su padre.

El guardia que le había asignado apareció muerto en uno de los dos contenedores de la calle, con acónito en su organismo. La llamada de Ricky fue frenética. No entendía por qué no había podido ayudarla hasta más tarde.

Fue Jazz quien me contó la conversación que había escuchado. La mujer que murió era Angie; recordaba haberla visto el otro día en el refugio. No sabía que Charlotte era cercana a ella.

Entro en la cocina y Aisha levanta la vista. Cynthia está sentada frente a ella, y Morris y Adam están apoyados en la encimera.

—¿Y bien? —pregunta Aisha.

Sacudo la cabeza. —No sé qué hacer.

—Dale tiempo —dice Morris en voz baja. Perdió a su propia madre el año pasado, así que probablemente pueda identificarse con Charlotte hasta cierto punto.

—¿Qué está pasando en el Clan Nelo? —Adam pregunta—. Se han quedado en silencio. No he podido reunir ninguna información.

—Mañana me reuniré con su nuevo líder —le digo—. Lo que sé por ahora es que quieren hacer una tregua. Con Beruth y el único heredero muertos, el clan es un caos. Han nombrado a alguien para hacerse cargo, pero eso es todo.

—¿Y las drogas?

—Se lo preguntaré —murmuro—. Pero, por ahora, no retraigas a nadie de su gente de sus puestos.

Cynthia mira el reloj y suspira. —Deberíamos irnos. Maya y Tony necesitan un respiro por cuidar a todos nuestros hijos.

Todos se ponen en pie y comienzan a marcharse.

—Si Charlotte necesita algo —dice Aisha en voz baja—, házmelo saber. Incluso si sólo es alguien con quien hablar.

Morris asiente. —Y ten paciencia con ella.

Cierro la puerta tras ellos y apoyo la frente en ella un momento.

—¿Té, Sr. Montgomery? —La Sra. Mallory ha aparecido a mi lado, con sus ojos preocupados.

—No, gracias. —Me dirijo al salón y Mano levanta la vista de donde está sentada con sus seis gatitos—. Hola, chica. —Me siento a su lado y veo cómo alimenta a sus gatitos. Hace un pequeño sonido y frota la cabeza contra mi mano cuando la acaricio.

—Echa de menos a la señora —dice tristemente la Sra. Mallory.

—Lo sé. Lo intento.

—Entiendo, pero no creo que Mano haya estado nunca tanto tiempo lejos de la señora. Quizás deberías dejarla entrar en la habitación.

Beruth hirió a Mano de gravedad. Ricky cuidó de ella, ayudándola a recuperarse. Incluso ahora, la voz de la gata es ronca. Si Mano también hubiera muerto, no creo que Charlotte se recuperara. He visto su amor por su mascota. Mano es como una hija para ella. Charlotte habló una vez, cuando me preguntó por Mano; en cuanto supo que su gata estaba con Ricky, volvió a callarse.

Es frustrante ver así a la mujer que amo. Quiero ayudarla, pero no sé cómo.

Miro a mi ama de llaves. —Sí, lo haré. Ricky vendrá otra vez dentro de un rato para hacerle una revisión a Zeno. ¿Puedes dejarle algo de comer? Yo tampoco creo que esté muy bien.

La Sra. Mallory me sonríe. —Me quedaré por aquí y les daré a los dos una comida caliente. Quizá entre los dos puedan convencer a la señora para que baje a comer algo.

—Gracias, Sra. M. No sé qué haría sin usted.

Me sonríe y está a punto de marcharse cuando hace una pausa. —Muchos compañeros de manada han venido a ver a la señora. Se han enterado de que ha perdido a alguien importante en su lucha contra Beruth Sanguinite y quieren darle el pésame. Han traído comida y pequeños regalos. No tengo valor para decirles que paren.

—Gracias. Se lo haré saber.

Cuando se va, paso los dedos por el pelaje de Mano y suspiro. No pensé que la manada acogería a Charlotte tan fácilmente. Cuando anuncié quién era durante la reunión de la manada, aparte de algunas caras de enfado, el resto de la manada la aceptó. Porque no querían perderme. Pero una cosa es aceptarla y otra cosa es cuidarla como a una compañera de manada, tendiéndole la mano en su pérdida, intentando ofrecerle consuelo. La noticia de su pelea con el líder del Clan Nelo ha corrido como la pólvora, por no hablar de su relación con él. No sé cómo se filtró esto último, pero ha convencido a la manada de que Charlotte es ahora uno de ellos.

Unos pasos suaves me hacen mirar hacia las escaleras.

Charlotte me mira; tiene ojeras. Sus heridas físicas se han curado, pero su corazón sigue en carne viva y sangrando.

Su voz es tranquila y ronca. —Mano.

Mano se desprende de sus bebés y salta del sofá, corriendo hacia ella. Charlotte se desploma en las escaleras y deja que su gata se le suba encima, olisqueándola y lamiéndola ansiosamente.

Sujeta a Mano con suavidad y entierra la cara en su pelaje.

Me acerco a ella. —Pensé que estabas durmiendo.

—Oí el grito de Mano. Quería verla —dice Charlotte cansada—. Necesitaba verla.

—No has conocido a sus gatitos. —Le tiendo la mano—. Vamos.

Cuando me mira, la tristeza de sus ojos me mata. Es casi como si alguien hubiera arrojado un cubo de agua sobre el fuego que una vez ardió en su interior. Pero acepta mi mano y sujeta a Mano con el otro brazo.

Los gatitos maúllan y Mano se baja de un salto de Charlotte y corre hacia ellos. Agarra a uno de ellos con los dientes, se lo presenta orgullosa a Charlotte y coloca al bebé a los pies de mi compañera.

—Te ha echado de menos —le susurro a Charlotte, que se agacha y coge al gatito. Lo acaricia.

—Buen trabajo, Mano.

Guío a Charlotte hasta el sofá, donde están el resto de los gatitos, y veo cómo se sumerge en ellos mientras se trepan unos sobre otros para olerla.

—Me alegro de que hayas salido de la cama —digo cogiendo la mano libre de Charlotte.

—No pretendía preocuparte. —Charlotte deja que uno de los gatitos se acurruque en su regazo, agotado por todo el esfuerzo—. Yo sólo...

—Estás de luto. —Le toco ligeramente la cara, haciendo que levante los ojos hacia los míos—. Lo entiendo, cariño. Dime cómo puedo ayudarte. No sé cómo arreglar tu corazón o hacer que desaparezca tu dolor.

Charlotte cubre mi mano con la suya. —Nunca te hablé de Angie, supongo. Fue maravillosa conmigo. Fue ella quien me encontró en la calle, sola, cuando tenía catorce años. Me llevó al refugio de mujeres. Me dejó dormir con ella, me consoló. Y se convirtió en una constante en mi vida. No me dejaba cuidar de ella, pero siempre que necesitaba a alguien, ella estaba ahí. Y ahora se ha ido. Tengo que reconciliarme con el hecho de que nunca podré volver a hablar con ella.

La voz de Charlotte se quiebra en ese momento, y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Nunca volveré a verla, en el parque, con sus cuervos que siempre la seguían. Cuando... —Dos gordas lágrimas ruedan por sus mejillas—. Cuando me gradué en el instituto, Angie me llevó a comer. No era más que un perrito caliente y una Coca-Cola, pero para mí fue toda una celebración. Vino a verme subir al escenario para recoger mi diploma. Sabía que me molestaba que todos mis compañeros tuvieran a sus padres entre el público, pero que no hubiera nadie para aplaudirme. Cuando miré a la multitud, la vi sentada al fondo del teatro. Siempre estaba ahí para cada hito. Nunca me hizo sentir sola. —Sus hombros tiemblan con sollozos entrecortados mientras entierra la cara entre las manos—. ¡Y ahora se ha ido, y no sé dónde ir a buscarla para que me diga que todo va a ir bien!

Sus gritos son brutales. La recojo en mis brazos, con el corazón dolorido, mi lobo gimiendo de miseria. —Todo va a ir bien. Seré yo quien te lo diga. Y no estás sola, Charlotte. Nunca vas a estar sola a partir de ahora. No puedo sustituir a Angie, pero te juro que estaré a tu lado a partir de ahora, en cada hito, en cada deseo, en cada sueño.

—Angie te dejó su regalo más preciado, Robert —llega una voz desde detrás de nosotros, y miro para ver entrar a Ricky—. Tu ama de llaves me dejó entrar.

Si pensaba que Charlotte era un desastre, Ricky está igual. Parece que no haya dormido en días, con el pelo erizado y los ojos enrojecidos e hinchados.

—¿Ricky? —Charlotte parece tan sorprendida por su aparición como yo, y la saca de su estado por un momento—. ¿Qué te ha pasado?

La suelto para que pueda levantarse y saludar al hombre. La oigo decir—: No sabía que conocías a Angie.

—Sí. —Se limpia una lágrima de la cara—. Me mudé al otro lado del mundo porque ella me lo pidió. Para protegerte.

Charlotte se queda quieta. —¿Qué?

Ricky me mira y me dedica una sonrisa cansada. —Supongo que debería darte las gracias por guardar mi secreto. Angie no quería que Charlotte lo supiera, así que te lo agradezco.

—¿Saber qué? —exige Charlotte bruscamente, mirando a un lado y a otro entre los dos.

—Soy brujo, Charlotte —le dice Ricky—. También soy veterinario, pero esa es una profesión

humana. Angie me llamó por dos razones. Una, quería que te protegiera, y la otra era que se estaba muriendo, y necesitaba que la ayudara a vivir todo el tiempo que pudiera hasta que Robert y tú estuvierais por fin juntos.

Charlotte se queda blanca. —¿Qué? ¿Angie se estaba muriendo?

—Sí. Ella estaba constantemente mirando hacia el futuro. Tenía miedo de que algo terrible estuviera a punto de pasarte. Tenía visiones en sus sueños. Era una combinación mortal para ella, y lo sabía, pero te quería y quería protegerte. También quería cumplir la promesa que le hizo a tu madre.

—¿Mi madre? —Charlotte se hace eco—. ¿Qué tiene que ver mi madre con Angie?

—Tu madre era una poderosa sanadora. Por eso tu padre se casó con ella. Quería herederos poderosos, siempre y cuando no fueran sanadores también. Angie y ella eran amigas. Cuando naciste, tu madre le pidió a Angie que viera tu futuro. Lo que Angie vio, nunca me lo dijo, pero puedo suponer que se dio cuenta de que te expulsarían del clan. Tu madre le hizo prometer que te protegería. Y lo hizo. Fue a buscarte aquella noche. —La voz de Ricky se quiebra—. Ella te quería, Charlotte. Te adoraba absolutamente. Así que, cuando luchó contra tu padre, murió felizmente por ti. Conozco a mi amiga; no había arrepentimiento en ella. —Le tiende una bolsa a Charlotte y añade—: Hay algunas cosas suyas que dejó. Las he traído para ti.

Cuando Charlotte abre la bolsa, lo primero que saca es una fotografía desgastada.

—¡Oh! —Hace un sonido ahogado, y al instante estoy a su lado.

Es una foto de Angie con una Charlotte más joven.

—Todavía no. —Charlotte vuelve a meter la foto en la bolsa, sacudiendo la cabeza—. Aún no puedo mirarla.

—No pasa nada —la tranquilizo—. Cuando estés preparada.

—Hay algo más. —Ricky parece abatido—. No puedo quitarme la culpa de encima. Quería salvarla, Charlotte. Yo también quería ayudarla. Pero Mano estaba sangrando durante el parto, y como brujo, si lanzo magia con la sangre de un inocente encima, esa magia se vuelve oscura. Habría acabado drenando la energía vital de Mano. No he podido dormir porque no dejo de pensar...

—Hiciste lo correcto. —Charlotte le coge las manos—. No hiciste nada malo. Ahora me doy cuenta de que no soy la única que perdió a Angie. Tú también la perdiste. No deberías estar solo. Quizá podrías ir a casa de tu hermana.

Ella y su familia se fueron a Londres el mes pasado —nos dice Ricky—. Ella también es bruja y no quería quedarse aquí, donde los de nuestra especie no están seguros, no con un niño. Las brujas no son bienvenidas en esta parte del mundo, y ella no quería exponer a su hijo a ningún tipo de peligro.

—¿Y tú? —pregunta Charlotte, y puedo sentir la tensión que irradia de ella.

—No lo sé —admite el brujo—. No quiero dejarte, pero este lugar no es precisamente seguro para mí.

—Puedes unirte a nuestra manada, si estás dispuesto —le ofrezco.

Cuando Ricky me mira, le aclaro—: No quiero que Charlotte tenga que perderte a ti también, Ricky. Eres bienvenido a unirte a nuestra manada. Eso no significa que quiera usar tus habilidades. Sólo tendrás nuestra protección y podrás practicar tu magia más abiertamente.

Ricky guarda silencio un momento y luego murmura—: No puedo decir que no me tiente.

—Piénsalo —le ruega Charlotte—. Tendrás tu refugio de animales. Tu vida no se verá alterada. Nadie te molestará. Quédate con nosotros unos días y piénsatelo. Aunque entenderé si quieres ir a Londres y estar con tu hermana.

—¿Quedarme aquí? —Ricky niega con la cabeza—. No quiero molestar.

—Insisto. —Charlotte le agarra del brazo—. Esta es la casa de mi compañero. Puedes quedarte aquí si yo lo digo. Te enseñaré tu habitación.

Ver a Charlotte reclamarme tan descaradamente me hace sonreír. Mientras la veo alejarse, sé que va a estar bien. Al final, sólo necesitaba cuidar de alguien que no fuera ella misma.

Suelto un largo suspiro y me giro para mirar a Mano. Está a mi lado, estirándose.

—No sé qué clase de magia le has hecho para que vuelva conmigo, pero gracias.

Mano se frota contra mis piernas en respuesta.

******

Mi reunión con Terrence, el nuevo líder del Clan Nelo, va todo lo bien que podría ir. Está investigando la situación con las drogas y planea ponerle fin. Es cordial conmigo, pero es obvio que actúa así, así que no impido que Charlotte le vea. Sin embargo, confío mucho en los sentimientos de mi compañera hacia mí. Ya me ha hablado del trato que hizo con Terrence en el parque. No sé si le ha contado todo lo que hizo su padre para mantenerlos separados, pero sé que acabará haciéndolo.

Ha quedado con él hoy en el café. Jazz va a estar allí.

Para mi sorpresa, Jazz aceptó bastante bien este otro mundo que ha estado existiendo paralelamente a su mundo humano. Tengo que preguntarme si se debe a cierto veterinario de modales suaves al que ha empezado a invitar a la cafetería a tomar café.

Al final, Ricky aceptó quedarse con nosotros y su presencia le ha hecho mucho bien a Charlotte. Todavía está de luto por la pérdida de Angie, pero está volviendo a ser ella misma poco a poco.

Esta tarde, Adam ha convocado una reunión de los alfas en mi casa, y Morris llega el primero. Mis pensamientos se distraen, preguntándome qué estará haciendo Charlotte, cuando oigo abrirse y cerrarse la puerta principal.

Adam se une a nosotros en la cocina. —Bueno, me las arreglé para recopilar el informe. No es una pérdida total de tiempo, en mi opinión. Vas a querer mirar esto.

Me lanza el informe y lo cojo en el aire. —¿Algo interesante?

Adam le entrega a Morris la otra copia. —Se podría decir que esta droga que hemos estado persiguiendo se originó en Europa. Versiones de ella, al menos.

Hojeo el informe y veo que Adam ha destacado las repercusiones de cada variante. — Esto lleva ocurriendo cerca de una década en Europa —murmuro.

—Sí. —Adam saca su portátil—. Pero te darás cuenta de que la droga utilizada aquí parece ser más refinada que su homóloga en Europa. Me las arreglé para ponerme en contacto con la manada Silber Mond en Hessen, Alemania. Acaban de trasladarse allí y están dispuestos a hablar con nosotros esta noche.

Enciende el portátil y establece la videollamada. Al cabo de un par de minutos, un hombre

aparece en la pantalla. Rubio y de ojos azules, es guapo, pero parece agotado. Nos saluda con acento inglés.

Adam hace las presentaciones. —Este es Johannes Mond. Johannes, estos son Robert Montgomery y Morris Wolfguard. Son los alfas de las dos manadas de lobos con las que se ha aliado la mía. No queremos hacerles perder el tiempo, así que ¿podría compartir con nosotros lo que mencionó en su correo electrónico?

Johannes asiente. —Soy el líder de una de las últimas manadas de lobos supervivientes de Tallin, Estonia. Antes había siete manadas en el país. Somos tradicionales; nuestros territorios estaban en las montañas de los alrededores, pero compartíamos la ciudad de Tallin como territorio común. También compartíamos la ciudad con los vampiros. Hasta hace una década, no teníamos problemas con los vampiros. Teníamos nuestros negocios separados y éramos cordiales entre nosotros. Era una situación ideal. —Su expresión se vuelve tensa—. Entonces empezaron los problemas con las drogas. A nuestros jóvenes se les permite beber dentro del territorio de los cambiaformas, pero nunca se les permitió ningún tipo de droga, sobre todo porque las drogas humanas enferman a los de nuestra especie. Somos indulgentes con nuestros jóvenes. Queríamos que fomentaran una buena relación con las manadas aliadas, así que se reunían en grupos, bebían, hacían fiestas... pero sólo dentro del territorio de la manada. No supimos de la existencia de estas nuevas drogas hasta que uno de los jóvenes apareció en las calles de Tallin en pleno turno, medio transformado. Hicimos control de daños, intentamos que volviera a cambiar, pero no lo consiguió.

Miro a Morris. Tiene las manos entrelazadas y las cejas fruncidas. Morris perdió a un buen número de personas de su manada debido a este estado medio transformado. Estuve con él mientras enterraba esos cuerpos jóvenes, con los ojos llenos de una pena rota. Ahora le pongo la mano en el hombro y me mira.

Johannes sigue hablando. —Durante los dos años siguientes, las drogas se hicieron más avanzadas, con horribles efectos secundarios, pero lo único que permanecía constante era que los cambiaformas que tomaban la droga, a sabiendas y sin saberlo, se veían forzados a un estado de semitransformación irreversible. Nuestros sanadores no podían hacer nada. La droga que consumían era tóxica para nuestros animales. Ahora nos referimos a los sucesos como Fase Uno, Dos y Tres.

Su voz es tranquila, pero la cantidad de ira y dolor en su expresión es inconmensurable. Sus ojos son los de alguien que ha visto tales horrores que el trauma está profundamente incrustado en su

alma.

—La primera fase fue cuando introdujeron el fármaco y perdimos niños preciosos. En la segunda fase, las muertes se prolongaron. Era casi como si los lobos de los menores lucharan contra ella. Nuestros sanadores ni siquiera pudieron darles paz en sus últimos momentos. No podíamos averiguar de dónde sacaban nuestros hijos estas drogas. Sabíamos que no las ingerían voluntariamente. En ese momento, no habíamos relacionado a los vampiros con el problema. Nos habían ayudado mucho, ofreciéndonos su mejor personal médico, instalaciones. Lo que no sabíamos en ese momento era que estaban tomando muestras de la sangre de los menores infectados para sus fines.

Nadie interrumpe a Johannes. Es evidente que hablar de esto no es fácil para él. Tener que admitir que ha fallado a los miembros más vulnerables de su manada es doloroso. No culpo al alfa, pero sé lo fácil que es culparse a uno mismo.

Veo que el hombre hace una pausa para serenarse y retoma la conversación donde la había dejado. —La tercera fase fue la peor. Descubrimos que los menores estaban siendo envenenados por el suministro de agua de la escuela. El clan de vampiros de nuestra zona tenía vínculos con esta escuela. La droga no tenía efecto en los humanos, sólo en los de nuestra especie. Este descubrimiento se hizo por accidente, y pronto fue seguido por otro. Descubrimos que, en la tercera fase, los vampiros eran capaces de controlar a los lobos afectados, que ya no morían. Vivían, atrapados dentro de sus cuerpos, con sus lobos rotos y esclavizados. Algo en la droga hacía a esos lobos monstruosamente fuertes.

Johannes aparta la mirada de la pantalla y todo el mundo guarda silencio. Ha puesto el chat en silencio y alguien le entrega un montón de papeles. Habla con la persona durante un minuto y luego vuelve a nosotros.

—Lo siento. Mudarse a otra zona no es tan fácil como parece. Los niños no se lo están tomando muy bien. Normalmente era mi compañera la que se encargaba de estos asuntos, pero ella... —Deja escapar un suspiro tembloroso—. Perdóname. ¿Qué estaba diciendo?

—Los lobos afectados que tomaron la droga estaban siendo controlados por los vampiros —recuerda Adam a Johannes.

—Sí. —Parpadea como para aclarar su mente—. Cinco manadas fueron aniquiladas. Ninguno de nosotros esperaba esto. La intención de los vampiros era clara: planeaban someternos y

esclavizarnos. Desde su punto de vista, siempre habíamos sido animales, y ellos querían convertirse en el depredador supremo. La ciudad prosperaba gracias a los negocios que le aportábamos, y eso molestaba al clan vampírico. Utilizaron a nuestra propia gente para matarnos. Tuvimos que contraatacar. Pero la única forma de matar a los cambiaformas drogados era quitándoles la cabeza. Lo hicimos con el corazón encogido. Estábamos debilitados en número, sin embargo, y el clan vampiro se estaba preparando para lanzar otro ataque, así que nos fuimos en medio de la noche. Sólo han pasado unos meses desde que llegamos a Alemania. La última década nos ha destruido a manos de los vampiros. Ya no les confiamos nada. Nos hemos mantenido alejados de los clanes de aquí.

Me aclaro la garganta, deseando saber qué decirle a este hombre. —Siento por lo que has pasado. Nos enfrentamos a un problema similar. Las drogas llevan apareciendo por aquí desde hace un par de años.

La expresión de Johannes palidece. —Tened cuidado. Puede que su objetivo no sean tus territorios, sino subyugar a los de tu especie. Ya saben que pueden hacerlo.

—El líder del clan fue asesinado hace poco... —Morris comienza, y Johannes se burla de él.

—¿El líder del clan? —A menos que él mismo estuviera preparando la droga, no es de él de quien tienes que preocuparte. Tienes que buscar al químico, el que lleva la receta de esta droga.

—¿Químico? —Miro fijamente a Johannes, una sensación molesta me invade—. ¿Puedo preguntarte algo? Cuando empezaron a distribuirse estas drogas, ¿notaste algo sobre el clan de vampiros de tu ciudad?

Johannes me estudia. —¿Cómo qué?

—Una cara nueva, quizás. Alguien que viste entre ellos y que no habías visto antes.

—¿Un extranjero, quieres decir? —El alfa frunce el ceño—. De hecho, sí. Había llegado un joven, al final de la adolescencia. Estaba allí para estudiar, pero era muy amigo del líder del clan, Jeremías. Lo último que supe es que se fue hace tres meses, regresó a su país.

Ya sé la respuesta a la siguiente pregunta que voy a hacer.

—¿Cómo se llamaba?

—Terrence.

Me pongo en pie, teléfono en mano, corriendo hacia la puerta principal.

—¡Robert! —Morris corre detrás de mí—. ¡¿Qué está pasando?!

—Terrence Balcom. Te hablé de él. Es amigo de la infancia de Charlotte. Charlotte fue a verlo al café. Se está haciendo cargo del clan, el hombre que prometió investigar la situación de la droga, como él la llamó. Y estaba en Europa cuando la droga empezó a producirse.

Me detengo en seco para girarme y mirar a mi amigo, con voz sombría. —La comprobación de antecedentes que hice de él estaba limpia, pero ¿sabes qué fue a estudiar a Europa?

Mi pregunta tiene a Morris tieso.

—Química.

Capítulo 28

Charlotte Sanguinite

No he pisado el recinto desde el día que me fui.

—¿Por qué me has traído aquí, Terrence? —pregunto, sintiéndome insegura. Ya he enviado un mensaje rápido a Robert mientras Terrence estaba distraído. No he recibido ninguna llamada frenética ni ningún mensaje en respuesta, así que supongo que le parece bien.

—Quiero enseñarte la profecía. —Terrence me sonríe—. La encontré, y creo que te interesará mucho verla. Tenías tanta curiosidad por Jean Sanguinite, así que fui a buscarla, específicamente.

Aún no le he contado a Terrence lo que hizo mi padre y por qué, cuando Terrence estaba en Europa, yo aún vivía aquí en el recinto. No sé si debería hacerlo. Quizá sea mejor dejar el pasado en el pasado.

—Realmente no quería venir aquí —murmuro—. Ninguno de mis recuerdos de este lugar son buenos. Podrías haberme enseñado una foto de la profecía.

Con toda la curiosidad que siento por mi antepasada, si hubiera sabido que significaría volver al lugar donde empezaron todas mis pesadillas, me habría conformado con no saber nada de ella.

—Tus habilidades han vuelto, ¿verdad? Puedo sentir tu energía.

Miro con pesar mi muñeca vacía. El día que explotaron mis poderes, resultado del vínculo de emparejamiento entre Robert y yo, la pulsera se hizo añicos. No me había dado cuenta de lo cómoda que me había hecho la vida esa pulsera.

—Sí.

—Debes estar feliz por eso.

—Me está costando acostumbrarme —respondo, frotándome la muñeca con la mano—. ¿Seguro que no habrá problema con que esté aquí, ya que maté a mi padre?

—No era un buen padre —murmura Terrence en voz baja, y lo miro, preguntándome si sabrá algo. Mientras sigue conduciendo por el gran recinto, dice—: No te preocupes. Nadie te dirá nada.

Paramos delante de la que fue mi casa familiar y siento un miedo atroz. Realmente no quiero entrar.

Sin embargo, cuando Terrence me abre la puerta del coche, no puedo hacer mucho.

—¿Cómo está Arabella? —Pregunto despacio, siguiéndole por las escaleras de la mansión.

Terrence me lanza una mirada. —Tu capacidad de perdón nunca deja de sorprenderme, Charlotte. Después de todo lo que te hizo, ¿aún te preocupas por ella?

—¿Te refieres al ataque contra mí en el café?

—Eso, y todo lo demás que hizo. —Terrence mira a su alrededor—. En mi opinión, tu familia se lo merecía. Deberían haberte respetado. En vez de eso, se volvieron arrogantes y decidieron jugar.

Su tono me pone de los nervios. Nunca he oído a Terrence sonar tan áspero.

—No he perdonado nada. —Mis ojos recorren el lugar que una vez llamé hogar—. Pero como su hermana, me preocupo por ella. No siempre fue así. Hubo un tiempo en que era dulce y cariñosa. Pero mi padre no tenía espacio en su familia para el amor. Necesitaba que sus hijos fueran fuertes y manipuladores. Me odiaba porque nací sanadora. Incluso con mis habilidades de vuelta, todavía me quería muerta. Más que eso, quería que sufriera. Quería que pagara el precio de la humillación a la que se enfrentó por cómo nací. —Mi mano se cierra en un puño a mi lado—. Así que no. No hay perdón dentro de mí.

—No te preocupes. —Terrence me sonríe de repente—. A partir de hoy, nadie volverá a tratarte como menos que a una reina.

Antes de que pueda preguntarle qué quiere decir con ese comentario, se aleja.

—Espera aquí. Te traeré algo de beber.

Mis ojos se detienen en su figura en retirada y siento una sensación de inquietud en mi interior. ¿Tal vez sea el hecho de que me siento como una invitada en la casa de mi infancia? No puedo

precisarlo, pero definitivamente me siento incómoda.

Saco el móvil e intento llamar a Robert, pero descubro que aquí no hay cobertura. Pero entonces mi teléfono vibra y el nombre de Ricky aparece en las notificaciones de mensajes.

—¿No hay llamadas salientes, pero puedo recibir mensajes? —murmuro, confusa—. ¿Qué está pasando?

Estoy a punto de abrir el mensaje cuando oigo pasos fuertes, como si alguien corriera. Mi cabeza se dirige hacia el pasillo principal y una mujer irrumpe en él. Al verla, me quedo boquiabierta.

El cutis impecable de mi hermana está lleno de moratones. Uno de sus ojos está hinchado. Parece que le han arrancado trozos de pelo.

El corazón se me sube a la garganta. —¡Arabella!

Me ve y corre hacia mí. —¡Ayudame! Ayúdame, por favor!

Ya no hay rastro de arrogancia en su rostro, sólo desesperación. —¡Va a matarme! ¡Ayúdame! Ayúdame!

—Arabella, ¿quién? —La agarro por la parte superior de los brazos y le doy una pequeña sacudida—. ¿Quién está tratando de matarte?

Sus ojos están enloquecidos de dolor. —¡Tenemos que irnos! Tenemos que...

—¿Irnos adónde? —llega una agradable voz desde el pasillo.

Levanto la vista mientras Arabella se pone blanca como la leche, escondiéndose detrás de mí como solía hacer cuando era niña.

Terrence está allí de pie y una sensación de presentimiento se apodera de mí.

—¿Qué está pasando, Terrence? ¿Por qué Arabella está en este estado? —Exijo.

—Está pagando por sus pecados. —Terrence me sonríe—. Y aún no he terminado con ella.

Cuando su mirada se posa en la chica encogida detrás de mí, hay un odio intenso en sus ojos, uno que nunca antes había presenciado. Me hace estremecer.

—Ella es la razón por la que no pudimos estar juntos, Charlotte. —La voz de Terrence es áspera —. Después de todo lo que hice por este clan, todo lo que quería era una cosa a cambio. A ti. Y tu padre ni siquiera pudo cumplir su parte del trato. En mi cara, aceptó el compromiso entre nosotros, pero, justo cuando el clan empezaba a alcanzar el éxito gracias a mis esfuerzos, se echó atrás, alegando que te escapaste y moriste, ¡y luego arregló mi compromiso con tu hermana!

Le miro fijamente, sorprendida. —¿Lo sabías?

Terrence lanza una mirada de odio a la encogida Arabella antes de dirigir su atención hacia mí. —No me habría enterado si no hubiera llegado antes de lo previsto. Te vi en la calle. Pensé que estaba imaginando cosas, así que te seguí. Y no sólo ese día. Durante un par de días, te seguí. Pensé que me estaba volviendo loco. El refugio de animales, tu apartamento, tu lugar de trabajo. Y me di cuenta de que realmente eras tú. Avisé a tu padre, preguntándole si estaba seguro de que habías muerto, porque te había visto. Me preguntó dónde, y cometí el error de decírselo. No creí que tuviera el valor de tocarte. Pero me equivoqué.

Mi cerebro intenta procesar toda esta información. Hay muchas cosas que no tienen sentido para mí, sobre todo la forma en la que habla Terrence, como si mi padre debiera tenerle miedo. ¿Por qué iba mi padre a tener miedo de Terrence?

—Tu padre y tu hermana decidieron que se había acabado la fiesta, y por eso Arabella se encargó de intentar matarte.

—Iba... —Arabella apenas puede hablar, está llorando mucho—. Sólo iba a hacerte una cicatriz en la cara. Papá me dijo que tenía que hacerlo. No tenía otra opción.

—¡Cállate! —Terrence ruge—. ¡No la compadezcas, Charlotte! ¿Cómo puedes compadecerte de alguien que fue tan cruel contigo...?

—¡Hice todo lo que me dijiste, Terrence! —grita de repente Arabella, agarrándose a mi vestido como si temiera que fuera a abandonarla.

Un aterrador destello de rabia cruza el rostro de Terrence. —¿Crees que mentirle a Charlotte te va a salvar? ¡Tú y tu padre me apuñalastéis por la espalda! Tú...

—¿Qué quieres decir con todo lo que te dijo que hicieras? —Le pregunto a Arabella, con el corazón palpitante.

—¡Todo! —Las lágrimas corren por su cara—. ¡Nos dijo a Clyde y a mí que te hiciéramos daño para poder rescatarte! Clyde lo disfrutó, ¡pero yo no! Pero él dijo que yo era especial, ¡y papá dijo que tenía que escuchar lo que Terrence dijera!

—¡Cállate! —Terrence ruge, pero cuando avanza hacia ella, le bloqueo el paso, con una sensación de malestar formándose en mi estómago. Mi móvil vuelve a vibrar y bajo los ojos hacia él el tiempo suficiente para leer el mensaje que me ha enviado Ricky.

Los macarons tenían veneno. Llámame ahora.

¿Los macarons?

Por un momento, estoy confusa, sin saber de qué está hablando. Pero, cuando levanto la mirada para encontrarme con la de Terrence, parece desquiciado, y recuerdo.

—Los macarons —murmuro, con la cabeza dándome vueltas—. Tú me diste esos macarons.

—¿Y? —Terrence frunce el ceño.

Robert me habló del veneno que me había quitado las habilidades. Por supuesto, Ricky también lo sabe; Robert dijo que el veterinario había sido quien descubrió el veneno en la sangre que vomité. Han pasado muchas cosas últimamente, así que no he tenido tiempo de pensar en todo como es debido, pero el mensaje de Ricky me arrastra por el carril de los recuerdos.

—Siempre solías darme de comer —digo entumecida, mirando fijamente al hombre que proclama amarme—. Perdí mis habilidades después de conocerte. Me envenenaste.

La mandíbula de Terrence se tensa. —Eso no tiene sentido. Quién te está llenando la cabeza con...

—Aquel día en la cafetería —le corto, con mi cerebro empezando a atar cabos—. Vomité porque pusiste algo en mi café, ¿verdad? No sabías que Robert me había estado dando de comer su sangre. Nunca habrías pensado que un lobo alfa haría eso. Por eso lo vomité, junto con todo el veneno que quedaba en mi organismo. Y los macarons. Trajiste los macarons porque recordaste que solían gustarme. También les pusiste veneno. Querías que perdiera mis habilidades. Incluso cuando era una niña. ¿Por qué?

Me duele el corazón porque creía sinceramente que Terrence y yo podíamos formar un camino de amistad, cuando lo único que intentaba era envenenarme. ¿Pero por qué posible razón?

—Era una niña —susurro, con los oídos ardiendo por una emoción dolorosa—. No era una amenaza para ti ni para nadie. —Miro a mi temblorosa hermana—. Arabella no está mintiendo, ¿verdad? Por fin dice la verdad. Me hizo todas esas cosas horribles porque mi padre le dijo que te hiciera caso. Tan simple como eso. Después de todo, ¿quién podría desafiar a nuestro padre? —Al encontrarme con la mirada de Terrence, veo la absoluta falta de remordimiento, y me humedezco los labios—. Entonces, ¿por qué lo hiciste?

La traición duele, pero no tanto como podría haber dolido si Terrence hubiera conseguido convencerme de que lo aceptara como compañero o si hubiera llegado a mí antes de que Robert y yo nos conociéramos.

—Bien. —Los ojos de Terrence se agudiza—. Entonces, basta de fingir. Supe quién eras en cuanto te vi por primera vez. La reencarnación de Jean Sanguinite. Mi familia guardaba sus archivos. Mi antepasado era su consejero de mayor confianza. El linaje Sanguinite mantuvo a mi familia como sus consejeros durante los siglos siguientes. Incluso cuando el clan decidió borrar la vergonzosa marca que Jean dejó en nuestro clan al aparearse con un animal, estábamos obligados a preservar la verdad. Lo escondimos todo, los registros, los pergaminos, su legado. Pasó de padres a hijos, incluida la profecía que hablaba del renacimiento de Jean, nacida del vientre de la débil, la verdadera Reina que uniría un continente bajo su dominio. Mi padre nunca prestó atención a la profecía, pero a mí me pareció interesante, y cuando te conocí, me di cuenta de que se estaba haciendo realidad. Tu madre era débil. Una poderosa sanadora, pero una débil vampira. Y tú, Charlotte, habrías llegado a ser poderosa también. Tuve que interceder.

Suena tan confiado, tan engreído.

Mi teléfono vibra, pero no me atrevo a mirar hacia abajo, sabiendo que lo romperá si lo ve. Moviendo el dedo, acepto la llamada sin mirar la pantalla.

—¿Así que esto es sobre alguna profecía chiflada? —Siseo—. ¡¿Arruinaste mi vida por una estúpida escritura en un pedazo de papel?! Ni siquiera sabías que la profecía era sobre mí o si yo era la reencarnación de Jean...

—¡Lo sabía! —Terrence escupe las palabras—. Tenía los retratos de Jean. Sabía qué aspecto tenía de niña, de mujer. La profecía decía que te reunirías con el animal que Jean tenía a su lado. ¿Creías que iba a dejar que eso sucediera? Tenía que ser yo quien estuviera a tu lado. Siempre había sido inteligente; iba por delante de todos los niños de mi edad. Tenía que ser yo quien gobernara este continente, los clanes. Era mi destino. Así que sabía que tenía que aislarte del

clan. Tenía que hacer que te apoyaras en mí, que confiaras en mí. Iba a convertirme en todo tu mundo. Serías débil e indefensa, y yo sería quien te protegería, quien te guiaría. Y cuando llegara el momento, mostraría la profecía a todo el mundo, una versión de ella. Con la profecía y tu retrato como prueba, los clanes se someterían a ti. Y yo los gobernaría a todos. Iba a acabar con esos animales asquerosos e infestados, ¡o a mantenerlos a nuestros pies, donde pertenecen. —La saliva vuela de su boca—. ¡Pero estos idiotas lo arruinaron todo! Las drogas empezaron a hacer efecto, y yo ya había arreglado las cosas en Tallin. Era hora de que Beruth cumpliera su palabra. En vez de eso, ¡la trajo para que estuviera frente a mí! ¡Tu padre quería a esta perra como mi compañera! ¡Pensó que podría controlarme si Arabella se emparejaba conmigo! Todos mis años de trabajo, deshechos. ¡Ocultó mis cartas y dejó que esta loca criatura pensara que yo la quería! ¡Como si pudiera desear algo tan mundano! ¡Ella no tiene nada que ofrecer aparte de su apariencia, e incluso ahí, no se compara con la regia reina que yo elegí!

Arabella llora ahora, con sollozos histéricos, y todo mi cuerpo tiembla en una combinación de horror y rabia.

Está loco. Está absolutamente loco.

—Tú eres el que está detrás de las drogas y los asesinatos —gruño—. ¡Mataste al amigo de Robert!

—¿Quién era él? —A Terrence parece que no podría importarle menos—. Todos esos animales son iguales. Tengo que decir, sin embargo, que me decepcionas, eligiendo ir por el mismo camino que Jean, metiéndote en la cama con un chucho infestado de pulgas, cuando podrías haberme tenido a mí. Yo solo he destruido siete manadas de lobos. Perfeccioné la receta de una droga que nos pondrá en la cima de la cadena alimenticia. Nos convertiremos en el depredador supremo, gracias a mí. —Deja escapar un suspiro tembloroso en un evidente intento de calmarse —. De todos modos, ya estás aquí. He hecho los preparativos. Los clanes están llegando mientras hablamos. Anunciaré la verdad, les mostraré las criaturas que ahora me sirven y te declararemos mi compañera.

Se acerca a mí y me pone la mano en la cara. —Has estado tomando una serie de malas decisiones, Charlotte. Ahora no puedo permitir que des más pasos en falso. Tomarás la raíz de Ersa después de esta reunión; te devolverá a como eras antes. Creo que será lo mejor. Yo me encargaré de todo. Tú sólo serás la cara de este clan; yo tomaré todas las decisiones por ti. Una vez que ese alfa sea tratado...

Mi mano se mueve por sí sola y Terrence retrocede, agarrándose la mejilla izquierda.

—Nada va a pasar como tú crees, Terrence —digo fríamente—. ¿Creías que me quedaría aquí sentada y te dejaría hacer todo esto? ¿Ingerir voluntariamente un veneno para que tus planes se hagan realidad? Pero ese es exactamente tu problema, ¿no? Vives bajo la ilusión de que todo el mundo se alineará con tu plan. Que tienes derechos sobre mí. Nunca tomarás ninguna decisión por mí. Jamás. Y no me pondré delante de nadie para alimentar tus mentiras.

Terrence gruñe. —¿Me has abofeteado? Lo he puesto todo en ti, en esto y en nosotros. ¿Crees que puedes levantarme la mano y no te castigaré?

—No soy la niña asustada de siete años que recuerdas —me burlo—. Ya no soy débil. Y no te enfrentas a una, sino a dos vampiras adultas. —Agarro a Arabella del brazo y la pongo en pie—. ¿Crees que puedes con nosotras dos, Terrence? —Pregunto fríamente.

No soy tonta. Tal vez no pueda contener a Terrence por mucho más tiempo, pero sé que mi compañero está en camino. Puedo sentir la furia y la urgencia de Robert vibrando dentro de mí. No caeré sin luchar y nunca dejaré que Terrence gane. No he olvidado la forma en que Robert lloró a su amigo. Quiero venganza. Quiero que Terrence pague por el sufrimiento que le hizo pasar a mi compañero.

—Una vampira y una sanadora, querrás decir. ¿Y crees que soy idiota? —Terrence se ríe de repente—. He sabido que has tenido una llamada conectada con alguien todo este tiempo. ¿Viene el lobo alfa? ¿Va a traer a su manada? Porque también he hecho preparativos para él. Cuando lleguen los clanes, serán testigos de una masacre espectacular. De hecho —levanta la cabeza hacia la entrada principal, sonriendo satisfecho—, ¡parece que ya ha empezado!

Es entonces cuando oigo ruidos de lucha que vienen de fuera.

Empiezo a correr hacia el ruido, sólo para ser agarrada por Terrence. —No lo creo.

Sin dudarlo un instante, le doy un codazo en el estómago con todas mis fuerzas antes de estamparle el puño en la nariz. Se tambalea hacia atrás, agarrándose la cara, y yo huyo. Abro las puertas de golpe y veo algo que parece sacado de una pesadilla. Lobos cambiaformas luchando contra criaturas peludas y deformes que parecen salidas del infierno. Las criaturas son feroces, y los lobos están cayendo.

—¿Te gusta mi trabajo? —La voz petulante de Terrence viene de detrás de mí—. Usé mi propia

sangre para crear estas drogas, así que me obedecen. Son invencibles, y una vez que me traigan la cabeza de tu precioso alfa, voy a exhibirla en nuestro dormitorio. Vas a mirar su rostro putrefacto cada noche cuando me entregues tu cuerpo.

Le dirijo una mirada horrorizada. Hay algo increíblemente enfermo en este hombre.

—¡Contemplen! —Terrence grita de repente, su voz resuena por encima de la lucha—. Estos son los lobos que una vez temimos, Líderes de Clan. Y mírenlos ahora. Serán nuestros esclavos, nada más. ¡A rodar!

Oigo un crujido de telas desde arriba y miro hacia arriba para ver algo que se despliega desde la ventana del piso superior.

—Jean Sanguinite ha vuelto con nosotros. Les envié el mensaje con la profecía. Nuestra Reina ha regresado. Ella nos guiará de vuelta a nuestra era dorada. ¡Por qué hemos podido someter a estos animales es gracias a ella! El Clan Nelo le jura lealtad.

Su declaración espolea los gritos de los hombres que se encuentran en los bordes del campo de batalla.

—¡El Clan Risa jura lealtad a la Reina!

—El Clan Azur jura lealtad a la Reina!

A medida que suenan los gritos, la furia me invade. No me extraña que Terrence estuviera tan confiado. Había mentido. Los líderes del clan ya habían sido informados de la profecía. Y había planeado implicarme delante de Robert y su manada. Realmente cubrió todas sus bases. Excepto que este hombre sigue tratando de ponerme de nuevo en la caja que creó para mí cuando era una niña.

Puedo ver a Arabella detrás de él. Me mira con ojos impotentes y angustiados. Aprieto los labios en una fina línea.

—No has tenido en cuenta algo, Terrence —digo con sorna, encontrándolo ridículo.

Me mira divertido. —Siempre he ido dos pasos por delante de ti. No hay escapatoria. Si, digamos, tu amante sobrevive, nunca te aceptará...

—No es mi amante, Terrence. —Parpadeo dos veces—. Es mi compañero. Él es mío y yo soy

suya. Y esa es la verdad.

La sonrisa de suficiencia se escapa de los labios de Terrence. —Estás mintiendo.

—Yo no. —Doy un paso hacia él—. Ahora, ¿qué vas a hacer delante de todos los clanes que acaban de jurarme lealtad? ¿Me matarás? ¿Y decirles qué? Si mi compañero muere, por lógica, yo también moriré, ¿no?

Por la frustración de su cara, está claro que nunca pensó en esto.

Su mano me agarra del cuello, y es mi turno de poner cara de diversión. —Continúa. ¿Cuál es tu siguiente paso? ¿Vas a matarme?

Sus garras se clavan en mi cuello.

Arabella avanza sigilosamente, con una espada en la mano.

—¡Puta! —Terrence escupe, con sus ojos enloquecidos de rabia—. ¡¿Te emparejaste con ese animal?! Después de todo lo que hice por nosotros...

Le doy un rodillazo en las bolas y cae con un sonido estrangulado. Arabella corre hacia delante con un grito, clavándole el cuchillo en el hombro. Sin embargo, Terrence se lo arranca y la empuja hacia atrás. —¡Esto es culpa tuya! Te mataré.

El cuchillo desciende y, por un instante, veo a la asustada niña pequeña que solía seguirme a todas partes, gritando mi nombre. Mi cuerpo se mueve instintivamente y el cuchillo me apuñala en el cuello.

La sangre brota a borbotones y casi al instante oigo un aullido enfurecido procedente de algún lugar de entre los combatientes. Por el rabillo del ojo, veo un lobo grande y de aspecto familiar que corre hacia mí. Terrence parece horrorizado mientras caigo en brazos de mi hermana.

—¡No! Charlotte, no quise decir...

Arranco débilmente el cuchillo y se derrama más sangre. Tiene una arteria.

La mirada aterrorizada de Arabella me hace preguntarme cuánto de su odio era real y cuánto era por su forma de sobrevivir.

La herida se está curando, pero no lo bastante rápido teniendo en cuenta la cantidad de sangre que mana de mí. Necesito beber un poco...

Robert salta delante de mí y empuja a Terrence. Adopta su forma humana, desnudo, y me acuna.

Su expresión es sombría y parece saber lo que necesito. Se muerde el brazo y me lo aprieta contra la boca a la vista de su manada y de los líderes de los demás clanes. Trago la sangre con avidez, con el cuerpo helado.

Una sombra se cierne sobre mí y mis ojos encuentran el motivo detrás de Robert. Mi boca se separa de su brazo cuando veo a Terrence bajar el cuchillo.

—¡No! —El grito sale de mi boca y, de la nada, alguien ha agarrado la muñeca de Terrence.

Mis ojos se abren de par en par al ver quién es. O, mejor dicho, qué es.

Una de las criaturas de Terrence rodea con su mano la de Terrence, impidiéndole apuñalar a Robert.

Capítulo 29

Charlotte Sanguinite

Robert se aparta de un salto, conmigo en brazos.

—¡¿Qué crees que estás haciendo?! —Terrence chilla—. ¡Suéltame!

Pero la criatura no se mueve. En lugar de eso, me mira, como preguntándome qué hacer.

Lo llamo “criatura”, pero, al mirarlo más de cerca, me doy cuenta con asco de lo que Terrence quería decir con esclavizar a los lobos. Estoy viendo a un lobo cambiaformas en un extraño estado de transformación. Sus ojos están apagados y puedo ver mi reflejo en ellos.

¡¿Qué les ha hecho Terrence?!

—¡Suéltame! ¡Soy tu amo! Tienes que obedecerme. —Terrence le araña, pero el cambiaformas ni se inmuta, ignorando las heridas que le inflige—. ¡¿Por qué no haces lo que te digo?!

Algo hace clic en mi cabeza y digo, en voz baja—: Quítale el cuchillo.

El cambiaformas retuerce la mano de Terrence y le arranca el cuchillo de la empuñadura.

—Te está escuchando. —Robert parece sorprendido.

—No sé por qué, pero pensé que podría —respiro, con el corazón latiendo fuerte y exageradamente—. Ayúdame a levantarme.

La herida está sanando. Desde que me emparejé con Robert y mi curación volvió, es más rápida de lo que nunca fue. Ya no sangro, pero aún me duele. Robert me ayuda a ponerme en pie y parpadea confuso cuando Arabella le entrega su chaqueta.

Aparta la mirada y me doy cuenta de lo que quiere decir.

—Estás desnudo.

Robert pone los ojos en blanco, pero se ciñe la chaqueta a la cintura. Miro hacia la pelea e intento ser lo más ruidosa que puedo mientras grito—: ¡Dejad de pelearos!

No espero que funcione, pero los cambiaformas drogados se congelan en el sitio.

—¿Estoy viendo cosas? —Me siento tan confundida—. ¿Por qué me están escuchando?

—Tu sangre. —Ricky está subiendo los escalones, con el brazo derecho y la cara muy magullados—. Tienes tanto sangre de lobo como de vampiro. Podría ser eso.

El cambiaformas que sujeta a Terrence tiene los ojos fijos en mi cuello. Ricky nota su línea de visión y sus ojos se tensan. —¿Puedo?

—¿Qué?

Se inclina hacia delante y me limpia la sangre del cuello. Se acerca al cambiaformas y le tiende el dedo. En lo que parece una escena muy inapropiada, el cambiaformas se inclina hacia delante y lame la sangre del dedo de Ricky. Durante unos instantes, no pasa nada. Entonces, el cambiaformas emite un sonido de asfixia y su cuerpo empieza a contorsionarse. Le sale pelo de donde hay piel y se pone a cuatro patas.

—¡Está cambiando! —Robert susurra sorprendido.

En cuestión de minutos, un lobo de gran tamaño yace inconsciente en el lugar del cambiaformas.

—¡Tu sangre es la clave! —Robert parece asombrado. Yo miro fijamente al lobo, atónita.

Veo movimiento por detrás de Robert y estoy a punto de advertirle cuando se da la vuelta rápidamente y clava la mano en el pecho de Terrence. Su voz es oscura y fría. —Ella nunca te habría elegido. Incluso si yo no hubiera estado en la foto, mi compañera no habría dado a un insignificante insecto como tú ni una segunda mirada.

Terrence tiene la mirada perdida y le sale sangre por la comisura de los labios.

Robert le arranca el corazón y el cuerpo de Terrence cae al suelo.

Lo veo caer y no siento nada.

La lucha ha cesado. Los lobos cambiaformas miran a su alrededor, sin saber qué hacer. Veo que

los otros dos alfas se acercan a nosotros, y Robert me da la vuelta inmediatamente para que no tenga que mirar sus cuerpos desnudos.

—¿Estás bien, Charlotte? —Morris pregunta, con voz amable.

—Sí.

Robert les pone rápidamente al corriente de lo sucedido. Mientras tanto, veo a los vampiros del clan Nelo a cierta distancia, nadie es lo bastante valiente como para atacar a los lobos. Todo esto ha sido muy anticlimático, y ahora me tiemblan las rodillas, aún me duele la herida.

—Si mi sangre puede revertir los efectos de la droga, tenemos que hacerlo —digo en voz baja para que sólo Robert pueda oírme.

—Charlotte...

—Perder un poco de sangre no va a matarme —le digo—. Pero antes tengo que hacer otra cosa. Necesito tu ayuda para caminar.

Con la ayuda de Robert, bajo las escaleras de la mansión hasta el lugar donde se encuentran los líderes de los clanes. Me miran con recelo, y yo los miro fijamente.

—Este es un momento monumental. Lo que decidan aquí tendrá un impacto en el futuro. Es cierto que soy descendiente de Jean Sanguinite, y tengo razones para creer que existe una profecía. Jean Sanguinite trajo una era dorada porque unió a los lobos cambiaformas y a los vampiros en una unidad cohesiva. Ella se emparejó con un lobo alfa como yo lo he hecho. Tengo pruebas de mis palabras si desean verlo por ustedes mismos. Pueden decidir lo que quieran, pero el Clan Nelo ya no existirá. Sus prácticas han destruido demasiadas vidas. Si desean mantener su juramento de lealtad, entonces tengan en cuenta que será una lealtad a mi manada, no al Clan Nelo. Tomen su tiempo para pensarlo.

Miro a Robert y murmuro. —Vámonos.

Mi corazón está pesado y ligero al mismo tiempo.

Ha sido un día largo.

******

Las próximas dos semanas son agitadas, por decir algo. Todos y cada uno de los cambiaformas afectados fueron revertidos y salvados, usando mi sangre. Por cada gota que perdía, Robert estaba allí para darme más. La receta de la droga fue encontrada y quemada.

Como había sospechado, no había sangre de cambiaformas en la droga. La versión que Robert había descubierto había sido colocada para despistarlos. Terrence había experimentado con las drogas y había descubierto que poner la sangre de un vampiro en la droga ayudaba a controlar al cambiaformas que la ingería. Pero nunca me había tenido en cuenta.

Una anomalía, como dijo Ricky. Por alguna razón, el hecho de que yo tuviera tanto sangre de cambiaformas como de vampiro fue abrumador para los cambiaformas drogados, y una vez que captaron mi olor cuando Terrence me atacó, su lealtad cambió hacia mí.

Me resulta incomprensible cuando pienso en ello, pero Ricky no se sorprendió. La sangre, como me dijo, es una herramienta poderosa y no hay que subestimarla.

Con tantas cosas sucediendo con la muerte de Angie, y el caos que siguió a la muerte de mi padre, Ricky simplemente se olvidó de los macarons. Si se hubiera acordado antes, me pregunto cómo habrían ido las cosas. Pero en cuanto se acordó, intentó ponerse en contacto conmigo y, como no pudo, se presentó en el café, sólo para enterarse por Jazz de que me había ido con Terrence.

A veces me pregunto si el mundo funciona a base de coincidencias. Si Ricky no hubiera ido al café, no habría llamado a Robert, y Robert no habría acudido al recinto a tiempo. Terrence había instalado inhibidores para evitar que pidiera ayuda. Pero el que se los vendió le hizo un trato de mierda, y le dieron unos inhibidores defectuosos. Otra coincidencia.

Los líderes del clan acabaron optando por ver las pruebas con Robert y conmigo. Una de las cosas que descubrimos fue que la última persona que accedió a la cueva donde encontramos toda la vida de Jean y Lucian fue su hija mayor, Lillith. La cueva había sido el lugar de reunión de sus padres y, en sus últimos años, se había convertido en su espacio vital privado. El último acto de Lillith fue enterrar a sus padres en la cueva. Robert y yo hemos decidido conservar el lugar tal y como está, después de hacer copias de los diarios.

Robert negoció un sólido plan de alianza que hizo que otros clanes también se ofrecieran. Me han designado como único punto de contacto. Robert y los otros alfas creen que esto es beneficioso para todos. Supongo que la guerra constante ha sido agotadora para todas las partes

implicadas.

La gente de mi padre ya estaba muerta a manos de Terrence, y el resto del clan se ha dispersado en los otros clanes de vampiros. El Clan Nelo ha sido aniquilado por completo, que es lo que yo quería. Es hora de un nuevo comienzo.

El único cabo suelto es mi hermana. Sigue dirigiendo su empresa, pero me ha estado evitando. Finalmente, le envié un mensaje y accedió a reunirse conmigo hoy.

Sin embargo, se siente incómoda y no puede mirarme a los ojos.

—Me voy al extranjero —murmura, sentada en el banco del parque donde Angie y yo solíamos sentarnos a hablar.

Sus palabras me oprimen el corazón. Observo a los niños que corretean cerca y suelto un largo suspiro, dejándola hablar.

—Pa-Padre quería que te hiciera muchas cosas horribles. Creía que sólo intentaba sobrevivir, pero me convertí en la persona que él quería que me convirtiera. Sé que seguiste salvándome y protegiéndome, pero aun así fui cruel contigo. No puedo retractarme de nada.

Hay pesar en su voz, y suspiro pesadamente, con la mano en el estómago.

—Y no puedo perdonarte, Arabella. Todavía no. —Se estremece, y le dedico una pequeña sonrisa—. Sé que nadie entenderá esto, pero te crie durante bastantes años, y ese amor... no desaparece. Así que vete. Donde tengas que ir para encontrar la paz, ve allí, y dejaremos que la distancia entre nosotras haga la curación. Pero, por favor, que sepas que no vas a estar sola. Puedes escribirme o llamarme cuando quieras. No te abandono. Sigo siendo tu familia.

Las lágrimas resbalan por la cara de mi hermana. —Lo siento.

—Lo sé.

Cuando se aleja, veo su figura cada vez más pequeña en la distancia.

—Tiene razón, ¿sabes? —La voz de Robert me llega al oído y miro por encima del hombro para verle apoyado en un árbol—. Lo que te hizo no se puede deshacer. No entiendo cómo decides mirar más allá de todo eso.

Le tiendo la mano, se acerca, se sienta a mi lado y me estrecha en sus brazos.

—No sabes lo que era vivir con mi padre, Robert. Podía hacer un demonio de un santo. Y ahora sé que Terrence era igual de horrible. Arabella tuvo que sobrevivir en el dominio de esos monstruos. Hizo lo que tenía que hacer. Yo no podía protegerla, así que se protegió a sí misma. No la he perdonado. No puedo olvidar todo lo que me dijo e hizo. Pero quiero creer que va a encontrar otra versión de sí misma en este viaje. Y tal vez en algún momento en el futuro, podamos volver a conectar.

—Tienes un gran corazón —murmura Robert, apretando sus labios contra mi frente—. Por eso me enamoré de ti, ¿sabes? Ese gran corazón tuyo.

Me pincha en el pecho y yo aparto el dedo, riendo. —Ese no es mi corazón, pervertido.

—¿Estás segura? —Robert finge estar confuso—. Tal vez debería echar un vistazo más de cerca.

—Quizá deberías recordar que hay niños cerca —sonrío.

—Hablando de niños... —Robert pone su mano sobre mi estómago—. Ricky me mencionó algo interesante. ¿Cuándo ibas a decírmelo?

Estoy a punto de burlarme de él cuando veo la alegría salvaje en sus ojos. Le sonrío. —Iba a sorprenderte con la noticia. Es demasiado pronto para saber si es niño o niña.

Robert baja la cabeza y, cogiendo mis manos entre las suyas, presiona el dorso de las mismas con los labios. Con la voz cargada de emoción, dice—: Gracias, Charlotte.

Nunca le había visto así, y se me encoge el corazón. —¿Por qué me das las gracias?

Cuando me mira, sus ojos están húmedos. —Me has dado tanto. No tienes ni idea. Si alguien me hubiera preguntado hace un año, habría dicho que mi vida iba a ser sombría, sin nadie a quien amar, sin pareja, sin hijos, mi casa siendo sólo paredes donde dormir. Todos a mi alrededor habían encontrado el amor, lo habían encontrado todo, y yo les envidiaba. Tú apareciste y me diste todo lo que esperaba y más. Estás en cada aliento que doy, en cada latido de mi corazón.

Las lágrimas resbalan de mis ojos. —¿Crees que deberías agradecérmelo? Yo estaba en el mismo lugar que tú, Robert. Te quiero. Con cada aliento que tomo, te amo aún más.

Me aprieta con fuerza. Sé que el futuro no va a estar exento de altibajos, pero después de todo lo

que hemos pasado, estoy bastante segura de que seremos capaces de manejarlo.

Capítulo 30

Epílogo

Charlotte Sanguinite

—¡Angie, no es el momento ni el lugar! —regaño a mi hija mientras utiliza mi pintalabios para dibujar lo que sólo puedo llamar maquillaje de payaso en mi radiante hijo de tres años—. Tu padre ya nos ha hecho llegar tarde. Nunca he oído que un padrino llegue tarde a la boda de su hermano.

—¡No llego tarde! —Oigo la puerta principal cerrarse de golpe—. ¡¿Dónde está mi princesa?!

—¡Papi! —Angie abandona a su hermano y vuela junto a mí, escaleras abajo.

—Vamos, Brandon. —Levanto a mi hijo—. Vamos a lavarte la cara. ¿Y cuántas veces te he dicho que no dejes que tu hermana te intimide?

—Angie me estaba poniendo guapo, como ella —protesta Brandon mientras lo llevo al baño.

—Cariño, ya eres muy guapo —le aseguro.

—¿Quién es guapo? —Robert aparece en la puerta y parpadea al ver a nuestro hijo pequeño—. Ah, Brandon. Tienes una mirada interesante, hijo.

Miro mal a mi compañero. —Llegas tarde. Harry se está volviendo loco. Aisha ha llamado al menos diez veces para recordarte que no olvides los anillos.

Oigo un ladrido y dejo lo que estoy haciendo. —¿Dónde están Mano y Zeno?

—Con la Sra. Mallory. Está en su cuarto de costura. ¿Debería ir a verlos?

Sacudo la cabeza. —No. No hay tiempo. Ella sabe cómo manejarlos. No puedo creer que a sus

edades los dos sigan peleándose.

—No es una pelea. —Robert parece divertido—. Desde que los gatitos crecieron, Mano ha adoptado a Zeno como suyo. Le gusta disciplinarle al azar.

Le limpio la cara a Brandon. —Ve. Nos vamos en un minuto.

Sale corriendo, y estoy a punto de seguirle cuando mi compañero se interpone en mi camino, con un brillo bastante lascivo en los ojos. —Oh, creo que vamos a llegar un poco tarde. Es un vestido muy bonito.

Sé exactamente lo que pretende, pero no puedo evitar reírme. —Ni se te ocurra. Tenemos que irnos.

Robert cierra la puerta del baño, atrapándonos dentro. Sus ojos se fijan en mi vestido esmeralda y se acerca a mí susurrando—: Solo un beso.

Sonriendo, intento evitar que me agarre. —Nunca es sólo un beso. Estoy convencida de que disfrutas haciéndome llegar tarde a los eventos. Hiciste lo mismo el año pasado en la boda de Ricky y Jazz. Casi nos perdemos la ceremonia.

—¿Cómo esperas que mantenga mis manos lejos de ti cuando te ves tan hermosa? —Robert replica—. No es justo.

Le miro boquiabierta. —Así que esto es mi culpa, entonces, ¿verdad?

Robert baja la cabeza hasta que sus labios se ciernen sobre los míos, y dice acaloradamente—: Yo creo que sí.

—¿Sólo un beso? —Pregunto, dubitativa.

—Sólo un beso —miente, suavemente.

Su simple contacto me hace arder y su beso me derrite. No hay nada de casto en él, un choque de lenguas, dientes y labios, mientras me devora como un hambriento. Su mano recorre mi pecho, bajando por mi vientre hasta llegar a la apertura de mi vestido. No tarda en separarme las piernas y deslizar sus dedos dentro. Mi interior ya está húmedo, esperándole. El sonido chirriante llena el aire mientras él me afloja con sus dedos, introduciendo uno tras otro, hasta que tiene cuatro gruesos dedos dentro de mí. Echo la cabeza hacia atrás, jadeando y gimiendo.

—No tenemos tiempo —gimoteo, mis caderas se mueven al ritmo de sus dedos.

—Lo sé —susurra, con sus ojos clavados en mi cara mientras dibuja un orgasmo tan hábilmente.

—¡Mi vestido! —Gimo, mi interior se convulsiona.

—No te preocupes. —Su risa hace que me duelan los pezones. Me los froto y él me aparta las manos. Me baja los tirantes del vestido y se burla de mí, chupando y mordisqueando, volviéndome loca. Sus dedos ya no juguetean conmigo, pero noto cómo los jugos resbalan por el interior de mi pierna mientras mis músculos inferiores se contraen por la necesidad.

Estoy recostada contra el lavabo, con los pechos al aire mientras Robert juega con ellos. Una de sus piernas se introduce entre las mías y frota el grueso material de sus pantalones contra mi zona más sensible. Por fin me quiebro.

—Robert. ¡Fóllame ya! ¡Por favor!

Su sonrisa socarrona me dice que siempre quiso que le rogara.

Me da la vuelta, me inclina sobre el lavabo y me sube el vestido. Oigo el ruido de su cierre al bajar y murmura—: Tendrás que pedírmelo. Educadamente.

—No es momento para juegos, Robert. —Frunzo el ceño, encontrándome con su mirada en el espejo.

Levanta las cejas. —Bien. Nada de polla para ti.

Se mueve para subirse la cremallera y rápidamente le digo—: ¡Robert!

—¿Sí, Charlotte? —La sonrisa en su cara sería molesta si no la encontrara tan sexy.

—¿Me follarías con tu pene? —Como ocurrencia tardía, añado—: Por favor.

—Bueno, ya que lo preguntas tan amablemente —dice con una floritura dramática.

Mi risa se convierte en gemido cuando me separa las piernas y se desliza dentro de mí.

—Hay algo en tenerte inclinada sobre una superficie mientras llevas tacones —susurra—. Me dan ganas de ponerte el culo rojo.

No puedo hablar. Se me entreabre la boca mientras me penetra con largos y profundos golpes, privándome de la capacidad de pensar. Intento bajar la voz, consciente de que no estamos solos en la casa. Robert me ayuda, poniéndome la mano en la boca cuando estoy a punto de gritar. Mi espalda se arquea cuando me empuja al límite. Ni un segundo después, siento cómo se libera dentro de mí.

Le miro a los ojos en el espejo. —Déjame recuperar el aliento. Estás tan muerto.

Mi marido y compañero sonríe.

******

—¿Qué le ha pasado a tu vestido verde? —pregunta Jazz mientras me siento a su lado, la ceremonia está a punto de comenzar.

—Le ha pasado Robert —murmuro.

Se ríe. —¿Planeando ya el bebé número tres?

—¿Por qué no te preocupas por tu propio bebé? ¿Para cuándo está previsto?

—Dentro de tres meses. —Jazz palmea su redondeado estómago—. Ricky es un desastre. Construyó la mitad de la guardería y luego la abandonó para hacer la casa a prueba de bebés. Él y mi padre se están volviendo locos. Papá quiere mudarse para poder ayudar más. Le dije que no, pero Ricky aceptó.

Me río al ver la impotente frustración en su cara. —Te comprendo. Pero es tu primer embarazo, y está bien que a tu padre le guste Ricky y que el sentimiento sea mutuo.

—Desde que se jubiló, pasa mucho tiempo con Ricky. Mi marido ha timado a mi padre para que adopte tres perros, seis gatos y un pavo real.

—Al menos está ocupado —le acaricio el hombro—. ¿Cómo van las cosas en el café?

—Bien. —Jazz sacude la cabeza—. He estado en reposo últimamente, así que contraté a alguien como encargado hasta que llegue el bebé. ¿Cómo va la clínica?

—Me encanta ser veterinaria —digo—. Y el hecho de que esté justo al lado del refugio ayuda mucho. Puedo acudir a Ricky para que me aconseje siempre que quiera.

—¿Cómo está tu hermana?

—¿Arabella? —Musito—. Lo último que supe es que estaba en algún lugar del sur de Francia. Me envió una postal, además de unas botellas de vino y unabola de queso.

—Me alegro de que las cosas funcionen entre vosotras —dice Jazz en voz baja.

—Yo también —respondo cariñosamente—. Abrió una línea de ropa para niños después de que naciera Brandon. Suele enviar ropa para él y para Angie. Creo que le gusta la idea de ser tía. Espero una visita suya pronto.

Empieza la música y dejamos de hablar.

María, la novia de Harry desde hace mucho tiempo, camina hacia el altar con Morris. Veo que Robert sonríe a Harry y mis labios se curvan en una sonrisa.

La ceremonia es corta pero hermosa y va seguida de una recepción bajo el cielo nocturno de octubre, soplando un viento fresco. Veo a Robert bailar con Aisha, ambos intentando ser más idiotas que el otro. El compañero de Aisha decide interrumpir. Harry baila con Brandon y Angie mientras María los anima.

Según lo que descubrimos en los diarios, Jean y Lucian tuvieron varios hijos. Les sobrevivieron a todos, excepto a la mayor, Lillith. Sus hijos no eran mestizos. Nacieron como vampiros o como cambiaformas. Los cambiaformas se unían a la manada de su padre, mientras que los que nacían vampiros se unían al clan de su madre.

Fue un alivio oírlo, pero también me preocupó durante mis embarazos, pues no quería diferencias tan marcadas en mis hijos que pudieran desatar resentimientos entre ellos en el futuro. Angie acabó naciendo vampira, y Brandon es cambiaformas. Esperamos guiarles para que valoren su vínculo fraternal y sepan que siempre pueden apoyarse el uno en el otro.

Sus nacimientos fueron celebrados por los clanes aliados con extravagantes regalos. Parece que incluso los vampiros se cansaron de tanta lucha. Ahora pueden hacer negocios felizmente, y los lobos han hecho un esfuerzo por dejar de lado sus agravios.

Las tres manadas se han unido para esta boda.

Cynthia está sentada con su amiga Maya. El marido de Maya baila con Riya, la hija mayor de Cynthia y Adam. Sus gemelos corretean con Toby, el hijo de Aisha. Los compañeros de manada

bailan, beben y comen. Es un asunto ruidoso y alborotado, y lo estoy disfrutando.

—¿Todavía enfadada conmigo? —Robert aparece de repente con un plato de comida—. He traído sobornos. Gambas.

—Ese era mi vestido favorito. —Miro fijamente a mi marido.

Se inclina para besarme la mejilla. —Y yo soy tu compañero favorito.

—Eres mi único compañero —le recuerdo, divertida.

—Exactamente. Los vestidos van y vienen. Los compañeros son para toda la vida.

—¡Eres un tonto! —Estallo en una carcajada incrédula—. Absoluto sinvergüenza.

—Lo sé —sonríe—. Y todavía me quieres.

—Sí, te quiero —admit—. Pero también quería llevar ese vestido.

—Y lo harás —declara Robert—. Para nuestra cena de aniversario. Serás la mujer más hermosa allí. Puede que tenga que casarme contigo otra vez.

Le rodeo el cuello con los brazos y lo atraigo hacia mí para darle un beso. —Está bien, estás perdonado.

Robert profundiza el beso antes de separarse ligeramente y acariciarme la mejilla con el dorso de la mano. —¿Quieres ir a bailar?

Indefensa ante su encanto, dejo que me guíe hasta la pista de baile. Y mientras lo hago, espero que nunca cambie, el amor en mi corazón por este hombre es una cosa constante, creciendo y expandiéndose. Robert cambió mi vida. Me enseñó a amar, a reír y a ser feliz.

Mientras me deslizo entre sus brazos, sonrío. —Te quiero. Cada día, con cada aliento.

Aprieta su frente contra la mía, sonriendo. —Con cada latido.

Cierro los ojos, sintiéndome contenta. Que todos los días sean así, llenos de alegría, risas y amor.